

# CRISTIANO y LEO

LA  
CARRERA  
PARA  
CONVERTIRSE  
EN EL  
MEJOR  
JUGADOR  
DE TODOS  
LOS TIEMPOS

JIMMY BURNS

# Cristiano y Leo

La carrera por ser el mejor jugador de todos los  
tiempos

Jimmy Burns

Traducción de Ana Momplet



  
  
**CÓRNER**

# CRISTIANO Y LEO

Jimmy Burns

Si preguntáis a cualquier aficionado al fútbol quién es mejor, Ronaldo o Messi, cada uno tendrá su propia opinión.

El fútbol es un deporte de equipo, pero, en esta última década, este juego ha sido testigo de una rivalidad sin precedentes entre los que la mayoría de la gente cree que son los dos mejores jugadores de la historia del fútbol: Cristiano y Messi. Esta es su historia definitiva, desde su niñez, chutando un balón, cada uno de ellos a un lado del mundo, hasta la era en la que entre los dos se han disputado como nunca se había visto antes el trono del mejor jugador.

Uno es una máquina de precisión física que destroza a los rivales a través de fuerza y determinación. El otro es el genio, capaz de hacer cosas con un balón de fútbol que parecen de otro mundo.

Entre los dos han anotado más de mil goles, han ganado diez veces el Balón de Oro y han redefinido el fútbol moderno. Durante la última década han compartido el privilegio de ser nombrados mejor jugador del mundo, y hay argumentos para debatir quién se merece el título del mejor de todos los tiempos.

*Cristiano y Leo* es el libro esencial para entender a estos dos grandes jugadores de la historia del fútbol.

**ACERCA DEL AUTOR**

**Jimmy Burns** es un escritor y periodista español criado en Inglaterra, que ha trabajado para medios como el *Financial Times* y que es conocido por sus textos sobre la cultura española y sudamericana. Apasionado del fútbol, su libro más popular a nivel internacional es *La mano de Dios*, una biografía sobre Diego Armando Maradona.

## **ACERCA DE LA OBRA**

«Las páginas que siguen rastrean la vida de ambos y su conversión en superestrellas indiscutibles de uno de los espectáculos deportivos más grandes y duraderos de nuestros tiempos. [...] Sus buenos y malos momentos, sus luces y sus sombras: una historia humana de dos iconos modernos.»

JIMMY BURNS, EN EL PRÓLOGO DEL LIBRO

**Para Julia y Miriam**

# Índice

## Prólogo

1. Madeira (primera parte)
2. Rosario (primera parte)
3. Ritos de iniciación: Cristiano
4. Pequeño gran hombre: Messi
5. Estrella de Lisboa: Cristiano
6. Crecer duele: Messi
7. En el mercado: Cristiano
8. El enano: Messi
9. El legado rojo: Cristiano
10. PARÉNTESIS INTERNACIONAL. Bajón europeo: Cristiano
11. La llamada del primer equipo: Messi
12. La época de Mánchester: Cristiano
13. El auge del *hobbit*: Messi
14. PARÉNTESIS INTERNACIONAL. La sombra de Diego: Messi
15. El trauma del Mundial: el guiño de Cristiano
16. Patada a seguir: Cristiano
17. Adiós, Ronaldinho: Messi
18. Encuentros: Messi vs. Cristiano
19. La despedida de Ronaldinho: Messi
20. Eurocopa 2008: Cristiano bajo presión
21. PARÉNTESIS INTERNACIONAL. Los Juegos Olímpicos de Pekín y Maradona
22. En el centro del escenario: Cristiano
23. La revolución Guardiola: Messi
24. Adiós, Old Trafford. Hola, Real Madrid: Cristiano
25. Intocable: Messi
26. PARÉNTESIS INTERNACIONAL. El Mundial de 2010: Messi
27. El Mundial de 2010: Cristiano

28. Mourinho entra en escena
  29. Clásicos: Cristiano y Messi
  30. Mourinho contraataca
  31. PARÉNTESIS INTERNACIONAL. Eurocopa 2012: Cristiano
  32. La vida después de Pep y con Mourinho: Messi y Cristiano
  33. Rey Cristiano. La depre de Messi
  34. PARÉNTESIS INTERNACIONAL. Decepción en el Mundial, vergüenza nacional: Messi y Cristiano
  35. Luis Enrique vs. Ancelotti
  36. PARÉNTESIS INTERNACIONAL. Copa América 2016: Messi
  37. Reconstruyendo: Messi y Cristiano
  38. PARÉNTESIS INTERNACIONAL. Eurocopa 2016: comandante Ronaldo
  39. A juicio: Messi
  40. Leyendas: Messi y Cristiano
- Conclusión

Agradecimientos

Bibliografía

# Prólogo



**A**bril de 2017. Real Madrid y F. C. Barcelona se preparan para un nuevo Clásico. A medida que se acerca el inicio del encuentro, más de ochenta y una mil personas van llenando el estadio Santiago Bernabéu, mientras otros seiscientos millones de espectadores observan y escuchan a través de sus televisores, radios u ordenadores desde ciento ochenta y cinco países, en todas las zonas horarias del planeta.

Y allí, en el ojo del huracán, están dos jugadores: Cristiano Ronaldo y Leo Messi, atracciones estelares del mayor espectáculo futbolístico del planeta. El interés por estos dos jugadores es tal en esta 234.<sup>a</sup> edición de la rivalidad más legendaria del mundo del fútbol que, entre las cuarenta fijas en el estadio del Santiago Bernabéu, dos cámaras superlentas les siguen exclusivamente a ellos.

La batalla permanente entre estos dos deportistas de enorme talento tiene lugar en el contexto de una de las rivalidades más largas y políticamente significativas del mundo del deporte. Es Castilla contra Cataluña. Es Franco contra los que luchan por la libertad. Son galácticos comprados a fuerza de talonario contra estrellas hechas en casa. A falta de seis jornadas, el Barcelona está a tres puntos del Madrid, que es líder de la clasificación. Una victoria azulgrana les dejaría igualados a puntos. Si los blancos vencen, abrirán una brecha de seis puntos en lo alto de la tabla clasificatoria.

Cristiano Ronaldo es el último jugador madridista en salir. La gran estrella bota como en un pogo saltarán.

Por su parte, Leo Messi sale con la cabeza gacha, los hombros encorvados, inexpresivo; apenas levanta su rostro barbudo y con un ojo amoratado para observar a la multitud.

El partido llega al cabo de una semana de especulaciones acerca de lo cansado y maltrecho que está al final de temporada. Tres días antes, el Barcelona ha caído contra la Juventus en la semifinal de la Champions League, incapaces de derribar el muro transalpino. Ni siquiera su talismán es capaz de levantar a un equipo que necesita regenerarse.

El encuentro empieza de manera explosiva. A los dos minutos del pitido inicial, Ronaldo reclama teatralmente un penalti después de que el defensa azulgrana Samuel Umtiti dejara la pierna dentro del área. El juego sigue. Diez minutos después, Cristiano pone a prueba al guardameta culé, André Ter Stegen, con un fuerte disparo.

Le toca a Messi. Le tira un caño a Casemiro y regatea para quedarse libre en el centro del campo, pero el centrocampista brasileño se recupera y derriba al argentino.

Parece que los dos jugadores estrella buscan la némesis del otro. Ronaldo vuelve a golpear, esta vez con más fuerza y en la frontal del área, pero el portero azulgrana desvía su envío. El ritmo del partido es cada vez más intenso. Messi requiere atención médica tras recibir un golpe en la boca con el codo de Marcelo, que le provoca una hemorragia más leve de lo que parece. Y así continúa el juego, de un extremo al otro. El público ruge.

Mediada la primera parte, Gareth Bale presiona al incondicional del Barça Gerard Piqué, obligándole a conceder un córner. El Barcelona no logra despejar bien, Sergio Ramos se estira y remata al palo un

centro cruzado de Marcelo. Casemiro la empuja a un paso de la línea de gol. No es un gol muy bonito, pero a los madridistas les da igual.

Messi sigue jugando con una gasa ensangrentada en la boca. De pronto, es como si la situación le inspirara. Recoge un pase perfectamente dormido de Iván Rakitić y acelera hasta el área con el esférico perfectamente controlado. Su pequeño cuerpo parece acariciar el césped y encuentra la red con un preciso zurdazo. A punto está de lograr el segundo tanto a cinco minutos del descanso, tras hacerse con un balón suelto y disparar a pocos centímetros del palo. Justo antes de concluir la primera mitad, tiene tiempo para otra ocasión: esta vez su remate tras un córner se pierde junto al poste. Messi va en serio.

La segunda mitad comienza con la misma tónica. Un potente cabezazo de Benzema es detenido por Ter Stegen, mientras que en la portería blanca Keylor Navas bloca un punterazo de Paco Alcácer.

Es hora de que Cristiano vuelva al centro de atención. En el minuto setenta y seis, se estira para hacer una chilena que sale por encima del larguero. Minutos después, Marco Asensio se la pone delante de la portería, pero llega desequilibrado y falla.

Los pesos pesados siguen intercambiando golpes, no están dispuestos a ceder terreno. Pero entonces, en el minuto setenta y tres, el balón llega a Rakitić al borde del área madridista. Con seis defensores delante de él, el internacional croata se gira para golpear con la izquierda y lanza un disparo perfecto a la esquina de la red. 1-2 para el Barça.

Cinco minutos más tarde, Sergio Ramos, capitán del Real Madrid, recibe su quinta tarjeta roja en un Clásico por una salvaje entrada a Messi con los dos pies. El partido parece acabado, pero entonces, en el

minuto ochenta y ocho, el colombiano James Rodríguez, el hombre olvidado del Madrid, llega al primer palo libre de marca y anota el empate.

Cuando se alcanza el segundo minuto de descuento, el Real Madrid parece estar más cerca de decantar el partido a su favor.

Tras un brillante cambio de ritmo, el barcelonista Sergi Roberto aprovecha el espacio en el centro del campo y encuentra a André Gomes. El portugués cede el esférico a Jordi Alba en la banda, cuyo pase atrás cae en las botas de Leo Messi, quién si no. Su tiro por bajo es certero y hace temblar la red: el último disparo del partido, su gol número quinientos con el F. C. Barcelona. Los aficionados del Real Madrid se quedan aturcidos, en silencio. La lucha por el título aún está viva. Al correr para celebrar el tanto, Leo se quita la camiseta y estira los brazos para enseñar la elástica azulgrana al respetable, por si alguien duda de quién es.

De las varias imágenes de un Clásico memorable, pocas quedarán con tanta fuerza iconográfica como la de Messi mostrando la camiseta azulgrana con el número 10 al público del Bernabéu.

La otra cámara lenta captura la mueca de Ronaldo, que levanta los brazos al cielo con una mirada de frustración y desilusión. Al final, la fuerza de voluntad de Messi, su resiliencia y en definitiva su magia se impusieron, a pesar de estar en territorio hostil y ser el objetivo principal del enemigo.

El del Bernabéu es un público aún más exigente que el del Camp Nou. Es posible que para los de la capital española la identidad política y cultural del club sea menos importante que ganar en el fútbol. Esperan y exigen lo mejor de sus jugadores estrella, del mismo modo que en la plaza de toros de la ciudad se espera lo mejor de los

principales matadores del país, especialmente cuando se enfrentan a su histórico rival. Son un público eléctrico, polarizado, visceral, tribalmente obsesivo y, sin embargo, capaz de demostrar respeto cuando es merecido, incluso a su enemigo declarado (igual que los aficionados a los toros pueden levantarse para aplaudir a un toro bravo). En el Clásico de abril de 2017, Messi fue el mejor jugador del partido, el héroe indiscutible. Los madridistas lo sabían.

Ni el propio Messi sabía qué le impulsó a enseñar con actitud desafiante su camiseta. Poco dado a expresar sus sentimientos, posteriormente confesó que lo hizo como tributo a los centenares de aficionados del Barcelona que aguantaron el partido en lo alto de las gradas. Pero es un momento catártico. Después de todo, él es capaz de llevar a su equipo al límite, cosa que justifica la fe que demuestran los aficionados en quienes lucen la camiseta.

Finalmente, ambos equipos ganaron el resto de sus partidos, y el Real Madrid se llevó la Liga por tres puntos de diferencia. Messi ganó la batalla, pero Cristiano ganó la guerra. Una semana después de asegurarse el título de Liga, Ronaldo yacía en el terreno de juego, sobrepasado por la alegría al oír el pitido final tras aplastar a la Juventus por 4 a 1 y alzarse con la Champions League. Había marcado dos tantos, su cuadragésimo primero y cuadragésimo segundo gol de la temporada. Pero eso no le bastó para ganar la Bota de Oro. El honor fue para Leo Messi. Sin embargo, cuatro meses después, el portugués «isí!» pudo dar la réplica al gesto de Messi en el Bernabéu. Lo hizo en el Camp Nou, durante la ida de la Supercopa de España. O al menos, hizo su propia versión. Después de marcar un gol, Ronaldo se quitó la camiseta y dejó ver su torso escultural a los seguidores del Barça.

Aquello que diferencia a los genios de los buenos, incluso de los grandes, es su capacidad de evolucionar con el paso del tiempo; no solo de resistir, sino de madurar, de volver a crear y seguir inspirado, de continuar decididamente por encima del resto.

A los diecisiete años, Mozart ya había compuesto música sublime: sinfonías, sonatas, cuartetos de cuerda, misas, serenatas y varias óperas menores. El año anterior a su muerte, cuando apenas tenía treinta y seis años, fue tremendamente productivo y de gran descubrimiento personal. Compuso algunas de sus obras más famosas, entre ellas *La flauta mágica* y su inconcluso *Réquiem*.

Como dice su rival Salieri en la obra de Peter Schaffer *Amadeus*: «Aquí de nuevo estaba la misma voz de Dios».

Esta misma capacidad de evolucionar se puede observar en los genios deportivos. Mohamed Alí solo tenía veintidós años y aún se llamaba Cassius Clay cuando ganó el campeonato mundial de los pesos pesados, pero sus combates más memorables vinieron cumplidos los treinta, al derrotar a George Foreman en el Zaire, en su trilogía contra Joe Frazier, y a los treinta y seis, en la victoria sobre Leon Spinks que le convirtió en el primer hombre en ganar tres veces el título de los pesos pesados.

En junio de 2017, Rafa Nadal recibió «la Décima», una réplica especial del trofeo de Roland Garros para conmemorar la consecución de su décimo grand slam en París. Desde el punto de vista de torneos individuales, Nadal se hizo tan dominador sobre tierra batida como Usain Bolt en las pistas de atletismo, Tiger Woods en el golf, Michael Jordan en la cancha de baloncesto o Michael Phelps en la piscina.

En el fútbol de élite, como en otros deportes, la conciencia de mortalidad, la facilidad con la que un jugador puede pasar de su auge

a un rápido declive, de ser un valorpreciado a considerarse acabado, es una realidad y una amenaza que a veces acarrea trágicas consecuencias en lo personal.

Entre los grandes, George Best o Diego Armando Maradona son dos ejemplos de estrellas cuyas carreras se vieron truncadas al perder la pasión por su deporte, por mejorar, por ser relevantes, por regenerarse. Sus etapas de auténtica brillantez, relativamente breves, contrastan con los más de diez años que Leo Messi y Cristiano Ronaldo llevan rompiendo récord tras récord con la constancia y el volumen de su efectividad anotadora. Y no solo eso, a lo largo de todo este tiempo, ambos han ofrecido a los aficionados al fútbol de todo el mundo un entretenimiento y una alegría incomparables, con la deslumbrante singularidad de su juego. Si cualquiera de los dos hubiera existido sin el otro, no cabe duda de que habría sido el jugador dominante de su generación.

Sin embargo, el debate que divide a millones de aficionados gira en torno a quién debería considerarse el mejor jugador del mundo, incluso a si uno de ellos es el más grande de todos los tiempos. Hace años que corre ese rumor de fondo.

Esta no ha sido una rivalidad deportiva en el sentido tradicional, con dos individuos compitiendo uno contra uno, sino que han convergido en el tiempo y el espacio como protagonistas en el escenario global del fútbol, llevando sobre sus hombros el peso de la historia de sus clubes y de sus países; inspirándose mutuamente para llegar más alto. La expectación que genera un partido con los dos en el campo raramente ha decepcionado. Algunos de los clásicos más memorables se han convertido en el equivalente de un duelo heroico, mientras persiguen

sus récords anotadores e intentan superar la magia ganadora de su rival.

Públicamente, siempre han tratado de mostrar un respeto mutuo. Nunca han admitido considerarse rivales, pero eso no importa. Abundan los rumores de que hay tensión entre ellos. Ruud Gullit, leyenda holandesa, definió su relación como «extraña», al verles interactuar en la ceremonia de entrega del Balón de Oro de 2013; aunque, según Fernando Torres, el año anterior se habían «abrazado como niños». Cuando Guillem Balagué, experto en fútbol, comentó que Cristiano llamaba motherfucker (hijo de puta o cabronazo) a Messi en su biografía del argentino, Ronaldo publicó un comunicado en Facebook diciendo: «Tengo un respeto máximo por mis compañeros, y Messi, obviamente, no es una excepción». Según explicó en junio de 2002 al programa *World Sport* de la cadena CNN: «No puedes comparar un Ferrari y un Porsche, pues llevan diferentes motores».

Todo esto sugiere que han vivido a la luz y a la sombra el uno del otro. La imaginación popular les define como la némesis de su rival, incluso dentro del contexto de una temporada de clubes de nueve meses y torneos internacionales. Esto alimenta una de las narrativas más dramáticas y económicamente lucrativas del deporte moderno. Personalmente siempre han mantenido las distancias, pero es posible que ninguno entienda las presiones y las exigencias de sus vidas mejor que el otro.

A pesar de que los orígenes socioculturales y las carreras de Ronaldo y Messi no podrían ser más distintos, ambos se han enfrentado a dificultades desde que nacieron. Es más, estas diferencias y escollos son los que enriquecen y hacen tan fascinantes sus biografías. Aportan



una percepción única y nueva del mundo del fútbol moderno cuando se observan juntas.

Si buscamos precedentes históricos en el mundo del deporte, podríamos pensar en otro gran choque cultural entre dos grandes estrellas: Larry Bird y Magic Johnson, y dos grandes equipos, los Boston Celtics y Los Angeles Lakers. Durante los años ochenta, esta rivalidad convirtió a la NBA en un exitazo mundial.

En unas famosas declaraciones, Johnson afirmó que, para él, la temporada regular de ochenta y dos partidos consistía en ochenta encuentros normales y dos Lakers-Celtics. Por su parte, Bird admitía que lo primero que hacía cada mañana era comprobar las estadísticas diarias de Johnson. La grandeza de la rivalidad Johnson-Bird no estribaba únicamente en la brillantez de estos jugadores, sino también en el conflicto de personalidades y culturas que implicaba: entre la ostentación de Hollywood y la determinación obrera de Boston e Indiana. Y, de un modo menos agradable, muchos estadounidenses cargaban el conflicto racial del país sobre los hombros de los jugadores.

Del mismo modo que hiciera el baloncesto en los años ochenta, en el siglo XXI, el fútbol ha generado dos superestrellas diferentes, que juegan para dos grandes equipos cuya identidad se ha visto marcada por la historia y la política, en un choque cultural que se ha prolongado a lo largo del tiempo. Esta biografía dual sigue dos trayectorias separadas y encontradas, influidas por distintas circunstancias personales y diversas culturas nacionales, desde infancias difíciles y sus problemáticas herencias hasta el reto de jugar con los clubes más exitosos del mundo en unos coliseos enloquecidos como los del Santiago Bernabéu y el Camp Nou. En definitiva, hasta

competir por los mayores y más lucrativos campeonatos colectivos, por los galardones individuales más prestigiosos.

La historia pone en relieve hasta qué punto ha cambiado el deporte, y el fútbol en especial, en la era moderna. Dibuja una crónica de la transformación de dos niños prodigio en superestrellas muy bien remuneradas, guiadas por agentes y abogados, que no juegan solamente ante el público de un estadio, sino para un auditorio global que sigue el épico combate a través de televisores, anuncios, redes sociales e Internet.

Si existe un problema cuando se les compara (y hay aficionados que, saturados, están convencidos de ello), es que se reduce a Cristiano y a Leo a meras estadísticas. Al hacerlo, por muy precisos que sean tales números, se ignora la esencia del fútbol (su pura imprevisibilidad) y los momentos de inspiración de cada jugador: esos trucos completamente inimaginables con la pelota, la poesía en movimiento del juego constructivo, la belleza de una carrera en pleno vuelo, la facilidad al hacer este o aquel regate, las diversas formas de su magia y la no menos mágica forma de abrir el cerrojo de la portería contraria. Sin embargo, lo cierto es que esa historia de pura estadística se sigue haciendo semana tras semana. De este modo, los frikis siguen sopesando números, mientras que los aficionados más puristas se niegan a verse arrastrados a contestar una pregunta que consideran no solamente irrelevante, sino un insulto para este maravilloso juego: ¿quién de los dos es el mejor?

Desde un punto de vista rigurosamente neutral, podría decirse que mientras Cristiano y Messi puedan seguir jugando al máximo nivel, deberíamos relajarnos y disfrutar de ello. Más adelante, cuando se

hayan retirado, podremos recordar los días de gloria y pensar en el aguante inaudito de su reino.

En esencia, el fútbol es lo mismo que era en sus comienzos: un grupo de individuos regateando y pasándose un balón, tratando de meterlo en la portería del adversario. Pero también es mucho más que eso. El juego, con su dramatismo tan condensado (aunque hoy suele extenderse por exigencia de la publicidad), ha acabado aunando las emociones de las masas en un mundo problemático. Su propia imprevisibilidad, como la vida misma, separa a los afortunados de los desafortunados, y destaca a aquellos que parecen destinados a generar más magia y a emocionar más que el resto.

Este deporte rara vez es un combate claro. Tampoco lo es la rivalidad entre sus dos mayores estrellas. Puede que nunca tengamos una respuesta definitiva. Yo mismo no soy muy entusiasta de las estadísticas, que reducen el juego y a los jugadores a algo parecido a la mecánica de un videojuego, falto de vida, de sangre y de alma. Pero, dado que las estadísticas han acabado formando parte del juicio de muchos aficionados en la era digital, a lo largo de este libro también recurriré a ellas.

Una de las razones por las que la pregunta de quién de los dos es el mejor sigue sin respuesta (y tal vez sea una cuestión fútil) es que ninguno de ellos ha perdido la capacidad de sorprendernos. Cada vez que piensas que puede haber una respuesta, que una de estas leyendas del fútbol ha hecho algo tan brillante que tal vez confirme que realmente es el mejor del mundo, el otro responde haciendo algo igual de genial.

Y eso se debe a que cada uno ha demostrado una extraordinaria capacidad de evolucionar en su creatividad y en lo que aportan a su

equipo, como si la rivalidad fuera tanto consigo mismo como con el otro. Esta capacidad de constante mejora ha dejado atrás a otros aspirantes más jóvenes al trono.

Las páginas que siguen rastrean la vida de ambos jugadores y su conversión en superestrellas indiscutibles de uno de los espectáculos deportivos más grandes y duraderos de nuestros tiempos.

Sus buenos y malos momentos, sus luces y sus sombras: una historia humana de dos iconos modernos.

## Madeira (primera parte)

Según su perfil astrológico, el niño nace destinado a desafiar y superar el obstáculo de sus circunstancias inmediatas...

Le gusta estar solo y valora su independencia más que nada, pero también puede disfrutar siendo el centro de atención, lo cual llevará a otros a desconfiar de su arrogancia. En realidad, es un tipo honrado, aunque a veces temperamental.

El 5 de febrero de 1985, Dolores Aveiro, una mujer casada de treinta años y madre trabajadora de tres críos (un niño y dos niñas) dio a luz a su cuarto hijo.

En sus memorias, publicadas en portugués en 2015 con el título de *Madre Coraje: vida, fuerza y fe de una luchadora*, Dolores cuenta la historia dickensiana de sus orígenes. Nació en 1954 en la localidad pesquera de Caniçal, en la isla atlántica de Madeira. Tras morir su madre y ser abandonada por el padre, creció en un orfanato. En su primera juventud, sufrió y sobrevivió a la pobreza, la violencia doméstica y el cáncer.

A los diecinueve años se casó con Dinis. En los primeros años de matrimonio tuvieron tres hijos: Hugo, Elam y Katia. Cuando se quedó embarazada por cuarta vez, fue a ver a un médico para consultar si

podía interrumpir el embarazo, pero este le aconsejó vehementemente que no lo hiciera. En aquella época, el aborto era ilegal en Portugal.

Dolores salió de la consulta profundamente abatida. Una vecina le recomendó una receta para abortar sin necesidad de asistencia médica. Consistía en beber cerveza negra hirviendo y correr hasta caer desmayada. Después de considerar el «remedio», la educación católica de Dolores y el consejo del doctor sobre el riesgo médico y legal al que se enfrentaría acabaron inclinando la balanza.

Cristiano Ronaldo Aveiro nació a las 10.20 de la mañana en el hospital Cruz de Carvalho en Funchal, capital costera de Madeira. Con sus cuatro kilos y sus cincuenta y dos centímetros de longitud, estaba por encima del tamaño medio. Según le dijo el ginecólogo a Dolores: «Viendo su tamaño, de mayor será futbolista».

Tanto por parte materna como paterna, Ronaldo descendía de isleños de raíces portuguesas, aunque un biógrafo anterior, Guillem Balagué, ha sugerido que tal vez tenga sangre de esclavos de raza negra o mestiza en sus venas. Una bisabuela paterna, Isabel Risa Piedade, nació en Praia, capital de la colonia lusa de Cabo Verde, frente a las costas de África Occidental.

El matrimonio Aveiro se vio marcado por el hecho de que Dinis era alcohólico desde antes del nacimiento de Ronaldo: fue matándose lentamente mientras intentaba conservar cualquier tipo de trabajo. Esto obligaba a Dolores a pasar largos periodos de tiempo trabajando lejos de sus hijos. En su ausencia, Cristiano, el menor de la familia, quedaba en manos de su hermana mayor, Katia. Ella le llevaba al colegio y le traía de vuelta a casa al acabar las clases para ayudarle con los deberes.

Los nombres que la madre de Cristiano Ronaldo eligió para él cuentan su propia historia: el primero es un reconocimiento de su fe; el segundo como homenaje al presidente estadounidense, Ronald Reagan.

Reagan era un muchacho de clase obrera de Illinois que trabajó de comentarista deportivo y actor hasta que su meteórico ascenso en la política sindical le llevó a ser elegido gobernador de California. Posteriormente llegó a ser el hombre más poderoso del mundo.

Reagan acababa de ser investido en enero de 1985 para su segundo mandato como presidente tras una victoria aplastante; se disponía a hacer historia contribuyendo a la ruptura de la Unión Soviética. En el fondo, Dolores Aveiro también anhelaba un cuento de mendigo a millonario, una historia que transformara la miseria en la que se había sumido su vida matrimonial en algo que mereciese la pena.

El 25 de abril de 1974, Dolores Aveiro estaba en Francia, trabajando, cuando Portugal se liberó de varias décadas de dictadura de derechas gracias a un golpe militar popular apenas sangriento apoyado por los comunistas. Se lo conoció como la Revolución de los Claveles, por la inolvidable imagen de soldados con esas flores en el cañón de sus armas, claveles que colocaban allí los civiles que apoyaban el levantamiento.

En 1985, año del nacimiento de Cristiano, el poder del partido comunista prosoviético y de la izquierda radical en general ya se habían disipado en el país luso. En su apuesta por adherirse a la Unión Europea, al igual que la España posfranquista, Portugal se había convertido en un Estado políticamente moderado.

Madeira era históricamente más conservadora que la parte continental del país por el predominio de terratenientes ausentes e intereses comerciales extranjeros, principalmente británicos. Localmente estaba gobernada por políticos de centro-derecha y tradicionalmente católicos, liderados por los integrantes del anticomunista Partido Social Demócrata (PSD).

Los llamamientos revolucionarios a crear una Portugal donde se erradicara la pobreza y todos los hombres y mujeres fueran como nacieron (o sea, iguales) habían resultado ilusorios. Con ellos desaparecieron las esperanzas de Dolores de que la familia Aveiro emulara a Ronald Reagan y algún día alcanzara la cima del poder presidencial.

Sin embargo, en un giro de la fortuna, el destino del cuarto hijo de Dolores Aveiro quedó decidido cuando su padre, a menudo ausente, dispuso que fuera padrino del recién nacido su amigo Fernando Sousa. En 1985, Sousa era capitán del club de fútbol local, el Andorinha, donde Dinis trabajaba de utillero no oficial cuando no intentaba hacer horas como jardinero municipal cerca del bar principal del barrio.

A diferencia de su amigo Dinis, Sousa gozaba de buena salud y disfrutaba de su trabajo deportivo amateur a tiempo parcial. De hecho, la distinta disposición de estos dos hombres se remontaba a otro giro del destino. Fernando se zafó de una experiencia que resultó traumática para Dinis: una historia que descubrí en mi segunda visita a Madeira, en 2016. A esa historia vuelvo ahora, pues sin ella no se puede empezar a comprender la naturaleza redentora de la vida de Cristiano Ronaldo.



Una tarde de noviembre de 2016, me condujeron por una colina escarpada hasta un barrio residencial modesto y tranquilo en Funchal. Mi destino no estaba lejos de Quinta de Falcão, un antiguo barrio pobre cuyas chabolas habían sido transformadas en viviendas sociales de ladrillo y madera vistos. Allí pasó su infancia Cristiano Ronaldo, en un bungalow de tres habitaciones.

Mi guía era João Marquês de Freitas, fiscal retirado e influyente aficionado y socio del Sporting Clube de Portugal, tradicionalmente conocido como Sporting de Lisboa. Fue en esta entidad, por supuesto, donde Cristiano comenzó su carrera profesional.

Por ahora, el papel de Freitas en nuestra historia está en su servicio como coronel del ejército durante principios de los años setenta, la última época de presencia colonial portuguesa en África, en un prolongado esfuerzo por aferrarse a sus colonias de Angola, Mozambique y Guinea Portuguesa, después de que movimientos independentistas cobraran fuerza en los años sesenta.

Al igual que muchas antiguas potencias coloniales, los portugueses han asimilado con retraso la verdad sobre aquellas guerras, pero la prolongada reticencia a discutir o examinar los malos tiempos del pasado contribuyó al abandono de sus veteranos de guerra. Como decía Barry Hatton, autor de *The Portuguese*: «Alrededor de nueve mil soldados murieron y al menos doce mil resultaron heridos en el campo de batalla africano. Como en muchos ejércitos, los vitorearon al partir, pero a su regreso fueron olvidados».

Estaba pensando en ello cuando mi amigo Freitas se ofreció a presentarme a antiguos compañeros del ejército en un club de veteranos de guerra. Se encontraba en un almacén de munición del siglo XIX rehabilitado que daba sobre la bahía de Funchal. Más que un

depósito de armas, este edificio redondo de gruesa piedra y los terrenos a su alrededor parecían una surrealista hacienda latinoamericana, de esas en las que uno esperaría que entrase o saliera el Zorro, o que se escondiera un narcotraficante de nuestros días.

Dentro del edificio principal había un salón grande y decorado con sencillez, con vigas de madera en el techo y paredes cubiertas con escenas de heroicas hazañas militares.

Como muchas otras zonas de Madeira, el club había sido renovado con generosos fondos de la Unión Europea. Como respuesta tardía del gobierno a las necesidades de miles de veteranos que, tras sobrevivir a la campaña militar, volvieron a la vida civil físicamente heridos o psicológicamente dañados, cuando no ambas cosas, y que habían sido olvidados por la sociedad en general.

Aquellos que combatieron en las guerras coloniales de Portugal estaban destinados a sufrir mucho después de terminar la contienda, igual que los estadounidenses que lucharon en el sudeste asiático. Padecieron una asistencia médica y psicológica deficientes.

«Estar en la guerra significaba esquivar la muerte por poco después de ver a tu camarada morir de un disparo o volar por los aires, o matar a otro ser humano porque era el enemigo. Regresar, para algunos, era sentirse abandonado por la sociedad que creían estar defendiendo, y vivir acuciado por pesadillas que volvían, una y otra vez, cuando menos lo esperabas», me dijo Freitas.

En ese momento, el secretario de la asociación de veteranos, el teniente coronel retirado Teixeira de Sousa, sacó una pequeña ficha: «Dinis Aveiro. Batallón Número 4910, Compañía Número 3. Alistado, julio, 1974. Angola», leyó.

Los veteranos supervivientes y sus familias recuerdan los meses finales de las últimas guerras coloniales portuguesas como una experiencia terrible, empeorada por el gradual deterioro de la disciplina y la moral. Gida, una mujer de sesenta años, se acordaba de que su difunto hermano mayor luchó con Dinis Aveiro en África. Su hermano le habló del día en que vio a cuatro de sus compañeros más cercanos saltar por los aires por un proyectil de mortero mientras patrullaban: «Su reacción fue soltar el rifle y huir lo más deprisa que pudo. Corrió y corrió hasta caer del cansancio. Más tarde le encontraron otros soldados portugueses. Cuando volvió al continente, cada vez que descorchaban una botella u oía el golpe de un cubierto sobre el plato, se metía debajo de la mesa. Murió sin recuperarse de su crisis mental».

Otros soldados contrajeron malaria, lo que les impedía moverse o les hacía temblar entre accesos de calor y frío, mientras les dominaba la fiebre. Una generación de estudiantes y jóvenes trabajadores portugueses fue llamada a filas, la mayoría contra su voluntad. Cuando no estaban patrullando o escoltando camiones por caminos plagados de minas, jugaban a las cartas, escuchaban música rock o fumaban marihuana.

Pero, ante todo, bebían mucha cerveza local que, a diferencia de las bebidas no alcohólicas, nunca escaseaba. También era una bebida fundamental, porque el agua no solía ser potable y solo se usaba para lavar y cocinar.

Hay una foto de Dinis Aveiro durante su época en África. Está sentado sobre el motor de un coche con su amigo Alberto Martins. El corpulento Martins, con pelo largo y gafas de sol, lleva una camisa de cuello ancho y pantalones de campana. Por su parte, Dinis lleva el pelo

corto y luce atuendo militar. Es más delgado y mira a la cámara con ojos hundidos, sin sonreír, apretando los labios y con el torso aún más tenso que la cara.

«Los soldados jóvenes que estaban en África empezaron a beber mucho —me dijo el teniente coronel De Sousa—. A veces era por aburrimiento, pero sobre todo por miedo, como vía de escape, como negación de una existencia que no podían sobrellevar. Fue en África donde esos soldados se hicieron alcohólicos. Los que volvieron a Madeira eran especialmente propensos a la adicción porque la isla (que aún era muy pobre en los años setenta) había transformado sus viñedos para el consumo doméstico y para la exportación. Cuando volvieron de la guerra, había mucha bebida disponible, y poco trabajo.»

«Nos dijeron que debíamos mantener la paz, pero nos veíamos atrapados en tiroteos entre facciones rivales, o haciendo de bomberos, tratando de apagar un incendio cuando otro empezaba delante de nuestras narices», recordaba otro veterano, Fernando Luis, cuyo hermano también estuvo en la misma compañía que Dinis Aveiro.

Tras volver a la vida civil, Luis hizo de árbitro en la liga regional de fútbol. De las veces en las que se cruzó con el padre de Cristiano Ronaldo, una permanece más viva que cualquier otra en su recuerdo.

Fue antes de un partido. Luis estaba poniéndose el uniforme de árbitro, en unos vestuarios atestados y pobremente equipados que el Andorinha compartía con el equipo visitante, cuando oyeron unos golpes frenéticos en la puerta y una voz ronca que gritaba: «¡Dejad pasar a la gente! ¡Todo el mundo quiere ver este partido! ¡Dejadles entrar!».

Era Dinis Aveiro, borracho perdido, como de costumbre.

El comportamiento cada vez más irracional y torturado de Aveiro pesó sobre su matrimonio y le distanció de los pocos amigos que tenía desde la infancia, de los que hizo antes de la guerra y durante el conflicto. Y aunque la sede del club del Andorinha fue una especie de segunda casa para él durante un tiempo, acabó desperdiciando todo el respeto que pudiera tener la gente del club por él, más allá del hecho de que alguno le considera indirectamente responsable de poner a Cristiano Ronaldo en el camino del éxito.

Si Ronaldo no ha sido capaz de menospreciar a su padre, es porque debe su motivación y su ambición al deseo de compensar los fracasos de Dinis. Desde pequeño, se propuso no solo vencer a sus demonios, sino sacar fuerza de su lucha contra ellos.

El alto campanario de la iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe se yergue en la ladera sobre el vecindario de San Antonio y el barrio pobre de Quinta de Falcão, donde creció Cristiano. Los iconos más venerados de la iglesia son un san Antonio local, la Inmaculada Concepción, Nuestra Señora del Cristo Crucificado y, por último, aunque no menos importante, Cristiano Ronaldo, que fue bautizado allí.

Fernando Sousa, su padrino, que se libró de hacer el servicio militar, nunca olvidará la expresión de desesperación rayana en la ira en el rostro del párroco local cuando él y su amigo Dinis, que iba medio borracho, llegaron media hora tarde al bautizo de Cristiano. Habían pasado la tarde a unos treinta kilómetros de allí, en el partido del Andorinha contra su rival, el Ribera Brava: Sousa era capitán del equipo, y Dinis ayudaba como utilero..., cuando no se iba a los vestuarios a rellenar su botella de vino de cosecha.

Muchos años después, Sousa intentaba quitar hierro al hecho de que el padre del bebé y él casi arruinaran la ceremonia. Un cura con menos paciencia habría declarado el bautizo nulo. En vez de achacarlo a la borrachera de Dinis, Sousa lo atribuía al mal estado de la carretera de montaña que tenían que coger para llegar a Funchal: «El partido terminó un poco más tarde de lo que pensábamos, no calculamos bien el tiempo que tardaríamos. Gracias a Dios, el párroco era un tipo paciente, pero, sobre todo, era aficionado del Andorinha, así que al final nuestra excusa tuvo su bendición».

Así pues, el fútbol definió el momento y el modo en que Cristiano Ronaldo entró a formar parte de la Iglesia católica, así como su destino. Allí, en aquel templo de piedra blanca y madera oscura, mientras esperaba de pie con su hijo pequeño en brazos, Dolores asumió definitivamente que no podía depender de su marido para el bienestar de su bebé.

Esperaba con cierta agitación mi primer encuentro con el padrino de Cristiano Ronaldo. Aunque el jugador puso su carrera en manos del agente Jorge Mendes cuando aún era muy joven, parte de mí se preguntaba si Sousa todavía se consideraba una especie de padrino de la familia.

Resultó que Sousa no era ni un don Vito Corleone ni un Luca Brasi, sino un pensionista bastante afable aunque algo engreído que llegó tarde a nuestra reunión en un coche pequeño. Achacó el retraso a que el hotel donde me alojaba no le dejaba aparcar porque no era cliente, a pesar de que los propietarios eran socios de Ronaldo, su ahijado.

Aunque decía haber estado en Madrid dos veces en los últimos años para ver jugar a Ronaldo, Sousa parecía haber perdido el contacto regular con él. Ahora bien, desempeñó un papel importante en los

años formativos de la vida de su ahijado: aquellos primeros años de penurias y traumas familiares donde nunca hubo abusos como tales, pero que tenían cierta apariencia redentora que nadie en la isla de Madeira estaba dispuesto a discutir.

«Cuando naces pobre, un juguete, cualquier juguete está impregnado de magia», escribí en *La Mano de Dios*, mi biografía de Diego Armando Maradona. El Pelusa recibió su primera pelota a los tres años de las manos de su tío Cirilo. En la casa de los Aveiro en la Quinta de Falcão, no había teléfonos móviles, videoconsolas, tabletas ni perritos robot con reconocimiento de voz. Pero sí había un balón de fútbol, el que Sousa le compró a su ahijado después de que este tuviera un berrinche al ver que le habían regalado un coche de juguete.

Desde pequeño, Cristiano demostró una ardiente ambición por ser el mejor, a pesar de saber que lo tenía todo en contra, especialmente por la lejanía y el estatus de forastero de la isla donde nació.

En este sentido, es interesante tener en cuenta la alargada sombra de Eusébio da Silva Ferreira, internacional portugués nacido en Mozambique, y considerado uno de los mejores jugadores del siglo XX. Eusébio, tal y como se le conocía popularmente, abandonó su Mozambique natal cuando aún era colonia portuguesa para mudarse a Lisboa, donde jugó con el Benfica y la selección lusa. Delantero de enorme calidad, Eusébio poseía una derecha tremendamente eficaz, una gran técnica y una potencia explosiva que dejaba atrás a sus defensores con facilidad. También brillaba en el regate y en los balones por alto. Era un atleta soberbio, elegante y poderoso en la carrera.

Más cercana a África que a la Europa continental, y escala natural para los viajeros que atravesaban el Atlántico, la isla de Madeira

siempre ha luchado con su identidad. Durante siglos fue un puerto de escala comercial; por ello su población era bastante diversa y cosmopolita para ser un lugar tan remoto. Sin embargo, ese comercio solo enriquecía a unos pocos. Desde el siglo XVII, se había abierto en la isla una profunda brecha entre ricos y pobres. Los colonos extranjeros y los terratenientes portugueses construyeron residencias palaciegas con grandes jardines bien cuidados, llenos de plantas y flores exóticas, que contrastaban con las rudimentarias chozas de los barrios más pobres o, posteriormente, con los bungalós de los obreros y los pisos de protección oficial, como la casa donde vivía la familia de Ronaldo.

El éxito de Cristiano ha puesto la isla en el mapa para las nuevas generaciones. El orgullo que allí sienten por él no es solamente como ciudadano de Madeira, sino como portugués. Forma parte de la autoestima de la isla y de la nación, en una Portugal que ha vivido gran parte de su historia considerándose a sí misma uno de los países más débiles de Europa.

Como señala Barry Hatton en su historia de Portugal: «Entre los portugueses hay un sentimiento común de que tienen la suerte en su contra, de que juegan a una causa perdida con el destino». Cita a Fernando Pessoa, uno de los grandes escritores lusos, que en 1928 la describía como una nación «durmiente» desde las hazañas marítimas de la gloriosa época del descubrimiento, con su destino escrito por extranjeros. En palabras de Hatton, «condenado a ser un país de serie B».

Por tanto, el terreno era fértil para alguien decidido a desafiar las circunstancias personales y sociales de su infancia.

De niño, Cristiano jugó sus primeros partidos de fútbol en las calles sin asfaltar cerca de su casa, con piedras apiladas a modo de postes; a



veces solo una pared como compañera de equipo. Su barrio estaba en una ladera escarpada, por lo que desde muy niño Cristiano tenía que enfrentarse a duras caminatas para ir y volver del colegio. Andaba por caminos irregulares y estrechos con una caída vertical a ambos lados, que ponían a prueba la fuerza de sus piernas y pies, así como su equilibrio. Cristiano se hizo un chico espabilado y físicamente resistente.

«La calle te da arrogancia. Si naces en un barrio pobre, o sales, o pasan por encima de ti. Cristiano fue consciente de ello desde el día que empezó a andar», recordaba Rui Santos, amigo de la familia y presidente del Andorinha, el primer club de fútbol de Cristiano.

Hay un recuerdo familiar «oficial» del pequeño Cristiano siguiendo a su padre (utilero del equipo) mientras llevaba una enorme bolsa de balones. Y se ve a Sousa dándole uno de ellos, con permiso de Dinis.

«Dinis estaba muy orgulloso de su hijo menor desde el día en que vino al mundo», me dijo Sousa mientras tomábamos un café en el centro comercial más grande de Madeira, entre un montón de transeúntes. El «padrino» se aferraba a aquellos recuerdos de la infancia, pues le situaban, aunque fuera por poco tiempo, en el centro de la vida de una futura superestrella:

«En sus años de infancia cuando jugaba con el Andorinha, Cristiano se parecía bastante a su padre; era delgado y muy ágil. Evidentemente, no bebía, pero tampoco comía demasiado, y cuando jugaba al fútbol era muy rápido y temperamental. Su padre le llamaba ratita por su forma de driblar a los otros muchachos. ¡Y Cristiano siempre quería ganar! Discutía con sus compañeros y lloraba si fallaba un gol o cuando el equipo perdía.»

Ronaldo jugó dos temporadas en el Andorinha, cuando tenía siete y ocho años. Uno de los chicos que jugaba con él, Ricardo Santos, hijo del presidente del club, Rui, recordaba que Cristiano no era especialmente fuerte ni el más alto de su grupo, aunque tampoco el más pequeño: «Era bueno y podía marcar goles, siempre quería ganar, y sí, tenía carácter y se echaba a llorar cuando perdía».

Hoy en día, Ricardo entrena a escolares, cuando no está atendiendo el bar del club en las instalaciones que el Andorinha ha construido con campos de hierba artificial años después de que Ronaldo pasara por allí. En su época, los chicos tenían que conformarse con jugar en una superficie más irregular, sin hierba, que el club compartía con un colegio. Mientras Cristiano se convirtió en un icono deportivo mundial, Ricardo Santos seguía más o menos en el mismo lugar donde dio su primera patada a un balón. Su reticencia a hablar demasiado sobre su compañero de equipo de la infancia parecía reflejar un resentimiento apenas reprimido por haber perdido en la lotería de la vida.

Sin embargo, su padre es pura dinamita. Le conocí al pie de la escalera principal del edificio municipal de San Antonio Funchal, donde había sido elegido concejal. Me pidió que esperara mientras zanjaba una disputa entre dos sindicalistas por una sala que se había reservado dos veces. Luego me condujo hasta su espartana oficina.

Rui Santos solo tenía trece años cuando estalló la Revolución portuguesa de 1974 («Me parecía que los jóvenes estaban felices, pero la gente mayor no tanto»), de modo que también se libró de ser reclutado y del posterior trauma que sufrió Dinis. Entabló amistad con los padres de Ronaldo. En cierto momento, les ofreció trabajo en la fábrica artesanal de mimbre de su tío. También presencié de cerca el

deterioro de su matrimonio conforme empeoraba la adicción de Dinis. Eso hizo imposible que consiguiera trabajo a tiempo completo.

En su papel de presidente, Rui pasó muchos fines de semana viendo jugar a Cristiano en sus primeros partidos con el Andorinha: «Cuando era niño, su técnica le diferenciaba de los demás, aprendió a hacer bicicletas, era rápido y tenía hambre de gol, aunque le mentiría si dijera que sabía en qué se iba a convertir», recordaba Rui.

Sin embargo, aunque Cristiano todavía no había desarrollado el físico y las habilidades que le transformarían en una superestrella, era solo cuestión de tiempo que alguien reconociera su potencial. Y esa persona fue su padrino.

Comparado con lo que sucedió en la Europa continental, en Madeira el fútbol tardó en arraigarse como pasatiempo popular. Uno de los negocios de exportación más florecientes de la isla, el del vino, estaba dirigido por familias británicas con muchos recursos y educadas en colegios públicos ingleses, que habían crecido jugando al rugby y al golf. A diferencia de sus compatriotas de finales del siglo XIX y de principios del siglo XX en la península ibérica y Sudamérica, los británicos de Madeira no parecían tener interés en importar el fútbol. Por ello el deporte se desarrolló más lentamente. Además, su práctica se hacía más difícil dado el terreno montañoso y las malas comunicaciones y nefastas infraestructuras que dejaban aisladas muchas zonas de la isla.

La falta de influencia extranjera en Madeira se compensaba con su fuerte sentido de identidad nacional, subrayado por una insularidad tradicional. Los dos principales clubes que sobreviven en la isla, el Club Sport Marítimo y el Nacional, se fundaron en 1910, cuando la isla

estaba inmersa en el *shock* posterior a la revuelta política en Portugal continental. Aquel año, la monarquía fue derrocada y se proclamó la República, pero el fútbol luso no siguió el ritmo del cambio social. Aún estaba destinado a décadas de oscuridad, especialmente en Madeira.

Cuando Cristiano Ronaldo nació, en 1985, Madeira tenía poco de lo que alardear en lo futbolístico. De los clubes de la isla, solo el Marítimo había conseguido ganar el campeonato portugués, en 1926. Había sido el único representante permanente de Madeira en la liga lusa desde principios de los años setenta.

Por su parte, desde su creación, el Nacional era más famoso por su eclecticismo cultural que por el fútbol. Desplegaba sus escasos recursos en una serie de actividades populares locales como el voleibol, el hockey o la natación. Una de las leyendas imperecederas del club fue el atleta y apuesto nadador José da Silva, conocido como Saca, que estableció récords de 1.500 y 1.000 metros libres a finales de los años cuarenta, antes de ver cómo se disparaba su popularidad gracias a sus travesías de larga distancia, entre ellas la que hizo para cruzar el canal de la Mancha.

En la historia oficial ilustrada publicada en 2010 para conmemorar el centenario del Nacional, Saca es uno de los dos iconos de los que más se habla. El otro es Cristiano Ronaldo, que a mediados de los años noventa jugó en las categorías inferiores del club durante dos temporadas y que, después de apenas unas semanas de firmar, ya ocupaba un lugar central en la fotografía como capitán del equipo.

La imagen muestra a Ronaldo de pie en una postura rígida, con las manos detrás de la espalda, como un cadete militar. Su expresión es más intensa y confiada que la de cualquiera de sus compañeros, de los cuales se muestra algo apartado. En la foto, Ronaldo ya parece

definirse como líder porque cree que lo es, alguien que va camino de la cima. Tal y como explicaba en una entrevista de 2010 al recordar aquellos primeros años en el Nacional: «Me sentía diferente. ¿Por qué? No lo sé, tal vez porque era más ambicioso».

Lo cierto es que Cristiano podría haber permanecido en la isla de Madeira y haberse esfumado gradualmente en el olvido, de no ser porque su padrino y su madre decidieron que, tras su paso por el Andorinha, debía ir al club del que eran seguidores, el Nacional, y no su a rival, el Marítimo, a pesar de que contaba con una historia más exitosa, al considerarlo con más recursos y que era el club favorito de Dinis.

La brecha tradicional que existía entre el Marítimo y el Nacional se había ido estrechando con los años, gracias a un profesor de ciencias convertido en entrenador que se llamaba Antonio Lourenço. En 1978 fue nombrado director del programa de desarrollo juvenil del Nacional.

Inspirándose en la experiencia de importantes clubes de la Portugal continental, como el Benfica y el Sporting, Lourenço convenció a los altos ejecutivos y otros patrocinadores de realizar una importante inversión en nuevas técnicas de entrenamiento, nutrición y asistencia médica. El programa aumentó el alcance del club al sistema escolar de toda la isla en un esfuerzo concertado para explotar al máximo el talento existente, con el objetivo último de que el Nacional generara un equipo sénior capaz de competir con éxito al máximo nivel en las ligas portuguesas.

Gracias a Lourenço, cuando a comienzos de los noventa hubo que decidir cuál era el siguiente paso para Cristiano Ronaldo, la elección entre Marítimo y Nacional fue difícil. Ambos se interesaron por él. El

hecho de que Dinis fuera aficionado del Marítimo influyó muy poco a la hora de tomar la decisión, más allá tal vez de reforzar la resolución de Dolores de quedarse con el Nacional, siguiendo el consejo de Fernando Sousa.

De acuerdo con una versión algo ridícula de lo ocurrido, el director de reclutamiento de la academia del Marítimo, Bernardino Rosa, no acudió a una reunión crucial organizada por el Andorinha por un fallo de agenda. El representante del Nacional sí fue.

Sin embargo, según el por entonces presidente del Andorinha, Rui Santos, el traspaso al Nacional era cosa hecha, independientemente de que hubiera una reunión con el Marítimo. El factor clave fue la amistad de Fernando Sousa con varios altos directivos del Nacional, entre ellos el entrenador de juveniles Antonio Mendonça, que estaba buscando nuevos talentos y expresó su admiración por Cristiano.

Cuando hablé con Santos, más de veinte años después, seguía poniéndose filosófico al recordar cómo acabó cediendo a su jugador estrella: «El Nacional tenía mejores recursos para su desarrollo como jugador y para permitirle dar el siguiente paso». De hecho, Santos no solo tuvo poca influencia en la decisión, sino que en aquel momento no le importó la marcha de Ronaldo. Según él, en la isla nadie vio venir que Ronaldo acabaría convirtiéndose en una estrella. El «acuerdo» consistió en el pago de una cantidad muy modesta en escudos portugueses, el equivalente a mil setecientos euros, más dos equipaciones de segunda mano medio completas: pantalones cortos, calcetines y botas, pero no camisetas, pues los colores de ambos clubes no coincidían.

«Dolores fue el factor decisivo, porque me dijo que quería a Nacional y me miró como la persona que sabía qué era lo mejor para

Cristiano, como una persona que le protegía. Esa era mi responsabilidad como padrino», me dijo Fernando Sousa.

Al poco tiempo de entrar en el Nacional, con diez años, Ronaldo empezó a demostrar su potencial jugando al fútbol-7 o incluso al fútbol grande, compitiendo a menudo con chicos de equipos mayores. Como recordaba un entrenador de las categorías inferiores en aquella época, Pedro Talinhas: «Era muy bueno técnicamente, jugaba muy bien con las dos piernas. Su objetivo era marcar goles bonitos. Era rápido, muy bueno en el disparo, y ya era fuerte».

Su excepcional velocidad, regate y llegada se hicieron evidentes para los entrenadores de las categorías inferiores, pero también su resistencia. Según Mendoça, «el fútbol callejero le había enseñado a evitar que le golpearan, a apartarse del adversario y enfrentarse con chicos mucho más grandes que él. También le había fortalecido el carácter: era extremadamente valiente».

A los once años, Cristiano también mostraba la inestabilidad emocional que acabó definiendo su juego. «Cuando Nacional iba perdiendo, lloraba mientras jugaba», recordaba Talinhas.

También se acordaba de que parte del «problemático temperamento» del jugador se debía a una falta de espíritu de equipo. Desde sus comienzos en el Nacional, mostró una tendencia a coger el balón, correr con él y seguir corriendo en vez de pasarlo, con un solo objetivo en la mente: marcar gol. Para sus entrenadores, el principal desafío era hacerle entender que aquel era un deporte colectivo en el que cada futbolista desempeñaba su papel, no solo él.

Al mismo tiempo, reconocían que la confianza que Ronaldo mostraba en sí mismo era parte fundamental de su carácter. Era una respuesta que le salía de dentro a la adversidad que le había

perseguido desde que nació. No se debía solo a haber aprendido a jugar al fútbol en las calles, a la resistencia y al físico que había desarrollado subiendo y bajando pendientes. El hecho de que su padre tuviera la costumbre de ir a verle jugar con el Nacional, para luego parecer ajeno a lo que veía, le avergonzaba al tiempo que le motivaba a jugar mejor.

El distinguido psiquiatra inglés Anthony Storr analizó las dinámicas internas que motivan la creatividad en figuras icónicas; señalaba que la ambición puede alimentar la autoestima y desarrollarse como una fuerza motivadora en respuesta a la falta de afecto parental durante la infancia.

En el caso de Cristiano, parece indudable que su infancia se vio ensombrecida por el alcoholismo del padre, cuya enfermedad le incapacitaba para ofrecer el apoyo y la motivación que su talentoso hijo anhelaba.

En *Ronaldo*, documental autorizado de 2015, dirigido por Anthony Wonke y rodado con el apoyo del jugador y su agente Jorge Mendes, hay dos imágenes llamativas de Dinis: una es una fotografía enmarcada de un hombre con la mirada perdida, demacrado y sin afeitar, colgada en una pared blanca sin decorar en la casa de Cristiano en Madrid; la otra es un vídeo de una persona igualmente demacrada, con aspecto incómodo y distante, aunque capaz de sonreír y dar muestras de afecto a su hijo, en una imagen poco habitual de vida familiar durante aquella primera época en Madeira.

La vida familiar que tuvo Ronaldo de niño no tenía nada de normal. Como él mismo recuerda en el documental: «Mi padre se emborrachaba casi cada día. Era muy difícil llegar a conocerle. Nunca



tuve una conexión con él. Me siento frustrado de que no estuviera más presente».

Cristiano Ronaldo no solo sobrevivió a aquellas primeras dificultades, sino que sacó fuerzas de ellas. La fe en sí mismo, basada en la confianza en su talento y en el trabajo duro, alimentó su deseo de buscar «reconocimiento y aclamación derivados de los logros externos», citando palabras de Storr al referirse a la psique de Winston Churchill.

A Dolores Aveiro le gusta contar una anécdota de cuando Ronaldo cogió la gripe antes de la final de un campeonato regional. Quería que guardara cama, pero él insistió en jugar: «Si me siento demasiado mal, siempre pueden sustituirme», le dijo. No lo hicieron. Jugó y ayudó al equipo a ganar el torneo.

En el Nacional, Cristiano Ronaldo se mostraba propenso a discutir con sus compañeros. Los otros chicos solo lo aguantaban porque era un goleador prolífico y se había convertido en una pieza fundamental en el éxito de las categorías inferiores del club, que solían imponerse a sus adversarios por nueve o diez goles. Cristiano pasó dos años en el club, afianzando su reputación en Madeira y llamando la atención de los ojeadores del Portugal continental.

## Rosario (primera parte)

Si Bilbo Baggins hubiera existido en la vida real, podría haberse parecido mucho a Lionel Messi de joven. En la novela de J. R. R. Tolkien, Bilbo es el más heroico de los *hobbits*, una raza diminuta y tímida, capaz de demostrar un inmenso coraje y de llevar a cabo grandes proezas en las circunstancias adecuadas. Los ritos iniciáticos de Bilbo también se producen en el exilio, después de ir de un reino mítico a otro en busca de su destino.

La leyenda Messi empezó de manera poco propicia. A diferencia de otro argentino bajito y fornido, que iba a ensombrecer gran parte de su carrera adulta, el nacimiento de Lionel Andrés Messi el 24 de junio de 1987, pocos minutos antes de las seis de la mañana, no vino anunciado en términos míticos. Para Messi no hubo una estrella brillando en el hemisferio sur, como la había cuando nació Maradona según cuenta la leyenda. Él no salió dando patadas, como Diego Armando, y provocando un grito que más tarde resonaría en la voz de numerosos comentaristas por todo el mundo. ¡GOOOOOOL!

El día que nació Messi, muchos argentinos estarían celebrando a tres iconos: el nacimiento del piloto de carreras Juan Manuel Fangio y del gigante literario Ernesto Sábato, así como la muerte de Carlos

Gardel, legendario cantante de tangos. A pesar de estos precedentes, el nacimiento de Leo fue bastante prosaico, poco emocionante. Los médicos habían advertido un sufrimiento fetal agudo y pensaron en utilizar fórceps en el parto. No fue necesario. El tercer hijo de Cecilia Cuccitini y su marido, Jorge, nació sin complicaciones en el hospital Garibaldi de Rosario. El pequeño era de complexión menuda (pesó 3,6 kg y midió 47 centímetros) y tenía raíces ancestrales en aquella Tierra Media entre Italia y España. Sus hermanos mayores se llamaban Rodrigo y Matías. Posteriormente nacería su hermana, María.

A pesar de que Argentina fue inicialmente colonizada por los españoles, su crecimiento como estado moderno se basó en una mezcla de inmigrantes esencialmente europeos, sobre todo italianos. A finales de la década de los veinte, los italianos representaban alrededor de un cuarenta y dos por ciento de la afluencia total de inmigrantes a Argentina. Rosario, ciudad fluvial en el corazón de las fértiles praderas templadas de la Pampa donde se asentaron los Messi, había visto crecer su población inmigrante durante la segunda mitad del siglo XIX debido a la productividad de las tierras colindantes y al comercio que pasaba por su puerto, aunque también gracias a la expansión de los ferrocarriles construidos por el Reino Unido, cuyos ingenieros y obreros fundaron los primeros clubes de fútbol del país.

La población de Rosario hablaba español con acento argentino. Su cultura política era social y religiosa, tan italiana como hispana en su intriga, corrupción y supersticiones. Sin embargo, el deporte más popular tenía raíces claramente inglesas. Los dos principales clubes de fútbol de la ciudad, Rosario Central y Newell's Old Boys, se fundaron en 1889 y 1903 respectivamente. Central nació de trabajadores

ferroviarios ingleses. Newell's de un profesor de inglés oriundo de Kent y cuyo nombre era Isaac Newell.

Ahora bien, el árbol genealógico de los Messi tenía raíces catalanas, además de italianas. Su bisabuela paterna nació en Tragó de Noguera, una pequeña localidad inundada deliberadamente durante el plan hidroeléctrico de la época de Franco. Rosa Gesé emigró a Argentina en los años veinte. Cuando Leo Messi nació, ya llevaba tiempo fallecida. Hay otras pruebas de la ascendencia catalana de Messi. Me las enseñó Ana Miralles, una maestra jubilada convertida en diligente historiadora local, en el pueblo de Bellcaire d'Urgell, situado a una hora de las ruinas de Tragó de Noguera. Allí nació en pleno siglo XIX otro de los bisabuelos paternos de Messi, José Pérez Solé.

Bellcaire es un pueblo algo abandonado. La mayoría de adultos jóvenes han emigrado al norte de Europa en busca de trabajo. El día de mi visita, el bar del pueblo estaba poblado de clientes habituales en paro y pensionistas jugando a las cartas o doblados sobre sus jarras de vino. No era una fuente de inspiración demasiado romántica sobre la conexión de Messi con Cataluña. Tras el descubrimiento de los archivos escondidos de la antigua iglesia, Ana Miralles había encontrado un certificado de nacimiento crucial para rastrear los antepasados de Messi en varias generaciones, hasta que las dos líneas convergieron en el trasatlántico *El Catalá* (qué nombre más apropiado). Fue a bordo de ese barco donde Rosa Gesé y José Pérez Solé se conocieron. Se instalaron en Rosario y tuvieron tres hijos. Uno de esos críos fue Rosa María Pérez, que se casó con un inmigrante italiano llamado Eusebio Messi, abuelo de Leo.

Las raíces catalanas e italianas confluyeron aún más cuando el padre de Leo, Jorge, se casó con Celia Cuccitini, hija de un inmigrante

italiano. Celia recibió el nombre de su madre, la abuela adorada de Messi, a quien celebra señalando al cielo cada vez que marca un gol (murió en 1998).

La abuela Celia era quien animaba a Messi cuando apenas gateaba y empezaba a coger su primer balón. Le decía que se olvidara de su estatura y soñara con ser el mejor jugador del mundo: tan bueno como Diego Armando Maradona, que un año antes de nacer Messi había deslumbrado al mundo entero en el Mundial de México.

Los recuerdos de sus compañeros de equipo cuando era niño y las imágenes granuladas de vídeos de archivo dejan pocas dudas de que, desde su tierna infancia, Leo Messi poseía una enorme vitalidad y un talento natural para el fútbol. Pero, claro, también era muy pequeño.

Prácticamente en cuanto aprendió a hablar y a correr, Leo se vio atraído por las pachangas y los partidillos que se jugaban en las calles y en la plaza cercanas a su casa familiar en el número 525 de Estado de Israel, una modesta estructura de hormigón pintado de tamaño mediano en un barrio de clase media baja de Rosario. El vecindario donde nació Messi no era uno de los más peligrosos de la zona sur de la ciudad, pero gran parte de Rosario (una ciudad de extremos dominantes) es un mosaico de proyectos de viviendas especulativos y barrios superpuestos donde las divisiones sociales a menudo no están geográficamente delineadas.

Leo formaba parte de un círculo compuesto por sus hermanos Matías (cinco años mayor) y Hugo (tres años), y sus primos Maxi (tres años) y Emanuel (un año menor). Estos dos últimos acabaron convirtiéndose en futbolistas profesionales. Usaban el patio de su casa como campo de entrenamiento y las paredes de las casas de alrededor

para practicar pases y lanzamientos a puerta. Aquel pequeño grupo ofrecía un círculo de protección para Messi. Aunque desde muy temprano fue consciente de que era más pequeño que los otros niños, ellos veían en él un valor y una habilidad que no se basaba en una superioridad física nata, sino en su resolución de ser fuerte a pesar de su falta de altura y de músculo.

El padre de los hermanos Messi, Jorge, los observaba siempre que podía. Iba a ver jugar a sus hijos en partidos de competición. Demostró un interés especial por Leo desde sus comienzos en el equipo local, ya que pronto se hizo evidente que tenía un talento especial con el balón.

Desde los cinco años y hasta casi cumplir siete, Messi jugó en el Grandoli Football Club, cerca de la ribera del río Paraná, en un barrio obrero y peligroso a las afueras de Rosario. Financiado por padres del barrio, el club fue idea de Salvador Aparicio, un ferroviario retirado que creía que el fútbol organizado (con entrenamientos, partidos y una liga local por la que competir) podía ser una buena manera de mantener a algunos de los chicos del vecindario alejados de los problemas.

Grándoli estaba a un paseo de la casa de los Messi. El fútbol actuó como un elemento igualador social y acercó a Leo a niños de orígenes más humildes que tenían una alimentación peor y vivían en chabolas improvisadas con restos de metal, ladrillos sueltos y cartones (muy parecidas a la casa de la infancia de Maradona en Villa Fiorito, un barrio de Buenos Aires).

Cayeron muchos goles, primero en el Grándoli y después en Newell's Old Boys, club al que se unió a los seis años. Hay vídeos de aquella primera época de Messi en Newell's, driblando con la pelota entre un

equipo de jugadores de la misma edad, pero del doble de su tamaño. Durante los seis años que Messi jugó en Newell's, marcó casi quinientos goles, contribuyendo a la leyenda del equipo, que acabó conociéndose como «La Máquina».

Parecía que Messi tenía el derecho natural a ser invencible. La Máquina barría a todo equipo que se pusiera delante. Estuvo imbatido durante tres años, primero en fútbol-7 y luego en fútbol-11, ganando competiciones tanto en Argentina como en Perú. Sus compañeros recuerdan que Messi perdía su habitual carácter reservado cuando alguien no le pasaba el balón y él lo quería, o cuando malograba una oportunidad. Sin embargo, a pesar de su insaciable hambre de gol, ni su coraje ni su habilidad serían capaces de hacer realidad la ambición de llegar a ser tan bueno como Maradona, como soñaba su adorada abuela.

Los habitantes de Rosario experimentaron un sentimiento de humillación colectiva muy especial tras la guerra de las Malvinas, en 1982, ya que su principal asociación con el conflicto no fue precisamente heroica. El general Leopoldo Galtieri, presidente de Argentina que azuzó la guerra planeando y liderando la invasión de las islas, había estado previamente a cargo de un infame batallón militar en Rosario, conocido como Batallón 121. Fue una de las unidades militares involucradas, después del golpe de estado de 1976, en la tortura y desaparición de miles de ciudadanos.

Jorge Messi hizo el servicio militar al final de su adolescencia, durante el sangriento régimen de las juntas. Posteriormente, solicitó y consiguió trabajo en el área de producción de Acindar, compañía acerera fundada durante la Segunda Guerra Mundial, que en los años

de posguerra se convirtió en una importante empresa estatal dirigida por el ejército argentino y sus aliados civiles.

Después del derrumbe del régimen militar tras la guerra de las Malvinas, el general Galtieri fue uno de los oficiales militares castigados con largas condenas de cárcel por violar los derechos humanos. Entre las pruebas presentadas por la acusación estaba la represión de activistas sindicalistas en varias fábricas propiedad de Acindar, así como la detención ilegal, tortura y ejecución sin juicio de numerosos disidentes políticos por parte de unidades del ejército como el Batallón 121 de Rosario.

Los veteranos del ejército que estaban en activo durante aquellos años de represión interna afirman que los reclutas que hacían el servicio militar seguían órdenes simplemente, y que en la tortura y las ejecuciones sumarias solo participaban unos pocos ejecutores específicamente preparados para ello. Nada sugiere que el padre de Messi fuera uno de ellos.

Una vez restaurada la democracia, en 1984, las principales fábricas del complejo industrial militar, incluidas las de Acindar, se les expropiaron a las Fuerzas Armadas argentinas y se privatizaron. Para entonces, Jorge Messi ya había ascendido de la planta de producción a un puesto bien pagado como supervisor. El barrio donde vivía con su familia había crecido durante años a la sombra del Batallón 121; los edificios y los campos de juego de su enorme complejo militar hacían que la escuela primaria donde estudiaban los hermanos Messi pareciera diminuta.

En aquella época, como ahora, Rosario era una ciudad donde convenía andar con cuidado, y no solo en los irregulares terrenos de juego. En su historia moderna, este puerto fluvial que crecía



descontrolado se había labrado fama de vivir peligrosamente. Conocida como «la Chicago argentina», se había convertido en un centro para el comercio moderno de esclavos y el narcotráfico internacional, cuando no era escenario de protestas políticas y su violenta represión por parte del Estado.

Con todo, la ciudad estaba orgullosa de su legado cultural relativamente moderno y su perenne pasión por el fútbol. De allí salieron tres de los más populares cantantes argentinos (Fito Páez, Litto Nebia y Juan Carlos Baglietto), así como una de las figuras literarias con más talento del país, el humorista gráfico y escritor Roberto Fontanarrosa, que creó al gaucho Inodoro Pereyra, un desafortunado vaquero de espíritu noble, y que también escribía líricamente sobre fútbol.

Otro jugador que empezó su carrera en Rosario fue Jorge Valdano, campeón del mundo y posteriormente director deportivo del Real Madrid. La ciudad también es famosa por haber «producido» a dos de los entrenadores más célebres de la historia del fútbol argentino: César Luis Menotti y Marcelo Bielsa. Como comentara Menotti en una ocasión: «Hay ciudades más cultas, pero en Rosario lo que importa más que nada es el fútbol. Rosario ama el fútbol».

Tanto Menotti como Bielsa, cada uno a su manera, hicieron del fútbol un arte refinado, a través de su manera de hablar del deporte, en su cuidadosa coreografía de las tácticas de equipo y con el individualismo creativo que fomentaban. A Bielsa se le conoce popularmente como el Profesor, por su cerebral planteamiento del juego y su tendencia a la excentricidad. Entre sus discípulos, se cuenta Pep Guardiola, quien, justo antes de entrenar al F. C. Barcelona, desapareció tres días en un famoso «retiro» con Bielsa en Argentina,

durante el cual no hicieron más que beber, comer y hablar constantemente de fútbol.

La pasión de Rosario por el fútbol también se ha combinado con el carácter de la ciudad para generar una de las rivalidades locales más violentas entre clubes en todo el mundo: la que existe entre Rosario Central y Newell's Old Boys. Cuando Messi crecía en Rosario, en el seno de una familia unida por su afición incondicional por Newell's, el fútbol era famoso por lo que ocurría tanto dentro como fuera del terreno de juego. Su historia moderna se veía manchada por la corrupción y la violencia características de la vida económica, así como la política local y nacional.

La histórica rivalidad entre Newell's y Rosario Central a menudo ha degenerado en guerras de bandas entre aficionados rivales, conocidos como los leprosos y los canallas, respectivamente. Los sobrenombres provienen de una invitación de Newell's Old Boys a Rosario Central para disputar un partido con el objetivo de recaudar fondos para la lucha contra la lepra, enfermedad que seguía incidiendo en partes septentrionales de Argentina y otros países vecinos de América Latina. Rosario Central no aceptó, sospechando que la recaudación pudiera ser malversada, pero Newell's recibió la negativa como puro empecinamiento.

A partir de ese momento, los aficionados de Newell's empezaron a llamar a sus rivales «canallas», mientras que los seguidores de Central contestaban llamándolos «leprosos». Los muros de la ciudad solían llenarse de pintadas con ambos nombres, que a su vez delineaban las lealtades de barrios concretos hacia uno u otro club. Los territorios, que a veces se cruzaban entre sí, eran defendidos agresivamente por los seguidores de un club o del otro en una permanente guerra civil

comunitaria, mientras las organizaciones de los clubes reflejaban la misma falta de transparencia y rendición de cuentas, y la misma forma de gestionar sus recursos y de invertir en jugadores y propiedades. Todo ello estrechamente relacionado con el narcotráfico y el blanqueo de dinero en los años ochenta y noventa.

El mal ambiente en el fútbol local durante la infancia de Messi era tal que los clubes discutían hasta sobre el legado del más famoso icono político rosarino, Ernesto Guevara de la Serna, más conocido como el Che Guevara. En efecto, nació en Rosario, en el seno de una familia de clase media, pero esta no tardó en trasladarse al norte, a Córdoba, donde fue a la escuela y donde posteriormente estudió Medicina.

En su biografía del Che, Hugo Gambini, escritor de izquierdas argentino y excombatiente de la guerrilla, recuerda que el joven Guevara se hizo seguidor de Rosario Central simplemente porque el club llevaba el nombre de su ciudad natal y porque quería diferenciarse de la mayoría de sus compañeros de clase, que eran seguidores de los gigantes de Buenos Aires: Boca Juniors y River Plate: «Cuando el Che era joven, y antes de unirse a la Revolución cubana, le encantaba que le preguntaran de dónde venía, porque le daba la oportunidad de responder con cierta altivez: “De Rosario, de Rosario Central. Yo soy rosarino [...] El hecho es que no tenía la menor idea sobre la ciudad y nunca había visto jugar al equipo».

Como recordaba Alberto Granado, amigo de la universidad que acompañó a Guevara en su viaje de descubrimiento político y social por Sudamérica, inmortalizado en la película *Diarios de la motocicleta*, el guerrillero de la Revolución cubana creció con dos ídolos futbolísticos: Alfredo di Stéfano y Enrique Chueco García, ambos argentinos.

En 1952, cuando Guevara era un estudiante de Medicina de veinticuatro años que viajaba con su amigo en una motocicleta Norton 500, tuvo la oportunidad de conocer a la futura estrella del Real Madrid, Alfredo di Stéfano, mientras el jugador argentino militaba todavía en el club Millonarios, de Colombia. Granada y Guevara, sin afeitarse ni ducharse tras muchos días en la carretera, le pidieron entradas para un partido en la capital, Bogotá. La Saeta Rubia accedió encantado a su petición, pues se compadeció de aquellos dos compatriotas argentinos.

Aquella fue la única vez en la que el más famoso guerrillero y uno de los mejores jugadores de la historia del fútbol coincidieron en el mismo estadio. Nunca más estuvieron cerca el uno del otro.

Las imágenes de vídeo grabadas por Jorge Messi de su tercer hijo en sus primeros partidos de fútbol muestran a un niño más pequeño de lo habitual, comparado con otros de la misma edad. Es desafiante y resuelto, aparentemente decidido a parecerse a Maradona al coger la pelota y regatear de un extremo al otro del campo, con el esférico pegado al pie.

Jorge nunca se apartaba de su hijo cuando había partido y solía filmar al pequeño Lionel, en parte porque su hijo apenas demostraba interés en nada más. Su padre pensaba también que crear un historial del talento de su hijo menor era un activo importante y parte de una inversión en su futuro y el de la familia.

Mientras formaba parte de La Máquina en las categorías inferiores de Newell's, Leo salió al campo durante el descanso de un partido de liga del primer equipo e hizo una exhibición de habilidades ante un público anonadado, pasándose el balón de un pie al otro con tal

destreza que uno de sus primeros entrenadores, Quique Domínguez, quedó inmediatamente convencido de que el chico era especial. Corría 1996. Leo Messi tenía nueve años. El perfil del prodigio ya estaba creciendo.

Al ver los trucos que hacía con la pelota, otros empezaron a pensar en otro genio del fútbol. Durante un desfile de victoria del primer equipo de Newell's, Messi empezó a hacer malabares con el balón y el estadio se puso a corear: «¡¡Maradó, Maradó!!».

Así pues, desde muy temprano, la historia de Messi parecía destinada a tener la trayectoria de una leyenda anterior como punto de referencia. En 1971, Maradona tenía diez años y también salió en el descanso de un partido de la primera división entre Argentinos Juniors e Independiente, para mostrar sus habilidades.

En 2016, me reuní con Quique Domínguez en Rosario. Aunque estaba retirado, este hijo de inmigrante siria seguía siendo tan corpulento como cuando entrenaba. (Messi veía en él una figura paterna reconfortante y con algo de sobrepeso, por ello solía llamarle Quique Papá Noel.) Tenía la simpática familiaridad de un comerciante callejero árabe, aunque no era nada arrogante, a pesar de haber desempeñado un papel significativo en la historia de un icono del fútbol.

«Mi primer contacto visual con Leo fue en 1996 cuando Newell's remodelaba su estadio... Leo tendría unos siete u ocho años. Newell's jugaba en la cancha del [Rosario] Central. Salió a jugar en los quince minutos de entretiempo. Había esta cosa chiquitita con un pelota que era más grande que su cabeza y hacía jueguitos y no se le caía la pelota de los pies... No se le cayó en diez minutos, aunque hacía malabarismos... Una cosa es ser malabarista con el pie, otra es ir a

jugar al fútbol... Para mí, ese pibe era un malabarista de la pelota. [...] A principios de 1999, me hicieron el encargo de dirigir a Messi como técnico en las inferiores de Newell's de "la poderosa categoría 87". Todo lo que hace hoy Leo en la selección y en el Barça lo hacía a los once años, cuando yo le tenía... Desde chiquito ya nos maravillaba. Pero me sorprendía lo chiquito que era. Él siempre se ponía la camiseta de espaldas a nosotros, de frente a la pared. Suponía que había algo, un día sin querer vi su pecho y no tenía caja torácica, tenía el pecho muy hundido.»

El joven Messi no tenía ese aspecto de golfillo desaseado salido de un erial, como Maradona a su edad. Su piel era más clara, su pelo largo mejor cuidado; en absoluto parecía un niño de barrio de chabolas, más bien un chaval que se había tomado un descanso de las clases en la escuela para ponerse una equipación de Newell's demasiado grande, que le quedaba como un abrigo empapado.

Un vídeo muestra a Messi jugando en un centro deportivo donde los jóvenes de Newell's disputaban partidos de fútbol-7. A pesar de que la camiseta y los pantalones le vienen grandes, Leo juega con la confianza y la templanza de un futbolista adulto. El amor y el control de este chico con la pelota llenaban a Quique y a los demás presentes de un sentido de futuro, de fe en que el fútbol argentino tenía la capacidad de seguir alimentándose, de inventar algo nuevo.

Al recordar aquellos años pasado el tiempo, Messi insistía en que de niño no tenía ídolos, aunque sí seguía a Pablo Aimar. Estas declaraciones parecían un intento deliberado de evitar comparaciones con Maradona, un dios que pocos argentinos creían o deseaban que pudiera ser destronado en el panteón mitológico. Aimar era un buen jugador, pero no tenía las sublimes habilidades de Maradona. Lo que

hacia de Aimar un modelo aceptable para el tímido y retraído Messi, obsesionado con el fútbol, es que era un profesional modélico, que no se identificaba con la cultura de famoseo y drogas en la que Maradona se sumergió después del Mundial de México 1986.

Al igual que Cristiano Ronaldo de niño y que el propio Maradona antes que ellos, a Messi no le gustaba perder ni quedarse sin conseguir lo que quería. Tenía pequeños berrinches cuando jugaba a las cartas, cuando no le apetecía ir al colegio o cuando fallaba una ocasión en el campo. Hay una anécdota familiar de cuando era niño y se quedó encerrado en casa por error, solo, justo antes de ir a jugar un partido. Cuando por fin llegó al campo, Newell's perdía por dos goles y apenas quedaban unos minutos. Messi salió al campo rápidamente: en una remontada trepidante, marcó dos tantos, incluido el de la victoria.

Como recordaba más tarde uno de sus compañeros de aquella época, Gerardo Grighini, en una entrevista concedida al periódico argentino *Perfil*: «Messi era un auténtico hijo de puta, pero en el buen sentido. Porque cuando jugaba era aterrador: cogía el balón y pasaba a cualquier adversario que quisiera. Una vez que estábamos jugando un clásico contra Rosario Central, pasó el balón por encima del defensa, el temido sombrero, cinco veces durante el partido, y mantuvo la posesión todas ellas. Se oía al padre del defensa gritando de pura frustración: “¡Matalo! ¡Matalo!”. No lo hizo, obvio. No habría podido aunque quisiera».

El joven Leo no solo tuvo que desarrollar su fortaleza mental en el campo de fútbol. Cuando empezó a jugar en Grándoli, su madre se quedaba en casa lidiando con las tareas domésticas entre sus turnos en una fábrica de imanes. Como Jorge también solía trabajar hasta tarde, su querida abuela Celia era quien acompañaba a Leo en las quince

manzanas de camino entre la casa y el centro deportivo, y luego de regreso. Y siempre apoyando y animando a aquel niño tan pequeño. Cuando Leo solo tenía diez años, a Celia le diagnosticaron alzhéimer. La enfermedad degenerativa la consumió física y mentalmente: murió poco antes de que Messi cumpliera once años. Aquello le dejó tan destrozado que en su funeral se agarró al ataúd, llorando desconsolado. «Para Leo, fue como perder una parte de sí mismo», escribió uno de los primeros biógrafos de Messi, el periodista catalán Toni Frieros.

Hay otra anécdota de esta época que parece haber cobrado significado con el tiempo. Messi tenía diez años e iba a jugar a la Nintendo a casa de un amigo con un grupo de chicos. Antes de empezar, el amigo sacaba camisetas de fútbol de distintos clubes: cada uno de los presentes elegía su preferida para ponérsela mientras jugaba. Messi siempre escogía la del F. C. Barcelona.



## Ritos de iniciación: Cristiano

*E*n 1986, el año en que nació Cristiano Ronaldo, Portugal se unió a la Unión Económica Europea, estimulando con ello una bonanza de consumo y acelerando la aceptación de un sistema parlamentario liberal en el país, así como cambios en las costumbres sociales.

En 1996, el fútbol portugués estaba a punto de adentrarse en una nueva etapa de su historia, con uno de sus clubes más importantes apostando seriamente por un jugador que no procedía del continente ni de sus colonias africanas, sino de Madeira, una isla más conocida por el vino y las plantas que por el deporte.

Fernando Sousa era el padrino del jugador. Ese año ya ejercía como entrenador en la academia del Nacional de Madeira, el club donde jugaba Cristiano. Sousa decidió ponerse en contacto con un amigo, João Maria Marques de Freitas, después de que su madre sugiriera que la mayor esperanza de que su hijo tuviera un futuro decente era ganándose la vida como futbolista profesional y seguir con su carrera en el Portugal continental.

De Freitas era un influyente abogado de Madeira que trabajaba de fiscal. Su red de contactos en el Portugal continental se extendía hasta el Sporting Clube, entidad lisboeta de la que era acérrimo seguidor.

Guardaba buena relación con todos los directivos y el equipo técnico, gracias a sus servicios durante muchos años como presidente de la peña de aficionados del Sporting en Madeira.

Tal y como describí en el primer capítulo, el Nacional había crecido como entidad deportiva durante los años ochenta y noventa, pero seguía careciendo de los recursos de los grandes clubes del continente. Para que el fútbol pudiera ofrecer una vía de escape a las adversas circunstancias de Cristiano, Sousa y Dolores coincidían en que tendrían que aceptar las oportunidades que ofrecían los contactos del propio De Freitas. Si Cristiano no lograba llamar la atención en Lisboa, volverían a plantearse, pero en ese momento era la única oportunidad. Como jugador, parecía estar entre los mejores de su edad, pero continuaba siendo desconocido y todavía no había sido puesto a prueba en torneos más importantes.

En 2016, me reuní con De Freitas en Madeira. Eligió como lugar de encuentro el Hotel CR7 en Funchal, primero de una cadena de hoteles grabado con las iniciales y el dorsal de Cristiano, propiedad del jugador en una empresa conjunta con el grupo internacional hotelero luso Pestana.

Como era de esperar, el tema del hotel es CR7. Todo gira en torno a su vida personal y a su carrera futbolística. Su imagen aparece profusamente reproducida en distintas fotos, logotipos esculpidos y camisetas de fútbol por los pasillos y en las paredes de las habitaciones. Hay hasta experiencias CR7 opcionales. Los servicios del hotel incluyen un programa de fitness con la marca Ronaldo. Y todo ello, justo veinte años después de que De Freitas se reuniera con un Cristiano Ronaldo golpeado por la pobreza y le abriera las puertas al futuro de la joven promesa.

«Una mañana, estaba sentado en mi despacho de Funchal cuando un agente de policía que estaba de guardia vino a decirme que un hombre con un chaval quería verme», recuerda De Freitas. «Era Fernando Sousa, a quien conocía de cuando jugaba con el Nacional. A su lado había un niño que, recuerdo, me pareció que debía de proceder de una familia pobre. No era especialmente alto para su edad, pero sí muy delgado.»

Cuando preguntó a Sousa por el chico, le dijo que las categorías inferiores del Nacional acababan de ganar el campeonato de la isla, con un joven Cristiano Ronaldo como clave del éxito. Le dijo que era su jugador con más talento y más dedicación. De Freitas confiaba en el juicio de Sousa y accedió a ponerse en contacto con Aurélio Pereira, director de la academia del Sporting y una figura muy respetada en el fútbol luso.

Pereira pasaría a la historia como el hombre que añadió a Cristiano a la lista de futbolistas portugueses de gran talento formados en la cantera del Sporting, donde figuran Paulo Futre, Luís Figo, Simão Sabrosa, Ricardo Quaresma, Nani o João Moutinho, entre otros. Sin embargo, su primera reacción cuando Freitas se acercó fue de cautela. Pensó que el club corría un riesgo importante comprometiéndose con un chico de apenas doce años de edad que ni siquiera había aparecido en los radares de sus ojeadores. Como favor a De Freitas, a quien respetaba profesionalmente y como amigo, accedió a echarle un vistazo.

Por su parte, De Freitas creyó oportuno que Sousa y él volvieran a hablar con la madre de Cristiano, Dolores, antes de dar el siguiente paso: «Ya sabía del alcoholismo del padre y quería asegurarme de que no estaba introduciendo otro problema en casa de los Aveiro.

Necesitaba su permiso. La única preocupación de Dolores era el dinero, ya que no podía pagar el billete de Cristiano a Lisboa para la prueba. Le dije que no se preocupara, que yo pagaría el viaje de ida y vuelta».

Así pues, pusieron al joven Ronaldo al cuidado de una azafata durante la hora de vuelo a Lisboa, con una tarjeta de identidad colgada del cuello. En un gesto poco habitual de unidad, sus padres, sus hermanas y su hermano fueron a despedirle. Más adelante recordaría el llanto de su familia. Al despegar el avión, él mismo no pudo contener las lágrimas.

En un artículo sobre Usain Bolt en el *Observer*, Benjamin Markovits, un exbaloncestista estadounidense que se convirtió en escritor, dijo que «los atletas dependen más que otras personas de los mitos que puedan contar sobre sí mismos». Salir de Madeira por primera vez en su vida tomó una dimensión mítica en el recuerdo de Cristiano. Quedó como un rito de iniciación que marcó el fin de su anonimato y su lanzamiento al camino de la fama y la fortuna.

Tal y como recordaba el propio Ronaldo en una de sus primeras memorias: «A los diez años me fui a vivir a Lisboa... Mi madre siempre me había dicho: “Hijo, no voy a permitir que un día me mires a la cara y me digas que no fuiste futbolista por mí. O por tu padre. Lucha por tu sueño...”. Cuando el avión despegó, empezaron a caerme lágrimas por las mejillas. Así es la vida... No diría que me abandonaron, más bien que me dejaron solo por un tiempo. Fue la época más difícil de mi vida».

Evidentemente, no está claro hasta qué punto influyeron los motivos económicos en su viaje al Portugal continental, pero la persona que lo organizó me insistió en que el joven Ronaldo no se vio completamente

abandonado. Y es que hay una versión mítica de que el chico voló solo a Lisboa, quedando a la deriva en el mundo, que no encaja del todo con los recuerdos de Freitas. Es más, según me explicó, él mismo acompañó a Cristiano: «Mi esposa tenía que ir a una revisión médica a Lisboa, y el Gobierno pagaba su vuelo y el mío, así que viajamos hasta allí y nos alojamos en casa de unos amigos en Bucelas [un pueblo cerca de Lisboa]».

Fueran cuales fueran los detalles exactos del trayecto, es evidente que para un chaval de su edad, que nunca había salido de su isla, la experiencia fue definitoria.

Cristiano pasó la noche en la residencia contigua al viejo estadio José Alvalade del Sporting. Al día siguiente, De Freitas le hizo una visita guiada por las instalaciones del club y le dejó en manos de uno de los entrenadores, Osvaldo Silva, para una sesión de prueba. «Este chico es espectacular. Es un diamante, pero un diamante en bruto. Solo necesita trabajo. No me cabe duda que tenemos un gran jugador en potencia», le dijo Silva después de concluir la primera sesión.

Dos días más tarde, De Freitas recibió una llamada de Aurélio Pereira: «Este chico es muy bueno. De hecho, es tan bueno que los jugadores del primer equipo han venido a los entrenamientos para verle jugar».

Ronaldo quedó a cargo de Silva para seguir entrenando a prueba. Pereira tuvo que escribir un «informe formal» para convencer al club de que merecía la pena retener al chico: «Cristiano es un jugador con un talento excepcional y una técnica muy desarrollada. Es especialmente notable su habilidad para encarar y superar al adversario, ya sea parado o en movimiento. Tiene una gran variedad de regates y es muy bueno con los pies, valiente e intrépido».

La pregunta que surgió entonces era cómo valorar a Ronaldo. «El Nacional debía dinero al Sporting, porque habían fichado a un jugador de Odivelas FC que antes había pasado por las categorías inferiores del Sporting», recordaba posteriormente Pereira. «La cantidad rondaba los veinticinco mil euros, y el Nacional propuso pagar la deuda con Cristiano Ronaldo. Después de verle en una prueba en Lisboa, accedí. Pronto comprendí que era un buen trato para nosotros, aunque los contables me dijeron que estaba loco.» Los directores de fútbol del Nacional no tardaron en darse cuenta de lo barato que habían dejado ir al mayor talento que Madeira ha dado.

El primer contrato de Ronaldo con el Sporting se firmó en 1997, después de que Pereira viajara a Madeira y asegurara a Dolores que el club cuidaría bien de su hijo. Entre las condiciones estaba cubrir los gastos de tres viajes anuales de Dolores a Lisboa, así como un sueldo de diez mil euros para su hijo, que se ingresarían en una cuenta familiar. El club también se comprometió a pagar al jugador viajes a Funchal para visitar a su familia, y viceversa.

Me reuní con Pereira en abril de 2017, durante una conferencia sobre fútbol organizada por el Sporting en Lisboa. Este hombre afable y de voz suave no parecía corrompido por sus contactos con la fama ni por su inmensa reputación. Es uno de los «buenos» del fútbol. Hablaba sin alardear de su contribución a la carrera de Ronaldo, recordando aquella primera época con el afecto natural que cualquier maestro siente por su mejor alumno, reclamando pocos méritos para sí: «Para Ronaldo fue muy difícil venir a Lisboa de Madeira, a su edad, con sus orígenes sociales y familiares. Sabíamos que tenía talento, pero había mucho trabajo que hacer con su desarrollo físico y

psicológico. [...] Era fundamental trabajar en los aspectos psicológicos [...] Llegó sintiéndose alejado de su padre; naturalmente, le quería como hijo, pero se estaba rebelando contra él, huía de él, por su alcoholismo. [...] En su primera época en Lisboa, sentía mucha nostalgia. Echaba de menos a su familia, los otros chicos se burlaban de él por su acento de Madeira, y eso le molestaba mucho: sentía que no tenía ningún amigo. [...] Sin embargo, en el campo, todo el mundo se quedaba impresionado con su personalidad. No solo yo y el resto del cuerpo técnico, sino también los otros chicos. Era como si un OVNI hubiera aterrizado sobre nosotros. No solo jugaba mejor, lo hacía de una manera que no habíamos visto antes. Desde el principio demostró una pasión extraordinaria por el juego, un auténtico deseo de mejorar en cada entrenamiento, en cada partido. Quería ser profesional. No podíamos convertirnos en sus padres, pero sí ofrecerle una familia de la que sentirse parte, en la que integrarse, y donde se le respetara como ser humano.»

La academia del Sporting era una institución que se enorgullecía de alimentar el talento y permitir que creciera con las mínimas interferencias: solamente intervenían cuando se estimaba necesario corregir algunos de sus rasgos de personalidad más negativos. «No queríamos que Ronaldo se sintiera intimidado o reprimido. Veíamos que era individualista e intentamos enseñarle que no tenía sentido driblar con la pelota si no venía bien al equipo. Su confianza en sí mismo no paraba de crecer. Empezó a decir: “Soy el mejor”. Y creía en sí mismo... Lo que más me llamaba la atención era la energía que ponía en su juego, su habilidad natural, su fuerza de voluntad y la confianza en todo lo que hacía.»

Otros que tuvieron un contacto directo fuera del campo con un Cristiano aún físicamente inmaduro durante su primera época en Lisboa vieron también en él un espíritu inquieto aunque resuelto: «Parecía delgado como el resto de los chicos, pero era bastante nervioso —recordaba Maria José Lopes—. No podía estarse quieto. Siempre parecía tener prisa de llegar al entrenamiento a tiempo.» Maria José formaba parte del personal de limpieza del hostel destartalado cerca de la plaza Marqués de Pombal que el club alquilaba en aquellos tiempos para alojar a los dieciséis jóvenes a su cargo. Fue antes de inaugurar una residencia moderna y más acogedora dentro de su nueva academia en 2002.

Había tan poco espacio en la habitación 34 que Ronaldo compartía con otros chicos que Maria José recordaba cómo abría la puerta y pasaba a duras penas junto a su cama, cuya cabecera estaba junto a un bidé, al lado de la única ventana.

Tal vez no sea extraño que a Ronaldo le costara adaptarse durante aquellos primeros años lejos de la isla que le vio nacer. Pero más tarde también recordaría aquella época como un momento formativo en el que su personalidad se desarrolló, en el que luchó y se labró un futuro mejor, por méritos propios: sus éxitos posteriores fueron una continuación de aquella infancia.

El traslado a Lisboa le permitió pasar página de una parte aún más difícil de su vida: su infancia maltrecha en Madeira, enturbiada por el alcoholismo perturbador de su padre y la creciente separación entre sus padres y quienes los rodeaban. Lisboa fue una liberación: «Me acuerdo de que cuando éramos pequeños pasábamos mucho tiempo detrás de las chicas o jugando al pimpón, y Cristiano jugaba y jugaba



hasta que ganaba», recordaba Paixão, su compañero de habitación en la academia.

Pero no todo era diversión y juegos. Los domingos eran especialmente duros para el joven Ronaldo, ya que ese día no se jugaba al fútbol en la academia. «Era cuando los chicos pasaban tiempo con su familia», recordaba Leonel Pontes, nacido en Madeira y uno de los primeros entrenadores de Ronaldo en el Sporting. «Todos menos Cristiano, que no tenía quien le visitara. Me lo llevaba a casa para comer con mi familia. Solía hablar por teléfono con su madre, y me decía que estaba triste, que lloraba cada vez que hablaban. Cuando estaba con nosotros, nunca lloraba.»

Otros le recuerdan como un chico egocéntrico que no aceptaba las críticas de sus compañeros y que solo se ocupaba de sí mismo. En cierto momento, se hizo tan petulante que otro entrenador, Luís Martins, decidió castigarle dejándole fuera de la convocatoria para un partido en Madeira. Ronaldo lo recordaría posteriormente como el peor castigo que haya sufrido en su vida.

«Le dejé en Lisboa porque tenía que aprender una lección: que sus compañeros eran tan importantes como el entrenador y los empleados del club, y que merecían más respeto por su parte. Solía enfadarse mucho, culpando a sus compañeros por burlarse de su acento. Su madre entendió nuestra medida. También apoyó la decisión del club.»

Fue un riesgo, especialmente teniendo en cuenta que, durante sus primeros meses en Lisboa, Cristiano estaba tan nostálgico que su concentración empezó a verse afectada por una depresión cada vez más profunda. El club no vio otra opción que ponerle en un avión a Madeira y dejar que terminara la temporada jugando con el Nacional. Durante unos meses, dio la impresión de que el sueño de estrellato que

Dolores había alimentado en su hijo había sido una lucha contra molinos de viento, no contra gigantes.

Sin embargo, al cabo de menos de un mes, aquel pesimismo se esfumó, de nuevo gracias al padrino de Ronaldo, Fernando Sousa, que se reunió con Dolores y la obligó a poner los pies en la tierra para levantarle los ánimos. Según ella, su hijo tenía *saudades*. Es la palabra que emplean los portugueses para describir un sentimiento que consideran una característica cultural del país, pero que no resulta fácil de traducir. En su sentido literal, significa «una profunda melancolía». Sin embargo, tal y como señala Barry Hatton en *The Portuguese*, es «una emoción agrisulce, pues su expresión de pérdida, dolor y tristeza también lleva esperanza de un mañana mejor, y manifiesta deseo a la vez que recuerdo».

Se considera una parte profunda de la identidad lusa, derivada de su historia como tierra de exploradores, que resuena a través de aquellos que se fueron y quienes se quedaron en Portugal continental. Hatton la considera un ingrediente clave en el carácter unido de la sociedad lusa dentro de comunidades vecinales, conocido como *bairrismo*. Y para explicarlo señala a las decenas de miles de emigrantes portugueses en Europa que vuelven en masa cada agosto para pasar un mes de vacaciones con sus familias. Es lo que llaman matar *saudades*, que significa acabar con el sentimiento de *saudade* regresando *a sua terra*.

El padrino Sousa logró matar el sentimiento de *saudade* de Ronaldo y le devolvió al camino de su destino: «Le dije a Dolores: “Ya basta de *saudades*. Ronaldo tiene que volver al Sporting. Tiene en su mano la llave para el futuro de la familia, y la familia tiene que ser fuerte, como él. Yo me ocuparé de todo. Ten fe en Cristiano. Va a ser un gran

jugador”. Entonces llamé a Pontes, el entrenador, y le dije: “¿Puedo mandarle de vuelta?”. Y me dijo que sí. Ronaldo ya no tuvo más *saudades*. A partir de entonces se centró en su fútbol. Varias semanas después, Aurélio Pereira, el directivo del club que había arriesgado su reputación llevándole a Lisboa, le preguntó directamente: “¿Quieres seguir llorándole a tu madre o quieres jugar al fútbol?”. La respuesta de Ronaldo fue inequívoca: fútbol».

Para entonces, las notas de Cristiano en la escuela habían mejorado. Y lo que era más importante para el club, estaba creciendo como futbolista, física y mentalmente, desafiando a aquellos que se mofaban de él por su tamaño. Como él mismo dijo más tarde: «Recuerdo la primera vez que oí a uno de los chicos decirle a otro: “¿Has visto lo que ha hecho? Este tío es una bestia”. Empecé a oírlo constantemente. Incluso a los entrenadores. Y entonces alguien siempre decía: “Sí, lástima que sea tan pequeño”. Es cierto, era delgado. No tenía músculo. Así que a los once años tomé una decisión. Sabía que tenía mucho talento, pero decidí trabajar más duro que con todos los demás.»

Tal era su determinación que durante una época salía de su habitación al amanecer, trepaba un muro y un tejado que había cerca y se colaba por una ventana trasera del gimnasio del club sin que nadie le viera. Allí utilizaba las pesas y una máquina de correr para trabajar sus músculos y su resistencia. «Además de perfeccionista, era un poco rebelde, tanto que ponía a prueba su velocidad delante de los coches en los semáforos. Pero era demasiado joven para entrenar tanto fuera de horas: tuvimos que poner cerrojos especiales en la puerta y las ventanas del gimnasio», recordaba Pereira.

Como director de categorías inferiores, Pereira ejerció una fuerte influencia sobre Cristiano, no solo como entrenador, sino como mentor. Creyó que su responsabilidad era infundir personalidad a los chicos que estaban a su cargo, así como asegurarse de que el fútbol se convertía en parte de su alma. Como explicó al periodista Guillem Balagué: «Les hacíamos entender que cometer errores forma parte del proceso de aprendizaje. Necesitábamos sembrar las semillas que más tarde darían sus frutos. Esa es la educación futbolística que recibió Cristiano».

No era un chico de trato fácil. En el colegio, cuyas clases pagaba el club, era popular entre sus compañeros, pero se labró fama de mal comportamiento. Según admitía el propio Ronaldo: «No era tonto, pero tampoco me interesaba el colegio. Me expulsaron por tirar una silla a un profesor. Me había faltado al respeto».

Sin embargo, gracias al apoyo de Pereira y Leonel Pontes en la Academia del Sporting, Cristiano superó la nostalgia y encontró el norte. La época de «llorón» apenas duró unos meses. En su segundo año en el club, ya había empezado a ganarse el respeto entre sus compañeros, compartiendo responsabilidades como recoger pelotas durante los partidos del primer equipo en el viejo estadio José Alvalade. El poco dinero que recibía lo gastaban compartiendo pizzas y yendo al cine después del partido.

«A los doce años ya era un líder, igual que ahora; no importaba qué partido fuese», recuerda Pontes. «En el fútbolín estábamos igualados, pero al pimpón siempre me ganaba, tenía muy buena técnica y yo me reía cuando intentaba mostrar cómo se hacía.»

Conforme la promesa del equipo se iba convirtiendo en aprendizaje adolescente, siguió demostrando más talento y confianza en sí mismo

que sus compañeros. A los catorce años, ya jugaba con chicos al menos un año mayores en el equipo sub-17 del Sporting. Hugo Pina, uno de esos compañeros mayores, recordaba en una entrevista para Sky TV que Cristiano «quería hacerlo todo, independientemente de su edad: quería tirar las faltas, los córneres, los penaltis... Era un año menor que nosotros y pensábamos: “¿Qué demonios quieres?”. Nos enfadábamos con sus reacciones y sus exigencias, pero al cabo del día veíamos que era mejor que nosotros. Al final le dábamos el balón y le mirábamos admirados. Era mucho más fácil ganar los partidos con él».

Pina acompañó a Ronaldo varias veces en sus vacaciones a Madeira. Aún recuerda despertar por la mañana y ver que Cristiano ya estaba jugando con el balón. Más tarde entrenaba poniéndose pesas en los tobillos y subiendo las pendientes escarpadas de Funchal, antes de seguir jugando al fútbol con sus amigos de la isla.

A esas alturas, con catorce años, Ronaldo ya no tenía dudas de que podía llegar a ser profesional. Entonces acordó con su madre dejar los estudios para centrarse totalmente en el fútbol. Sin embargo, un año después, un chequeo médico reveló que tenía un soplo congénito en el corazón, que provocaba una aceleración del pulso estando en reposo. Se corrigió con cirugía láser no invasiva. En aquel momento no se divulgó demasiado la noticia, pero posteriormente pasaría a formar parte de la historia oficial de Ronaldo. No lo hizo como una señal de fragilidad, sino, al contrario, como un ejemplo más de su resiliencia.

Una noche, Ronaldo y un grupo de promesas del Sporting fueron asaltados en una calle de Lisboa por una pandilla armada con navajas. Una leyenda del club cuenta cómo un despabilado Ronaldo, que había crecido en el barrio más pobre de Funchal, fue el único que les plantó

cara y se defendió de los agresores. El chico flaco de Madeira estaba empezando a ocupar su lugar en el mundo.

## Pequeño gran hombre: Messi

La hormona del crecimiento es esencial para el crecimiento y el desarrollo. Se produce en una glándula situada en la base del cerebro, la glándula pituitaria... Si un niño no tiene suficiente hormona del crecimiento, la velocidad de crecimiento es mucho menor y la altura final se reduce.

SOCIEDAD DE ENDOCRINOLOGÍA

*L*eo Messi tenía nueve años cuando sus padres comprendieron que la única esperanza de que tuviera una carrera lucrativa como futbolista profesional era seguir el consejo del médico. Nadie dudaba que el chico tenía un inmenso talento, pero a este niño prodigio le habían diagnosticado una deficiencia de hormona del crecimiento. Si se dejaba en manos de la naturaleza, su estatura y complexión serían tan reducidas que le dejarían en clara desventaja con los demás jugadores (en aquel entonces o cuando ya fuera adulto).

A sus nueve años, Messi medía 1,27, aproximadamente diez centímetros menos que la altura media de un chico de su edad. Si su tamaño hubiera venido limitado por factores genéticos (es decir, si hubiera nacido enano), los médicos no podrían haberle prescrito nada

para cambiar su altura de adulto. Pero el hecho de que Messi padeciera una deficiencia hormonal significaba que la ciencia tenía una solución.

Cerca estaba el doctor Diego Schwarzstein, endocrinólogo argentino que había vuelto a Rosario después de trabajar en Barcelona entre 1989 y 1994. Era seguidor de toda la vida de Newell's Old Boys. El club le confiaba la supervisión del desarrollo físico de sus más jóvenes jugadores. La entidad fue la que sugirió que se le hiciera una revisión al muchacho, que parecía el mejor con diferencia entre sus compañeros, aunque también era demasiado menudo para su edad. Su apodo era «la Pulga», porque su tamaño ocultaba la magnitud de su impacto en el terreno de juego, al menos cuando se jugaba entre niños.

«No te preocupes, algún día serás más alto que Maradona. No sé si serás mejor, pero seguro que más alto.» Esas fueron las palabras que le dijo Schwarzstein a Messi cuando lo conoció, acompañado de sus padres, en su clínica privada de Rosario. Aquella primera visita fue el 31 de enero de 1997: una fecha que el doctor no olvida, pues era su cumpleaños.

La hormona del crecimiento artificial estaba patentada por un laboratorio estadounidense y llevaba en el mercado desde los años ochenta, pero aún no se usaba mucho en Argentina y era bastante cara. Schwarzstein la conocía bien desde su paso por Barcelona, una ciudad que siempre se ha enorgullecido de poseer una práctica médica pionera, además de un arte innovador. El tratamiento consistía en una inyección diaria en la grasa subcutánea, normalmente por la noche, para encajar en el ciclo natural del cuerpo y producir la hormona del crecimiento. El médico aseguró a los padres de Messi que el tratamiento era bastante sencillo: había muchas más probabilidades



de que tuviera resultados positivos que efectos secundarios duraderos. «Alrededor de uno de cada veinte mil argentinos nacían con un déficit de hormona del crecimiento. Messi era uno de ellos», recordaba Schwarzstein años después.

En realidad, la investigación en el tratamiento hormonal no era concluyente para nada. Otros miembros de la profesión médica argentina siguieron siendo mucho más cautos en su enfoque del tema. Siete años después de que los Messi visitaran por primera vez a Schwarzstein, uno de los más importantes periodistas deportivos de Argentina, Julio Marini, acudió a un especialista de Buenos Aires en busca de consejo, preocupado porque su hijo pequeño era mucho más pequeño que la mayoría de sus compañeros. Marini nunca olvidaría la conversación que tuvieron: le dijeron que había demasiados riesgos, incluidos problemas con la estructura ósea, los músculos, los ligamentos. Incluso riesgo de desarrollar tumores en los tejidos de la piel.

Impactados por las palabras del médico, Marini y su mujer decidieron al instante no seguir el tratamiento. Aquella visita hizo reflexionar al periodista sobre Messi y el riesgo que corrieron sus padres: «Primero pensé en mi hijo, evidentemente, y pensé que tenía que aceptar el consejo del médico. Pero luego me hizo pensar en Messi, y ahora me pregunto si el tratamiento estaba justificado en su caso, simplemente por el grandísimo jugador que ha acabado siendo».

En este punto, cabe recordar que Messi no fue la primera leyenda del fútbol argentino que contó con ayuda médica para su desarrollo físico. Cuando Diego Armando Maradona tenía ocho años, Francisco Cornejo, su entrenador en el Cebollitas, equipo de las categorías inferiores del club bonaerense Argentinos Juniors, le llevó a ver al

Cacho Paladino, médico de dudosa reputación especializado en fortalecer el cuerpo de boxeadores con una mezcla de drogas y vitaminas sin especificar. Otro equipo de fútbol local, el Huracán, también utilizaba sus servicios.

Cuando Maradona fue a ver a Paladino, le pusieron un programa intensivo de pastillas e inyecciones sin identificar, según me explicó Cornejo: «Diego era tan pequeño cuando le llevé a ver a Paladino que parecía no ser lo suficientemente fuerte. Yo quería que Paladino le agrandase, lo hiciera engordar y crecer. Así que le pedí al médico que le diera vitaminas y otras cosas para que lo ayudasen a desarrollarse. “Cacho, arreglalo, que este pibe va a crecer hasta llegar a ser una estrella”, le dije».

Recuerdo que conocí a Paladino mientras me documentaba para escribir la biografía de Maradona. Era un hombre corpulento con una actitud seca y práctica ante la vida que le había granjeado las simpatías de jugadores y entrenadores. Entró en contacto con Maradona en un momento en que no había ninguna formación especializada para la profesión de médico deportivo, y cuando las autoridades del fútbol y el boxeo argentinos aún no habían desarrollado un modo eficaz de regular los métodos y las prescripciones con las que los médicos podían tratar a los atletas. Paladino me dijo sin pestañear: «Cuando terminé con él, era como un potro de carreras».

Maradona fue a ver a Paladino por primera vez en 1968. A pesar de que su consumo de estupefacientes de adulto es bien conocido, el jugador siempre ha negado haberse drogado para mejorar su rendimiento. Dos décadas después, la medicina deportiva ya era más sofisticada en general y, en el caso de Messi, mucho más transparente. Su tratamiento con hormonas del crecimiento exigía que se inyectara

cada noche con un instrumento parecido a un bolígrafo, más fácil de utilizar que una jeringa, alternando el punto de administración entre los brazos y las piernas. Schwarzstein se enorgullece de haber sido una de las personas que contribuyeron a facilitar el ascenso del jugador al estrellato, e insiste en que las inyecciones no eran invasivas y tenían menos efecto sobre la piel de Messi que una picadura de mosquito.

En una entrevista con el periodista irlandés Richard Fitzpatrick, Schwarzstein también rechazaba la sugerencia de que el tratamiento pudiera haber influido en la personalidad de Leo. Considera que Messi simplemente es una persona introvertida: «Era un niño muy agradable. No era tímido: una vez rompías el hielo y empezabas a hablar con él, al principio solía hablar mucho de fútbol, pero era introvertido. Una cosa es preferir guardarse las cosas para uno mismo, y otra es sentir ansiedad al expresar sentimientos, tener miedo de no decir lo adecuado. Y luego está el ser introvertido, preferir guardarse las cosas para uno mismo. Leo no es tímido. Es introvertido. Reservado».

Los compañeros de Messi en las categorías inferiores le recuerdan como un chico abierto y extrovertido, pero solo entre el círculo íntimo de amigos. Fuera del campo de fútbol se encontraba menos cómodo con el mundo, tal vez porque desconfiaba de él. El tratamiento, del que sus padres hablaron lo justo y necesario, le separó más de los compañeros. Le hizo sentirse distinto. Sería extraño pensar que Leo se cuestionara en ese momento la índole del amor de sus padres por hacerle soportar el tratamiento. De hecho, se involucró mucho en él, pues representaba una poción mágica. Aparentemente, el reto que supuso para su autoestima alimentó en él una resolución todavía mayor de centrarse en aquello que amaba y podía hacer bien: el fútbol.

Al someterse al tratamiento, Leo Messi echó mano de su fortaleza y de la ayuda que la ciencia podía ofrecerle.

El programa exigía monitorizar la dosis con regularidad y revisar el instrumento más adecuado para su aplicación, al menos hasta que cumpliera los dieciséis años, edad en la que supuestamente debería haberse logrado la «recuperación» del crecimiento.

Messi tenía un kit de estimulación hormonal en un maletín, que llevaba consigo en viajes escolares y visitas a casas de amigos. Algunos le veían inyectarse con una mezcla de incredulidad y lástima. En algunas ocasiones, lloraba y no podía entrenar por el dolor. Tal y como recordaba Franco Falleroni, uno de sus compañeros de infancia, la aguja era muy fina y de la longitud de una uña. Cuando iba a casa de los padres de Falleroni, metía el kit en el congelador, luego lo sacaba y se inyectaba en el muslo.

Los padres de Messi decidieron dar luz verde al tratamiento tras sopesar las esperanzas que tenían depositadas en el niño frente a los posibles riesgos para su salud. También conllevaba riesgos económicos. El coste del suministro de hormonas ascendía a mil trescientos dólares al mes, cantidad que el padre de Messi cubrió inicialmente con el seguro médico de su empresa, la compañía metalúrgica Acindar, y con la ayuda de dos amigos de Rosario que trabajaban como representantes de futbolistas.

Sin embargo, cuando el siglo XX tocaba a su fin, Argentina, un país rico en recursos naturales, pero históricamente propenso a la inestabilidad política y económica, se sumió en su peor crisis de los últimos años, bajo el Gobierno del presidente centrista Fernando de la Rúa, de Unión Cívica Radical. La pérdida de confianza en la capacidad

del Gobierno para lidiar con un déficit desorbitado en el sector público, unida a la elevada tasa de desempleo, desencadenó una huida de depósitos bancarios, que a su vez provocó el famoso corralito: la prohibición oficial de sacar ahorros.

En un clima de desintegración política, llegó a haber rumores de que Maradona iba a presentarse a la vicepresidencia del país en la lista de su amigo, el expresidente peronista Carlos Menem, a pesar de que este se enfrentaba a una acusación por un escándalo de exportación ilegal de armas.

La crisis condenó a la clase obrera argentina a la pobreza y dejó a las familias de clase media con dificultades para pagar sus facturas. Entre ellos estaban los Messi, especialmente cuando Acindar retiró el seguro médico que cubría el tratamiento de Leo y amenazó con despedir a Jorge.

Al principio, Jorge recurrió a Newell's Old Boys en busca de ayuda. El club tampoco era una nave feliz en esos momentos. Su presidente, el empresario local Eduardo López, había convertido la entidad en su feudo desde que accedió al cargo, en 1994.

Las necesidades de la familia Messi se consideraban mucho menos prioritarias que las de los barras bravas, el grupo de aficionados violentos que actuaban como ejecutores de López, así como menos apremiantes ante los turbios acuerdos para traspasos de jugadores de categorías superiores. El club aceptó a regañadientes la solicitud de ayuda económica de Jorge Messi. Sin embargo, al poco tiempo, empezó a pagar menos de lo que costaban las inyecciones y a saltarse los pagos directamente.

Cada vez más preocupado por el futuro de su hijo, Jorge Messi se puso en contacto con el gigante bonaerense River Plate, para ver si

estarían interesados en comprar a su hijo al Newell's y pagar su tratamiento. Según Federico Vairo, uno de los entrenadores de las categorías inferiores de River en aquella época, Messi brilló en la sesión de prueba, haciendo caños a adversarios mucho más altos que él, mostrando sus habilidades en el regate, y marcando un gol como los muchos que estaba acostumbrado a anotar en Rosario.

Sin embargo, el departamento de categorías inferiores del club no creía que la entusiasta descripción de Messi que hizo Vairo, «una mezcla de Sivori y Maradona», fuera razón suficiente para hacerse cargo del chico, y la cosa no prosperó. Los directivos decían que no podían permitirse el riesgo de contratar a un chico más pequeño de lo normal solo porque su padre afirmara que era un niño prodigio.

Las razones por las cuales Newell's y River Plate negaron su ayuda a la familia Messi siguen siendo una polémica sin resolver. Vairo lo achacó a intereses personales de exjugadores de River en otro club (Renato Casarini) que aportaba jugadores jóvenes a la cantera del River. Según Julio Marín, veterano periodista de fútbol argentino, a pesar de la crisis económica que vivía el país en aquel momento, tanto Newell's como River tenían recursos suficientes para invertir en Messi y su tratamiento, pero simplemente infravaloraron su potencial: «La realidad es que nadie de Newell's ni en River Plate ha asumido nunca la responsabilidad de dejar escapar a Messi. En Argentina, todo el mundo se quiere colgar la medalla de una historia de éxito, pero nadie confesará haber cometido un importante error de juicio, nadie ha dicho nunca: “Cometimos un error”».

Fueran cuales fueran los motivos por los que los clubes de Argentina rechazaron a Leo, al comienzo del nuevo milenio, la familia Messi

estaba dispuesta a considerar ofertas de allende los mares. Entra en escena el F. C. Barcelona.

Josep Maria Minguella negoció algunos de los fichajes más exitosos del F. C. Barcelona, entre ellos de grandes estrellas como Hristo Stoichkov, Diego Armando Maradona y los brasileños Romário y Rivaldo. Cumplidos los setenta años, Minguella es una persona diestra con los medios de comunicación que había vivido y mamado al Barça desde los cinco años, cuando su padre, otro fanático del club, le hizo socio.

Conocí a Minguella a mediados de los años noventa, cuando nos reunimos para hablar de Maradona, cuyo contrato con el F. C. Barcelona ayudó a negociar en 1982. Desde entonces hemos mantenido el contacto, intercambiamos comentarios periódicos sobre fútbol español y sudamericano, y nuestras conversaciones se animan con el tema del legado duradero de Johan Cruyff y Leo Messi.

En 2016, fui a visitarle a su casa en el barrio barcelonés de Pedralbes, donde viven los ricos y poderosos de la capital catalana. Lo que ahora es su residencia de jubilación estaba más tranquila que la primera vez que acudí a hablar de Maradona, cuando también funcionaba de oficina, pero el edificio conservaba la misma magnificencia discreta, con un jardín tropical descuidado poblado de loros de distintas especies.

Sabiendo que estaba investigando para este libro, Minguella me invitó personalmente a acudir a la ceremonia de inauguración de una calle en honor de Johan Cruyff, fallecido seis meses antes. El evento fue idea de Francesc Llobet, acérrimo seguidor de Cruyff y joven alcalde de Vallfogona de Riucorb, una pequeña población de noventa y

seis habitantes, recogida al pie de los Pirineos. Se celebró el 9 de septiembre de 2016, en honor del dorsal que Cruyff lució cuando fichó por el Barça, tras pasar por el Ajax.

«Johan Cruyff cambió el país y cambió el Barcelona. Nos enseñó a no tener miedo ni como club ni como país, y también dejó huella en el Barcelona durante su época de jugador y entrenador», dijo el joven alcalde a los presentes, entre ellos un grupo de seguidores de Cruyff liderados por Joan Laporta, expresidente del Barça y político independentista.

Después de la ceremonia, Minguella y yo fuimos a comer caracoles y cochinillo a Guimerà, pueblo medieval donde nació Josep Maria, antes de volver a Barcelona con la agradable sensación de haber homenajeado al legendario Johan Cruyff y haber hablado de Messi, un jugador que debe parte de su éxito a la influencia del holandés en el F. C. Barcelona y a la mediación de Minguella.

Así fue como Minguella me explicó la historia: «En esa época de crisis financiera en Argentina, yo estaba en la primera línea de este trabajo como agente en Barcelona; tenía muchos jugadores, afortunadamente. Entonces un amigo argentino, Juan Mateo Walter, me llama y me dice : “José María, aquí hay un chaval en Rosario que creo es un fenómeno”. Yo pensaba que era un chaval de dieciséis o diecisiete años, pero Juan me dice: “Tiene doce años, va a cumplir trece”. Mi primera reacción fue: “¡Hostia! ¿Qué voy a hacer con un chaval tan joven?”. Pero después me mostró un vídeo del chaval yendo directamente a portería, sin hacer toques con el balón y con un hambre enorme de llegar a la portería..., y dije: “Bueno, vamos a ver qué hacemos”». Corría febrero de 2000.



En septiembre de ese mismo año, Leo y su padre Jorge viajaron a Barcelona, con el vuelo y el alojamiento pagados por Minguella. El representante había estado tramando un plan durante los meses anteriores, y esperaba que sedujera tanto a la familia Messi como al F. C. Barcelona, pues estaba hecho a medida para satisfacer los intereses del jugador y del club.

Los Messi se alojaron en el Catalonia Barcelona Plaza, un hotel de cuatro estrellas con piscina en la azotea y terraza con vistas panorámicas de la ciudad. El gerente del hotel era hijo de una leyenda del Barça, Domingo Balmanya, y ofreció un trato especial a sus huéspedes argentinos.

La suite donde durmieron los Messi tenía servicio de habitaciones las veinticuatro horas y todas las comodidades modernas, además de unas vistas magníficas de una de las plazas más grandes de Barcelona al pie de la pintoresca montaña de Montjuic, y hasta la majestuosa plaza de las Arenas de la ciudad. Para los Messi, aquella primera experiencia de la vivacidad económica y la diversidad cultural de la capital de Cataluña, región de donde provenían sus ancestros, debió de ser increíblemente atractiva, en contraste con el pesimismo que habían dejado atrás temporalmente en Rosario.

Minguella conocía muy bien el poder del fútbol en Cataluña, especialmente del F. C. Barcelona. También había aprendido mucho de su experiencia representando a otros jugadores latinoamericanos, futbolistas que, aunque encontraban agradable el clima mediterráneo de Barcelona, pensaban que los catalanes más nacionalistas eran demasiado cerrados de mente, cosa que les hacía sentir nostalgia.

Maradona recordaba su estancia en Barcelona como «el periodo más infeliz de mi carrera», especialmente cuando pasó su primera

navidad lejos de Argentina. Minguella quería suavizar, como solo él podía hacerlo, el aterrizaje de Messi en un territorio desconocido para él.

Para Leo, el simple hecho de pisar uno de los campos de entrenamiento del Barça era como entrar en el País de las Maravillas. Sin embargo, Minguella recuerda que aquella apuesta personal no empezó con buen pie.

El F. C. Barcelona acababa de elegir nuevo presidente, el hotelero Joan Gaspart, que mostró poco interés por Messi cuando Minguella le habló del chico. A pesar del historial de Minguella y de haber traído a Maradona y a otros jugadores clave al Barça, Gaspart le dijo que, cuando se fichó a Maradona en 1982, el Pelusa tenía veintipocos años y acababa de disputar un Mundial como estrella de la selección argentina. Muchos de los grandes éxitos de Minguella tenían una edad parecida y contaban con una experiencia considerable en fútbol de clubes antes de fichar por el F. C. Barcelona.

Sin embargo, Messi ni siquiera era un adolescente y apenas le conocían fuera de Rosario, donde lo más cerca que había estado de jugar con el primer equipo de Newell's Old Boys había sido dar unos golpes al balón durante el descanso, para amenizar al personal.

La principal preocupación de Gaspart era la mala situación del primer equipo culé en comparación con el Real Madrid, que parecía haberse asegurado una época dorada después de gastar cantidades insólitas de dinero. Todo comenzó por el golpe de efecto de fichar a Luís Figo de las filas del Barça, una deserción que provocó un disgusto imperecedero en aficionados y empleados del club.

Mientras el nuevo presidente del Real Madrid, el rico y políticamente influyente Florentino Pérez, alardeaba de la nueva era

de galácticos en su club, Gaspart no tenía tiempo para plantearse invertir en un argentino menor de edad que seguía un programa de tratamiento con hormonas del crecimiento.

«Me acuerdo de que Gaspart me dijo: “Tú estás aquí conmigo para ganar la liga..., no para traerme a un chaval menor de edad desde Argentina, que cuando sea mayor yo ya no estaré de *president*”», recordaba Minguella.

Al final resultó que Gaspart tenía razón en esto último, pues su presidencia duró poco tiempo (tres años), mucho menos que la de su predecesor, el incansable Josep Lluís Núñez, a quien había servido fielmente como vicepresidente durante veintitrés años.

La postura de Gaspart generó frustración y disgusto en Minguella, pues para él reflejaba el mal gobierno general y la falta de visión del F. C. Barcelona. Estas dudas de Minguella acerca de Gaspart formaban parte de una opinión ampliamente compartida dentro y fuera del club: el Barça estaba estancado después de los años dorados de Cruyff como jugador y posteriormente como entrenador, con problemas con traspasos sospechosos y la sobrevaloración de ciertos jugadores. Todo unido a unos resultados relativamente pobres en Europa de la mano de Louis van Gaal.

Minguella afirma que Leo Messi «para ellos no era una inversión. Lo que querían eran jugadores para el primer equipo, y hubo cinco fichajes desastrosos aquel verano en contra del consejo de Rexach y mío... Firmaron a De la Peña, Gerard López, Alfonso, Overmars, y Petit... Gastaron de mala manera el dinero obtenido por Figo, trayendo jugadores con poco potencial de desarrollo o poco capaces de darle un valor añadido a un equipo que estaba en crisis».

Gaspart no era el único con el que Minguella tuvo problemas. Dos veteranos influyentes en la dirección deportiva y la política de fichajes del club (Migueli y Asensi) le dijeron: «Claro que este chico juega un fútbol precioso como el de Maradona, pero lo van a matar: solo pesa doce kilos; le van a matar si sigue siendo de este tamaño».

Y luego quedaba el tema familiar. Jorge Messi se sentía inquieto. No tenía trabajo ni perspectivas laborales. Además, los dos clubes argentinos en los que confiaba le habían traicionado. En cuanto a su hijo, la interrupción de su tratamiento hormonal (por falta de fondos) corría el riesgo de perjudicar su bienestar y dañarle mental y físicamente. Mientras miles de argentinos huían de la crisis del país emigrando a España y echando raíces en un país por entonces próspero, su hijo estaba encerrado en un hotel sin ninguna oferta sobre la mesa.

En Rosario, amigos y vecinos se sentían desinformados y preguntaban por el paradero secreto de Leo. Como le explicaba su compañero de equipo de la infancia Franco Falleroni al periodista irlandés afincado en Barcelona, Richard Fitzpatrick: «Pasa un mes sin ver a Messi. Estábamos entrenando y no había ni rastro de él. Nos preguntábamos: “¿Qué le pasa a Messi?”. Mi papá llamó a su casa. Contestó la madre de Messi. Mi papá le preguntó, “¿Qué le pasa a Leo? No viene a los entrenamientos”. Dijo que no podía porque estaba enfermo. Pasaba otra semana... y otra. Y siempre decían que no se había recuperado».

Después de un mes esperando una decisión del F. C. Barcelona que no parecía alentadora, Jorge Messi hizo las maletas y volvió a Argentina con su hijo, para esperar noticias mejores y urdir otro plan. Mientras las reuniones se sucedían sin ninguna resolución formal,

Messi siguió jugando en las categorías inferiores de Newell's, ganó el torneo apertura (competición que abarca la primera mitad de la temporada) y terminó como máximo goleador.

Falleroni recordaba: «Volvió y parecía haberse desarrollado un poco más. Era extraño. Le preguntábamos: “Leo, ¿estás bien?”. Y él decía: “Sí, estoy mejor”. Más adelante, un día mientras entrenábamos, vino su madre y dijo: “Vamos, Leo. Tenemos que irnos”. Él dijo: “No, quiero quedarme un poco más con los pibes, con mis amigos”. Pero su madre le agarró del brazo y se lo llevó. Nunca más volvió. Una semana después supimos que estaba en Barcelona».

Cuando los Messi se marcharon de Barcelona, Minguella sintió que el asunto se le iba de las manos y pidió a Jorge que tuviera paciencia. Luego decidió jugar una última carta. Habló con el director deportivo del F. C. Barcelona, el también veterano Charly Rexach, que accedió a ver jugar a Messi en una prueba con otros entrenadores de las categorías inferiores. Los Messi volvieron a España.

Uno de los entrenadores, Xavi Llorens, decía que en Messi reconoció una versión joven de Maradona: «Llevaba el balón pegado al pie como una garra. Era muy rápido, corría cabizbajo y parecía que no sabía hacia dónde iba. Pero claro que lo sabía. Messi ya demostraba que tenía visión periférica. Sabía de antemano lo que tenía que hacer». Pero a otros observadores les preocupaba que el chico aún tenía que desarrollar la fuerza natural y la autoconfianza de Maradona. No había una opinión mayoritaria, pero ahí entró Rexach, en el papel de Deus ex machina.

Según Minguella: «En cuanto Rexach vio a Messi, se convirtió a la causa: “No sé lo que hay que pagar, pero este chico se tiene que quedar”. Fue cuando se dio el primer paso de la incorporación de Leo

al Barça, aunque por aquel entonces nadie hubiera imaginado adónde iba a llegar o la negociación que nos quedaba por delante...».

Traer a Messi a Barcelona y retenerle en condiciones que su padre y sus representantes argentinos aceptaran y que el club pudiera permitirse resultó un auténtico desafío logístico y económico.

Las normas de la FIFA estipulaban que, cuando un jugador menor de dieciocho años era traspasado desde su país de origen, tenía que ir acompañado de sus padres. Jorge también insistió en que, una vez en Barcelona, Leo siguiera viviendo con su familia, en vez de hospedarse en la academia donde le formarían hasta llegar al primer equipo. Esto significaba que el club tendría que pagar un apartamento y ayudar a encontrar trabajo a los padres de Messi, además de financiar los entrenamientos y las clases en la escuela de Leo.

En diciembre de 2000, el Barça aún no había tomado una decisión. El bando de Messi le dio un ultimátum. Rubén Horacio Gaglioli, empresario de Rosario que vivía en Barcelona desde los años setenta, representaba al joven jugador con sus compañeros de Rosario. Hicieron que llegasen rumores al F. C. Barcelona de que otros grandes clubes, como el AC Milan, el Atlético de Madrid o el Real Madrid, estaban mostrando interés. Aunque había más de farol que de verdad en ello, la treta consiguió centrar las mentes en Barcelona.

Justo antes de la navidad del año 2000, Rexach se reunió a comer con Gaglioli y Minguella en el club de tenis Pompeya. Allí se escribió lo siguiente, en castellano, sobre una servilleta: «En Barcelona, a 14 de diciembre de 2000, en presencia de Minguella y Horacio, Carles Rexach, director técnico del FCB, se compromete al fichaje de Lionel

Messi, a pesar de opiniones contrarias, siempre y cuando sean respetadas las cantidades previamente acordadas».

O eso cuenta la leyenda. Gaggioli enseñó una fotografía de la supuesta servilleta a Richard Fitzpatrick, diciendo que guardó el original en la caja de seguridad de un banco. Está escrita de modo informal, a mano, sin dar los nombres completos de los que estaban presentes y sin la contrafirma de un notario para darle estatus legal. Desde un punto de vista contractual, la servilleta no vale nada, pero psicológicamente resultó ser una solución temporal inestimable.

A comienzos de enero de 2001, el director de las categorías inferiores del club, Joan Lacueva i Colomer, y Joaquim Rifé, director de La Masía, redactaron el borrador de un documento contractual, por el cual se pagaría el tratamiento hormonal del jugador, que ganaría un sueldo decente más pagos adicionales por derechos de imagen. Y eso garantizaba un salario anual para Jorge. A pesar de que el contrato especificaba que Jorge sería contratado por Barna Partners, empresa que suministraba personal de seguridad al club, al final acabó trabajando por cuenta propia, pasando todo el tiempo que quería cerca de su hijo, representando sus intereses y haciendo tareas administrativas de vez en cuando para la agencia de Minguella. La familia Messi se trasladó a Barcelona en febrero de 2001, pero la situación contractual aún estaba sin resolver.

Hasta marzo de 2001 no se firmó un acuerdo formal entre Messi y el F. C. Barcelona. Y tardó varias semanas en implementarse, para desconsuelo de Jorge. El primer pago debido a Messi y a su padre no se produjo hasta que Jorge escribió una carta de súplica a Gaspart en julio de 2001.

Así pues, ¿qué pasó durante todo ese tiempo, entre la legendaria nota en la servilleta y la firma del contrato final? Es una historia no muy bonita, aunque probablemente sí predecible, de un tira y afloja prolongado. La mayoría de los directivos del F. C. Barcelona, incluido Gaspart y varios entrenadores, aún no estaban convencidos de que el chico lo valiera, a pesar de la insistencia de Rexach y de Minguella, especialmente después de que Jorge exigiese que su familia y él recibieran mejores condiciones que las que se ofrecían a otros pupilos de La Masía.

Las exigencias no se limitaban a estipular que Leo no viviría en La Masía, como muchos otros chavales, sino en un acogedor piso pagado por el club, lo bastante grande como para alojar al padre, a la madre y a los hermanos. También tendrían que cubrir gastos de viaje de los Messi entre España y Argentina, así como el coste del tratamiento hormonal de Leo.

En contraste con las reticencias iniciales de Gaspart, el aliado clave de Rexach y Minguella al más alto nivel del club fue Joan Lacueva i Colomer. Él presionó firmemente a favor del acuerdo con Messi, mientras Gaspart y su facción seguían obsesionados con fichar a otra estrella argentina emergente, Javier Saviola, que por entonces tenía diecinueve años y jugaba en el River Plate. Introducir constantemente el tema de Messi en una junta cuyo presidente tenía la mirada fija en Saviola era como lanzar una granada en un pícnic. O, como explicaba Lacueva: «El club empezaba a vivir de incendio en incendio, así que aquel documento terminó por originar otro fuego».

Lacueva se vio rodeado por otros directivos, que le insultaron y aludieron a su pasado como trabajador en el Espanyol, rival del Barcelona en la ciudad condal e históricamente considerado como un



club anticatalán. Pero Lacueva persistió e insistió apasionadamente a los que dudaban: «Si no me respaldan, estarán cometiendo el mayor error en la historia del club». Y acabó imponiéndose.

En 2010, cuatro años antes de morir Lacueva, el diario *El País* le preguntó en una entrevista acerca de su papel en la historia de Messi. Con su modestia característica, dijo: «Hice mi trabajo. Para eso me pagaban. Había que hacer cosas o se largaba».

## Estrella de Lisboa: Cristiano

El entrenador del primer equipo, László Bölöni, siempre será mi primer punto de referencia, porque fue el que me lanzó al fútbol profesional.

CRISTIANO RONALDO, *Momentos*

Cristiano Ronaldo empezó a dejar huella en la historia del fútbol en la temporada 2001-02, aunque inicialmente fuera a pequeña escala, al convertirse en el único jugador en la historia del Sporting Clube de Portugal en jugar con el sub-16, sub-17, sub-18, el filial y el primer equipo de la entidad en una sola campaña. Era un indicio de la extraordinaria trayectoria que le esperaba, pero también fue la culminación de un intenso periodo de desarrollo personal para aquel chico flacucho de Funchal, que marcaba el camino para la historia del fútbol portugués.

En 1998, el primer año que Ronaldo pasó en su totalidad en la academia del Sporting, Portugal cumplió los criterios para la introducción del euro en 1999, José Saramago ganó el premio Nobel de literatura y el país albergó la última feria de comercio mundial del

siglo, la Expo 98, coincidiendo con el quinto centenario del viaje pionero de Vasco de Gama a las Indias.

La reputación del fútbol luso estaba también en ascenso, personificada en su emergente estrella internacional: Luís Figo. Trece años mayor que Cristiano Ronaldo, Figo había crecido en las categorías inferiores del Sporting hasta que su carrera despegó en el F. C. Barcelona, que le fichó en 1995 por unos 2,3 millones de euros. Figo estaba considerado como líder de la llamada «Generación de Oro» de jugadores portugueses, un grupo en maduración que había ganado el Mundial sub-20 en 1989 y 1991. Desde las hazañas de Eusébio en el Mundial de Inglaterra en 1966, el país no había tenido una figura internacional reconocida. Esta generación supuso un auténtico atracón de ellas. Era la expresión de un país cada vez más confiado en sus posibilidades desde un punto de vista futbolístico. Además de Luis Figo, otros jugadores lusos que dejaron huella en Europa fueron Rui Costa, Paulo Sousa, João Pinto y Fernando Couto.

En Barcelona, Figo se convirtió en uno de los jugadores más admirados desde Johan Cruyff: era fiable, eficaz y comprometido con la causa como líder del grupo, tremendamente creativo en la banda; un brillante goleador que sabía regatear y conectar con el centro del campo. Pocos seguidores del Barça olvidarán fácilmente la aportación de Figo a la victoria del equipo ante el Real Madrid en el Clásico del Camp Nou en marzo de 1997, a las órdenes de Bobby Robson y de su ayudante José Mourinho. En total, ganó dos Ligas, dos Copas del Rey, una Recopa y una Supercopa con el club azulgrana, además del Balón de Oro en 2000. Sin embargo, en Barcelona se le recuerda tanto por su salida del club como por lo que hizo en el campo.

La afición del Barça no olvida ni perdona el traspaso de Figo al Real Madrid en el verano de 2000 por una cantidad récord en aquel momento: sesenta millones de euros, el primer fichaje galáctico de Florentino Pérez. Su primera visita al Camp Nou luciendo la camiseta blanca, en otoño de 2000, provocó tal alboroto entre los seguidores culés que el partido tuvo que detenerse en un momento dado. Entre cantos de «Judas», «mercenario» y «basura», Figo no pudo sacar los córneres como era habitual para evitar acercarse a los aficionados. Le llegaron a lanzar una cabeza de cerdo desde la grada.

Por mucha catarsis o venganza que pudieran encontrar los aficionados del Barça en una reacción tan extrema, para muchos portugueses que presenciaron aquellos partidos, estos gestos fueron una especie de recordatorio del prejuicio con el que los españoles siempre habían percibido de sus vecinos lusos. Internacionalmente, cualquier región de España evitaba siempre que la consideraran igual que Portugal. Se aseguraban de que al sur de los Pirineos el país vecino siguiera pareciendo inferior.

Independientemente de la interpretación sociopolítica del fichaje y sus efectos colaterales, el traspaso exigió una enorme valentía y confianza por parte de Figo. Es posible que sirviera de ejemplo indirecto para el adolescente que el destino había elegido como su sucesor para el club y el país.

La popularidad del fútbol siguió creciendo en Portugal al terminar el siglo XX y en el comienzo del nuevo milenio. Tanto el Sporting como su rival lisboeta, el Benfica, así como la fuente inagotable del Oporto, tenían dinero para invertir. La mejora en la actividad económica lusa después de ingresar en la UE y la cercanía de la Eurocopa de 2004,

que se iba a celebrar en Portugal, hicieron que el estadio José Alvalade fuera reconstruido. La inversión en las categorías inferiores también se convirtió en una prioridad para el club. Después de que los años dorados de posguerra dieran paso a una sequía de títulos que duró casi dos décadas, esta política empezó a dar sus frutos con la consecución de la liga en 2000.

Habían pasado veinte años desde que Eusébio colgó las botas, casi treinta desde su explosión en el Benfica y la selección; desde entonces no había aparecido nadie que hiciera sombra a su reputación indiscutible como «tesoro nacional». Sin embargo, con el ascenso de Figo y el resto de los jugadores de la Generación de Oro, empezó la búsqueda de un sucesor digno y los grandes clubes portugueses mostraban una mayor disposición a centrarse en sus canteras para construir equipos ganadores.

Tal y como recordaba años después, fue en esta época cuando Ronaldo sintió que su destino le llamaba, como si se tratara de una historia anunciada: «Cuando tenía quince años, me volví a algunos compañeros durante un entrenamiento. Lo recuerdo claramente. Les dije: “Algún día, seré el mejor del mundo”. A ellos les entró la risa. Ni siquiera estaba en el primer equipo del Sporting todavía, pero lo creía. Lo dije muy en serio».

Seguro que lo hizo, pero es comprensible que sus compañeros reaccionaran con cierta cautela. Si actualmente la historia oficial de Ronaldo incluye pocos detalles de su vida en el terreno de juego durante sus primeros dos años en Lisboa, es porque tardó en dejar de ser aquel adolescente flacucho y nostálgico al que le costaba adaptarse. Pasó un tiempo hasta demostrar que tenía el físico y la mente para convertirse en una estrella.

En efecto, como ya se ha dicho en el tercer capítulo, en verano de 2000 le prohibieron jugar durante tres meses, después de que el médico del club encontrara en una revisión médica de rutina que el joven Ronaldo tenía un soplo en el corazón y necesitaba pasar por el quirófano. Advirtieron a su madre de que, si no se trataba, el problema podía poner fin a la carrera de su hijo. No tuvieron que insistir mucho para que Dolores firmara los formularios de autorización, como explicaba en una entrevista: «Tuve que rellenar una montaña de papeles para que le ingresaran y le hicieran unas pruebas. Al final decidieron seguir adelante con la operación... Antes siquiera de comprender lo que estaba pasando realmente, me preocupaba mucho que tuviera que dejar el fútbol».

La infancia de Cristiano está envuelta en una especie de drama mitificado, digno de una de las telenovelas brasileñas que los lusohablantes devoran desde hace décadas. Y la relación madre-hijo es la más duradera de la serie.

Recientemente, ambos han protagonizado varios anuncios para la compañía de telecomunicaciones portuguesa MEO. Uno de ellos, emitido por primera vez en 2017, recoge la vida del jugador, desde su primera época en Lisboa hasta convertirse en la leyenda del Real Madrid. Los intercambios emocionantes a través de un teléfono móvil, comenzando con Ronaldo niño, se intercalan con escenas de su adolescencia, cuando lucía los colores del Sporting; vemos atisbos de un chico alto aunque algo delgaducho corriendo a toda velocidad por la banda derecha y recortando para marcar un gol impecable.

«Pocos días después de la operación [de corazón], volvió a entrenar con sus compañeros. Corría más rápido que antes», dice Dolores.

Hasta la temporada 2001-2002 no hay documentos que indiquen por qué el club creyó que Cristiano era lo bastante bueno como para subirle tan rápidamente por las distintas categorías inferiores, hasta el filial y finalmente al primer equipo. En los cuatro primeros años después de llegar a Lisboa para hacer una prueba, Ronaldo llevó una vida relativamente anónima en la capital portuguesa, casi desconocida por el mundo exterior. Pero en septiembre de 2001, un canal de televisión luso (Sport TV) hizo el primer reportaje sobre el jugador, centrándose en su vida fuera del terreno de juego cuando, como decía un comentario posterior en YouTube, «no tenía un Porsche, un Ferrari y un Bentley, sino que compraba billetes para viajar en metro».

El documental muestra a un Cristiano joven y confiado, que ya exhibe gran velocidad y habilidad en el regate y las bicicletas, entrenando con jugadores mayores sin identificar, algunos de los cuales se afirma que juegan en la selección portuguesa. La cámara entra con Ronaldo en la atestada pensión donde el club hospedaba a sus jugadores antes de inaugurar la residencia moderna y bien equipada en su nueva academia. A pesar de su modesto alojamiento, Ronaldo cuenta al entrevistador que ya ha dejado atrás su primera etapa en Lisboa, cuando los otros chicos se burlaban de su acento madeirense; ahora disfruta juntándose con otros jugadores y ganando un sueldo modesto. La imagen que transmite es la de un chaval simpático, seguro de sí mismo y apuesto, que ha luchado mucho para labrarse una nueva vida y se ha sobrepuesto a la pobreza en la que nació.

En abril de 2001, cuatro meses antes de que se emitiera el documental en televisión, se había producido un punto de inflexión en la carrera de Cristiano, cuando, siguiendo el consejo del representante

José Veiga, que acababa de negociar el fichaje de Figo por el Real Madrid, el jugador firmó su primer contrato profesional. Era por dos mil euros mensuales, e incluía una cláusula de rescisión de veinte millones.

Sin embargo, su relación con Veiga duró poco tiempo, pues al año siguiente Cristiano y su madre fueron abordados por un representante en alza llamado Jorge Mendes, que amenazaba con desbancar a Veiga como el mejor agente del país y que acabaría estando indisolublemente vinculado con el joven Cristiano.

A pesar del golpe de efecto logrado con el traspaso de récord de Luís Figo del Barça al Real Madrid, y de su posterior participación en el fichaje de Zinedine Zidane por el club blanco tras pasar por la Juventus, la influencia de Veiga en el fútbol portugués estaba empezando a decaer. Esta se cimentaba sobre sus fuertes lazos con el Oporto, pero en 1998 el club ignoró el consejo del representante y vendió a una de sus estrellas, Sergio Conceição, al club italiano de la Lazio, en lugar de decantarse por la vía que Veiga ya tenía apalabrada con el Deportivo de la Coruña. Mendes también mostraba su interés. El desacuerdo entre Veiga y el Oporto se convirtió en una amarga disputa, que permitió a Mendes dar un paso adelante y profundizar en su control sobre el fútbol luso, además de aprovechar para arraigar su relación con los grandes clubes europeos.

Veinte años mayor que su más ilustre cliente, Jorge Mendes nació en el decadente distrito industrial de Moscavide, a orillas del estuario del Tajo en la parte este de Lisboa, una zona dominada por la inmensa planta de gasóleo de Petrogal, donde trabajaba su padre.



La familia vivía en una urbanización construida para empleados de Petrogal. Su madre hacía sombreros y cestas de paja en casa. Los fines de semana, Mendes cogía el autobús 28 a la playa de Fonte de Telha, donde vendía los artículos de su madre, además de ganar dinero vendiendo ropa de segunda mano en rastrillos. Uno de sus amigos tenía un puesto cerca y ganaba alrededor de quinientos escudos al día. Mendes recaudaba diez veces esa cantidad. Parecía destinado a ser un empresario, siempre buscando el mejor trato y cómo maximizar su potencial.

En verano, trabajaba en la fábrica de Cornetto, donde su labor era sostener un cono al final de la cadena de producción para asegurarse de que no se desperdiciaba el helado. Con sus amigos bromeaba diciendo que su trabajo era el más importante de todos.

En el recinto donde trabajaba su padre, situado a cincuenta metros de su casa, Mendes también tenía acceso a un campo de fútbol de hierba, algo poco habitual entre niños de clase obrera en aquella época: cuando estaba ocupado, jugaba con sus amigos unos partidos de tres contra tres en la plaza de adoquines más cercana, utilizando los bancos como porterías. Estuvo en el equipo juvenil de Petrogal y durante un tiempo soñó con hacerse profesional.

Tras morir su cuñada, Mendes se mudó con veinte años de Lisboa a Viana do Castelo, en el norte de Portugal, para estar cerca de su hermano y de su sobrino. Allí empezó a jugar con el Vianense, un equipo de categorías menores. Sin embargo, su mente no tardó en encontrar una nueva ambición: convertirse en un empresario de éxito. En 1989 abrió un videoclub llamado Samui Video, en un centro comercial algo destartado.

«Sabía que era un centro comercial fantasma, pero tenía algo que necesitaba: había mucho sitio para aparcar —explicó en el canal de televisión portugués SIC—. Gané mucho más con el videoclub que jugando con cualquier equipo. Es posible que esa idea lo cambiara todo para mí.»

No obstante, Mendes mantuvo y siguió trabajando sus vínculos con el mundo del fútbol. Pasó del Vianense al Amadores da Caminha, un club de segunda división del pueblo de Caminha, pocos kilómetros al norte de Viana do Castelo. Su nuevo equipo solo entrenaba de noche, lo cual le permitía seguir encargándose de su videoclub durante el día.

Después le propusieron jugar con el Varzim, un club de primera división cerca de Oporto, pero declinó la oferta y optó por un tercera división, el Lanheses, que también jugaba en Viana do Castelo y en el que militó entre 1991 y 1994. Al firmar el contrato, puso como condición que le permitieran gestionar un espacio de publicidad en el campo del club. Fue su primer acuerdo de negocios en el fútbol. En esta época también regentó una pequeña discoteca cerca de Viana do Castelo durante tres años.

A los treinta años, dejó de jugar al fútbol. «Me encantaba, pero, para ser sincero, no era muy bueno. Solo era mediocre», recordaba en un documental de 2012 emitido en SIC y titulado *Jorge Mendes: el superagente*.

En 1991, compró una conocida discoteca llamada Club Alfândega en Caminhas, cerca de la frontera con España, donde conoció a jugadores profesionales del Braga, el Oporto y el Vitoria de Guimarães, clubes de primera división del norte de Portugal. También conoció allí, en 1995, a Nuno Espírito Santo, el segundo portero del Vitoria de Guimarães.

A comienzos de la temporada 1996-97, Nuno quería dejar el Vitoria de Guimarães por el Oporto, pues su sueño era jugar en la Liga española, pero una disputa entre ambos clubes estaba obstaculizando el fichaje. Como plan alternativo, Mendes pensó en acelerar la llegada de Nuno a España firmando con el Deportivo de la Coruña, club que por entonces vivía los mejores momentos de su historia y estaba en el mercado para hacer fichajes estelares.

Cuenta la leyenda que condujo trescientos kilómetros desde Viana do Castelo. Se dice que esperó varios días hasta hablar con el presidente Augusto César Lendoiro, figura destacada del Partido Popular, con fama de ser uno de los más duros negociadores del fútbol español. Mendes se sentía a la altura del desafío de tratar con él. Cuando Lendoiro accedió a verle por fin, Mendes le convenció de fichar a Nuno. «La emoción que pone en las cosas, cómo las transmite, hace que sea muy difícil decir “no” a lo que propone», recordaba Lendoiro años más tarde.

Aunque Mendes aparentemente no cobró comisión por el traspaso de Nuno, el fichaje hizo maravillas por su reputación como agente. A partir de entonces, empezó a dar pasos de gigante y se construyó una cartera de clientes entre jugadores y entrenadores portugueses como plataforma de lanzamiento para su expansión mundial.

A finales de los años noventa, hubo un importante cruce de caminos cuando, como ya he mencionado, Mendes aprovechó el desencuentro entre el presidente del Oporto, Pinto de Costa, y el más destacado representante luso del momento, José Veiga. Otro representante de Mendes, Costinha, llegó al Oporto procedente del Mónaco, y le siguieron Jorge Andrade y después Deco. Mientras tanto, Veiga siguió

manteniendo una cartera significativa de jugadores: Luís Figo, Nuno Gomes o Fernando Couto.

Durante un tiempo, hubo una cordial división del trabajo y el negocio entre dos representantes ambiciosos. Pero todo cambió en verano de 2002, cuando ambos cogieron el mismo vuelo entre Milán y Lisboa. Un artículo publicado en el diario luso *Record*, el 15 de octubre de 2002, explicaba lo ocurrido en el avión: Mendes se dirigió a Veiga para preguntarle acerca de unos rumores que presuntamente Veiga había hecho circular. Nunca se ha hecho público de qué iban, pero dado lo que pasó a continuación debió de ser algo grave.

Se enzarzaron en una pelea y acabaron en el suelo, con Mendes encima y Veiga agarrándole por la corbata. En plena confusión, Mendes cogió el teléfono de Veiga, que había caído al suelo, con la aparente intención de mirar su lista de clientes y las llamadas recientes.

Por estas fechas, Mendes debió de ponerse en contacto con uno de los más prometedores jóvenes jugadores de Veiga, Cristiano Ronaldo. En septiembre de 2002, Dolores Aveiro, madre de aquella estrella emergente de diecisiete años, rescindió su contrato con Veiga y firmó con Mendes. A comienzos de la temporada 2002-03, Ronaldo y su madre informaron a Veiga de que no renovarían el acuerdo por su presunta «falta de interés sistemática» en mejorar los términos del contrato. Así empezó la duradera relación profesional y personal entre Ronaldo y Mendes, a quien el jugador ha llegado a referirse como amigo íntimo y figura paterna.

El documental de 2012, *Jorge Mendes: el superagente*, le retrata como un tipo afable, sentimental, con los pies en el suelo, que contempla viejos retratos familiares y disfruta de cenas con amigos de

toda la vida, aunque pasa la mayor parte de su tiempo pegado al móvil, manteniéndose al corriente de su trabajo, como un obseso. Sin embargo, tras su elegante aspecto moreno y su sonrisa fácil y cautivadora, hay un carácter más complejo. Mendes es implacable y ambicioso, un duro negociador: unas características sin las cuales no se habría convertido en uno de los superagentes más famosos del fútbol.

Desde el principio de su carrera, Jorge Mendes ha provocado miedo y desprecio, así como un enorme respeto. Un artículo de Ben Lyttleton sobre Mendes en la revista *FourFourTwo*, publicado en mayo de 2016, citaba palabras de su abogado Carlos Osório de Castro, en las que decía que Mendes siempre actuaba dentro de los límites de la ley: «Le obsesiona ser legal. Otros simplemente dicen que es honesto, transparente y brillante en las relaciones» escribía Lyttleton. Altos directivos de tres clubes españoles (Real Madrid, Atlético de Madrid y Valencia) me dijeron sin reservas que es el mejor en la industria, todo un elogio teniendo en cuenta la tradicional superioridad que sienten muchos españoles hacia sus vecinos portugueses.

A la larga, Mendes ha labrado su fama representando de manera brillante los intereses de sus clientes, siendo atrevido y calculador, así como un consumado negociador, ganándose la confianza de una estrella emergente concreta y conservándola una vez convertida en leyenda. Como decía el propio Ronaldo en el documental de la SIC: «Las mayores virtudes de Jorge son que es honesto, sincero y profesional. Todo lo que tiene se lo ha ganado. Nadie trabaja tanto como él. Si miras el mercado, los clubes con los que trabaja, los jugadores a los que representa, los fichajes que hace, no cabe duda de que es el número uno».

Desde un punto de vista estrictamente futbolístico, el rumano László Bölöni fue quien hizo avanzar la carrera de Ronaldo en su temporada de debut al frente del primer equipo del Sporting (2001-02), cuando lo citó para los entrenamientos con la plantilla: apenas tenía dieciséis años.

El proceso de aprendizaje fue difícil, pues Ronaldo tardó en adaptarse a un entorno más exigente y en demostrar por qué lo merecía. Tal y como explica su biógrafo Guillem Balagué: «se estaba dando el peor de los casos: Ronaldo estaba pasando desapercibido. No era capaz de poner en práctica su juego. Cada vez estaba más impaciente. La puerta del éxito se le había abierto, pero era incapaz de cruzarla».

Los primeros informes de Bölöni tampoco fueron demasiado halagüeños. De hecho, por lo general eran negativos: Ronaldo no tenía «conciencia táctica como jugador individual o de equipo» y era «egoísta y le falta fortaleza mental y concentración».

Cuatro meses después, según describe Balagué, las cosas empezaron a cambiar. Ronaldo recuperó la confianza en sí mismo y se volvió cada vez más asertivo, hasta el punto de hacer un caño a un veterano, tirar un sombrero y hacer «montones de regates».

Otra biografía escrita por Luis Pereira y Juan Gallardo describe cómo durante un entrenamiento Ronaldo fue reprendido por sus compañeros por entrar demasiado duro a un jugador más veterano. Le llamaron «niño» y le dijeron que se calmara. La contestación de Cristiano fue: «A ver si me llamáis eso cuando sea el mejor jugador del mundo».

Aún faltaba tiempo para eso. Al equipo le iba demasiado bien sin él. El Sporting acabó su primera temporada a las órdenes de Bölöni

ganando el triplete portugués: liga, copa y supercopa. Pero la dinámica entre el jugador y el club estaba a punto de cambiar.

Mientras Bölöni preparaba su segunda temporada en el Sporting, se enteró de que su primera opción en la delantera, Jardel, quería abandonar el club; por tanto, tenía que buscar otro atacante para el equipo. Pero no había dinero para comprar en el mercado. Entonces decidió apostar por Cristiano. Cambió su posición de delantero, en la que había jugado desde la infancia y durante toda su adolescencia, por la de banda izquierda, lo cual daba más movilidad al equipo en el contraataque para la temporada 2002-03.

Aquel verano de 2002, Ronaldo destacó en una serie de amistosos contra equipos portugueses y extranjeros: impresionando con su velocidad, su control del esférico, su capacidad de batir a adversarios, e incluso aprovechando su altura para imponerse en balones por alto. Bölöni llegó a decir a algunos compatriotas escépticos que aquel chico sería mejor que Eusébio o Figo.

El Sporting contaba con una larga tradición de crear jugadores de gran nivel, especialmente extremos como Paulo Futre, Simão Sabrosa y, tal vez el mejor de todos, Luís Figo. El año anterior, Ricardo Quaresma, uno de esos mágicos jugadores, había tenido su primera gran temporada, maravillando al público con sus habilidades. Y, sin embargo, como recordaba el periodista luso Pedro Marques, que seguía de cerca al Sporting en aquella época: «La gente decía: “Sí, Quaresma es muy bueno, pero hay otro chaval que pronto llegará al primer equipo y que está rompiendo récords en juveniles”. Se referían a Cristiano. Cuando entró en el primer equipo en 2002, comprendí lo que querían decir».

El 14 de julio, el primer partido de la temporada del Sporting en casa fue un amistoso frente al Olympique de Lyon. En su primera aparición profesional en un terreno de juego que había conocido siendo niño, Ronaldo marcó un gol que fue invalidado. El partido acabó en empate a uno. Pero los medios de comunicación portugueses empezaron a fijarse en aquel joven atrevido, versátil y seguro de sí mismo procedente de Madeira. «Habrà que seguir a este chico. Sabe librarse de sus adversarios. Puede regatear y tiene olfato de gol», decía el diario deportivo luso *Record*.

Días después, el Sporting empató a dos en otro amistoso contra el Paris Saint-Germain. Ronaldo tiró tres veces a puerta y fue una amenaza en la banda durante gran parte del partido. Aún no había empezado el espectáculo, pero los medios locales ya veían que Cristiano era un jugador que no quería pasar mucho tiempo desapercibido, tal era su determinación de hacer realidad su potencial. Como el propio Cristiano les dijo a los periodistas después del partido: «Los accionistas [del Sporting] todavía no han visto al auténtico Ronaldo. Esto solo es el principio».

Unas breves imágenes recopiladas por GM Productions y subidas a YouTube inmortalizan los mejores goles de Ronaldo en el Sporting durante la temporada 2002-03. En ellas despliega un repertorio de regates característicos que acabarían labrando su fama internacional. Ya sea corriendo por la banda o en el centro del campo, a sus diecisiete años, Cristiano ya utiliza su velocidad, su físico y su control de balón para imponerse al adversario.

El 3 de agosto de ese mismo año, Ronaldo sale del banquillo para disputar los últimos quince minutos de un amistoso contra el Real Betis. Esta vez marca el gol de la victoria en el descuento, dejando el 3-



2 definitivo. Aprovechando un error defensivo, Ronaldo roba el balón con la espuela, se lo pone delante y regatea al portero bético, Toni Prats, que sale rápidamente de la portería. Entonces, desde el borde izquierdo del área, sin apenas ángulo, Cristiano chuta a puerta y marca, a pesar del esfuerzo de un defensor que volvía en un desesperado intento de despejar.

Más tarde, el periodista Pedro Marques lo recordaba así: «Su asombroso gol de pretemporada contra el Betis fue la única prueba que necesitaba: demostrando un ritmo y un aplomo fantásticos, Ronaldo le robó el balón al portero y desde un ángulo difícil, fuera del área, lanzó con la pierna derecha un precioso disparo: con rosca y a la escuadra. El Sporting tenía una estrella en ciernes».

Poco después, el diario deportivo luso *A Bola* escribía: «El excepcional gol que Cristiano Ronaldo marcó contra el Betis puso a este madeirense de diecisiete años camino del estrellato». Al valorar las perspectivas del Sporting para la temporada, añadían: «En el último mes, ha demostrado que puede ser la próxima sensación del club». Otro periódico portugués describió el gol como «una obra de arte».

A pesar de ser campeón de liga, como es habitual, el Sporting no entró directamente en la fase de grupos de la Champions League para la temporada 2002-03. Tuvo que enfrentarse al Inter de Milán en una eliminatoria previa. Con varios jugadores importantes lesionados, aquellos dos partidos eran una nueva oportunidad para Cristiano.

La ida se disputó el 14 de agosto de 2002. Ronaldo empezó el partido en el banquillo, pero salió en el minuto cincuenta y ocho en sustitución del centrocampista español Toñito: «Gran parte de la

charla previa al partido se centró en otro Ronaldo, el brasileño, que aquella noche no jugaba con el Inter. Cristiano Ronaldo solo tenía diecisiete años, pero había hecho una gran pretemporada con el Sporting, anotando su primer gol con el club unas semanas antes, en la victoria por 3-2 frente al Betis en partido amistoso», recordaba Marques. «Prensa y aficionados empezaban a hablar de él como la próxima gran estrella de la cantera, pero nadie esperaba que fuera a hacerse tan importante y tan rápidamente. Recuerdo que cuando salió al campo, mediada la segunda parte, oí decir a un aficionado cerca de mí: “Este es el chico del que te hablaba. Espera y verás”. O sea, que ya había gente con ganas de verle jugar.»

A pesar de las expectativas, Cristiano no logró hacer gran cosa aquel día. Dejó un par de regates por la banda para deleite del respetable, pero no hizo nada lo bastante decisivo como para ayudar al equipo a deshacer el empate. El partido acabó 0-0, luego el Sporting perdió el encuentro de vuelta en Italia por 2-0 y no accedió a la fase de grupos. Las críticas de la prensa lusa incidían en que no pasaba lo suficiente, no combinaba con otros jugadores y era demasiado individualista. Posteriormente, como los compañeros con más experiencia que estaban lesionados se fueron recuperando, pasaron varios meses hasta que Ronaldo volvió a disputar un partido de liga. Fue contra el Moreirense. Cristiano salió de inicio: esta vez no dejó escapar la oportunidad.

Corría el minuto treinta y cuatro de partido cuando el Sporting lanzó un contraataque. Cristiano recoge un astuto taconazo de Toñito pasada la línea de medio campo. Con una explosión de velocidad, se zafa de un intento de derribo por detrás y hace un regate que pronto se haría marca de la casa para dejar clavado a otro defensor y acabar

batiendo con facilidad al guardameta, João Ricardo, con un disparo perfectamente ajustado a la cepa del palo. Este tanto le convirtió en el goleador más joven en la historia del Sporting. Tenía diecisiete años, ocho meses y dos días.

Ronaldo se quita la camiseta inmediatamente, revelando un cuerpo joven pero atlético, corre hacia la grada y alza los brazos respondiendo triunfalmente a la euforia colectiva de los aficionados, antes de volverse para recibir los abrazos de sus compañeros. En menos de un minuto, Ronaldo acababa de definir un personaje público destinado a convertirse en un emblema del fútbol y una marca global: puro talento expresado en lo que el comentarista de la televisión lusa describió como «un gol monumental», acompañado por dotes teatrales de pavoneo y el deseo insaciable de que el momento gire en torno a él.

Más adelante, marcó otro gol para poner 3-0 al Sporting, con un poderoso cabezazo que demostraba su altura, fuerza y precisión ante la portería, añadiéndolas a la aceleración y la técnica de regate que ya había exhibido y que son otro ingrediente de su estrellato.

Cristiano comentó a los periodistas que dedicaba los goles a su familia, especialmente a su madre, que había venido a verle a Lisboa. Dolores (una mujer de carácter nervioso, a pesar de la capacidad demostrada para sobrellevar serias dificultades a lo largo de los años) apenas podía lidiar con los primeros destellos de un futuro estelar. La emoción de verle jugar desde la grada era tal que aquel día se mareó y cayó desmayada: se rompió los incisivos.

Posteriormente, Ronaldo preferiría recordarlo como un incidente provocado por «la emoción, el orgullo de ver a su hijo realizándose profesional y personalmente». Disfrutaba del reconocimiento parental del que se había visto privado en su infancia.

En una entrevista después del partido, dio las gracias a su entrenador, Bölöni, por arriesgarse a alinearlo. Prometió a los aficionados que trabajaría muy duro para recompensar la confianza que habían depositado en él, y esperaba tener éxito. La adrenalina corría por sus venas. Pocos jugadores tienen tanto que decir después de solo un partido al comienzo de su carrera. Ronaldo acababa de cumplir dieciocho años, pero ya actuaba como una superestrella: extraordinariamente seguro de sí mismo, a pesar de ser un guerrero solitario; con el peso de su historia sobre sus hombros; con más ego y confianza de los que Eusébio demostró en toda su carrera y de los que el propio Figo lucía en ese momento.

El Sporting terminó la temporada 2002-03 con una clara luz brillando en medio el estancamiento general. El club había caído eliminado pronto de la Champions, de la Copa de la UEFA y de la copa portuguesa. En la liga no pudo seguir el ritmo de sus archirrival, el Benfica y el Oporto de José Mourinho. Por si fuera poco, el Oporto había triunfado en el escenario internacional, alzándose con la Copa de la UEFA. Sin embargo, los comentaristas locales creían que había algo digno de recordar: Cristiano Ronaldo, estrella de la cantera del Sporting, había eclipsado al resto del equipo. «Pasé del anonimato a estar en los titulares de los periódicos, que ya sugerían nombres de clubes interesados en mí», recordaba el jugador más tarde.

José Mourinho fue uno de los que quedaron impresionados por el rendimiento del chico. Aquel verano comentaba: «La primera vez que le vi pensé: “Este es el hijo de Van Basten”. Es un goleador, pero, sobre todo, es un jugador muy elegante, con una gran calidad técnica y buenos movimientos». Cabe recordar que Marco van Basten era, en

palabras del cronista futbolístico holandés David Winner: «El mejor y más letal delantero de una generación de jugadores fabulosos».

Por su parte, László Bölöni recuerda que durante las dos temporadas que trabajó con Ronaldo tuvo que controlar la tendencia del madeirense a alardear de su técnica; se entretenía demasiado en los regates o no soltaba el balón, con largos *dribblings*, cuando hubiera sido más efectivo pasarle la pelota a un compañero.

«Al principio, tuve que luchar contra su permanente exageración y corregir algunas cosas», explicó Bölöni a la revista *France Football* después de que Ronaldo ganara su tercer Balón de Oro. «Pero prohibirle regatear habría sido una locura. Lo principal en mi trabajo era encontrar un equilibrio y mantenerlo... ¿Estaba preparado? Sí, no le faltaban valor ni deseo de mejorar.»

Sin embargo, el entrenador rumano no llegó a supervisar la siguiente fase en el desarrollo de Cristiano. Tras ser destituido al frente del equipo portugués, su sustituto, Fernando Santos, asumió que el honor sería suyo, como demuestran sus inequívocas declaraciones al comienzo de la temporada 2003-04: «Ronaldo es un jugador clave para el Sporting».

Nacido en Lisboa, Santos no era uno de los entrenadores más destacados de Europa. Su discreto perfil hizo que a algunos aficionados les sorprendiera su elección para el banquillo del Sporting cuando una de sus estrellas emergentes requería cuidadosa preparación y representaba todo un desafío para cualquiera que aspirara a imponer su voz. En ese momento, nadie habría imaginado que Santos acabaría convirtiéndose en uno de los entrenadores más celebrados de Portugal y alcanzaría la inmortalidad más de una década después llevando a la selección lusa a ganar la Eurocopa de 2016.

Nada más asumir el cargo de entrenador del Sporting de Lisboa para la temporada 2003-04, Santos descubrió una personalidad más vehemente y ambiciosa de lo que esperaba en Cristiano. Su promesa de convertirle en la estrella principal le pasó factura. Empezaron a correr rumores de que Ronaldo no estaba contento tras su primera gran temporada, ya que solo había sido titular en once de los veinticinco partidos: con su falta de humildad tan característica, consideraba que esa era la causa fundamental del rendimiento titubeante del equipo.

En junio de 2003, Ronaldo ya se había convertido en el delantero titular habitual del Sporting, además de en su gran esperanza; también destacó en el famoso torneo sub-20 de Toulon, una competición que siempre ha atraído el interés de los grandes clubes en busca de talentos jóvenes y que Portugal ganó en aquella edición. Pero antes incluso de aquel logro, que le convirtió en el más joven finalista en ganar la competición, Ronaldo declaró en una entrevista: «Me alegra saber que muchos clubes importantes están interesados en mí. Mi sueño es jugar en España o Inglaterra, son las mejores ligas de Europa».

Tampoco hacía falta ser un genio para comprender que las oportunidades más lucrativas para un aspirante a estrella no estarían en Portugal, sino en España o en Inglaterra. Desde luego, el hecho no pasó inadvertido para el ambicioso Jorge Mendes. Forjado con una voluntad de hierro que se creó en su atormentada infancia y con la disciplina impuesta en la cantera del Sporting, Cristiano Ronaldo encontraba un apoyo adicional en su cada vez más poderoso representante. En el momento más oportuno, el producto más valioso

del fútbol portugués y su agente más ambicioso se habían unido. Juntos emprendieron el camino rumbo al escenario mundial.

## Crece duele: Messi

*E*l amplio y acogedor apartamento alquilado por el club se encontraba en la Gran Via Carles III, una larga y alegre calle convenientemente ubicada a un paseo de El Corte Inglés y del Camp Nou. Tenía cuatro dormitorios, dos baños, cocina y un balcón que daba a un bonito jardín con piscina comunitaria, que los Messi compartían encantados con sus vecinos durante su primera etapa en Barcelona, cuando el joven argentino aún estaba lejos de convertirse en un personaje público, cuando era un chico tímido que solía pasar desapercibido fuera del terreno de juego. Algo que probablemente no podía decirse de su padre, Jorge.

El acuerdo firmado por Messi en marzo de 2001, después de que su padre y él regresaran a Barcelona, garantizaba un sueldo que iría aumentando hasta los seiscientos mil euros aproximadamente, conforme avanzara en las categorías inferiores hasta el primer equipo. Un compromiso sorprendente con un chaval de trece años. El F. C. Barcelona también se comprometía a pagar la totalidad del tratamiento hormonal de Messi siguiendo el consejo del médico del club, Josep Borrell, que vio su historial médico y no tuvo dudas de que



la clave para su futuro como futbolista profesional radicaba en seguir con el tratamiento durante un tiempo indefinido.

El contrato lo negociaron varios delegados del F. C. Barcelona, entre ellos Minguella, y el padre de Leo. Más tarde se sabría que Jorge Messi también había firmado un contrato con una agencia de representación futbolística con sede en Rosario (representada en el documento por Martín Montero y Fabián Soldini) cediéndoles un porcentaje acordado de los derechos de imagen subsiguientes conforme Leo se hiciera futbolista profesional.

La familia Messi conocía a Montero y Soldini porque representaban a varios jugadores afincados en Rosario, entre ellos Leandro Depetris, jugador de Newell's que acababa de fichar por el AC Milan, y Maxi Cuccittini, primo hermano mayor de Leo por parte de madre y con el que Messi tenía mucha relación desde pequeño. Después de pasar por la cantera de Newell's, Maxi jugó en San Lorenzo de Almagro y después militó en varios clubes de Paraguay, México y Brasil.

En otoño de 2016 estuve en Rosario con Martín Montero, uno de los pocos rosarinos capaz de sopesar su respeto por Messi como jugador con una visión más crítica del padre. Aún estaba pendiente un largo proceso de demanda interpuesto por Montero y Soldini contra Jorge Messi por presunto incumplimiento de contrato (rebatida por este). Tal vez el retraso se deba a las reticencias de los jueces de Rosario a pronunciarse de cualquier modo que pudiera dañar la reputación del ciudadano más famoso y mundialmente admirado de la ciudad.

Cuando le conocí, Montero trabajaba para ADIUR, una agrupación deportiva que reúne a jóvenes que sueñan con llegar a ser tan famosos como Messi. Las instalaciones, ubicadas en uno de los barrios más decadentes de la famosa zona sur de la ciudad, parecían diseñadas

deliberadamente para bajar de las nubes desde el principio a cualquier niño fascinado con el estrellato. Un pequeño campo de hierba irregular junto a un edificio de viviendas protegidas y rodeado por una valla alta con alambrada de espino.

Con su corpulenta figura, su rostro rubicundo y sus ojos inyectados en sangre, Montero podría pasar perfectamente por dependiente de una pequeña tienda de ultramarinos. Su hacinado despacho estaba decorado con trofeos herrumbrosos sin identificar y archivadores rotos; el único indicio de sofisticación apareció cuando me habló de pasada de su mujer. Le mencioné que necesitaba tratamiento para mis dolores lumbares, y ella tenía una clínica de acuaterapia en un edificio propiedad de César Luis Menotti, seleccionador argentino en la victoria albiceleste del Mundial 78 y entrenador del F. C. Barcelona durante la época de Maradona.

Según Montero, «La historia está clara como el agua. En verano de 2000 copamos los titulares de todo el mundo al negociar el fichaje de Leandro Depetris, un chico de doce años de Newell's Old Boys por el Milan. También representábamos a un primo de Messi llamado Maxi Cuccittini. Un día, el padre de Maxi, tío de Messi, nos dijo: “Mi sobrino Lionel juega muy bien, deberían echarle un vistazo”. Fuimos a ver jugar a Messi con Newell's. Era muy chico, pero era muy simpático, divino, claramente el mejor y le apasionaba el fútbol. Hablamos con su padre, Jorge, y dijo que quería conseguir una prueba para su hijo, para ver si podía ir a un club más grande. Le dijimos que veríamos lo que podíamos hacer..., así que nos pusimos en contacto con Minguella en Barcelona, porque lo conocíamos, le dijimos que teníamos una auténtica promesa y si podíamos llevarlo para una prueba... Al cabo de menos de una semana, viajamos a Barcelona: yo, mi socio Soldini,

Messi y su padre. Hicieron la prueba. [...] Nosotros no tratamos con River Plate. [...] No sé qué pasó con eso, pero sí hizo una prueba... Mientras estaba en Newell's y después de irse a Barcelona, pagamos su tratamiento de inyecciones, costaban ochocientos noventa dólares al mes. Parte lo pagó la empresa del padre, Acindar, y la otra mitad la pagamos nosotros, Fabián Soldini y Martín Montero».

Pregunté a Montero si Jorge Messi se movió por la necesidad de huir del fútbol argentino, de sus incertidumbres, de su corrupción y de su falta de perspectivas en cuanto a los clubes. Su respuesta fue aséptica, tal vez influida por una pizca de orgullo nacionalista: «Acá en Argentina el fútbol no es complicado. Tiene sus virtudes y sus defectos, igual que el fútbol europeo: hay muchas cosas buenas, y otras no tan buenas. No, creo que el padre de Messi quería la experiencia de una vida nueva, y cuando un club como el Barça demuestra interés por ti, es una motivación añadida. Cuando el Barça apareció en escena, Lionel se quedó atónito».

Entonces, ¿de qué se acusa al padre de Messi?

«Niega nuestra existencia en la historia oficial, pero la realidad es que firmamos un contrato, como cuando se hace un acuerdo de propiedad, ante notario, el 18 de octubre de 2000, el cual me otorgaba poder de representación para gestionar la carrera profesional de Leo con Soldini. Representamos seis años a Messi, hasta que el padre rompió la relación sin pagarnos.»

Montero criticaba visceralmente a Jorge Messi y a su esposa, por lo que considera un abuso de confianza perfectamente planeado. En cuanto a Leo: «Soldini y yo le tenemos un gran cariño al pibe. Soldini estuvo con Leo en su casa de Barcelona a principios de 2016..., pero cuando sacas el tema del dinero, de lo que su padre nos debe, no

quiere saber nada. No quiere enfrentarse a los problemas. Es un pibe que no quiere problemas. Dice “No, ese es un problema que tiene que tratar mi padre”. Hay un juez supervisando el caso, pero es difícil que un juez en Argentina dicte en contra de los Messi».

En primavera de 2001, toda la familia Messi ya se había mudado al piso de la Gran Via de Carles III. Leo estaba adaptándose a la vida en La Masía. Este antiguo edificio de piedra reconvertido empezó a utilizarse como residencia para jugadores en 1979; desde entonces se había transformado en una de las academias de fútbol más importantes del mundo. El nombre forma parte de la identificación del club con la cultura local, que se considera distinta al resto de España por su idioma y su historia. El nacionalismo catalán sufrió una dura represión durante el franquismo.

El lema del F. C. Barcelona, *més que un club*, también forma parte de ese mito en el que el Barça desempeña un papel político como democracia representativa, propiedad de unos socios que eligen a su presidente, además de un papel artístico, jugando un fútbol de estilo refinado y creativo.

Esta politización de la entidad deportiva probablemente no fue uno de los factores que atrajeron a los Messi. Tras huir del caos económico y de la agitación política en Argentina, en un principio la familia se adaptó perfectamente a la relativa estabilidad y los beneficios económicos de la democracia española. A pesar de tener raíces catalanas, no se mostraban especialmente proclives a involucrarse en la campaña histórica y potencialmente volátil a favor de la independencia de Cataluña, algo que podía poner en peligro su integración como inmigrantes hispanohablantes.

El movimiento independentista había ido creciendo desde el largo mandato de Jordi Pujol (1980-2003), a medida que Cataluña fue adquiriendo más autonomía que nunca desde la Guerra Civil gracias a la Constitución española. Pujol surgió como figura destacada en la agrupación nacionalista *Convergència i Unió* durante el último año del régimen de Franco. Creó fuertes vínculos con el F. C. Barcelona en todos los niveles del club y pidió poderes todavía más amplios al emergente estado democrático.

Durante la presidencia de Pujol, la política de inmigración catalana se inclinó más hacia los norteafricanos (especialmente marroquíes) que hacia los latinoamericanos. Los empresarios consideraban que la mano de obra barata procedente del norte de África era más adecuada para las cosechas de fruta, uva y aceituna que la latinoamericana, más móvil y capacitada (aunque esta inmigración casi ha derivado en una guetificación de la comunidad musulmana en ciudades catalanas como Lérida, terreno potencialmente fértil para el islamismo militante). Esta política de inmigración despertó críticas entre los sindicatos en Madrid y entre catalanes no nacionalistas, que afirmaban que Pujol favorecía a los norteafricanos en detrimento de los latinoamericanos porque creía que estarían más dispuestos a aprender catalán.

Basándose en sus experiencias con la resistencia y la represión de la identidad catalana, Pujol declaró en uno de sus discursos políticos que el F. C. Barcelona era una manifestación folclórica del pueblo catalán: «una fuente de la que podemos beber cuando se secan otras fuentes, cuando se nos cierran las puertas de la normalidad». Dicho de otro modo, veía al club azulgrana como un vehículo político y social que podía utilizarse cuando fuera necesario, junto con otras

«manifestaciones» de identidad cultural. Otros políticos catalanes siguieron, y aún siguen, su mismo rumbo.

La política catalana generaba algo de tensión en la familia Messi. Después de firmar por el F. C. Barcelona, Leo y su padre se vieron inevitablemente atraídos por el entorno protector del club, cuya identidad colectiva giraba en torno a un ideal deportivo de excelencia, así como a las ventajas y los beneficios que disfrutaban sus jugadores y empleados. Sin embargo, uno de los hermanos de Leo, Hugo, prefirió quedarse en Rosario con sus abuelos. Su madre, Celia, no consiguió ejercer de matriarca de la familia ni entablar amistades en Barcelona. Su estancia en la ciudad condal, igual que la del hijo mayor, Matías, y la de la hija, Marisol, no duraría mucho.

Matías echaba de menos a su novia, que vivía en Rosario, mientras que Celia estaba cada vez más preocupada por los efectos del sistema educativo local sobre Marisol. La lengua catalana era obligatoria en el currículo, pero Marisol (como toda la familia) hablaba el castellano como lengua materna. Le costaba aprender un idioma que sonaba como una mezcla de francés y portugués, sin tener el alcance mundial de estos. Muchos españoles y latinoamericanos consideraban que este idioma era un dialecto. El regreso de Marisol a Rosario, en el verano de 2001, provocó la primera fisura en la historia de la familia Messi.

Lejos de hacerles sentir integrados, la política catalana les había hecho sentir como forasteros, no solo por ser inmigrantes, sino simplemente porque su primera lengua siempre había sido y seguía siendo el castellano. Como explicó Jorge Messi al periodista deportivo Quique Rodríguez: «Fue un cambio muy duro. Las costumbres, las idiosincrasias, los valores, la comida... Todo era distinto. Tuvimos que empezar de cero. Hasta el idioma era distinto».

La vida no fue especialmente fácil para Leo en aquellos primeros meses. Su estatus como jugador extranjero menor de edad le permitía jugar en partidos regionales y amistosos, pero no competiciones nacionales. La autorización seguía pendiente de que las autoridades futbolísticas españolas le concedieran una licencia plena, a su vez retrasada porque Newell's tardaba en enviar los documentos necesarios. Todos estos tecnicismos tardaron casi un año en resolverse. El chico cargaba con el peso de las esperanzas y sacrificios de su familia, volcados en el futuro que pudieran ofrecer sus capacidades como futbolista. Y resulta que ahora ni siquiera le estaban dejando jugar bien.

La Masía ofrecía el tipo de refugio y educación que Messi necesitaba para alimentar su talento, sus ambiciones y las de su familia, a pesar de estar geográficamente separada. Durante su paso por esta casona, hoy sustituida por instalaciones más modernas, el lugar era sencillo e independiente, muy distinto a la imponente presencia del Camp Nou y la creciente ciudad de Barcelona, que se extendía en todas direcciones. Su interior estaba decorado y amueblado con sencillez y algunos toques funcionales, como unas pocas pantallas de ordenador que rompían un espacio por lo demás espartano.

La sensación dominante de austeridad y disciplina no era distinta del ambiente del monasterio benedictino de Montserrat, santuario a las afueras de Barcelona y donde se encuentra la Virgen más famosa de Cataluña: su rostro está ennegrecido por el humo de tantos cirios votivos a lo largo de los siglos. Sigue atrayendo a muchos aficionados del Barça como lugar de peregrinación.

Como me explicó Carles Folguera, exjugador de hockey y director deportivo de La Masía: «Es importante que un alumno que entra en nuestra academia sepa que su talento no vale para nada si no va acompañado de valores como el compromiso, la disciplina, la solidaridad y la camaradería».

La disciplina se extiende a una política de tolerancia cero con el absentismo, las drogas, el alcohol y el uso abusivo de Internet. En la actualidad, acuden al centro especialistas externos para dar charlas sobre temas que abarcan desde el carácter destructivo de la cocaína hasta los riesgos de las redes sociales para la seguridad.

«Intentamos que nuestros chicos entiendan que tener ochocientos “amigos” en Facebook no es garantía de apoyo y lealtad. La confianza es saber que un amigo no va a hacerte una foto en el cuarto de baño para luego distribuirla por todo el mundo. Es una cuestión de privacidad y respeto», me dijo Folguera cuando visité La Masía en 2010, poco antes de trasladarse a unas instalaciones nuevas y más amplias.

Messi y otros excelsos alumnos, como Pep Guardiola, Andrés Iniesta, Xavi Hernández, Cesc Fàbregas, Gerard Piqué, Sergio Busquets, Pedro Rodríguez, Víctor Valdés y Carles Puyol, conservan un enorme respeto por sus profesores y por un edificio que sigue siendo la entrada principal al Camp Nou, junto con la estatua de Joan Gamper, el fundador del F. C. Barcelona de origen suizo.

Cada año, un centenar de adolescentes se vinculaba a La Masía. Tras un proceso de selección y con el consentimiento de sus padres, recibían una educación que, además de incluir el currículo escolar pautado, hacía especial hincapié en una filosofía de excelencia deportiva y conducta ética.



Lejos de ser una infalible cadena de producción de jóvenes promesas, la escuela era un sistema meticulosamente organizado para separar el trigo de la paja, pues solo un reducido número de alumnos de cada curso estaba destinado a llegar al fútbol profesional, y aún menos al primer equipo del F. C. Barcelona.

Una foto de equipo de principios del siglo XXI muestra a tres jugadores que sí lograron abrirse camino: Cesc Fàbregas, fácilmente reconocible sin barba; Gerard Piqué, que parece un gigante entre pececillos; y el más pequeño del grupo, un chico despeinado que no mira a la cámara (sino a un compañero) y cuyo nombre era Leo Messi. La diligencia y el talento los llevarían a lo más alto. Pero, a finales de 2001, Leo aún no podía disputar partidos de competición nacionales al no estar inscrito.

«En los partidos de las categorías inferiores, veía que Messi ni siquiera se sentaba en el banquillo; iba vestido de calle porque no le dejaban jugar ciertos partidos», recuerda Jaume Marcet, periodista catalán que escribía sobre la cantera del Barça en aquella época. «Había venido de muy lejos para jugar y no podía.»

Estas circunstancias podían haber derrotado a una personalidad más débil. Pero, al igual que su padre, Leo estaba resuelto a conseguirlo: jugar en el F. C. Barcelona era un sueño posible. Tal y como posteriormente le explicó Jorge al periodista británico Pete Jenson: «Igual que los chicos inteligentes quieren ir a Harvard, Messi quería hacer una prueba con el Barça».

Víctor Vázquez, compañero de Leo en sus años en La Masía, recordaba: «Los primeros días se sentaba en una esquina y no decía nada. Era muy tímido, hasta que un día, Piqué, Cesc y yo fuimos a hablar con él». Al año siguiente, Messi ya se había ganado a sus

compañeros de equipo y era una inspiración para ellos. «Mirabas hacia delante y veías a Messi —explicaba Vázquez a Guillem Balagué—. Y decías: “Joder, tío, sé que vamos a hacer algo bueno”.»

La Masía contribuyó a que el talento de Messi floreciera en un ambiente seguro a la vez que diligente. El joven argentino se empapó del sistema de juego y de la cultura del Barça, mientras él le aportaba una nueva dimensión con su estilo propio y su actitud.

Según recordaba en el documental de Jordi Llompart *Barça Dreams*: «Al principio fue duro, porque fue un cambio muy grande. Yo tenía trece años y lo dejaba todo atrás: mi familia, mis amigos, mi país. La verdad es que fue difícil. Pero tuve la suerte de caer en Barcelona, de caer en La Masía, en un vestuario de chicos espectacular, grandes chicos, donde me trataron desde el primer día muy bien. Pasaba todo el día con ellos, prácticamente. Y eso lo hacía más fácil».

Ahora bien, algunos profesores de su primera época en La Masía no estaban convencidos de que tuviera suficiente talento (por no hablar de su tamaño) para jugar al máximo nivel del fútbol profesional. Decían que tal vez era más adecuado para el fútbol sala. Carles Folguera no opinaba así. Para él, la timidez de Messi y su desalentador físico escondían una fortaleza que definía su carácter.

La suerte de Messi dio un giro importante cuando la Federación Española de Fútbol le inscribió por fin en febrero de 2002, lo que le permitió jugar en todas las competiciones que disputaba el F. C. Barcelona. Además, su hermano Rodrigo se unió a su padre y a él en Barcelona. La temporada 2002-03 pasaría a formar parte de la historia de La Masía, porque el equipo sub-16 ganó un triplete inédito en la categoría: Copa de España, Copa de Cataluña y Liga. Messi marcó treinta goles en treinta y siete partidos jugando de segundo

delantero, apoyándose en la creatividad de Cesc Fàbregas en el centro del campo y en la fuerza de Gerard Piqué en la defensa. Se recuerda como el mejor equipo que ha habido en las categorías inferiores del Barcelona en toda su historia. Pasó a conocerse como el «Baby Dream Team», con la impronta distintiva de Messi marcada desde muy pronto.

«Messi cobraba vida cuando estaba en el campo —recordaba Albert Benaiges, que supervisaba la evolución de la cantera en aquella época—. Todo el mundo decía que era muy especial. Pero tenía grandes cualidades que raramente ves: ese increíble cambio de ritmo y la capacidad de correr con la pelota tan pegada los pies.»

Josep Maria Minguella recuerda que un sábado por la mañana fue a ver jugar al equipo juvenil: «Un día estaba Leo jugando en el campo de arriba. Tenía catorce años. El partido era todo un espectáculo. Jugaba Piqué, jugaba Cesc... La generación del 87. Yo estaba en una pequeña tribuna con el padre, Jorge, y un hermano de Messi. De pronto, llega el director del fútbol base por entonces, que era un empresario de hostelería, y en el descanso me llama y me dice: “¿Me puedes presentar al padre del diez?”. Porque el chaval destacaba. O sea, en ese momento, los directivos del club en general no tenían ni idea de quién era aquel juvenil... No les interesaba».

Ahora bien, Messi tampoco se consideraba el mejor en un equipo ante todo excepcional: «Piqué era el jefe», decía más tarde. Fàbregas recordaba uno de los primeros partidos que jugó el Baby Dream Team: «Por algún motivo, a los adversarios les dio por ir a por Messi, y Piqué acabó a golpes con algunos de ellos para defender a Leo, y le sacaron la roja». Este gesto muestra la camaradería que se les inculcaba en La Masía. Continuaba diciendo: «Yo entré en la Masía a los nueve años

con Gerard, y a los doce apareció Messi. Si en aquel momento cualquiera nos hubiese dicho que algún día llegaríamos al primer equipo y que estaríamos rodeados de otros grandes jugadores, los tres habríamos dicho que era imposible. Tal vez uno de nosotros, dos como mucho, pero ¿los tres? Ni de broma».

Pero igual que en el equipo de récord de Newell's, Lionel Messi era la estrella. Otra memorable foto de aquella época guardada en los archivos del Barça muestra a Messi con el balón entre las piernas y con la cara cubierta con un protector de plástico. Se tomó durante un encuentro conocido como el Partido de la Máscara, una final de la Copa de Cataluña en la que Messi jugó con el pómulo roto. La máscara le molestaba tanto que se la quitó, y tuvieron que sustituirle por precaución, eso sí, después de marcar dos goles para asegurar la victoria.

La inscripción de Messi en la Federación Española y sus estelares actuaciones en las categorías inferiores provocaron otro tira y afloja por sus servicios. Su condición de residente le hacía apto para ser convocado por las categorías inferiores de la selección española, pero el presidente de la Asociación Argentina de Fútbol, Julio Grondona, se anticipó a cualquier intento de las autoridades españolas por citarlo. Grondona llamó a Messi para jugar con el equipo sub-17 de Argentina. Así se aseguró de que España no pudiera convocarle.

Según Vicente del Bosque, que en años posteriores llevaría a la selección española a la gloria europea y mundial como entrenador, los directivos de la Federación Española de Fútbol intentaron convocarle para las categorías inferiores de la selección en 2002, cuando el jugador solo tenía quince años. Aparentemente, el F. C. Barcelona se

mostró dispuesto, pero Messi, como hacía siempre que había que tomar una decisión compleja fuera del campo, delegó en su agente no oficial, su padre, que bloqueó el tema.

«La Federación Española contactó con el club a través del entrenador, que luego habló con el chico, pero en aquella época era aún más parco de palabras y murmuró algo de que su padre se ocuparía», me explicó Del Bosque en 2016.

A continuación le pregunté por qué las autoridades españolas no se esforzaron más por hacerse con Messi antes de que interviniera Grondona, pues habrían cambiado la historia del fútbol internacional, prolongando aún más el periodo de dominio internacional de España: «La gente de la Federación Española que fue a por Messi en 2002 sabía por los informes que era buen jugador, pero no podían imaginar que se iba a convertir en lo que acabó siendo. Había muchos chavales buenos con potencial por ahí. No era fácil. Al parecer no se dieron cuenta de que uno de ellos iba a acabar siendo asombroso. Al final, no fue una buena decisión para él, no ayudó a su carrera en absoluto. Solo hay que ver la última vez que Argentina ganó un Mundial o cuántas veces han ganado la Copa América desde que está en la selección. Ni una: simplemente no tiene a los jugadores necesarios a su alrededor».

Si Messi hubiera sido internacional con la selección española, habría jugado con los mejores del F. C. Barcelona, pero también con los mejores del Real Madrid y con otros grandes futbolistas que crearon el fútbol más bonito y exitoso de una generación entera de fútbol internacional. «Sí, podría decirse que nos habría gustado tener a Messi en el equipo», confesaba Del Bosque, con su característica sutileza.

Este es un ejemplo más de la influencia que Jorge ha tenido siempre en la carrera de su hijo, hasta el punto de que a menudo ha sido difícil

adivinar la postura de Leo en asuntos ajenos al fútbol. Sin embargo, puede que esto también se deba a su determinación de triunfar en el terreno de juego. Años más tarde, Jorge Messi hablaba en el programa de televisión *Informe Robinson* sobre la inseguridad que sentía la familia en aquella primera época en Barcelona: «Un día le pregunté a Leo: “Bueno, ¿qué querés hacer? Porque la decisión es tuya, si querés volver a Argentina, volvemos”. Me miró y dijo: “No, me quiero quedar acá, quiero jugar al fútbol en Barcelona y jugar en la primera división con el Barcelona”. Fue decisión de Leo, decisión suya: nadie le obligó a nada».

## En el mercado: Cristiano

*D*esde la más tierna infancia de Cristiano, Dolores Aveiro animó a su hijo a buscar sustitutos para la figura paterna, hombres en los que creía poder confiar y que fueran capaces de compensar los fallos de su marido.

Por su parte, Jorge Mendes vio en el talento de Cristiano el mismo diamante en bruto que vislumbraron los primeros mentores del jugador: una personalidad y una ambición que requerían un manejo cuidadoso pero firme. Esa persona también debía tener visión para los negocios, para no desperdiciar el potencial económico de su cliente estrella.

Cristiano Ronaldo encontró en Mendes un representante que encajaba a la perfección con una nueva generación de presidentes forrados de dinero, capaz de distinguir entre expresiones de interés y pujas especulativas, entre proposiciones tentadoras y ofertas en firme. El negocio del fútbol moderno no es como un proceso de licitación corporativa normal, en el que cada una de las partes presenta una oferta cerrada, sino que se parece más a una partida de naipes en la que los jugadores ocultan o enseñan sus cartas según su interés: un juego de faroles y contrafaroles que cuenta con la complicidad de

algunos sectores de los medios deportivos, pues no hay nada que venda más que una buena noticia de un fichaje. Da igual que la noticia tenga algo de fundamento o carezca por completo de él.

Mendes demostró ser un maestro explotando el mercado del fútbol tanto para beneficio de Ronaldo como para sí mismo. Tenía la fuerza de carácter y la empatía necesarias para lidiar con la compostura de un Cristiano Ronaldo joven, físicamente imponente, extrovertido y ambicioso. Se convirtió en un auténtico asesor y mentor, así como en un amigo de confianza, no un Svengali que intentara manipular o controlar al jugador por medio de trucos hipnóticos o siniestros. Sus personalidades estaban destinadas a complementarse en el nuevo y espléndido mundo del fútbol de élite dominado por un puñado de supermarcas globales.

Era un mundo en el que, desde comienzos del nuevo milenio, las selecciones nacionales se habían visto eclipsadas por el ascenso inexorable de clubes como el Real Madrid, el F. C. Barcelona o el Manchester United. Para los jugadores de talento, sus agentes y sus clubes, la globalización y las crecientes cantidades de dinero de la televisión hacían que el atractivo de vender o ser vendido al mejor postor compitiera con los vínculos tradicionales. Todo parecía tener un precio, hasta la lealtad a las propias raíces. La cultura local y hasta las lealtades tribales parecían importar menos que el negocio de conseguir contratos más lucrativos, ya fuera de patrocinio, merchandising o televisión.

David Goldblatt trata este periodo, que empezó en los años noventa, en su influyente historia del fútbol *The Ball is Round*: «Era evidente que la Reina de Corazones había leído la prensa deportiva europea en el cambio de milenio. En ella habría encontrado abundante material



para aprender a asimilar lo inverosímil, lo contradictorio y lo extravagante. Si se hubiera adentrado en las normas culturales de una generación anterior de fútbol europeo, el resumen le habría parecido incomprensible».

Un momento clave fue la sentencia del Tribunal de Justicia Europeo en 1995 a favor del jugador belga Jean-Marc Bosman, que cuestionó las restricciones impuestas a los futbolistas de países europeos para jugar en las ligas nacionales del continente. La sentencia autorizaba a que los futbolistas profesionales de la UE se fueran libremente a otro club al término de su contrato, de acuerdo con las nuevas reglas de competición establecidas por el mercado único de la UE en 1992. Esto significaba que los jugadores podían pedir sueldos y primas aún mayores, ya fuera al renovar su contrato o cuando cambiaran de aires, mientras los clubes intentaban no perder sus activos. A su vez, esto infló las tasas de los traspasos, creando una élite de clubes capaces de imponerse económicamente a otros menos potentes comercialmente. Y todo ello era música para los oídos de los representantes.

En España, F. C. Barcelona y Real Madrid llevaban mucho tiempo demostrando ser terreno fértil para un seguimiento masivo mundial, especialmente dado que su rivalidad, alimentada por cuestiones políticas e intereses comerciales, se había transformado en un duopolio interesado, al menos nacionalmente. Cuando llegó el momento de formar equipos con las más importantes estrellas extranjeras o invertir en talento de casa con el mayor potencial, ambos clubes se encontraron en el mercado español.

Inicialmente, la sentencia Bosman influyó más evidentemente en el Real Madrid, sobre todo después de que el magnate de la construcción Florentino Pérez se hiciera con la presidencia por primera vez, en el

año 2000. Durante cuatro temporadas, aprovechó el momento de especulación y sobrecalentamiento de la economía española para vender propiedades de gran valor del club sacando enormes beneficios; construyó la estrategia de *marketing* del Real Madrid en torno a la compra de una nueva estrella internacional al año como mínimo, para atraer consumidores de todo el mundo.

El Real Madrid desarrolló su «marca» como club global de «galácticos» con fichajes de récord, empezando por el portugués Luís Figo y el francés Zinedine Zidane en 2000 y 2001 respectivamente, seguidos del brasileño Ronaldo Luís Nazário de Lima (el Ronaldo original) en 2002. El siguiente en la lista sería David Beckham, procedente del Manchester United.

Los jugadores garantizaban que se venderían millones del nuevo merchandising, además de permitir que el club mejorara sus contratos de televisión y con los patrocinadores.

Más al norte, en 2003, el Manchester United se había asentado como el club más importante del fútbol inglés y como marca global. Desde la fundación de la Premier League en 1992, habían ganado ocho de los once títulos y había obtenido dos subcampeonatos. Los éxitos en el campo fueron posibles gracias al asombroso crecimiento fuera de él. Entre 1992 y 2002, su facturación creció de 25 a 175 millones de libras. En los primeros cinco años de Premier League, de 1992 a 1997, el club generó ingresos por valor de 249 millones de libras, de los cuales 69 millones fueron invertidos en sueldos y 66 millones fueron declarados como beneficios. Como señalaba un artículo de Stefan Szymanski, de la Escuela de Negocios Cass de Londres: «Este rendimiento sería bueno desde cualquier punto de vista, pero en la industria futbolística,

donde la mayoría de los clubes presentan pérdidas antes de impuestos, era algo deslumbrante».

Sin embargo, tampoco se trataba solo de rendimiento económico: con el cambio de milenio, el United se habían instalado en lo más alto del fútbol de clubes inglés con tres títulos de liga consecutivos, tras ganar el triplete en 1998-99. Su tercer puesto en la clasificación al terminar la temporada 2001-02, con un Arsenal en alza, fue un baño de realidad, pero el club hizo un enorme esfuerzo económico para comprar a Rio Ferdinand por una cantidad récord. En todo este periodo de crecimiento económico y éxitos deportivos, el valor más apreciado del United fue su entrenador, Alex Ferguson. En términos futbolísticos, Ferguson era una rareza; el único técnico británico que sobrevivió y prosperó en la nueva era globalizada. Tal y como escribía Auslan Cram en el diario *The Telegraph* tras la retirada de Ferguson en 2013: «Ha sabido prosperar como un entrenador capaz de mezclar valores interpersonales anticuados y coherentes, aplicados de manera consistente, con la agudeza mental para innovar y no solo cambiar con los tiempos, sino darles forma, generando multitud de éxitos en circunstancias y contextos muy distintos».

Ferguson fue el único entrenador que triunfó antes y después del caso Bosman. Su éxito abarcó la transición de «los chicos de clase obrera» a las superestrellas cosmopolitas, agentes y medios de comunicación que informaban las veinticuatro horas. Su influencia permitió que el United mantuviera el pulso con el Real Madrid y el F. C. Barcelona, y algunos clubes más, en la lucha que mantenían por hacerse con la nueva estrella emergente del momento.

Durante la temporada 2002-03, corrieron rumores acerca del supuesto interés del F. C. Barcelona, Real Madrid, Arsenal y Manchester United, entre otros, por Cristiano Ronaldo. En realidad, ninguna de las entidades españolas fueron serias candidatas.

En verano de 2003, el F. C. Barcelona se adentraba en una nueva era con un presidente joven, Joan Laporta, y su vicepresidente Sandro Rosell. Ambos tenían la mente y la cartera del club centrados en fichar al brasileño Ronaldinho por treinta millones de euros y en hacerse con los servicios del holandés Frank Rijkaard como entrenador, así como en explotar una hornada sin precedentes de jóvenes talentos de la cantera, entre los que figuraba Leo Messi. El Barça sí movió hilos por un joven valor del Sporting, pero era Ricardo Quaresma, al que veían más cuajado como jugador.

El Real Madrid tenía fondos abundantes, pero su obsesión era David Beckham, un jugador que el Departamento de Marketing consideraba necesario para expandir los intereses comerciales del club en Estados Unidos y Asia (concretamente en Japón y en el creciente mercado chino).

Entre los clubes ingleses, el Arsenal fue el primero en mostrar verdadero interés por Cristiano Ronaldo, con una típica tentativa de acercamiento en enero de 2003. Mendes y representantes del Arsenal se reunieron en Lisboa. Ronaldo llegó a viajar a Londres con su madre, donde quedó entusiasmado con el club, y el club con él.

El entrenador del Arsenal, Arsène Wenger, recordaba más adelante que a Cristiano le gustó la transformación cultural que había llevado a cabo en los *gunners*. El adolescente madeirense, que había crecido en la Portugal continental, parecía un jugador capaz de llevar fácilmente una nueva vida en el Reino Unido, adaptándose a su idioma y sus

costumbres. También era un delantero con velocidad que dominaba el balón con elegancia y técnica; encajaría bien con el régimen creativo y cerebral de Wenger. Según confesó años después, el francés llegó a regalarle una camiseta del Arsenal con el número nueve y su nombre.

Sin embargo, el dinero y la estrategia se volvieron en contra del Arsenal. El coste de construir el nuevo estadio, el Emirates, dejó al equipo incapaz de subir su oferta inicial cuando el Sporting la rechazó por demasiado baja. Al club luso se le planteaba una temporada de crecimiento en Portugal. En el verano de 2003, su entrenador Fernando Santos estaba planeando un equipo que girase en torno a aquel adolescente. Pero entonces el Real Madrid fichó a Beckham, y el Manchester United quedó con un hueco por cubrir en el flanco derecho.

El segundo entrenador del United por aquel entonces era el portugués Carlos Queiroz, también cliente de Jorge Mendes y estrechamente vinculado al Sporting, después de que entrenara al primer equipo entre 1994 y 1996. Cuando el club inglés le fichó en 2002, Queiroz logró crear un acuerdo de colaboración entre ambos clubes, que cubría formación de jugadores y entrenadores. Entonces recomendó a su nuevo equipo el fichaje de Cristiano Ronaldo.

Los primeros meses de Queiroz en el Manchester United se vieron ensombrecidos por el creciente distanciamiento entre Ferguson y Beckham, cada vez más señalado desde la mediática boda del jugador con Victoria Adams, popularmente conocida como la Spice Girl pija (*Posh*). La primera pelea importante y muy divulgada entre ellos ocurrió en febrero de 2000, cuando Beckham no acudió a un entrenamiento aduciendo que su hijo Brooklyn tenía gastroenteritis. A pesar de la presunta enfermedad, Victoria asistió a una gala de moda

en Londres. A Ferguson le enfureció que Beckham se quedara cuidando al niño antes de un partido decisivo contra el Leeds United, su máximo rival en la Premier. Le impuso una multa de cincuenta mil libras (equivalente a dos semanas de sueldo) y no jugó contra el Leeds.

Dos meses después, Ferguson se puso en contacto en secreto con el agente de Luís Figo, José Veiga, para explorar la posibilidad de fichar al jugador luso del F. C. Barcelona (o incluso traspasarlo a cambio de Beckham). La idea se quedó en nada cuando Florentino Pérez se puso a Figo como objetivo principal del proyecto del Real Madrid.

Ferguson dejó en suspenso cualquier plan de vender a Beckham, al ser consciente de que provocaría una reacción violenta en los seguidores del United y los medios de comunicación si le dejaba marchar cuando la estrella inglesa brillaba tanto en su club como en la selección. Durante el campeonato de Europa celebrado aquel verano en Holanda y Bélgica, sus ocasionales destellos de brillantez fueron una de las pocas notas positivas de la actuación de Inglaterra, por lo general mediocre. «No tiene ego. Está dispuesto a ser general o a ser soldado según haga falta», comentaba el entrenador inglés Kevin Keegan.

El momento más estelar de Beckham con Inglaterra probablemente se produjo cuando transformó una falta en el tercer minuto del descuento del partido de clasificación contra Grecia, que dio el pase a la selección inglesa para el Mundial de Japón y Corea del Sur en 2002. El seleccionador inglés de entonces, Sven-Göran Eriksson, lo describió como el gol más importante de su carrera como técnico. La reacción de Ferguson no pudo ser más distinta. Cuando le pidieron su opinión sobre el tanto de Beckham, el entrenador del United adoptó un gesto serio y frunció el ceño antes de contestar: «Los medios han exagerado,

como es habitual. No os importamos una mierda. Solo se trata de vender periódicos para vuestra gente. Vosotros no tenéis que recoger los pedazos, recuperar a un equipo y volver a poner los pies en la tierra a los jugadores».

Tras estas declaraciones, Ferguson dejó a Beckham fuera de la convocatoria para el siguiente partido del United, y varias veces más en las semanas posteriores, lo cual pudo deberse a un bajón en la forma física del jugador, pero que desde luego lo hizo sentirse injustamente tratado.

Era el comienzo del fin de la era Beckham en el United, un final que culminó cuando el Real Madrid le fichó por treinta y cinco millones de euros en 2003, lo cual dejó a los aficionados y accionistas del gigante inglés preguntándose cómo se iba a cubrir el vacío que dejaba Beckham como jugador y como marca global. Sin embargo, cuando una puerta se cierra, otra se abre, especialmente con Mendes y Queiroz engrasando las bisagras.

El 7 de agosto de 2003, un Manchester United ya sin Beckham acudió a jugar un partido amistoso contra el Sporting para celebrar la inauguración del nuevo estadio del club lisboeta, un remozado José Alvalade.

Los jugadores del United llegaron a la capital lusa afectados por el desfase horario y exhaustos después de tres semanas de gira de pretemporada por Estados Unidos, que habían disputado ante todo por motivos comerciales, tras alzarse de nuevo con el título de la Premier. El espectáculo que rodeó a la inauguración del nuevo estadio y el entusiasmo de los cincuenta mil aficionados ocultaba el deplorable estado del césped, que, a pesar de ser nuevo, no estaba bien drenado y se cuarteaba por zonas.

No obstante, Ferguson alineó un once poderoso y tenía todas las expectativas de ganar. El equipo había vencido en todos sus partidos en Estados Unidos contra rivales de nivel: AC Milan, F. C. Barcelona, Juventus y Bayern de Múnich. Pero aquel día en Lisboa, el Sporting les derrotó por 3-1. Lo mejor del partido fue la actuación de un madeirense de dieciocho años con el que nunca se había enfrentado ninguno de los jugadores del United, pero que sí conocían el entrenador y su ayudante.

La fama de Ronaldo como máxima promesa del fútbol portugués, ágilmente promovida por Mendes en sus primeros contactos con el Manchester United y otros clubes, era cada vez mayor, después de un año como profesional y a dos semanas de disputar su primer partido con la selección absoluta.

La calidad del jugador, con sus vertiginosas carreras y su repertorio de regates, se hizo evidente desde el comienzo del partido. Pero si hubo un momento que definió el encuentro, fue en la primera mitad, cuando Cristiano recogió un balón, le hizo un roto a John O'Shea y lanzó una *folha seca* que Fabien Barthez solo pudo desviar.

«Pensé, maldita sea», recordaba Gary Neville, que vio el partido desde casa y se fijó especialmente en cómo Ronaldo atormentaba a su sustituto en la banda derecha de la zaga. «Cuando ves a un jugador con el que normalmente jugarías, te fijas mucho más, y es muy raro ver ese nivel de movimiento y velocidad. Muy pocos jugadores son capaces de medir su carrera de ese modo entre los laterales y los centrales, y con esa velocidad.»

El pobre O'Shea, que tenía el cometido de marcar a Ronaldo, se vio tan deslumbrado y desbordado por los regates y la velocidad de aquel adolescente que al descanso llegó al vestuario completamente



exhausto y tuvo que ser sustituido en la segunda mitad. «Me desolló vivo», confesó el propio O´Shea más tarde.

A los pocos minutos de concluir el partido, Gary Neville escribió un mensaje sobre Cristiano a su hermano menor, Phil. Este sí jugó aquel día. Lo primero que le llamó la atención fue el aspecto flacucho aunque acicalado de Cristiano. Sus botas de color llamativo, ese casco de pelo fijado con mechas rubias, el aparato de metal en su boca: era carnavalesco, excéntrico, egocéntrico. «Estaba claro que era un tipo que se gustaba», recordaba posteriormente el mayor de los Neville.

Otros jugadores que disputaron el partido de Lisboa compartían el entusiasmo de Gary: «Scholesy [Paul Scholes], Butty [Nicky Butt] y yo estábamos diciendo: “Hay que fichar a este tío”, porque, si recuerdas, se nos acababa de escapar Ronaldinho. Así que necesitábamos un jugador de primer nivel».

Varios compañeros, entre ellos Rio Ferdinand y Ryan Giggs, preguntaron en el vestuario a Ferguson si ficharía a Cristiano. El técnico no quiso mojarse. Acabado el partido, una vez que se habían cambiado los jugadores y cuando ya estaban en el autobús esperando a salir hacia el aeropuerto, llegaron noticias de que el segundo entrenador, Ferguson y el director ejecutivo estaban intentando llegar a un acuerdo. «Así que no nos importó llegar tarde», recordaba Ferdinand más adelante. En sus memorias, Ferguson explica cómo los jugadores del banquillo le decían durante el encuentro: «Joder, místico, menudo jugador, ese chaval». El escocés contestó: «Ya está. Ya lo tengo arreglado».

Ferguson se reunió con Cristiano Ronaldo y su agente Mendes en un despacho del nuevo estadio. Accedió a pagar diecisiete millones de euros por su fichaje, bastante más de los nueve millones que los

directivos del Sporting aseguraban que estaba dispuesto a pagar el Real Madrid.

Ferguson le dijo al jugador en ese momento: «No jugarás todas las semanas. Te lo digo ya, pero te convertirás en un jugador del primer equipo. No me cabe ninguna duda. Tardarás un poco en adaptarte. Nosotros cuidaremos de ti». Y el técnico fue fiel a su palabra.

Cinco días después del partido, el 12 de agosto, el Manchester United anunciaba oficialmente a la Bolsa de Londres que había cerrado el fichaje del adolescente luso por cuatro temporadas. Por su parte, Cristiano Ronaldo declaró: «Estoy muy feliz de fichar por el mejor equipo del mundo, y especialmente orgulloso de ser el primer jugador portugués que juega en el Manchester United».

Ferguson dijo que «hacía meses» que existía un acuerdo para fichar al jugador, pero que los *devils* aceleraron las gestiones cuando se hizo evidente que otros clubes estaban detrás de él: «Llevamos bastante tiempo negociando con Cristiano, pero el interés de otros clubes por él se ha precipitado en las últimas semanas, así que hemos tenido que mover ficha rápido para quedarnos con él... Gracias a nuestra relación con el Sporting, han respetado el acuerdo de hace unos meses». En efecto, Ferguson había estado pendiente del asunto desde que Queiroz se unió al banquillo del Manchester United en 2002, y siguió el consejo de su segundo enviando a Lisboa a su principal ojeador, Jim Ryan, para observar más detenidamente a Ronaldo.

Estas fueron las palabras de Ryan a su regreso: «Caray, menudo jugador he visto. Creo que es un extremo, pero ha estado jugando de media punta con las categorías inferiores. Yo no esperaría. Con diecisiete años, alguien se lo va a llevar».

El Sporting quería retenerle dos años más. En un principio, Ferguson propuso un acuerdo para ficharle pasado ese tiempo. Los detalles definitivos del contrato que adelantó el fichaje fijando precio y comisiones fueron discutidos exhaustivamente por Ferguson y Mendes, y siguen siendo objeto de debate.

Tal y como reveló el periodista David Conn en un artículo de investigación publicado en enero de 2011 en *The Guardian*, una serie de documentos y declaraciones presentados ante los tribunales de Oporto despertaron dudas sobre los agentes que participaron en el acuerdo, cuánto cobraron y por qué el United pagó diecisiete millones cuando se rumoreaba que el Sporting había estado negociando por seis con otros clubes ingleses, entre ellos el Arsenal.

En el proceso judicial en cuestión, la agencia inglesa Formation denunciaba a la compañía Gestifute, propiedad de Jorge Mendes, exigiendo la mitad de la tarifa que el agente luso presuntamente sacó del contrato con el Manchester United y otros acuerdos. Según los documentos a los que tuvo acceso *The Guardian*, Mendes se defendió aduciendo que el United no le había abonado ninguna cantidad y que su tarifa la pagó un representante italiano, Giovanni Branchini. Aparentemente, la federación inglesa de fútbol, a través de la cual los clubes deben pagar todos los honorarios de los agentes, reveló por orden judicial que el United sí había pagado un millón de libras a «otro agente» (no a Mendes). Finalmente, las dos agencias llegaron a un acuerdo fuera de los tribunales: Gestifute abonó a Formation una importante suma que no ha sido revelada.

Fueran cuales fueren los detalles, lo único que pasó a la historia fue el resultado. Como señala Conn, «el fichaje de un Cristiano Ronaldo inmaduro y de talento poco probable por el Manchester United en

agosto de 2003 fue un momento decisivo para la Premier League y para el fútbol moderno: anunciaba la llegada de una nueva superestrella deslumbrante para un milenio en ciernes». Más adelante añade: «Para Jorge Mendes, representante del jugador de dieciocho años, expropietario de discotecas y futbolista semiprofesional retirado, la llegada de Ronaldo al mercado marcó su entrada en el gran escenario central del fútbol».

Posteriormente, Cristiano aseguraría que ya era ferviente admirador del Manchester United cuando ganó el triplete. Afirmaba que fichar por el United era «un sueño» hecho realidad. Por su parte, Mendes lo describió como «un momento único de felicidad». Aquella noche, el jugador propuso salir a celebrarlo con champán, pero Mendes dijo que estaba demasiado ocupado y tenía que trabajar en otros asuntos. Ronaldo acabó celebrándolo por su cuenta, pero sin rencores hacia su agente y amigo.

Al brindar por su futuro solo, probablemente en la última ocasión en que pudo pasar desapercibido en un bar, Cristiano Ronaldo debió de sentirse muy lejos de aquel chico flacucho que subía corriendo las laderas de Quinta de Falcão. Las cosas estaban a punto de ponerse muy interesantes.

## El enano: Messi

*E*l 16 de noviembre de 2003, el F. C. Barcelona disputó un partido amistoso contra el Oporto, por el que el club catalán percibió doscientos cincuenta mil euros. El encuentro conmemoraba la inauguración del nuevo Estadio do Dragão del equipo luso, construido para albergar la Eurocopa al año siguiente, igual que el José Alvalade del Sporting.

Después de trabajar a las órdenes de dos técnicos en el banquillo del Barça, Bobby Robson y Louis van Gaal, José Mourinho había llevado al Oporto a ganar la liga y la copa portuguesas, así como la Copa de la UEFA, en la temporada 2002-03. El choque entre esta potencia emergente y un gigante continental parecía una inauguración adecuada para el estadio, pero también fue el escenario de un debut histórico.

A sus dieciséis años y cuatro meses de edad, Leo Messi tenía mucho que demostrar cuando en el minuto setenta y cinco saltó al campo para jugar con el primer equipo del F. C. Barcelona, una de las grandes instituciones deportivas del mundo.

Messi recordaría aquel encuentro más adelante como un punto de inflexión en su carrera, describiéndolo como «un sueño de infancia

hecho realidad» en un programa de Barça TV realizado especialmente para conmemorar el décimo aniversario del acontecimiento. Aquella temporada, estableció un récord al jugar con cuatro categorías distintas del Barcelona, entre juveniles y filiales, mientras se abría paso hacia el primer equipo.

Aquel día compartió vestuario con otro canterano mayor que él, Xavi Hernández, quien tendría una influencia crucial guiando el desarrollo profesional de Messi en el club. Por entonces se acababan de conocer, pues nunca habían coincidido en La Masía. Apenas se habían hablado, al moverse en círculos distintos. Sin embargo, Xavi ya había oído excelentes referencias de Messi en boca de un amigo cercano, Sergi Alegre, entrenador de las categorías inferiores durante muchos años. Unas semanas antes, Alegre y Xavi estuvieron comiendo y le dijo: «Sube gente buenísima, pero hay un argentino que no te imaginas lo que es. Espectacular. Ya verás».

Años más tarde, Xavi seguía recordando la primera vez que compartió campo de entrenamiento con Messi: «Se le veía diferente, claro, porque hay cosas que se notan en el primer rondo. Y Leo, además, tenía algo que es lo más difícil: entendía el juego, tenía pase y driblaba a quien le pusieras por delante; al mejor defensa que tuviéramos en el equipo aquellos días, lo sentaba».

En un homenaje especial a Messi con motivo de su quinto Balón de Oro en enero de 2016, Xavi le rindió tributo en *El País* hablando de la primera temporada que jugaron juntos en el primer equipo. Le describía como «educado, respetuoso» y «un chaval humilde». Y si bien era evidente que el propio Messi sabía en el fondo que sería buen futbolista, Xavi también era consciente de que podían torcerse muchas cosas.

La decisión de subir a Messi al primer equipo de forma regular fue de Frank Rijkaard, nuevo técnico del Barça, nombrado esa misma temporada como parte de la importante reestructuración del club con el objetivo de salir del estancamiento en el que se había sumido al comienzo del nuevo milenio, con cuatro temporadas sin ganar ningún título.

Nacido en Ámsterdam, Rijkaard destacó como futbolista durante dos épocas doradas del fútbol de clubes europeo. Su excelente fama como centrocampista defensivo se labró durante los años ochenta, cuando militaba en el Ajax y la selección holandesa, a las órdenes de Johan Cruyff. Pocos años después, jugó en el AC Milan de Arrigo Sacchi, contribuyendo a una de sus épocas gloriosas, en las que ganó varios campeonatos italianos y dos Copas de Europa. Acabó su carrera jugando dos temporadas en el Ajax, donde ganó una liga y otra Copa de Europa.

En la Eurocopa de 2000, dirigió a una selección holandesa que deleitó a los aficionados con un fluido fútbol de ataque, hasta caer en semifinales por penaltis ante Italia. Rijkaard renunció nada más ser eliminados. A continuación se hizo cargo del club profesional más antiguo de Holanda, el Sparta de Róterdam, para la temporada 2001-02. Allí surgieron preguntas acerca de su actitud relajada, a pesar de las dificultades económicas que atravesaba el club. El Sparta acabó perdiendo la categoría y Rijkaard dejó el puesto al poco tiempo. Se tomó los meses siguientes como un periodo sabático, el segundo en tres años. Aprovechó para intentar escribir un libro sobre cómo dirigir un club de fútbol, pero nunca llegó a acabarlo.

Aunque el nuevo presidente del F. C. Barcelona, Joan Laporta, había prometido en su campaña electoral de 2003 devolver al Barcelona algo

de la alegre creatividad holandesa y los éxitos que la afición azulgrana había disfrutado con Cruyff (primero jugando como el Holandés Volador y posteriormente dirigiendo al Dream Team que ganó la primera Copa de Europa del club en 1992), la elección de Rijkaard para cumplir su promesa, siguiendo el consejo del propio Cruyff, fue una apuesta arriesgada.

En muchos sentidos, encarnaba como jugador y técnico al «genio neurótico» del fútbol holandés, tal y como lo describe el cronista David Winner en *Brilliant Orange*: un constante equilibrio entre la brillantez y una tendencia a la autodestrucción, con capacidad para alcanzar grandes hitos y también para derrumbarse sin completar su potencial.

Cuando Rijkaard llegó al Barça, el club estaba hecho un desastre. Después del estrepitoso fracaso de Louis van Gaal en su segunda etapa en el banquillo culé, Toño de la Cruz y Radomir Antić se habían hecho cargo del equipo. La temporada 2002-03 acabó con una anodina sexta posición.

La presidencia de Joan Gaspart había llegado a su fin, dejando paso a un nuevo presidente reformista, Joan Laporta. El club acababa de fichar a la última estrella sudamericana del Paris Saint-Germain, el brasileño Ronaldinho. Se lo habían arrebatado al Manchester United por treinta millones de euros, pero no era fácil pronosticar lo que depararía el futuro inmediato.

Laporta era un joven abogado que había ayudado a crear un movimiento de aficionados decididos a realizar una reforma radical en el club tras décadas bajo el control autoritario del magnate de la construcción, Josep Lluís Núñez. Hizo campaña por la presidencia con el apoyo de uno de los símbolos más duraderos del club, Johan Cruyff. Prometió una mayor transparencia en la gestión y revivir los éxitos del



Barça invirtiendo en la cantera y en jugadores extranjeros capaces de competir con la constelación del Real Madrid, y de hacerlo con estilo. Messi, estrella de las categorías inferiores, reunía evidentemente todos los requisitos. Si buscaban un jugador que fuera la antítesis de un galáctico, Leo era su chico.

En aquel amistoso celebrado en noviembre de 2003, Messi empezó a crear problemas al Oporto en cuanto saltó al campo, con una serie de regates que demostraban su técnica argentina, así como lo mucho que le quedaba por madurar como jugador del Barça. Malogró dos oportunidades de gol. En la primera, el guardameta detuvo el balón después de un buen desmarque; en la segunda, optó por pasar cuando tenía la portería para sí tras haber dejado atrás al portero. El Oporto acabó ganando por 2-0.

La periodista Cristina Cubero recordaba que Messi atravesó la zona mixta después del partido con la cabeza gacha y encorvado, como si estuviera demasiado avergonzado para mirar a nadie a los ojos. «Siempre he dicho que tiene toda la fuerza que necesita sobre el terreno de juego, pero fuera de él se encoge», explicaba a Guillem Balagué.

Rijkaard elogió a Messi en la rueda de prensa después del partido: «Tiene mucho talento y un futuro muy prometedor», aseguró a los periodistas. Viendo el encuentro desde el banquillo, el técnico holandés pensó que Messi seguía inmerso en un proceso de aprendizaje y que tendría que adaptarse al estilo de juego que estaba desarrollando en el Barça.

Por su parte, es bien sabido que Ronaldinho comentó a sus compañeros que Messi acabaría siendo mejor que él. Ambos se hicieron amigos. El brasileño se refería a su protegido como

«hermanito», lo cual debió ayudarle en la transición al primer equipo. Más adelante, la influencia de este playboy extravagante resultaría más problemática, pero en esta primera época resultó clave. Messi nunca olvidaría la generosidad de Ronaldinho: «Si es cierto que me recibió bien todo el vestuario, él lo hizo de una manera espectacular; entrar en ese vestuario no era fácil, pero él me lo hizo todo mucho más fácil. Estaba muy cómodo, muy suelto por cómo me hacían sentir..., no solo Ronnie, sino todo el vestuario».

Cuando Messi llegó a Barcelona, era tan pequeño que sus pies ni siquiera tocaban el suelo al sentarse en el banquillo. Gerard Piqué recuerda que debido a su tamaño inicialmente le relegaron a una categoría inferior (los Júniors B, donde sus compañeros le pusieron el cariñoso apodo del Enano). Aparentemente, eso le motivó todavía más para marcar goles, a pesar de que sufría físicamente cuando le cubrían jugadores más grandes que él. Tuvo varias lesiones en su primera época, como las ya mencionadas fracturas de pierna y de pómulo, para la cual se negó a llevar una máscara protectora.

Gracias al tratamiento hormonal, a los dieciséis años ya medía 1,70. En ese momento, se interrumpieron tanto la medicación como su crecimiento. Había alcanzado la altura proyectada al inicio del tratamiento. Incluso era dos centímetros más alto que Maradona. Si hubiera seguido tratándose, su salud habría corrido peligro y probablemente se hubiera visto envuelto en un escándalo de dopaje.

Conviene recordar en este punto que la hormona del crecimiento humano (HGH), tanto dentro como fuera de la competición, está incluida en la Lista de Sustancias y Métodos Prohibidos por la sección S2 de la Agencia Mundial Antidopaje. Según señala la página web de la agencia, la labor principal de la HGH es estimular el hígado para que

segregue el factor de crecimiento insulínico tipo 1 (IGIF-1), que a su vez induce la producción de células cartilaginosas, que resulta en el crecimiento de los huesos. También desempeña un papel fundamental en la síntesis de proteína muscular y en el crecimiento de los órganos.

«Algunos de los efectos atribuidos a la HGH que podrían explicar su atractivo como agente de dopaje, especialmente en deportes de fuerza y resistencia, son la reducción de la grasa corporal (lipólisis), el aumento de la masa muscular y la fuerza (efecto anabólico), así como sus efectos reparadores de tejidos (recuperación) en el sistema musculoesquelético», indica la página web.

A continuación, la agencia advierte que entre los efectos secundarios del abuso de la HGH están la diabetes en pacientes propensos a esa condición, el agravamiento de enfermedades cardiovasculares, dolores de huesos y articulaciones, hipertensión y deficiencias cardíacas, crecimiento anormal de órganos y artrosis acelerada. De no tratarse, muchos de los síntomas descritos pueden reducir la esperanza de vida de manera considerable.

El uso de la HGH está prohibido en prácticamente todos los deportes, en el mundo amateur y en el profesional. A pesar de que la sección 46 del código antidopaje de la FIFA incluye cláusulas para una exención del uso terapéutico de una sustancia prohibida cuando esta se considera esencial desde un punto de vista médico, no está claro si el F. C. Barcelona se vio en la necesidad de solicitar esta dispensa.

Una vez interrumpido el tratamiento, Messi empezó a seguir dietas especiales para mantener la forma física; además, centró su entrenamiento en aumentar la masa muscular de sus piernas y fortalecer el cuerpo en general para poder enfrentarse con jugadores

más altos y fuertes que él, mientras seguía refinando su técnica, conforme maduraba la estrella que llevaba dentro.

«He visto partidos en los que parecía que jugaba él solo contra once durante noventa minutos, y no paraban de darle patadas, pero solo ganábamos 1-0, empatábamos 0-0, o perdíamos 1-0. Es un regateador fabuloso, pero estaba dando pasos de gigante buscando variedad en su juego: una vez regateas, a la siguiente pasas el balón y profundizas. Se estaba haciendo más eficaz haciendo menos», le explicaba Rijkaard al escritor Simon Kuper en 2008.

El pibe que aprendió a regatear en las calles y los descampados de Rosario empezaba a absorber técnicas europeas de pase y desmarque en el camino hacia convertirse en un jugador completo.

En lo personal, su principal punto de referencia seguía siendo su padre Jorge, con quien seguía compartiendo el piso de cuatro habitaciones en la Gran Vía de Carles III. Además de supervisarle como progenitor, Jorge cada vez estaba más involucrado representando a Leo en todos sus asuntos con el club y con agencias externas.

Su madre, Celia, viajaba a Barcelona dos veces al año, aunque seguía viviendo en la casa familiar de Rosario con su segundo hijo, Matías, cinco años mayor que Leo, y su hija, María Sol, cuatro años menor. Leo se comunicaba a diario con Celia por Internet y por teléfono móvil, y siempre aguardaba sus visitas: le había costado asumir que sus padres vivían en ciudades distintas, por muy amablemente que se lo plantearan. Para él, un buen plato era la típica milanesa empanada de ternera argentina que le hacía su madre desde pequeño, acompañada del tradicional mate que ella le preparaba.

El mayor de los cuatro hermanos, Rodrigo (siete años mayor que Leo) no tardó en abandonar su sueño de ser futbolista y se instaló con su novia Florencia en Barcelona, donde asumiría un papel cada vez más importante llevando los asuntos de Messi junto con su padre.

En Rosario, Matías parecía destinado a ser la oveja negra de la familia Messi. Nació en 1982, cinco años y un día antes que Leo, cuyo rostro se tatuaría posteriormente en el brazo izquierdo. Su prometedor futuro como futbolista se vio truncado cuando la academia de fútbol de Newell's Old Boys no le renovó al acabar una temporada. A eso le siguió una vida laboral inestable, en la que se hizo famoso por sus presuntos vínculos con los Barras Bravas, aficionados violentos y radicales de Rosario cuyas redes criminales organizadas dominaban el fútbol argentino.

Los documentos públicos de la presunta implicación de Matías en actividades criminales se remontan al año 2000, cuando supuestamente participó en un robo. Un año después vino una presunta agresión y una acusación por amenazas en 2002. Los cargos fueron retirados en todos los casos, pero Matías siguió metiéndose en problemas.

No era fácil crecer a la sombra de un hermano menor, como admitió Rodrigo, también futbolista frustrado. «No nos adaptamos muy bien —confesaba en *Informe Robinson* en 2011—. Fue un problema, estábamos unidos [como familia], pero uno estaba haciendo algo y los demás nada. Así que todos sufríamos de maneras distintas.»

Por el contrario, la vida de Messi en Barcelona era menos corriente, lo cual suponía que vivía según sus propias condiciones, no como otros podían esperar. No se veía intimidada por el éxito de otros, y menos aún por el suyo.

La generación de 1987 estuvo dos años y medio unida, hasta que Cesc se marchó al Arsenal en septiembre de 2003 y Piqué al Manchester United al año siguiente. A pesar de su creciente reputación como uno de los mejores jugadores jóvenes en la historia del Barça, y aunque demostraba un respeto enorme por los jugadores mayores que él, Messi seguía ajeno al estrellato y resuelto a mantenerse alejado del centro de atención.

Aparte de dormir una larga siesta cada día, su hábito preferido eran los videojuegos. Sus mejores amigos de La Masía, Víctor Vázquez y Luis Calvo, se burlaban de él llamándole «enano» cada vez que les ganaba a la PlayStation, lo cual era casi siempre. Jugaba con una concentración y una pasión solo comparables con su fútbol en la vida real. Y respondía a las burlas adoptando una jerga argentina que a los otros les costaba entender.

Messi todavía era un pequeño gran hombre, un adolescente en vías de crecimiento, en absoluto interesado en el negocio del fútbol, pero con potencial para convertirse en estrella: un objetivo tentador para Rodolfo Schinocca, agente argentino y exfutbolista de Boca Juniors, que llevaba sus derechos en 2004, a instancias de Jorge, antes de que el jugador alcanzara la fama.

Años más tarde, el periodista argentino Leonardo Faccio preguntó a Schinocca si era difícil vender la imagen de Leo en aquella época. «Había que reinventar el negocio. En esa época, la imagen del futbolista exitoso era David Beckham», contestó Schinocca.

En 2004, el internacional inglés tenía veintiocho años, era su primera temporada en el Real Madrid tras su fichaje récord y estaba considerado como el más importante fenómeno de *marketing* en la historia de este deporte.

Ese año, Messi seguía siendo «un adolescente con acné», en palabras de Faccio. Schinocca podía haberse planteado retocar su imagen para hacerla más atractiva. Sin embargo, fomentó sus cualidades adolescentes. Su primer anuncio se emitió en Argentina, no en España, y en él promocionaba hamburguesas, bebidas gaseosas y videojuegos.

«Era muy humilde», le confesaba Schinocca a Faccio. «Siempre me decía: “Lo único que quiero es tener una casa en Barcelona y otra en Rosario”.»

En 2007, Schinocca tuvo un célebre desencuentro con la familia Messi. Los derechos de imagen de Leo le fueron arrebatados en una acción posteriormente impugnada ante los tribunales. Ahora bien, en 2004 no había nada controvertido en la vida de Messi. En esencia, seguía siendo el mismo chico, tímido con la publicidad y seguro de su propio talento.

Como expuso Jorge Valdano mucho después de que Messi copara los titulares del mundo del fútbol: «Messi solo produce titulares con los pies».

En la primavera de 2004, con solo veintitrés minutos disputados con el primer equipo, todos esos titulares estaban aún por venir. Pero el clamor para que el Enano asumiera un papel estelar era cada vez mayor.

## El legado rojo: Cristiano

George Best describió su debut como el más emocionante que había visto jamás.

La memoria reciente del Manchester United tenía otros momentos álgidos, como los dos goles de Paul Scholes ante el Port Vale en la victoria del United en septiembre de 1994, o el doblete de Ruud van Nistelrooy en su primer partido de liga completo en agosto de 2001 ante el Fulham. Sin embargo, el debut de Cristiano Ronaldo en Old Trafford, con solo dieciocho años, fue un acontecimiento que no olvidarán fácilmente aquellos que lo presenciaron.

Algunos veteranos del deporte le comparaban con el mismo Best. «Ha habido varios futbolistas descritos como el nuevo George Best a lo largo de los años, pero esta es la primera vez que lo recibo como un piropo», contestó esa leyenda del fútbol.

En el minuto sesenta y seis de partido, Alex Ferguson sacó a Cristiano Ronaldo por Nicky Butt. El nuevo fichaje se hizo notar de inmediato, bailando alrededor de la defensa, corriendo con el balón y exhibiendo una potencia física y una técnica que obligaron a sus compañeros a cambiar de marcha. Tal y como señalaba Best, Ronaldo demostró que era verdaderamente ambidiestro, batiendo al adversario



con facilidad y poniendo centros peligrosos con la izquierda y con la derecha. «Otra cosa que me gustó de Ronaldo contra el Bolton fue cómo llevó la parte física. Nada más salir le derribaron por detrás, pero simplemente se levantó y siguió jugando, no le perturbó ni lo más mínimo», comentaba Best.

Ryan Giggs recordaba años más tarde el día en que Cristiano salió para disputar la última media hora de partido contra el Bolton «y deslumbró a una defensa cansada con una brillante exhibición de ritmo y técnica». Eso, unido a su físico («parecía tener veintiocho años, más que dieciocho; era alto y fuerte, e impresionante», recordaba Giggs) era lo que importaba.

Ronaldo lucía el número siete, legendario dorsal que habían vestido George Best, Éric Cantona y David Beckham, entre otros. Aquel día, los aficionados pudieron ver destellos de los tres jugadores sobre el campo: sus regates, su velocidad y sus fintas (Best), su visión y creatividad en el pase (Beckham), su seguridad rayana en la arrogancia y la pura vistosidad (Cantona). Los directivos del United vieron a un fuera de serie en potencia, cuyo bello aspecto se combinaba con su talento y le convertían en una emocionante instrumento de *marketing*. Así pues, era un gran recambio para Beckham. Siempre y cuando Ferguson creyera en él.

Evidentemente, había otras características que sugerían bastante narcisismo en la personalidad de Cristiano, algo que no siempre encajaría en un lugar como Mánchester, pero, aun así, el jugador impresionó. Paddy Harverson, aficionado de toda la vida del United que en aquella época era director de comunicaciones del club, recordaba su debut contra el Bolton: «Llevaba ese estúpido corte de pelo con cosas raras, tenía muchos granos, pero demostró

inmediatamente valentía con el balón, lo pedía una y otra vez, y cada vez que le hacían falta, simplemente se levantaba. Era increíblemente valiente, y los aficionados se enamoraron de él al instante. Demostró en muy poco tiempo, en apenas unos minutos, que era jugador del Manchester United. No todo el mundo lo hace».

El nuevo fichaje del Manchester arrancó la ovación de los setenta mil espectadores que llenaban Old Trafford aquel día, mientras que en otro lugar podría haber estado luchando por un puesto en la banda con un talento emergente. Varias piezas en el complejo rompecabezas del mercado internacional de fichajes acababan de encajar. David Beckham, Cristiano Ronaldo, Carlos Queiroz (segundo entrenador del Manchester que estaba a punto de reemplazar a Vicente del Bosque en el banquillo del Real Madrid), Alex Ferguson y Jorge Mendes. Tres grandes clubes (Manchester United, Real Madrid y F. C. Barcelona) participaron en maniobras y cálculos que tendrían un impacto fundamental en el negocio del fútbol en los años posteriores.

Cabe mencionar que, en cierto momento, el F. C. Barcelona también estuvo involucrado en las prolongadas negociaciones para el fichaje de Cristiano Ronaldo, entre primavera y comienzos de verano del año 2003. «Mendes nos ofreció a Cristiano y a Nani en un mismo paquete, por dieciocho millones de euros cada uno», recordaba Alfonso Godall, directivo del Barça. «En aquel momento, ya habíamos comprado a Ronaldinho y no disponíamos de mucho dinero, pero, cuando estábamos tratando de encontrarlo, Mendes cerró un acuerdo con el Manchester United.»

Imaginen a Messi jugando con Cristiano. En la historia del F. C. Barcelona hay otras formidables posibilidades que no llegaron a hacerse realidad, como cuando el club tuvo la oportunidad de contar

con Alfredo di Stéfano y hacerlo jugar en el mismo equipo que Kubala, pero el primero acabó recalando en el Real Madrid. Sin embargo, la posibilidad de que Ronaldo hubiera jugado con Messi evidencia claramente hasta qué punto sus roles se han arraigado como el yin y el yang del fútbol. ¿Pueden imaginárselos pasándose el balón y celebrando un gol juntos? Es imposible saber qué habría ocurrido si Cristiano hubiese acabado en el Camp Nou: tal vez hubiesen impedido el desarrollo el uno del otro, en lugar de florecer juntos. En cualquier caso, mientras Leo continuaba con su cuidadoso desarrollo en Barcelona, a sus dieciocho años Cristiano empezó a aprovechar su impresionante debut.

La estrella de Ronaldo había ascendido en la pequeña liga portuguesa, pero, a diferencia de la seguridad y el ambiente familiar que Barcelona ofreció a Messi, el luso fue traspasado a un país extranjero donde no hablaban su lengua y el clima era frío y húmedo gran parte del año. No como en Lisboa, y menos como en su semitropical Madeira.

Cristiano tenía mucho que demostrar en la dura y competitiva Premier League, especialmente en un club como el United, uno de los gigantes del fútbol mundial, con una inmensa tradición e historia plagadas de jugadores legendarios, muchos de los cuales salieron de la cantera y se formaron en las categorías inferiores. Una historia parecida a la del F. C. Barcelona, pero sin el factor político.

El único portugués que había dejado huella en la historia del United antes de Cristiano Ronaldo había sido el gran Eusébio. Y solo porque formaba parte del equipo del Benfica al que Best, Charlton, Law y otros derrotaron en 1968 para lograr la primera Copa de Europa del club. Cuando Ronaldo fichó por el Manchester United, pocos

aficionados le conocían. Y menos aún podían imaginar su ardiente deseo de reclamar la corona de Eusébio como el mejor jugador portugués de todos los tiempos, y mucho más. Sobre sus hombros llevaba el peso de la historia, tanto de la del fútbol como la propia, pero ya parecían lo suficientemente anchos para soportar la carga. Además, en el Manchester United podía buscar inspiración (dentro y fuera del campo) en los dos números siete que le precedieron.

En los años noventa, el United había recuperado la reputación de hacer un fútbol entretenido e intrépido con la llegada del francés Éric Cantona, un jugador polémico pero tremendamente habilidoso. Cantona tenía un carácter temible. A veces mostraba una evidente falta de entusiasmo por recuperar el balón. Aun así, se ganó el respeto del equipo gracias a su talento en el campo: su letal definición, su control de balón y su creatividad en el pase, que podían dar la vuelta a un partido en un instante. Su carismático liderazgo inspiró a una generación emergente de nuevos purasangres, que se acostumbraron a la idea de ser los mejores y ganar.

Aquel francés extravagante hizo muchas cosas durante su paso por el United: acabó con el sentido de insularidad del equipo, les enseñó un par de cosas acerca del poder de los medios de comunicación y de los patrocinadores, y cómo se podía aprovechar el *marketing*. En términos comerciales, dio un ejemplo que luego seguirían David Beckham y Cristiano Ronaldo.

Después de unirse al club a los catorce años, Beckham debutó con el Manchester United en 1995, con diecinueve, en pleno proceso de recuperación del club a las órdenes de Ferguson y con un Cantona en plenitud.

Desde sus primeros años en el Manchester United, Beckham fue consciente de que estaba en uno de los clubes más famosos y apasionantes del mundo, donde todos los jugadores, tuvieran la edad que tuvieran, se sentían como parte de una familia mientras estuvieran sujetos al régimen de Ferguson. El entrenador mantenía la ética laboral calvinista de los astilleros de Glasgow: llegaba a su despacho a las 7.30 de la mañana y supervisaba hasta el último detalle de la gestión del club.

Beckham logró subir al primer equipo en medio de un ambiente tremendamente competitivo, donde el régimen autoritario y resuelto de Ferguson exigía pleno compromiso, máximo rendimiento y resultados. Había una teoría, a la que todos los jugadores acabarían enfrentándose: tras dejar Old Trafford con Ferguson solo había un camino, y era el declive. (Por supuesto, Cristiano Ronaldo demostró que no era así. Su llegada a Old Trafford fue un gran avance en su carrera; sus años allí fueron formativos. Pero su salida, lejos de ser el final del camino, representó un paso de gigante hacia el estrellato.)

Beckham abandonó el club tras romperse la relación con Ferguson, un proceso que empezó con el matrimonio del jugador y que alcanzó un polémico clímax en su última temporada, con una pelea muy publicitada en el vestuario de la que Beckham salió con un corte sobre el ojo, producido por una bota voladora. Para entonces, el jugador ya era una máquina de *marketing*. Como señala Ellis Cashmore en su análisis de Beckham como fenómeno cultural, su matrimonio convirtió a una estrella del fútbol en una celebridad que valía para todo: «La sinergia producida en la fusión de dos intérpretes, cada uno sacado de distintas esferas del entretenimiento, creó nuevas e insospechadas

posibilidades de *marketing*, *merchandising* y promociones en el deporte, la música pop, la moda y hasta el patriotismo».

Evidentemente, todo esto chirriaba en el mundo de Ferguson. Así se precipitó la salida del jugador al Real Madrid. En más de un sentido, Beckham abrió el camino a Ronaldo.

## Υ

En su autobiografía, Alex Ferguson dedica un apartado en el que elogia de forma inusualmente rotunda a Cristiano Ronaldo. Incluso después de irse al Real Madrid, el técnico recuerda con orgullo y gratitud la época del madeirense en Mánchester, pues coincidió con la mejor etapa del entrenador en sus últimos años antes de retirarse. En un libro donde rinde cuentas con muchas de las estrellas que abandonaron su equipo, llama la atención que reconozca la buena relación con Cristiano. Afirma que el United necesitaba un «talento especial» como el suyo en ese punto de su historia, que describe como un «momento difícil» en medio de la década: «Nosotros ayudamos a Ronaldo a ser el jugador que era, y él nos ayudó a recuperar la emoción y lo que debía ser un equipo del Manchester United».

Ferguson fue clave para que Ronaldo se asentara en Mánchester y madurara durante su estancia allí. Ya había sido una figura paterna para jugadores británicos e irlandeses salidos de la cantera del club, y conocía lo suficiente a jugadores latinos de otros clubes para saber que no siempre se adaptaban bien al clima, al sentido del humor y al estilo de vida general en Inglaterra. Aparte, se había informado acerca de las peculiaridades de los orígenes familiares de Ronaldo. Sabía que al primer jugador portugués en fichar por el Manchester United le podía

costar la experiencia nueva de vivir en el extranjero por primera vez. Sabía que necesitaría un trato delicado, especialmente dada su corta e impresionable edad.

Cristiano viajó a Madeira varias veces en el momento de su traslado a Mánchester. Esas visitas despertaron nuevamente los traumas de su infancia. Entre los amigos de la familia y el barrio donde creció, todos sabían que el problema con la bebida de su padre, Dinis Aveiro, estaba completamente fuera de cualquier control.

Dinis no podía parar de beber. Con el paso de los años, sus periodos de sobriedad eran más cortos, raros y distanciados en el tiempo. Además, solían venir acompañados de una psicosis habitual entre los adictos no rehabilitados, una asfixiante necesidad que le devoraba como una marea. Sufría ataques de pánico y creía que moriría si no se tomaba una copa.

Los medios de comunicación ingleses habían recibido noticias también del escándalo que acechaba a la familia del nuevo fichaje del United, que recordaba a las famosas batallas de futbolistas con el alcohol, como Best, Adams y Gascoigne. Al poco de llegar Cristiano a Mánchester, un destacado diario sensacionalista envió a un fotógrafo a Madeira con el único propósito de capturar una imagen de Dinis Aveiro fuera de sí, en una de sus borracheras. Un amigo de la familia se enteró cuando el fotógrafo explicó su misión a un periodista local. Mantuvieron a Dinis protegido durante varios días, hasta que el fotógrafo abandonó la isla aparentemente con las manos vacías. En todo caso, no salió a la luz ninguna imagen comprometedora.

Mientras la salud física y mental de su padre se deterioraba tras años de alcoholismo, Cristiano decidió invertir parte de su creciente fortuna en una nueva casa en Madeira, en un intento de ayudar a Dinis

y de reconciliar a sus padres. «Desde que era niño, tuve un sueño: construir una casa grande para mí, para mi familia y también para mis amigos, un espacio que no fuera solamente una casa, sino un hogar en el que me pudiera sentir realmente cómodo», recordaba más tarde el jugador.

La inseguridad de Cristiano, enmascarada como una necesidad de privacidad y una obsesión por la familia, procedía del recuerdo de la separación de sus padres y el deseo de superar la tristeza de su infancia. Dinis se instaló en la lujosa residencia con una de sus hijas, pero a las pocas semanas tuvieron que hospitalizarle en Funchal por problemas de hígado y de riñón. La nueva riqueza de la familia aparentemente no pudo influir sobre su alcoholismo, pero sí ofreció la oportunidad a un hermano de Cristiano, Hugo, de romper su propia drogodependencia.

Hugo era el mayor de los hermanos. Sus primeros años de vida coincidieron con el servicio militar de Dinis en África, y en su adolescencia tuvo que convivir con el creciente alcoholismo de su padre. Al no tener el talento futbolístico de su hermano menor, se quedó en Madeira, dejó los estudios pronto y cayó en una vida de adicción a las drogas y al alcohol. Empezó a consumir drogas duras a finales de los años noventa, cuando Cristiano tenía catorce años y estaba comenzando su carrera futbolística en el Sporting de Lisboa. Su madre, Dolores, comprendió que necesitaba ayuda y pidió un préstamo para enviarle a una clínica especializada. Sin embargo, Hugo no logró mantenerse limpio y dos años más tarde volvió a necesitar tratamiento, esta vez cubierto parcialmente por Cristiano, que ya estaba ganando más dinero.



Después de que Ronaldo se trasladara a Mánchester y su madre se uniera a él, Hugo dejó su empleo como pintor y decorador para trabajar como ayudante personal de su hermano, dividiendo su tiempo entre Madeira e Inglaterra.

Tener a su familia alrededor, tal y como aconsejaba Ferguson, ayudó a que Cristiano se asentara en la vida en Mánchester. Dolores fue la primera en instalarse en la espaciosa y acogedora casa que el club alquiló para el portugués: un caserón reformado en Alderley Edge, tranquila localidad cerca de Mánchester donde suelen vivir muchos jugadores. El barrio ofrecía tiendas de moda y restaurantes junto a los pintorescos paisajes de Lancaster, y tenía fácil acceso a las instalaciones del club y al centro de la ciudad.

Dolores no era del todo feliz en Mánchester, ya que echaba de menos a sus amigos y el calor y la exuberante vegetación de Madeira. Sin embargo, se mantuvo al pie del cañón durante tres años, en los que vio a su hijo adaptarse y absorber la vida en el Manchester United, no porque sintiera que llevaba el ADN del club en sus venas (que no era el caso), sino porque le impulsaba la ambición de ser el mejor jugador de todos los tiempos, y porque Jorge Mendes le había convencido de que aquel era el mejor club para él en ese momento de su carrera.

«Ronaldo no nació siendo seguidor del Manchester United, como David Beckham, por ejemplo. Veía al United como una plataforma para desarrollar su enorme talento», dijo Paddy Harverson.

La vanidad de CR7 (tal y como la agencia de Mendes empezó a vender a Cristiano Ronaldo) se hizo evidente desde muy temprano en el United, sobre todo por el tiempo que pasaba delante del espejo. En el vestuario, los compañeros se burlaban de él por tal motivo.

«Siempre estaba pegado al espejo en el vestuario, y algunos jugadores (Scholes, Giggs, Ferdinand) le tomaban bastante el pelo», recordaba Paddy Harverson. «A esa edad, eso habría intimidado a muchos, pero él era muy espabilado. Tampoco es que fuera superdotado intelectual ni académicamente, pero sí un tío listo que desde el principio supo adaptarse instintivamente a la cultura del vestuario inglés, y eso fue todo un logro para un chico de Madeira que llegó sin hablar inglés y acabó encajando.»

Muchos hijos de alcohólicos caen bajo la sombra adictiva de sus padres y desarrollan trazas de personalidad y adicciones parecidas, pero no todos, desde luego. Después de vivir años de secretismo y vergüenza, muchos intentan conscientemente llevar una vida muy distinta. Cristiano era prácticamente abstemio, reconocía el impacto negativo que Dinis había tenido en su hermano Hugo y temía que él mismo pudiera llevar un demonio en potencia en la sangre, que una o dos copas pudieran ponerle camino de la perdición.

La seguridad que demostró en sus primeras apariciones en Old Trafford le revelaron como un líder natural y una superestrella en potencia sobre el terreno de juego. Sus magníficas carreras, sus fáciles regates, sus oportunos pases y sus potentes disparos a puerta llamaban la atención en entrenamientos y partidos por igual.

Llegó siendo casi un desconocido y precedido por algunos de los más grandes futbolistas que ha dado Inglaterra, de modo que el primer reto que se encontró fue ganarse a la afición exigente y en muchos casos escéptica del United. Sin embargo, como señalaba Ferguson: «Old Trafford tenía como tradición el crear héroes rápidamente». El evidente talento de Ronaldo y su característica

personalidad tuvieron un impacto inmediato sobre los seguidores y el vestuario.

De hecho, su estilo de vida sobrio y contenido fue un aspecto de su personalidad que generó cierta distancia entre él y algunos de sus compañeros británicos durante los primeros meses. El otro fue los indicios de un narcisismo que no encajaban con los valores de equipo del club y que desafiaba a la cultura de macho predominante en el fútbol inglés desde hacía mucho tiempo.

La personalidad del joven Cristiano chirrió desde sus primeros días en Mánchester entre algunos de sus compañeros y en amplios sectores de los medios de comunicación, porque se salía de la norma con su aparente suficiencia, pretensión y arrogancia. Como recordaba Ferguson más adelante, al principio de su paso por el United, Ronaldo «fanfarroneaba mucho, tanto dentro como fuera del campo... No cabe duda de que actuaba un poco. Sus primeras lecciones fueron sobre cultura teatral futbolística». James Scowcroft, delantero del Leicester City, contaba que su entrenador, Micky Adams, le dijo que hiciera una entrada de «bienvenida a Inglaterra» a Ronaldo: «Hice lo que me pidió, pero cuando aún estaba intentándolo, él ya estaba a veinte metros».

Tampoco puede decirse que en la historia del Manchester United escaseen los *showmen*, pero los jugadores que se convirtieron en leyenda lo son por su rendimiento, no por cómo actuaban. Cristiano demostró una extraordinaria fe en sí mismo desde el principio, pero sus actuaciones tardaron un poco en ponerse a la altura de su posturo. En los primeros meses de la temporada, dio indicios de lo peor que podría ser un fichaje extranjero: mucha boquilla y pocos

pantalones. Sin embargo, su pasión, más que sus habilidades en un principio, cambiaron el rumbo de las cosas.

El comienzo de temporada fue turbulento para el United, que defendía el título de liga en medio de constantes polémicas dentro y fuera del terreno de juego, especialmente en el último episodio de lo que algunos comentaristas llamaban el eterno culebrón de su rivalidad con el Arsenal.

Esta larga y amarga enemistad se había intensificado desde la formación de la Premier League en 1992, pues todos los títulos de liga salvo uno habían ido a parar a las vitrinas de uno u otro equipo (la única excepción fue el campeonato de 1994-95 que ganó el Blackburn Rovers).

En el talento colectivo y la mera competitividad, así como en la indisciplina y ocasional brutalidad, esta rivalidad superaba cualquier cosa que hubiera conocido el joven madeirense en su paso por el Sporting, a pesar de haber vivido incluso las peores crudezas de su infancia y su adolescencia fuera del campo de fútbol.

El último encuentro iracundo y tal vez el más brutal entre los dos equipos tuvo lugar el 21 de septiembre de 2003, con Cristiano como partícipe. La prensa lo llamó «La batalla de Old Trafford». El capitán del Arsenal, Patrick Vieira, fue expulsado por doble amarilla tras una entrada a Ruud van Nistelrooy, que el holandés exageró bastante.

El caos se desató justo antes del pitido final, después de que Van Nistelrooy fallara un polémico penalti. Varios jugadores del Arsenal empezaron a mofarse y a empujar a Van Nistelrooy: estalló una tangana. A pesar de ser relativamente nuevo en la cultura idiosincrásica del fútbol inglés, Ronaldo fue uno de los primeros jugadores del United que se metió en la pelea, presumiblemente para

apoyar a su compañero holandés. Era el jugador más joven sobre el terreno de juego: su reacción sorprendió a algunos seguidores del United, que hasta entonces le consideraban un poco blando para el fútbol británico. Sin embargo, ese era el tipo de trifulca que Cristiano había vivido en su primera adolescencia, cuando jugaba en las calles de Funchal y Lisboa.

En Old Trafford, ensuciarse las manos por un compañero le valió el respeto del vestuario y de la grada. Una vez acabada la reyerta, los combatientes del Arsenal fueron quienes recibieron un castigo más severo por la «batalla»: tres partidos de suspensión y una multa de 20.000 libras para Martin Keown, y un total de 275.000 libras en multas y nueve partidos de suspensión para Lauren, Ray Parlour, Patrick Vieira y Ashley Cole. Ronaldo y Ryan Giggs fueron los señalados en el United, pero las multas fueron muy inferiores (4.000 y 7.500 libras respectivamente) y no recibieron suspensión.

A pesar de que Arsène Wenger llegó a protestar en cierto momento por que sus jugadores habían sido víctima del televisivo «juicio de Sky», la opinión general coincidía en que el Arsenal merecía ser criticado sin reservas. Ronaldo no vio manchada su reputación. Como dijo Henry Winter: «Puede que el Arsenal vistiera de amarillo ayer, pero salieron teñidos de rojo. El rostro del bello juego se vio desfigurado por lágrimas y cicatrices».

Cristiano no siempre salió exculpado como en aquella ocasión. Durante su primera temporada en el United, tendía a sobreelaborar las jugadas con el balón y a exagerar sus caídas al recibir entradas. Ferguson recordaba cómo, en sus primeras sesiones de entrenamiento en Carrington, notó una pizca de histeria en sus dotes teatrales: soltaba un terrible grito al recibir una entrada, lo cual era a menudo.

Sin embargo, la respuesta de los que le rodeaban le ayudó a adaptarse y a mejorar.

«Los jugadores le metían mucha caña. Y pronto aprendió a no montar tanto escándalo. Su inteligencia ayudaba. Era un chico listo. Una vez que comprendió que los jugadores no querían presenciar sus gritos y su teatro de aficionado en los entrenamientos, paró. Con el tiempo esto fue desapareciendo de su juego», recordaba Ferguson.

Sus dotes teatrales respondían en gran medida a un ardiente deseo de llamar la atención: esa necesidad que algunos jugadores con un don innato tienen de exhibir sus dotes. Pero él estaba resuelto a llegar a un punto en el que lo que exhibiera fuese tan brillante que todo aquel que lo presenciara quedara fascinado por su talento.

Sin embargo, como le aconsejó en su lengua común Carlos Queiroz, también tenía la obligación de aplicar ese talento. «No solo eres un gran jugador cuando la gente de fuera del club empieza a reconocer tu talento. No basta con ser un gran jugador para nosotros en el Manchester United», le dijo Queiroz antes de marcharse a Madrid y unirse a David Beckham. «Cuando empieces a dar los pases y los centros en el momento adecuado, la gente no será capaz de leerte. Ahí es donde salen los grandes jugadores.»

En aquel infame partido contra el Arsenal, que acabó sin goles, pocas semanas después de arrancar la temporada, Ronaldo pareció una víctima de las tácticas defensivas de Wenger, pues los adversarios leían sus movimientos y sabían cuándo y cómo interceptar sus carreras. Sin embargo, los críticos que le acusaban de caerse con demasiada facilidad tampoco supieron reconocer la extraordinaria velocidad con la que el espigado adolescente se movía con y sin el balón, así como la tendencia natural de su cuerpo a perder el equilibrio

al mínimo contacto. Las imágenes de aquella primera temporada indican que en todos los partidos que disputó hizo alguna aportación importante. El 1 de noviembre de 2003, en el décimo encuentro de su primera temporada en el Manchester United, Cristiano Ronaldo inauguró por fin su cuenta en la Premier League. Cuando solo quedaba un cuarto de hora para concluir el choque en casa contra el Portsmouth, salió en sustitución del internacional uruguayo Diego Forlán: a los cinco minutos transformó un lanzamiento de falta que acabaría convirtiéndose en marca de la casa, un disparo con rosca escorado desde la izquierda que pasó por el lado de la barrera e hizo temblar la red.

Cristiano terminó su primera temporada con un imponente balance de ocho goles en treinta y nueve apariciones. Al revisar sus actuaciones, ya pueden vislumbrarse atisbos de las características que acabarían siendo emblemáticas en el jugador portugués. Ahora bien, el ángulo de sus pies al recortar hacia dentro desde la derecha y colocar un disparo pegado a la cepa del palo opuesto en el partido contra el Tottenham, o su largo salto para anotar de cabeza ante el Birmingham, o la potencia demoledora de su gol contra el Aston Villa, o su pelo mal engominado... no parece todavía estar bajo su control.

En el último partido de la temporada se calzó un par de botas doradas nuevas para disputar la final de la FA Cup contra un segunda, el Millwall, en el Millennium Stadium de Cardiff. El Manchester United ganó por 3-0. Cristiano abrió el marcador. A pesar de su evidente ostentación, en este partido el luso demostró lo mucho que había madurado como jugador desde su llegada a la Premier League; ya era una figura clave en el proyecto de Ferguson.

La FA Cup es famosa por las sonadas derrotas de grandes equipos a manos de otros menores, a menudo porque a los jugadores estelares les cuesta sentirse motivados por el rival o por el torneo en sí, pero en esta ocasión no fue así. El Manchester United trabajó intensamente y demostró el suficiente talento para alzarse con su undécima Copa de Inglaterra. Su esfuerzo se personificó en Cristiano Ronaldo, cuya evidente alegría por disputar una final de la FA Cup se hizo contagiosa.

Justo antes del descanso, Ronaldo, que ya había cumplido los diecinueve años, bailó al combativo jugador-entrenador del Millwall, Dennis Wise, para zafarse de su marca, y remató un centro cruzado de Gary Neville abriendo el marcador. Los dieciocho años de diferencia entre el joven depredador y el veterano centrocampista se vieron en la agudeza mental y la elegancia física de Ronaldo ante la portería, en contraste con el marcaje predecible y físicamente letárgico de Wise. Fue el primer síntoma de un partido en el que, como admitiría Ferguson, Ronaldo demostró que su repertorio individualista era un filón mucho más rico que el mero regate obsesivo de sus primeros meses con la camiseta de los Devils, incluido un centro de rabona con el pie derecho que despertó risas de incredulidad entre los comentaristas.

A pesar de que Van Nistelrooy se llevó el galardón al mejor jugador del partido por marcar los otros dos goles, Ronaldo lo mereció más, según varios periodistas como Kevin McCarra, de *The Guardian*, que destacó lo cómodo que parecía en el partido y cómo «se deleitó con la ocasión».

«Cristiano ha estado especialmente sobresaliente —comentó Gary Neville—. Creo que puede ser uno de los mejores jugadores del mundo.»



Ferguson acabó especialmente satisfecho; para él, Ronaldo se había deshecho de «parte de lo portugués» que tenía y estaba evolucionando muy bien.

En su primera temporada con el Manchester United, Cristiano había superado todas las expectativas como jugador, demostrando un talento extraordinario y una madurez que crecía rápidamente sobre el terreno de juego, y que le llevó a levantar su primer trofeo. Su aportación al éxito del equipo se vio reconocida cuando fue designado «jugador del año sir Matt Busby», galardón que otorgan los aficionados del club. Como guinda, fue incluido en la convocatoria de la selección lusa para la Eurocopa de 2004, la primera vez que Portugal albergaba el torneo en casa.

## PARÉNTESIS INTERNACIONAL

10

### Bajón europeo: Cristiano

A pesar de su exitoso aterrizaje en Mánchester, Ronaldo todavía tenía mucho que demostrar como internacional con Portugal. En verano de 2004, tuvo su primera gran prueba cuando la selección lusa, anfitriona del Campeonato de Europa, presentó un equipo débil. Aquella era una oportunidad para la nueva y emergente estrella de brillar ante un público mundial.

Una de las escenas representadas en la ceremonia de inauguración mostraba los barcos de los exploradores lusos desapareciendo entre las banderas de todas las naciones. Aunque la intención era conmemorar la huella de Portugal en el desarrollo de la historia de la humanidad durante la época de los descubrimientos, sin quererlo fue un recordatorio de que, desde el siglo XVI, el país luso no había estado a la altura de su mitología de grandeza.

Antes de comenzar el campeonato, se consideraba a Portugal una de las favoritas. Contaban con el respaldo de todo el país. Las calles de Oporto se llenaron a rebosar de gente ondeando banderas y vitoreando con motivo del partido inaugural; una marea inmensa de aficionados acompañó al autobús que llevaba a Cristiano y a sus compañeros hasta

el estadio. Durante todo el torneo, en Portugal todo parecía detenerse cada vez que jugaban los anfitriones.

Había muchas expectativas de ganar. La selección portuguesa llevaba diecisiete años invicta en Lisboa. No había perdido ni en el José Alvalade del Sporting ni en el Estadio da Luz del Benfica, donde disputaría la mayoría de sus partidos. Además, era el país anfitrión, factor decisivo en Campeonatos de Europa anteriores, como en el caso de España en 1964, Italia en 1968 o Francia en 1984. Y Portugal contaba con tres de los jugadores con más talento de Europa. Aparte de Ronaldo, estaban Luís Figo, capitán de la selección y estrella del Real Madrid, y Deco, brasileño nacionalizado portugués que había desempeñado un papel clave en el ambicioso proyecto de José Mourinho en el Oporto, alzándose con la Copa de la UEFA y posteriormente la Champions League en dos temporadas consecutivas, y que poco después ficharía por el F. C. Barcelona tras ser elegido jugador del año por la UEFA. De los tres, solo Cristiano tenía que ganarse todavía el corazón del país. Los aficionados del Sporting eran los únicos que le admiraban como heredero natural de Eusébio, una leyenda con la que siempre se identificó el otro equipo de Lisboa, el Benfica.

El equipo llevaba más de un año a las órdenes de Luiz Felipe Scolari, que había ganado el Mundial de 2002 con Brasil. Al igual que Alex Ferguson, Scolari ya había hecho una importante contribución al camino de Ronaldo hacia el estrellato introduciéndole de manera gradual en la selección en 2003, y ayudando a transformar aquel diamante en bruto en un miembro del equipo.

«Como sir Alex Ferguson, Scolari sabía que tenía que ser paciente con Ronaldo, ayudarle a crecer como hombre, pulirle como jugador,

trabajar con él como lo haría un maestro joyero», recordaba el biógrafo de Scolari, José Carlos Freitas, en su libro *Luiz Felipe Scolari: el hombre, el entrenador*.

Scolari creía que la estrella en potencia del United era inmaduro, exuberante y egoísta, pero también veía en él un prodigio de técnica y habilidad. Durante la preparación de Portugal para la Eurocopa de 2004, adoptó una política de «suave-suave» con Ronaldo, incorporando paulatinamente al adolescente al escenario principal.

En su libro, Freitas señalaba: «Evidentemente, gran parte de ese trabajo [ayudar a que Cristiano se asentara en Mánchester] ya lo habían hecho sir Alex Ferguson y sobre todo Carlos Queiroz... Pero Scolari aprovechó los breves días que vivió con Ronaldo durante la preparación de la selección portuguesa para conocerle, hablar con él y hacerle ver que a pesar de ser un jugador de extraordinario talento en el equipo, tan solo era un integrante más del grupo».

Freitas describe el día en que Scolari conoció a la estrella emergente: Ronaldo llevaba una gorra hacia atrás, gafas de sol y cascos: «Como cualquier adolescente, estaba convencido de que era el ombligo del mundo y no tenía el más mínimo interés por escuchar el consejo que pudiera darle un entrenador. Durante meses, en los partidos de preparación para la Eurocopa de 2004, Scolari notó que había problemas de comunicación».

Sin embargo, el técnico brasileño animó a Figo a desempeñar un «papel silencioso» en el desarrollo de Ronaldo, asegurándose de que ambos jugadores se complementaran en lugar de competir entre sí empleando una variante sobre el simbólico «7» que acabaría siendo tan totémico en la iconografía de Cristiano. «La posición en el extremo derecho era de Figo, y el número siete también —escribe Freitas—. A

Cristiano le dieron el diecisiete, el segundo número siete, el segundo Figo. [...] La actitud de Figo con Cristiano fue más la de un capitán y un compañero de equipo que la de un jugador veterano preparando a su sustituto. Ronaldo admiraba a Figo, pero también tenía la disposición de alguien presto para tomar la batuta y ser incluso mejor que él... y Figo lo sabía...»

Scolari fue el seleccionador de Portugal desde 2002 hasta 2008, y el brasileño siguió insistiendo más tarde en que la orientación de Figo durante sus primeros dos años en el equipo nacional fue lo que puso a Cristiano camino de la grandeza.

«De todos los futbolistas que entrené mientras estaba en Portugal, uno fue especialmente importante para Cristiano Ronaldo, y fue Luís Figo», recordaba en una entrevista con Omnisport, página deportiva que emite en directo.

«Cuando Ronaldo empezó a jugar con la selección, el primero en ayudarlo fue Figo. Él fue el primer jugador que le estimuló para que regateara y disparara, para que marcara goles e hiciera su propio juego, para seguir trabajando y convertirse en un jugador mejor. Figo le dijo: “Hijo, inténtalo otra vez, sigue intentándolo. Si ves que la situación es difícil, te echaré una mano, y si te equivocas, ya lo tengo todo preparado, así que tranquilízate, pero tienes que intentarlo”.»

Cristiano Ronaldo y Portugal empezaron con mal pie en la Eurocopa de 2004. En el partido inaugural contra Grecia, Cristiano entró en el campo cuando el equipo perdía 1-0, poco antes de encajar un segundo tanto de penalti. Marcó de cabeza en el tiempo de descuento, pero fue demasiado tarde y la selección lusa perdió 2-1.

En cambio, después de derrotar a Rusia por 2-0, Ronaldo hizo una exhibición ante España en el partido decisivo: fue designado mejor

jugador del encuentro. Dejó pasmados a los españoles con sus vertiginosas carreras por la banda derecha y sus centros, con su juego de pies, sus repentinos cambios de dirección y, cómo no, sus regates. También creó dos buenas ocasiones para Figo, una con un maravilloso pase hacia atrás y la otra con un soberbio centro, pero ambos remates fueron bloqueados por el guardameta español. Al final, fue Nuno Gomes quien logró desequilibrar el marcador transcurrida una hora de partido. El equipo español, en el que militaban varios de sus futuros compañeros, acabó destrozado.

A esas alturas del campeonato, Ronaldo ya era visto como uno de los jóvenes con más talento del torneo, además de ídolo de las adolescentes portuguesas, con su torso desnudo copando las portadas de periódicos y revistas locales; su rostro joven y delicado de adonis, con el acné retocado, aparecía en carteles publicitarios y anuncios de televisión.

En cuartos de final, Portugal se impuso a Inglaterra en una tanda de penaltis tan emocionante que su madre se desmayó en la grada. Aquello dejó a miles de aficionados ingleses preguntándose si el resultado habría sido distinto si el Manchester United no hubiera fichado y ayudado a evolucionar a Cristiano.

Holanda fue la siguiente víctima de la brillantez de Ronaldo. El madeirense marcó el primer tanto de su equipo con un cabezazo a la salida de un córner botado por Figo; fue idéntico a su gol contra Grecia en el partido inaugural. Portugal ganó 2-1 y pasó a la final.

Sin embargo, cuando llegó la gran final en el Estadio de la Luz, el domingo 4 de julio de 2004, todo se fue al traste para Cristiano y Portugal. El segundo choque de los lusos con Grecia en el torneo (con las apuestas ochenta a uno antes del torneo y habiendo cosechado una

serie de decepcionantes victorias por la mínima) fue un partido mediocre, con un único tanto marcado por Angelos Charisteas en el minuto cincuenta y siete, y dos oportunidades de gol marradas de Cristiano. Una de ellas, la mejor de su equipo, fue desbaratada por el guardameta griego Antonios Nikopoloidos tras un pase perfectamente colocado de Rui Costa. La otra, después de encontrar un espacio en el área, se marchó por encima del travesaño arrancando un «¡Ahhhh!» colectivo en la grada, como si todo el país lanzara su último grito ahogado sobre el campo. Las celebraciones planeadas en Portugal tuvieron que ser canceladas precipitadamente.

Cristiano Ronaldo se quedó en el círculo central, llorando. Como explicó Jonathan Wilson para el *Financial Times*: «Después de diecisiete años sin perder en Lisboa, Portugal había perdido el único partido que de veras importaba, al caer derrotada por 1-0 por Grecia en la final de la Eurocopa 2004».

Una vez enjugadas las lágrimas, Cristiano fue el único de los abatidos portugueses que quiso a hablar en público. Y él era el jugador que más interés despertó en los medios deportivos, lo cual demostraba hasta qué punto su fichaje por el Manchester y su aparición en el torneo había aumentado su potencial de *marketing*.

«Teníamos un equipo fantástico y hemos hecho un torneo genial; no merecemos perder así», insistió Ronaldo. Estaba disgustado, admitió, porque era «una persona ambiciosa» y deseaba ser «campeón de Europa a los diecinueve años».

«Tengo que seguir adelante —dijo a los medios reunidos—. Tengo que hacerlo. A lo largo de mi carrera habrá muchas oportunidades de ganar en Europa y compensar esta tremenda desilusión.» El joven

acababa de encontrar otro capítulo para su mito, uno que tardaría más de una década en escribirse.



## La llamada del primer equipo: Messi

*D*espués de hacer debutar a Messi en un amistoso contra el Oporto, Rijkaard esperó casi un año antes de volver a convocarle para el primer equipo. Mientras, el argentino había demostrado una mejora cada vez mayor en su rendimiento en las categorías inferiores y con el Barça B y C. Este progreso se vio reflejado en su primer contrato profesional, firmado el 4 de febrero de 2004, que duraba hasta 2012 e incluía una cláusula de rescisión de treinta millones de euros. Cuando debutó con el Barcelona B en marzo de 2004, la cláusula aumentó automáticamente a ochenta millones.

A lo largo de la primavera, el verano y el otoño de 2004, sin la presión competitiva de jugar con el primer equipo, Messi encontró tiempo y espacio para evolucionar de un modo que le preservó para el futuro, evitando quemarse antes de madurar del todo, como él mismo reconocería más adelante.

«Rijkaard se lo tomaba paso a paso, sin apresurarse. A menudo le decía que no entendía por qué no me llamaban para jugar. Agradezco que supiese qué era lo mejor para mí», reconocía Messi en un documental de 2014 acerca de su vida y su tiempo, dirigido por Álex de la Iglesia.

Messi recibió también un trato cuidadoso por parte del equipo técnico y los médicos del F. C. Barcelona, que querían asegurarse de que su desarrollo como jugador y el crecimiento de su cuerpo fueran equilibrados. Mientras su régimen de entrenamiento se centraba en aumentar la masa muscular de sus piernas y fortalecer el tren inferior, también incluía periodos de descanso minuciosamente monitorizados para evitar el impacto negativo del sobreesfuerzo.

A pesar de que las cosas no habían ido según lo planeado en los primeros meses de Rijkaard en el banquillo, y el club estaba decimosegundo en la tabla despertando quejas de algunos aficionados que exigían su dimisión, según avanzó la temporada el Barça recuperó dieciocho puntos al Real Madrid a lo largo de la segunda vuelta y, aunque terminó segundo, lo hizo con la sensación de que estaba cobrando inercia. Aquel verano se fichó a Deco, Samuel Eto'o y Ludovic Giuly, y dos promesas de la cantera, Víctor Valdés y Andrés Iniesta, ascendieron al primer equipo. Poco antes de cumplirse un año de su debut, el 16 de octubre de 2004, Leo Messi disfrutó de sus primeros minutos de un partido de liga en un derbi contra el Espanyol.

Quienes estaban allí recuerdan los murmullos de asombro cuando el joven de pelo largo y mejillas sonrosadas, aquel «niño» con el dorsal número 30, saltó al campo en el minuto ochenta y dos. El encuentro estaba terminando, después de un solitario tanto de Deco, y muchos aprovecharon la interrupción del cambio para marcharse y evitar los atascos. Ronald Reng, periodista alemán afincado en Barcelona, recuerda lo que ocurrió entonces: «Tenía dos defensas del Espanyol delante (y nada de espacio) y simplemente regateó entre ellos, con el balón pegado a los pies como si fuera un sexto dedo. Apenas fueron

ocho intrascendentes minutos al final de un partido, pero su debut en el fútbol profesional hizo que el desconocido que estaba sentado a mi lado en la grada y yo nos diéramos la mano, con el sentimiento de dos hombres que creen haber presenciado un acontecimiento que les ha unido para siempre. Estuvimos allí. Lo habíamos visto. Todos conocemos esa sensación de ver a un futbolista por primera vez y tener la certeza repentina de que nunca hemos visto nada igual».

La primera aparición de Messi en Liga a los 17 años, tres meses y veintiún días, le convirtió en el más joven debutante en competición oficial hasta ese momento. Aquella noche, Messi volvió con su padre a su casa, a pocas manzanas del Camp Nou, y se quedó recordando cómo había sido su participación en el derbi.

Y, sin embargo, a Rijkaard no le gustaban las prisas. Su cuidadosa preparación de Messi continuó con una placidez que otros jugadores creían prácticamente budista. Messi solo siente el fútbol: «Cuando tengo la pelota en los pies, no pienso, solo juego. En la cancha de fútbol, mi único pensamiento es: “¡Dame la pelota!”. No me invento regates. No pienso en movimientos. Simplemente me sale por instinto».

Como señalaba Ronald Reng, «el éxito invisible de la historia de Messi estriba en la manera en que sus entrenadores han canalizado tácticamente el instinto de este genio sin que el propio Messi se dé cuenta».

Messi debe su primer impulso como profesional al entrenador holandés, tal y como reconoció en una entrevista ocho años después. Según explicó a un canal de televisión egipcio en marzo de 2016, Rijkaard fue el técnico que más contribuyó a su carrera: «Todos los

entrenadores que he tenido me han dejado cosas, pero creo que el más importante en mi carrera fue Rijkaard».

Inicialmente, el holandés le colocó en la banda derecha tanto en los entrenamientos como en los partidos, algo que el zurdo recibió como un castigo al que tardó en adaptarse. En las categorías inferiores, estaba acostumbrado a jugar por el centro, a ser el eje, a recibir el balón constantemente desde atrás, girarse y correr hacia la defensa contraria. Desde sus comienzos en Rosario, siempre había jugado en la izquierda o en el centro, por detrás de los delanteros. Pero poniendo al zurdo en la derecha, podría recortar hacia dentro. Era sabiduría futbolística demostrada, pero Messi lo vio como una degradación que le impedía ver suficiente balón. En las categorías inferiores, básicamente se negaba a jugar abierto en la derecha.

En los primeros cinco partidos que disputó con el primer equipo en la temporada 2004-05, Messi debutó en tres competiciones distintas, con resultados dispares. Once días después de su electrizante aparición contra el Espanyol, salió de titular por primera vez en un partido de Copa, el 27 de octubre de 2004 contra un tercera división, el UDA Gramenet.

Messi fue alineado como parte del tridente suplente de delanteros, junto a Henrik Larsson y Ludovic Giuly, además de otros jugadores clave como Xavi, Iniesta, Rafael Márquez o Carles Puyol en el once inicial. El argentino no logró destacar y el Barça sufrió una bochornosa derrota por 1-0, despertando rápidas críticas entre la prensa por su falta de eficacia en ataque.

En diciembre de 2004, Messi debutó en la Liga de Campeones contra el Shakhtar Donetsk, una vez asegurado el pase a octavos de final. A pesar de que jugó los noventa minutos, no logró dejar

demasiada huella en el partido: el Barça perdió 2-0. Aquella fue su única experiencia en el fútbol europeo en esa temporada, pues no entró en la convocatoria para octavos, cuando el Barça cayó eliminado por el Chelsea.

El argentino siguió teniendo papeles cortos durante el resto de la temporada en el primer equipo, con el que apenas disputó setenta y siete minutos, mientras seguía jugando de manera regular con el Barça B, donde lucía el dorsal número 9 y solía destacar en los partidos.

Entonces llegó un momento de la temporada en que cualquier duda que pudiera haber sobre Messi como jugador se disipó gracias a una actuación que confirmó que estaba destinado a ser una estrella.

«El gol que dio inicio a la leyenda del Barcelona.» Ese fue el titular elegido por la BBC para describir la aportación de Messi al partido del 2 de mayo de 2005 contra el Albacete. Salió en sustitución de Samuel Eto'o: al cabo de pocos minutos, dejó su carta de presentación en el Camp Nou.

El Albacete era un club deslucido y de escasos medios, no un equipo acostumbrado a hacerse un preciado hueco en la historia de las estrellas. Sin embargo, aquella jornada de Liga, la 34.<sup>a</sup> de la temporada 2004-05, se convirtió en parte de la leyenda de su ilustre rival.

El equipo visitante llegó al partido rozando la zona del descenso tras perder diez de sus últimos once encuentros. El Barça llevaba seis semanas en cabeza de la tabla, pero acababa de caer eliminado en la Champions ante el Chelsea, y tenía al Real Madrid pisándole los talones, dispuesto a aprovechar cualquier traspié. Unas ochenta mil personas acudieron al Camp Nou aquella tarde esperando ver a su equipo vapulear al adversario... y hacerlo con su estilo.

Al principio las cosas no salieron según el guion. El Albacete salió con un planteamiento defensivo que frustró un ataque compuesto por Ronaldinho, Eto'o y Deco. Las ocho tarjetas amarillas entre ambos bandos reflejaban la dureza del partido. Hasta el minuto sesenta y seis no llegó el primer gol, del camerunés Samuel Eto'o.

Desde su debut contra el Espanyol, Messi había jugado en cinco partidos con el primer equipo, pero apenas fueron unos minutos, y no había logrado ningún gol. Hasta ese momento, Ronaldinho y Eto'o habían sido la delantera preferida de Rijkaard. El partido seguía dependiendo de un hilo, con un gol de ventaja para el Barça y tres minutos más el descuento por disputar. Entonces Rijkaard sustituyó a Eto'o por Messi, para enfado del camerunés, que rechazó el consuelo del equipo técnico del holandés y se marchó directamente a los vestuarios.

Ronaldinho se acercó a Messi, que seguía pareciendo un chaval con una equipación demasiado grande para él, a pesar de haber aumentado la musculatura gracias al entrenamiento intensivo. Le dijo que se la iba a pasar para que marcara. «Mañana saldrás tú en los periódicos», comentó el sonriente brasileño al joven argentino.

Poco después, Ronaldinho recogió un pase en la banda derecha, regateó con facilidad a un defensor y dio una preciosa asistencia a Messi, que batió al guardameta. Sin embargo, el gol fue anulado por fuera de juego. La repetición mostraba que no lo era, pero Leo tendría que conformarse con recibir una carantoña condescendiente del portero contrario. O eso parecía.

A los pocos minutos, como si de una repetición se tratara, Ronaldinho levantó la bola audazmente hacia Messi por encima de dos defensas del Albacete. Este la dejó botar y la picó por encima del

guardameta, con una definición sorprendentemente serena. Como todos los grandes jugadores, supo dominar el momento. Era como si el tiempo se detuviese para él, o más bien como si él tuviera más tiempo que el resto. El gol desató una celebración que pocos espectadores del Camp Nou o televisión olvidarían. Ronaldinho subió a caballito a Messi: el jugador mayor rindiendo tributo al joven aspirante, como introduciendo al pibe en el escenario mundial. Fue como si el barrio de Rosario y la *praia* brasileña se hubieran unido en una celebración del fútbol en su versión más instintiva y alegre.

La euforia se desató en el Camp Nou. Los aficionados empezaron a corear: «¡Messi! ¡Messi!». Su padre, Jorge, atesora ese momento entre sus recuerdos más valiosos. Al finalizar el partido, Messi entró en el vestuario y recibió abrazos y vítores de sus compañeros. Mientras, los jugadores del Albacete se burlaron de su guardameta por concentrarse en Ronaldinho olvidándose del «pequeñajo».

Al día siguiente, Messi estaba comiendo con su familia cuando recibió una llamada de Maradona (aparentemente recién levantado o aún despierto tras una noche larga) para mandarle sus mejores deseos y decirle lo mucho que había disfrutado de su gol.

Messi estaría eternamente agradecido a Ronaldinho por aquellos días felices en los que su compañero y «guardián» brasileño le ofreció abnegadamente el apoyo que necesitaba para progresar en su carrera profesional.

Según explicó a Barça TV en una entrevista realizada con motivo del décimo aniversario de la llegada de Ronaldinho al club: «Ronaldinho era la estrella del equipo. Aprendí mucho a su lado. Agradezco cómo me trató desde el principio, fue una gran ayuda para mí porque yo

nunca había estado en un vestuario así, y siendo como soy, bueno, me lo puso mucho más fácil».

Aquella temporada 2004-05, el Barça de Rijkaard ganó la Liga por primera vez en cinco años y Messi se unió a la celebración de los jugadores, como el que más. Durante la rúa del autobús por las calles de la ciudad, se le pudo ver con una sonrisa inmensa, divirtiéndose con los brasileños Ronaldinho y Thiago Motta, y el portugués nacionalizado Deco, que formaban el alma social del equipo en aquel momento. Los brasileños le llamaban cariñosamente *irmão*, hermano en portugués, pero Messi no tardaría en dejar de ser la mascota de nadie.

Dos meses después del partido contra el Albacete, el periodista Simon Kuper vio jugar a Messi en el Mundial Sub-20, en cuya final marcó dos tantos de penalti para llevar a Argentina a la victoria contra Nigeria por 2-1. «Sobre todo, recuerdo el segundo penalti», escribió Kuper en su libro *The Football Men*. «Algunos lanzadores de penaltis esperan a que el portero se tire y luego disparan al otro lado. Pero Messi solo necesitó que el portero cambiase el peso mínimamente a la pierna derecha y tiró al palo contrario. A mi lado en la grada estaba Piet de Visser, vetusto holandés con cara de pájaro y experto mundial en categorías inferiores... Y no pudo evitar exclamar: ¡Maradona!»

Las circunstancias familiares de Messi también estaban cambiando. El día de la celebración por la victoria, Florencia, la esposa de su hermano mayor Rodrigo, dio a luz a un niño, Agustín, sobrino adorado de Messi y un nuevo futbolista en la familia. Parecía que su carrera y su familia estaban echando raíces a la vez.



## La época de Mánchester: Cristiano

Aquellos aficionados que esperaban que Cristiano Ronaldo fuera el mismo de la final del FA Cup en la temporada anterior no tardaron en descubrir que la decepción de la Eurocopa 2004 le había pasado factura. En los primeros meses de la temporada 2004-05, mostró algunos destellos de brillantez, pero parecía costarle ensamblar los elementos y mantener su estado de forma.

Su primer gol no llegó hasta diciembre, y solo marcaría uno más antes de ofrecer una actuación completa que prometiese grandes cosas en los partidos importantes. Fue el 1 de febrero de 2005, en un duelo de alta tensión contra el gran rival de la Premier League, el Arsenal, en Highbury.

En la historia de esta intensa rivalidad entre los dos clubes durante la era Wenger-Ferguson, este partido fue especialmente épico. Apenas una temporada después de la «Batalla de Old Trafford», el encuentro acabaría conociéndose como «la Batalla de Highbury», evocando el violento partido entre Inglaterra e Italia en 1934. En esta ocasión, el choque comenzó tras varias escenas desagradables en el túnel de vestuarios que luego se reprodujeron sobre el campo.

Roy Keane y Patrick Vieira, capitanes de ambos equipos, se encararon antes de que el balón echase a rodar, después de que el francés exclamara, presuntamente, que iba a romperle las piernas a Gary Neville. Luego se negaron a elegir cara o cruz en el sorteo de campos y a darse la mano, obligando al árbitro Graham Poll a elegir un lado de la moneda para cada uno.

Aparte de los dramas fuera del campo, el partido fue casi hecho a la medida para un jugador del talento y la personalidad de Cristiano Ronaldo, con mucho juego fluido para exhibir su velocidad, su físico y su control de balón, con numerosas entradas que pusieron a prueba su resistencia. A pesar de que el Arsenal parecía más fuerte a priori y que se adelantó en dos ocasiones en la primera mitad, Cristiano estaba muy inspirado, y marcó un doblete en la segunda parte. El primero fue un disparo duro con poco ángulo a pase de Ryan Giggs; en el segundo solo tuvo que empujar el balón a un metro de la línea de gol después de que Giggs le pusiera un balón soberbio desde la derecha. A pesar de quedarse con diez, el United acabó ganando el partido por 2-4. Los tantos de Ronaldo fueron los que dieron la vuelta al marcador.

En los meses siguientes, Cristiano vivió una amarga decepción al no poder decantar el partido de vuelta de los octavos de final de Champions contra el AC Milan: el United perdió por 2-0 en el global de la eliminatoria. En la Premier terminaron terceros, a dieciocho puntos del Chelsea; aunque alcanzaron la final de la FA Cup con buen juego y goles de Ronaldo en las tres eliminatorias previas a la final, cayeron en los penaltis ante el Arsenal, después de que el partido concluyera 0-0.

El United dominó el encuentro. Ronaldo fue una amenaza constante, especialmente con un centro medido a la perfección tras

salvar una entrada de Lauren en la banda izquierda, que finalmente desperdició Scholes libre de marca, así como con dos lanzamientos de falta que se marcharon por poco, y un córner con rosca que sacó Vieira. Fue una temporada de oportunidades desaprovechadas en la que Ronaldo tuvo un papel importante: disputó cincuenta partidos y marcó nueve tantos, pero había quienes decían que, tal y como sospechaban desde el principio, no tenía lo que hacía falta. De poco valían todos aquellos regates y rabonas si no conseguía marcar goles y ganar partidos.

Aquel verano, corrieron rumores de que el Real Madrid seguía de cerca a Cristiano, pero al final quedaron en nada. Con el inicio de la nueva temporada, dio la impresión de que el portugués quería demostrar algo. No obstante, las primeras jornadas también empezaron con dificultades dentro y fuera del campo; a medida que los días de otoño se hacían más oscuros, crecía la sensación de que los acontecimientos más allá del terreno de juego podían malograr su temporada.

Para empezar, mientras estaba concentrado con la selección portuguesa, recibió la devastadora noticia de que su padre Dinis había fallecido víctima de una enfermedad relacionada con su alcoholismo. Cristiano estaba viendo una película en su habitación del hotel cuando su entrenador, Luiz Felipe Scolari, acompañado del capitán, Luís Figo, le dieron la noticia. Al principio se quedó en estado de shock. «No sentía nada. Tenía la cabeza como un globo que de repente se desinfla. No podía pensar en nada. En nada absolutamente», recordó más tarde.

Entonces, le dijo a Scolari que quería quedarse y jugar: «Voy a jugar el partido en honor a mi padre, jugaré por él».

El día del encuentro, la actitud de Cristiano generó un ambiente raro en el vestuario. El resto de los jugadores se mantuvieron en silencio por respeto, hasta que les dijo que no se comportaran de manera extraña por él. Les pidió que hicieran alguna broma y luego se puso a hacer aquello a lo que tenía acostumbrado al vestuario, cuando no estaba mirándose en el espejo: empezó a jugar con el balón. Luego disputó el partido, que acabó en 0-0. Después de tanta bravata, nadie, ni siquiera Ronaldo, estaba de humor para el gol.

Desde pequeño, Cristiano había tenido que vivir con el alcoholismo de su padre, aunque seguía aferrándose a sus mejores momentos y con el tiempo acabaría idealizándolos. Recordaba con cariño la presencia de Dinis en sus partidos siendo niño. Aquel mito de la inocencia infantil seguía vivo en su memoria. Siempre decía que quería a su padre, aunque después de su muerte admitía que le «enfurecía su aspecto físico». Mientras aún estaba vivo, los sentimientos de Cristiano hacia él iban de la vergüenza y la desesperación hasta la resolución de no permitir que la disfuncionalidad que traía a la vida familiar la destruyera por completo.

Luego, el 20 de octubre de 2005, el diario *The Sun* publicó en portada un reportaje en el que decía que Ronaldo estaba implicado en la violación de una mujer. Diez días después salió otra noticia en el mismo tabloide, en la que se decía que Nuno Aveiro, primo de Ronaldo, había participado en dicha violación, sujetando las manos de la víctima mientras tenía lugar. Ambos negaron rotundamente las acusaciones. La policía los interrogó y no presentaron cargos contra ellos.

En medio de todo esto, el legendario capitán del club, Roy Keane, un jugador al que Cristiano atribuiría posteriormente una enorme

influencia en el comienzo de su carrera, abandonó el Manchester United para fichar por el Celtic.

Parecía que todo se estaba torciendo. El 6 de diciembre de 2005, Ronaldo se convirtió en chivo expiatorio del equipo tras caer eliminados en la Liga de Campeones al perder con el Benfica: quedaron últimos en su grupo.

Según explica Rio Ferdinand en su autobiografía, Cristiano estaba tan preocupado por hacerlo bien y justificar su fichaje por el United que se olvidaba de jugar como parte del equipo. Aquel día no le salió nada. Al terminar el partido, Ferguson estaba tan furioso que le dijo «¿Juegas solo? ¿Quién demonios te crees que eres?».

Cristiano se disgustó y se quedó llorando en el vestuario, como otras veces; pero tenía fortaleza mental suficiente para superar la tormenta y levantarse, como había hecho toda su vida. Además, Ferguson sabía leer personalidades. Algunos jugadores no habrían aceptado ese trato, pero el portugués lo utilizó para motivarse o, como dice Ferdinand, para decir: «Vale, ya verás...».

Cabe decir que estos acontecimientos fuera del terreno de juego bastarían para desestabilizar a cualquier persona de veinte años. En ese contexto, es posible que fuera demasiado duro achacar su mal momento exclusivamente a un exceso de regates. El caso es que, posteriormente, Ronaldo se mostró muy agradecido a Alex Ferguson por el apoyo durante la enfermedad de su padre.

Nunca podría acusarse a Cristiano de falta de ética en el trabajo o de no aprovechar la adversidad en su propio beneficio. Desde su llegada al Manchester United, su entrenador y sus compañeros quedaron impresionados por su esfuerzo y su lucha contra el adversario. Quinton Fortune recordaba que cuando terminaban de entrenar,

Ronaldo se ponía pesos en los tobillos y volvía al campo a trabajar en el regate. Lo demás se reían de él. En realidad, hasta él mismo se reía.

«Muchas opiniones que surgieron en torno a él eran injustas. Sin embargo, cambió. Tenía una valentía y una confianza maravillosas en su capacidad. Se hizo grande, en mi mente y en la mente del resto de los jugadores del United, hasta el punto de que los que le rodeábamos estábamos asombrados con su talento», recordaba Ferguson.

La relación con Ferguson era como la de un padre con su hijo. El objetivo era sacar lo mejor del jugador. Tal y como recuerda Gary Neville: «A veces podía quedarse fuera del equipo. [Ferguson] Le animaba a demostrar su habilidad y su clase, pero no le sacaba en todos los partidos».

Los altos directivos del United seguían de cerca la situación. Aparte de las polémicas habituales sobre el césped de Old Trafford, también era frecuente que surgieran escándalos o noticias no deseadas fuera de él, a menudo más allá del control del club, desde las correrías sexuales y las borracheras de George Best y la posterior tragedia de su alcoholismo, hasta las apariciones habituales de David Beckham en las revistas del corazón y sus desencuentros con Ferguson antes de marcharse al Real Madrid.

Sin embargo, desde su primera temporada en Mánchester, Cristiano Ronaldo se había creado un círculo reducido de personas en las que confiaba casi tanto como en su madre: su primo Nuno, su hermana Katia y su cuñado Ze, además de otro amigo portugués llamado Bruno. También recibía visitas ocasionales de Madeira y de Lisboa, incluidos compañeros de las categorías inferiores del Sporting, como Carlos Pereira.

El clan de Cristiano (o esa era la imagen que el club y su agente querían dar) llevaba una vida muy normal. Pasaban su tiempo libre jugando a la PlayStation, al tenis, al pimpón y a las cartas. A veces salían a cenar. Cuando no estaba jugando al fútbol, Ronaldo dedicaba muchas horas al gimnasio y a la natación, deporte que disfrutaba mucho desde su infancia en Madeira, donde había una enorme admiración por los grandes nadadores.

De hecho, en la primera temporada de Cristiano en Mánchester, la atención de los medios de comunicación se había centrado más en uno de sus compañeros: Rio Ferdinand. A sus veintitrés años, Ferdinand se vio inmerso en una campaña de publicidad negativa al ser apartado de la selección inglesa por no hacer un control antidopaje: aquello acabó valiéndole una suspensión de nueve meses en 2004. Debió de ser una advertencia para el joven Ronaldo y un recordatorio de que hasta uno de los más queridos jugadores del United podía verse envuelto fácilmente en escándalos y ser vituperado por los tabloides.

Por tanto, probablemente no sorprenda que Cristiano nunca se labrara la reputación de hedonista que tuviera George Best, ni permitiera que ninguna relación generara un impacto negativo sobre sus vínculos con la dirección del club, como ocurrió con David Beckham. En efecto, la vida privada de Ronaldo se guardó celosamente del ojo público, incluso cuando permitía que el mundo viera un poco más de cerca quién era. Entre bambalinas, siempre mostraba una cara distinta.

Paddy Harverson me habló de una conversación que mantuvo con Cristiano en el pasillo de un hotel la noche antes de un partido europeo del equipo. «Yo estaba buscando mi habitación cuando oí a un gato maullando a la vuelta de la esquina del pasillo. Sonaba

angustiado. Cuando me asomé, descubrí que era Ronaldo, demostrando que se la daba muy bien imitar a animales. Tenía diecinueve años, granos en la cara, y estaba haciendo travesuras fuera de su habitación sin motivo aparente. Yo me eché a reír y le pregunté, “¿Qué coño estás haciendo?”. Él simplemente me guiñó un ojo, porque no hablaba muy bien inglés, y se marchó...».

Durante esta época de creciente atención mediática y desarrollo en el campo de fútbol, Ferguson y los jugadores del United mantuvieron el ego de Cristiano a raya. Sus compañeros bromeaban sobre su peinado y la ropa moderna que vestía, incluso cuando iba a entrenar. El club ya había tenido jugadores aficionados a la moda: George Best fue el primero en los años sesenta y Beckham tomó el testigo con pasión años más tarde. Y luego llegó Ronaldo. «Cristiano siempre iba de punta en blanco, siempre quería tener las botas muy limpias, la ropa de entrenamiento perfecta, el pelo perfecto, llevar la mejor ropa incluso a los entrenamientos», recordaba Gary Neville en sus memorias.

Cuando su inglés mejoró y se acostumbró más a la cultura del vestuario, y a medida que seguía creciendo su confianza, Ronaldo empezó a aceptar las mofas, caricaturizándose a sí mismo para hacer reír a los demás.

También tenía un lado mucho menos ostentoso, como demostró al visitar Banda Aceh, una de las zonas más devastadas por el tsunami del 26 de diciembre de 2004, seis meses después de la catástrofe. Allí conoció a un niño indonesio de siete años que había sido rescatado después de diecinueve días solo. Le encontraron apenas con vida, vistiendo una camiseta de la selección portuguesa medio rasgada y cubierta de barro. Esto hizo que la federación de fútbol lusa invitara al



chico a Lisboa para conocer a Ronaldo, su héroe. Ante los focos de los medios, el niño se declaró seguidor del Manchester United. Posteriormente, Cristiano donó una cantidad significativa de dinero para ayudar a los esfuerzos de reconstrucción. De este modo, marcó la pauta para contribuciones futuras, y más discretas, a causas benéficas, muchas de ellas ajenas a cualquier estrategia de *marketing*.

En lugar de permitirse descarrilar, con el cambio de año Ronaldo se mostró más centrado. Tras marcar contra el Bolton Wanderers en el partido de Nochevieja, fue encontrando la forma en los primeros meses de 2005. Después de anotar solo cuatro goles en la primera vuelta de la temporada, en el segundo tramo consiguió ocho. Viendo las imágenes de esos meses, empieza a apreciarse esa característica postura de los hombros, al recortar hacia dentro desde la banda izquierda o la derecha, mientras los defensas se revuelven hacia atrás. Y luego están los goles: el increíble tanto contra el Portsmouth en que el balón parece esquivar al guardameta; otro ante el Wigan después del cual se quitó la camiseta en una celebración hoy distintiva. Aquella campaña acabó siendo una decepción para el club, pero el verano empezaba bien para Cristiano, que ya miraba impaciente hacia el Mundial.

## El auge del *hobbit*: Messi

**E**l 24 de junio de 2005, día de su decimoctavo cumpleaños, Leo Messi firmó su primer contrato como jugador del primer equipo. El acuerdo le convertía en jugador del F. C. Barcelona hasta 2010, dos años menos que su anterior contrato, pero la cláusula de rescisión subía a ciento cincuenta millones de euros. Dos meses después, empezó a hacerse más hueco en la plantilla durante el trofeo Joan Gamper, que el club organiza cada pretemporada.

Messi regresó del Mundial Sub-20 como campeón del mundo y se unió inmediatamente a la gira de promoción por Corea, China y Japón, donde disfrutó de la influencia tranquilizadora de Sylvinho. El exlateral izquierdo del Arsenal cobró una enorme importancia para el argentino ofreciendo un ejemplo más sensato que Ronaldinho. El defensa parecía tener más los pies en el suelo. Ahora bien, Sylvinho también ha hablado en muchas entrevistas sobre lo mucho que Deco y Ronaldinho intentaban cuidar a su compañero tanto dentro como fuera del terreno de juego.

El 24 de agosto de 2005, el equipo dirigido por Frank Rijkaard recibió a la Juventus, vigente campeona de la Serie A. El partido contaba con figuras de la talla de Ronaldinho y Deco, así como Zlatan

Ibrahimović o Alessandro del Piero con los colores visitantes, pero Messi fue quien acaparó toda la atención. «Messi destacó con regates, desmarques, una asistencia y ocasiones de gol ante una de las mejores defensas del mundo, con jugadores experimentados y de la talla de Cannavaro o Vieira», escribió Carlos Faneca en un blog publicado en aquel momento en la página web del F. C. Barcelona.

Fabio Capello, por entonces entrenador de la Juve, comentó después del partido que nunca había visto tanta calidad en un jugador tan joven. «Lo había visto con la selección juvenil argentina y ya me pareció un gran jugador. Pero otra cosa es verlo en este estadio, con esta camiseta, ante tanta gente. Nunca había visto un jugador de tanta calidad.» Más tarde añadió: «Me dejó alucinado. Que un futbolista de su edad jugara de aquella manera, ante noventa mil espectadores, sin dejarse intimidar por Balzaretti, el lateral que lo marcaba y a quien parecía que conocía perfectamente, por todo lo que le hacía. Tenía personalidad, calidad, dribbling, fantasía... Agarraba el balón y se iba directo al arco con un descaro inusual».

Algunos especularon que estaba especialmente motivado después de la injusta expulsión en su debut con la selección absoluta argentina, cuando a los dos minutos de partido soltó un brazo tras recibir una falta de un jugador húngaro y el árbitro juzgó que era una agresión deliberada. Aquello destrozó a Messi. Pero independientemente de la motivación, su actuación ante la Juventus hizo que el mundo del fútbol se detuviera para verle.

Con los gritos de «¡Messi!, ¡Messi!, ¡Messi!» resonando en el Camp Nou, Capello se acercó a Rijkaard y le preguntó si podían acordar su fichaje para la Juventus. «Hay que proteger un talento como este. Esta noche ha estado fenomenal», contestó el holandés, claramente

resuelto a cuidar a su pupilo y tratar de hacer que siguiera con los pies en el suelo. En los primeros meses de la temporada, Messi empezó a destacar especialmente en la Liga de Campeones.

En el segundo partido de la fase de grupos de la Champions contra el Udinese, disputado el 27 de septiembre de 2005, Messi salió de titular y ayudó a Ronaldinho a dismantlar al equipo italiano ante los noventa mil espectadores en el Camp Nou, para acabar con un resultado de 4-1.

Ramón Besa, veterano cronista del Barça para *El País*, no dudó en declarar a Messi como mejor jugador del partido, a pesar de que Ronaldinho marcó un *hat-trick* y él no consiguió gol alguno. Analizando la creciente madurez de Messi como jugador y su contribución al éxito del equipo, Besa comentaba que el argentino «sorprende en cada partido por su capacidad para provocar peligro en cualquier zona de la cancha y, además, por su facilidad para entender el juego. Actúa con una naturalidad tremenda... Atrevido y veloz, con un gran cambio de ritmo, Messi ejerce hoy el papel que representó Ronaldinho a su llegada».

De hecho, Rijkaard seguía creyendo que Messi era un jugador en pleno desarrollo y que Ronaldinho aún tenía mucho que ofrecer. No obstante, la comparación entre ambos a favor del joven argentino no pasó desapercibida.

Pocas semanas después, en un partido de Liga de Campeones contra el Panathinaikos, el 3 de noviembre, Messi marcó su primer tanto en Champions y el técnico lo elogió de manera especial. El argentino presionó al central del equipo contrario haciendo que cabeceara hacia atrás, se adelantó al portero y picó el balón fuera de su alcance. Lo más destacable de todo fue la inteligencia con la que previó el error del

defensa: la astucia de un adolescente ambicioso unidas a una habilidad apabullante y una seguridad digna de una estrella veterana.

A pesar de sus recelos, Rijkaard se dejó convencer por los entrenadores de Messi de que ya estaba listo para ser titular en el partido más importante de la temporada liguera. El 19 de noviembre de 2005, cuando el F. C. Barcelona acudió al Santiago Bernabéu para disputar el primer Clásico de la temporada, Messi supo que estaría en el once inicial. A los dos equipos solo les separaba un punto en la tabla. El Barça de Rijkaard seguía de cerca los pasos de un líder poco probable, el Osasuna de Pamplona, después de ganar veintidós puntos en sus once primeros partidos. Dado el duopolio virtual que habían creado los dos rivales con sus costosas plantillas en los tiempos modernos, se daba casi por hecho que la carrera por el título de liga se acabaría decidiendo entre ellos. Su primer duelo de la temporada daría alguna pista sobre cómo se encontraba la balanza de poder.

El Barça acabó llevándose por 0-3 un Clásico que quedó para los anales por la ovación del público del Bernabéu a Ronaldinho. Sin embargo, también entró en los libros de historia por el debut de Messi en estos choques, con una actuación que hizo que los madridistas se fijaran en él y se sintieran amenazados.

La alineación de ambos equipos era un estudio de contrastes e identidad de clubes. El Real Madrid, a las órdenes de Vanderlei Luxemburgo, estaba en el apogeo de su era galáctica, con un once que incluía a Zinedine Zidane, el brasileño Ronaldo y David Beckham. Sin embargo, los dos contaban con jugadores de la cantera que sabían perfectamente lo que significaba un partido como aquel. En el Real Madrid estaban Iker Casillas y Raúl González, mientras que el alma y corazón del Barça lo ponían Xavi y Carles Puyol, veteranos de La

Masía, a pesar de que sus talismanes indiscutibles eran tres extranjeros: Ronaldinho, Samuel Eto'o (que había sido descartado por el Real Madrid cuando era un adolescente) y Messi, aquel chico nuevo con tanto por demostrar.

Messi comenzó el partido en la banda derecha, formando el tridente de ataque con Ronaldinho y Eto'o. Los tres empezaron fuerte, amenazando al Real Madrid desde ángulos distintos, aunque los blancos lograron mantener la defensa con firmeza inicialmente. A los quince minutos de juego, Messi construyó el primer gol. Regateó por la banda derecha con la pelota pegada a los pies, se metió hacia el interior sembrando el caos entre la defensa del Madrid y cedió el esférico para que Eto'o inaugurara el marcador.

El Barça siguió dominando: «Como de costumbre, Carles Puyol jugó con el corazón en la mano y el pelo en la cara, Xavi Hernández movió el balón con una precisión y un ritmo absurdos, y Leo Messi corrió hasta dejar al Madrid hecho jirones», escribió Sid Low. Sin embargo, la estrella del espectáculo fue Ronaldinho, con un gol de una creatividad sublime y una ejecución sencilla, perfecto ejemplo del Balón de Oro de aquel año en su mejor versión.

Tras coger el balón en la banda izquierda sobre la línea divisoria, bailó a Sergio Ramos y después a Iván Helguera para engañar a Casillas con un disparo que escondió hasta el último momento y que batió al portero por el palo corto. Veinte minutos después marcó su segundo tanto, exhibiendo el mismo estilo y arrogancia, y dejando sentado a Ramos antes de batir a Casillas con el interior del pie.

En ese momento, aquellos que estábamos presentes en el monumental estadio madrileño vivimos algo extraordinario, un giro inesperado y climático. Mientras Casillas se encogía de hombros

resignado y Ronaldinho celebraba con su característica samba y su sonrisa dentada, los aficionados del Real Madrid se pusieron en pie espontáneamente y empezaron a aplaudir de forma unánime.

Antes de este choque, el último jugador del Barça ovacionado en el Bernabéu había sido Diego Armando Maradona. De eso hacía veintidós años. Gracias a Ronaldinho, Messi estaba descubriendo que era posible cuando menos igualar al maravilloso Diego, si uno jugaba en el Barça y tenía la ambición necesaria. Para entonces, Ronaldinho se había convertido en parte en un modelo a seguir, en parte en un hermano mayor y un amigo. Dos meses antes, el argentino había comprado su primera casa en la localidad de Castelldefels, a poca distancia de donde vivía el brasileño.

En febrero de 2006, Messi contribuyó de manera significativa a la victoria a domicilio del Barça contra el Chelsea en octavos de final de la Liga de Campeones, un partido dramático dentro y fuera del terreno de juego. José Mourinho, por entonces acomodado en la Premier, provocó un enorme escándalo declarando falsamente que su Chelsea había perdido por una conspiración entre el árbitro y Rijkaard.

Sin embargo, el encuentro ofreció otra imagen que acabaría siendo más duradera: la de la habilidad y la fortaleza de carácter de Messi, y su resistencia física, mientras los jugadores del Chelsea intentaban interrumpir cada uno de sus movimientos, a veces con brutalidad, como en una entrada de Asier del Horno que le valió la tarjeta roja. Como recordaba Santiago Segurola: «Ese partido me demostró algo muy importante de Messi: el temor que inspiraba en el equipo opuesto».

Thierry Henry, que posteriormente compartiría vestuario con Messi, fue uno de los jugadores que tuvieron una revelación aquel día. Según explicaba más tarde, aunque el enorme talento y potencial del argentino se hicieron evidentes desde muy pronto, en el Barça había personas muy conscientes de su extraordinaria habilidad desde mucho antes de que debutara como profesional en 2004. Henry admitía al diario deportivo *Marca* que al verle en acción en aquel partido de ida contra el Chelsea comprendió que Messi era todavía más especial de lo que en un principio creyó: «En aquel partido de Champions en Stamford Bridge, el Chelsea le dio patadas por todas partes».

Más tarde, Messi diría en una entrevista que los jugadores del Barça despreciaban al Chelsea más que al Real Madrid y que su rivalidad hacía palidecer la infame competencia entre Boca Juniors y River Plate.

A los veinticinco minutos de juego de la vuelta en el Camp Nou, Messi se derrumbó sobre el campo con una rotura muscular en el muslo derecho. La primera lesión importante de su carrera se producía tras otra la semana anterior en una zona parecida, la parte superior del bíceps femoral de la pierna derecha. Aunque la primera le tuvo doce días alejado del terreno de juego, esta, seguramente causada por tratar de acelerar su regreso, le mantendría setenta y nueve días en el dique seco.

A pesar de que no hay pruebas específicas que expliquen las lesiones musculares, los fisioterapeutas sugieren que algunas son evitables por medio de una combinación de dieta optimizada y técnicas de entrenamiento. Guillem Balagué comentaba en su biografía del argentino que aunque en ese momento el F. C. Barcelona no controlaba a los jugadores con tanta diligencia como a partir de la era



Guardiola, no había pruebas de abuso de drogas o alcohol. Messi seguía teniendo la afición de cualquier adolescente argentino por la comida tradicional como las empanadas, las milanesas o los raviolis, acompañados de una Coca-Cola con todo su azúcar. Como explica Balagué: «No fue cuestión de demasiada fiesta, sino más bien de orden. O de falta de él. En su alimentación, en su horario personal».

Υ

Aunque Messi se perdió buena parte del resto de la temporada, sus actuaciones hasta ese momento inspiraron y motivaron a sus compañeros. El equipo, liderado por Ronaldinho, logró una impresionante cosecha de títulos. Revalidaron la Liga y se citaron el 17 de mayo de 2006 con el Arsenal en París para disputar la final de la Champions.

A pesar de que fue una decisión difícil para Rijkaard, el holandés finalmente llegó a la conclusión de que dejarle jugar era demasiado arriesgado para el bienestar físico de Messi y el futuro del equipo. A pesar de empezar perdiendo, el F. C. Barcelona se impuso por 2-1 y se alzó con su segunda Liga de Campeones.

Acabado el partido, Messi estaba tan disgustado que se fue del campo al vestuario y se negó a participar en la celebración, a pesar de la insistencia de Rijkaard y su equipo técnico. Aunque este no fue su primer berrinche, ni tampoco sería el último, tal vez reflejó mejor que ningún otro incidente el carácter del argentino. Por una parte, parecía una rabieta típica de un chaval inmaduro y mimado. Pero también parecía evidenciar la obsesión de una persona que vive instintivamente por y para el fútbol, que saca vida del talento que sabe

en su interior, pero que también se sume en un lugar muy oscuro cuando se le niega la máxima definición de su existencia.

Curiosamente, la reacción de Messi fue parecida a la de Maradona a una edad similar cuando, con dieciocho años, jugaba en Argentinos Juniors y César Luis Menotti le dijo que no estaba en la convocatoria de la selección para el Mundial de 1978 que iba a celebrarse en Argentina. El propio Menotti me explicó que había recibido informes de que la estructura muscular de Maradona aún estaba en proceso de desarrollo y que «corría el riesgo de sufrir una mala entrada y quedar inválido para el resto de su carrera».

Con el tiempo, tanto el equipo médico como Messi extraerían una lección importante de la lesión que sufrió antes de la final de París en 2006; a saber, que puede que tanto club como jugador no controlaran suficientemente la alimentación y el régimen de entrenamiento que debía seguir una vez concluido el tratamiento hormonal. Aunque es difícil de demostrar con toda certeza, es posible que sus lesiones surgieran porque su cuerpo tuvo que adaptarse demasiado deprisa a sus propios cambios al enfrentarse con nuevos desafíos por el rápido ascenso del jugador de las categorías inferiores al primer equipo.

Messi tardaría varios años en admitir, en una rara ocasión en la que compartió sus pensamientos, que tal vez no fue capaz de mostrar la solidaridad que equipos como el Barça esperaba de sus jugadores, fuesen jóvenes o veteranos, pues el niño que llevaba dentro no se lo permitió. «Ahora me doy cuenta de que debería haber disfrutado mucho más del partido, más de lo que lo hice, por el momento que era. No creo que muchos jugadores tengan la oportunidad de ganar la Champions. Yo era chico y en ese momento no quería festejarlo. Ronaldinho, Deco y Motta me ofrecieron la copa a mí, y ese recuerdo

fue muy lindo. Hoy me arrepiento de no haberlo disfrutado más dentro de la cancha, aunque después sí que lo hice. Fue, y aún es, algo muy especial», comentó Messi en un documental especial de Barça TV emitido por primera vez el 21 de julio de 2013. La cinta se hizo para coincidir con el décimo aniversario de la presentación de Ronaldinho en el F. C. Barcelona. Se titulaba «*Quan el Barça va recuperar el somriure*» (Cuando el Barça recuperó la sonrisa).

Aunque en ese momento nadie lo sabía, aquella final de Champions sería el cénit de la carrera de Rijkaard y la cima de la carrera de Ronaldinho en el Barça. Cuando Messi fue llamado por la selección argentina para el Mundial, aún faltó de partidos y ritmo, el camino parecía ir únicamente hacia abajo.

## PARÉNTESIS INTERNACIONAL

14

### La sombra de Diego: Messi

La carrera internacional de Messi había comenzado de manera decididamente desafortunada unos meses antes, con aquella tarjeta roja a los dos minutos de partido contra Hungría. Y aunque nadie creía que fuera justa, Leo acabó llorando en el vestuario. Eso hizo que algunos pensaran que todavía no tenía la fortaleza mental necesaria para las exigencias del fútbol internacional.

Tampoco destacó especialmente durante los partidos de clasificación para el Mundial de 2006, aunque Pekerman le describió como una «joya» tras el encuentro contra Perú, donde provocó un penalti crucial que aseguró la victoria del equipo. Más tarde sufrió la lesión en el bíceps femoral que casi le aparta del torneo; la falta de partidos supuso que empezara y terminara el campeonato en el banquillo. Cuando la albiceleste cayó en cuartos de final contra Alemania, la prensa argentina lo achacó a su ausencia del equipo y a las tácticas de Pekerman.

La eliminación fue aún más dura de asumir teniendo en cuenta las expectativas que había generado Argentina con su victoria ante Serbia por 6-0, que muchos comentaristas catalogarían como una de las

actuaciones más brillantes de una selección nacional desde hacía muchos años: quedaría en el recuerdo la jugada de veinticinco pases que desembocó en el segundo gol. En ella participaron ocho jugadores argentinos, incluido el veterano capitán Juan Pablo Sorín, pero Messi no fue uno de ellos. De hecho, hasta el minuto setenta y cuatro no salió del banquillo, en sustitución de Maxi Rodríguez. Pero sí tuvo tiempo de asistir a Hernán Crespo en el cuarto gol; dos minutos antes de la conclusión marcó su primer tanto en un Mundial. Se convirtió en el más joven goleador del torneo y en el sexto en la historia de los mundiales. Las cámaras de televisión buscaron intencionadamente la reacción de Maradona, que estaba viendo el partido desde la grada, levantándose y haciendo gestos de aprobación por la jugada.

En palabras de Andrés Campomar, autor de *iGolazo!*, una historia del fútbol latinoamericano, «una década después de la ignominiosa retirada de Maradona, Argentina seguía buscando un nuevo Mesías». Con su estrella ascendiendo en el fútbol europeo, parecía que solo era cuestión de tiempo que Messi fuera considerado sucesor de Diego Armando en el equipo albiceleste, pero al final serían más habituales las críticas de sus compatriotas culpándole por los fracasos del equipo que los elogios por sus pocos éxitos.

Las comparaciones, que empezaron tan pronto como Messi dio sus primeras patadas a un balón, tal vez eran inevitables, pero cuando Leo alcanzó la selección se hicieron más intensas y críticas. Diego Armando Maradona había conducido a su país a la victoria en 1986, en una década en la que fue de largo la figura más admirada de la albiceleste. Por ello, era un talismán mesiánico a quien la nación admiraba, a pesar de su decadencia fuera del campo. Se le consideraba un genio más allá del bien y del mal. «Diego hizo un viaje

extraordinario desde su pobreza de origen hasta su condición de líder popular —escribió Valdano en *Fútbol: el juego infinito*—, en el que se vieron proyectados millones de personas que por obra y gracia de su ídolo veían posible (para ellos mismos o para sus hijos) lo que parece imposible.»

La proyección internacional de una historia de éxito argentina fue lo que alimentó el cariño de sus compatriotas hacia Maradona. Para ellos, el jugador compensaba aparentemente muchos fracasos de la historia del país. Maradona dio a los argentinos un sentido de identidad, además de una vía de escape. En su juego veían pureza. Para ellos era «poesía».

Como escribe Campomar en *Golazo*, cuando Maradona dejó los terrenos de juego, empezaron a aparecer reencarnaciones incontables: un jugador joven tras otro se vieron lastrados por las expectativas de ser el nuevo Diego. Entre el incesante y a menudo deslucido desfile de «Nuevos Maradona», destacaron Ariel Ortega y Juan Román Riquelme, pero ellos también se quedaron cortos.

Antes de que Messi subiera al primer equipo del F. C. Barcelona, Julio Grondona, presidente de la Asociación de Fútbol Argentino y figura destacada en la jerarquía de la UEFA, había avivado los deslumbrantes informes que recibió sobre el «chico de Rosario», señalándole como jugador clave para el futuro de una selección con seguidores en todo el mundo. Aparte de estar convencido de su talento, Grondona veía en el tímido y retraído Messi un futbolista de trato más fácil que el explosivo e impredecible Maradona. Por ello intervino para que Messi fuese incluido en la Sub-20, cosa que evitaba que España pudiera reclutarle en sus filas.

El potencial comercial de Messi quedó subrayado antes del Mundial de Alemania al firmar un nuevo contrato con la marca deportiva germana Adidas, que también patrocinaba a la selección de Argentina. La medida resultó polémica en el seno del F. C. Barcelona, pues suponía incumplir el contrato con Nike, principal patrocinador del club. Uno de los directivos más disgustados fue Sandro Rosell, exejecutivo de Nike y vicepresidente del F. C. Barcelona, que había recomendado fervientemente la inclusión de Messi en el primer equipo y creía mantener una buena relación con el jugador y su padre.

El primer anuncio de Adidas con Messi ocupó un lugar destacado durante el torneo en Alemania. Leo aparecía dibujando un muñeco que jugaba al fútbol con otros mucho más grandes, mientras el jugador describía su sueño de ser reconocido a pesar de su tamaño. Una campaña de carteles desplegó su rostro por grandes ciudades futbolísticas de todo el mundo. Además, se diseñaron unas botas exclusivamente para él con la inscripción «La Mano de Dios» y «22 de junio de 1986», fecha del partido de cuartos de final que Argentina disputó contra Inglaterra en el Mundial de México.

La campaña no fue del gusto de todos. Dentro de la selección albiceleste, algunos de los jugadores veteranos consideraban presuntuoso que los patrocinadores de Messi le compararan con Maradona. En Barcelona, alimentó aún más el sentimiento de traición en Rosell, que creía que Nike le trataría mejor, al ser una compañía que, en su opinión, estaba más en contacto con el creciente mercado joven y que estaba desarrollando una exitosa campaña promocional con Cristiano Ronaldo (y con la que él había trabajado en el pasado).

Probablemente esta campaña contribuyó a crear la sensación de que el Mundial de Messi había sido una decepción y que Pekerman le

había utilizado poco durante el torneo. La derrota de Argentina ante Alemania volvió a despertar recuerdos de la final de 1990 en Roma, cuando la albiceleste de Maradona, que defendía el título conseguido cuatro años antes en México, perdió 1-0 contra los alemanes tras un penalti discutido que acabó con un intercambio de puñetazos entre jugadores y gente de ambos equipos sobre el terreno de juego. La diferencia estuvo en que en Italia se culpó a Maradona de la derrota. Ahora, en Alemania, Pekerman acaparó todas las críticas, sobre todo por dejar a Messi en el banquillo.

Resulta inevitable preguntarse qué habría ocurrido si Messi hubiera jugado, ¿Habría sido el Mundial de 2006 su paso del Rubicón? ¿Habría marcado en la final y levantado el trofeo con menos años que Diego Armando en México, zafándose con ello de su sombra?

Son elucubraciones algo exageradas, pues a Messi todavía le quedaba bastante camino para destronar a Maradona, especialmente ante los ojos de sus compatriotas. Ahora bien, a partir de ese momento se cerró el debate sobre la conveniencia de que Messi estuviera en el banquillo. Pasó a ser titular indiscutible de la selección, fuese quien fuese el entrenador.



## El trauma del Mundial: el guiño de Cristiano

Cristiano Ronaldo llegó al Mundial de 2006 dispuesto a seguir despuntando tras su buen final de temporada en el club. Estaba ansioso por borrar los malos recuerdos de la Eurocopa de dos años antes. Sin embargo, para millones de aficionados al fútbol, su papel en el torneo quedaría inmortalizado no tanto por lo que hizo con el balón, sino por guiñar el ojo a su compañero en el Manchester United, Wayne Rooney, cuando este fue expulsado del partido de cuartos de final entre ambas selecciones el 1 de julio.

Inglaterra, a las órdenes del entrenador sueco Sven-Göran Eriksson y capitaneada por David Beckham, ya en el Real Madrid, llegó al partido con un optimismo no del todo justificado: pensaban que tenían serias posibilidades de ganar el campeonato.

Las esperanzas estaban depositadas en Rooney, que, a sus veintitantos años, estaba alcanzando un momento culminante en su carrera internacional y en su club. Se le consideraba uno de los mejores jugadores ingleses de la era moderna. Por su parte, Portugal se confiaba a Cristiano Ronaldo, quien, gracias a la minuciosa gestión de Ferguson, había madurado hasta crear su propia versión del estrellato.

Después del fichaje de Rooney en el verano de 2004, Cristiano y él habían desarrollado un respeto profesional mutuo y se consideraban buenos amigos, a pesar de la extraña pareja que formaban el esbelto y coqueto madeirense y el fornido joven de Liverpool. Esta versión de La Bella y la Bestia encajaba en los estereotipos de cultura futbolística inglesa y mediterránea creados por algunos sectores de los medios ingleses.

Tal y como señalaba un artículo de Jon Vincent, Ted Kian y Paul Pedersen en *Soccer and Society*, Rooney enfatizaba «sus raíces obreras del norte en la construcción de su hipermasculinidad hegemónica y el papel de “patriota en juego”». Por su parte, tras tres temporadas en el Manchester United, Cristiano Ronaldo había reemplazado a David Beckham como el arma comercial más atrevida del club, mientras la prensa inglesa seguía tachándole con frecuencia de narcisista, satirizándole como el Derek Zoolander de la Premier League. Aparte de sus goles, sus asistencias y su deseo de convertirse en el mejor jugador del planeta, Cristiano era un manifiesto de moda: un hombre guapo que se miraba a menudo en el espejo, una imagen de metrosexual pavoneándose con el torso desnudo, productos para el pelo, pendientes de diamante y anuncios de vaqueros ajustados y de calzoncillos aún más ajustados. Con sus orejas de soplillo, Rooney también lograba buenos contratos con patrocinadores, pero ya estaba perdiendo pelo.

Los fichajes de Rooney y Cristiano por el Manchester United cuando eran unos adolescentes fueron un verdadero ejemplo de contraste físico y mental, pero también formaban parte fundamental del proceso de regeneración del United de Alex Ferguson. Tras la salida de Beckham, el técnico quería reunir a un grupo de jóvenes que

evolucionaran con los años. La experiencia de jugadores más veteranos como Giggs, Scholes o Gary Neville debía contribuir a ese proceso.

Ferguson había observado la prometedora sociedad Rooney-Cristiano en su primera temporada juntos, 2004-05, cuando, según recordaba, a pesar de perder la final de la FA Cup por penaltis ante el Arsenal, su equipo «barrió» al adversario con veintidós disparos a puerta. A partir de entonces, Cristiano y Rooney se consagraron como piezas esenciales en el proyecto del escocés. Ambos parecían reconocer en el otro a un compañero en el camino hacia lo más alto.

Conociéndose tan bien, cuando llegaron al escenario internacional vieron una oportunidad para explotar las debilidades del otro; a saber: la propensión de Ronaldo al teatro y la igualmente notoria irascibilidad de Rooney. En la primera mitad de los cuartos de final que enfrentó a sus respectivas selecciones, Rooney intentó que Cristiano viera tarjeta amarilla por tirarse, pero al final fue él quien acabó expulsado y perdiendo el duelo psicológico.

Tras un partido frustrante, en el minuto sesenta y dos, Rooney estaba luchando por un balón con tres defensas portugueses cuando dio la impresión de que recibía un agarrón por atrás de Ricardo Carvalho, jugador del Chelsea, que estaba en el suelo. Rooney perdió la paciencia y le pisó la ingle. Al principio, el árbitro argentino Horacio Elizondo pareció dudar. Pero entonces Rooney trató de quitarse de encima a su compañero en el United: Cristiano empezó a hacer gestos ostensibles ante el colegiado. Y sacó la roja directa. Momentos después, las cámaras de televisión mostraron a Ronaldo guiñando un ojo a su banquillo mientras un Rooney furioso abandonaba el campo,

rodeado por la ira de la afición inglesa. Como «insulto» final, Cristiano marcó el gol decisivo en la tanda de penaltis para Portugal.

Los aficionados ingleses, desde estrellas del pop hasta comentaristas de televisión, se enfurecieron con el papel de Cristiano en la expulsión: estaban que trinaban con su guiño. La cantante Liz McClarnon recordaba cómo «Todo el mundo en la sala echaba humo, diciendo: “No puedo creer lo que ha hecho. ¡Dios mío!”». Alan Shearer, excapitán de Inglaterra dijo ante millones de telespectadores: «Es muy posible que cuando Rooney vuelva a los entrenamientos del United le meta una buena a Ronaldo». *The Sun* citó una fuente anónima: según ella, Rooney «partiría en dos» a Cristiano cuando volvieran a verse las caras. El diario también publicó una diana con la cara del portugués, para que los seguidores ingleses «pudieran vengarse del mayor guiñador del fútbol».

En medio de la agitación generada por el partido, Ronaldo parecía estar a punto de dar por concluida su etapa en la Premier. El mundo era suyo. Fichar por el Real Madrid o por el F. C. Barcelona, que seguían interesados por él, sería un paso adelante para su carrera y lo alejaría de la boca del lobo. En su paso por Old Trafford había anotado veintisiete goles en ciento treinta y siete partidos. Además, había ganado una FA Cup y una Copa de la Liga en tres temporadas prometedoras, aunque no del todo satisfactorias en Old Trafford: había dejado goles fantásticos, pero también se había enredado en regates aparatosos y había generado cierta frustración porque los resultados no habían acabado de llegar. El Manchester llevaba tres temporadas sin ganar la Premier (el Chelsea de José Mourinho parecía preparado para dominar el fútbol inglés durante más tiempo, tras

alzarse con dos títulos consecutivos) y ni siquiera se habían acercado a conseguir la Champions.

Según confesó a los medios portugueses: «No me voy a quedar en el Manchester United. Después de lo ocurrido con Rooney, no puedo seguir allí. Dentro de un par de días tendré resuelto mi futuro. No quiero quedarme en Inglaterra».

Sin embargo, para un jugador contumaz, tan preocupado por su legado y la narrativa de su carrera, abandonar aquella etapa bajo la sombra de una duda se habría salido mucho del guion. Pasada la tormenta, Rooney adoptó una actitud conciliadora y le dijo a Cristiano que, aunque estaba furioso por la expulsión, no estaba resentido con él: debían pasar página del incidente por el bien del United. Aparentemente, ese mismo verano, después del Mundial, Rooney llamó al portugués varias veces para pedirle que no abandonara el club e insistirle en lo importante que era para los *devils*.

Si la reacción de otros hubiera sido igual de generosa, Cristiano Ronaldo habría tenido más motivos para celebrar su mejor torneo internacional hasta la fecha. Cuando tocó su primer balón en la semifinal contra Francia, fue recibido con el apabullante ruido de sesenta y seis mil personas que lo pitaron desde todos los rincones del estadio. No eran solamente aficionados ingleses con entrada y frustrados por no ver a su equipo en la semifinal: a ellos también se unieron los franceses y seguidores de otros países.

No obstante, Cristiano fue una pesadilla para el experto equipo francés. De hecho, él fue lo mejor con diferencia de la decepcionante actuación portuguesa, especialmente en la primera mitad. Incluso dejó un momento de magia en un partido bastante apagado en general. En el minuto treinta y ocho, se zafó de dos defensas franceses sobre la

línea de banda y corrió casi treinta metros hasta el área, pero finalmente su disparo fue desbaratado por Lilian Thuram.

Sin embargo, los destellos de genialidad de Cristiano y que fuera uno de los jugadores más destacados del partido, a pesar de estar en el equipo perdedor, no bastaron para ganarse el perdón. Al menos ese día.

La respuesta de Phil McNulty en la BBC fue una de las más equilibradas en la prensa británica. Señaló que Cristiano era exactamente la clase de jugador por el que Inglaterra mataría, aunque también dijo que sus «dotes teatrales de aficionado (de hecho, llamémoslos piscinazos) le granjearon el desprecio de miles de personas en el galáctico estadio del Bayern de Múnich». McNulty se preguntaba si aquello supondría el final de su etapa en Mánchester y comentó que el luso llevaba un fantástico jugador dentro, pero tenía que escapar de esa cárcel de regates, fintas y piscinazos.

Al final, el partido se decidió por un penalti transformado por Zinedine Zidane en la primera mitad. Cristiano Ronaldo lloró en Múnich, igual que al terminar la Eurocopa 2004. Posteriormente, recibió el castigo de no llevarse el trofeo de mejor jugador joven del torneo, galardón que Rooney y otros jugadores del United y de la selección portuguesa sí creían que merecía. Pero también demostró una resiliencia que le ayudaría a superar las difíciles semanas que le esperaban, entre los abucheos de la afición inglesa en general (no del United) y el racismo disfrazado de la prensa amarilla, que le pintó como un extranjero traidor que había conspirado contra el club y el país al que debía su riqueza y su fama.

## Patada a seguir: Cristiano

Las consecuencias del guiño afectaron a todo el club, mientras la prensa empezaba a criticar la política de fichajes del Manchester United y *The Guardian* decía que se movía «con la pesadez típica de alguien a la 1.45 de la madrugada, arrastrándose por la pista de baile, tratando de pillar todo lo que se mueva». Hubo rumores de varias ofertas de clubes españoles por Cristiano, pero ninguna se materializó.

En agosto de 2006, Ronaldo disputó su primer partido con el Manchester United después del Mundial, un amistoso a domicilio contra el Oxford United, y pudo comprobar el estado de ánimo de la afición inglesa. Sin embargo, él también demostró su fortaleza de carácter y la importancia del apoyo que recibía de Ferguson y el equipo.

En un caldeado ambiente en el estadio Kassam, Cristiano recibió insultos al bajar del autobús del equipo y pitos durante el calentamiento; cuando se anunció su nombre con las alineaciones, fue abucheado, como cada vez que tocaba el balón. Se vitoreó siempre que perdía la posesión. A veces, parecía como si se hubiera convertido en el malo de una pantomima.

Él era el único consciente de que se trataba de un momento decisivo de su carrera, y reaccionó de la única manera que sabía: recordando a todo el mundo su calidad, sin necesidad de actuar.

El Manchester ganó por 1-4 con dos goles fabulosos del portugués. El primero fue de una soberbia volea para rematar una dejada de Louis Saha, y el segundo de un disparo igualmente demoledor. Al concluir el partido, los aficionados del United se pusieron en pie para ovacionarle. Ferguson se deshizo en elogios hacia él.

Los abucheos e insultos que se encontró prácticamente en cada partido del United durante la temporada 2006-07 sirvieron para fortalecer su resolución de ser el mejor. Cristiano salió del Mundial más maduro y aparentemente más decidido que nunca a entrenar con fuerza y a mejorar sus habilidades como jugador. Regresó de sus vacaciones estivales con aspecto de haberlo dedicado enteramente al gimnasio, a diferencia de Rooney, que volvió con sobrepeso.

Como recordaba Gary Neville: «Físicamente, pasó de ser un niño a ser un hombre. Era como si se hubiera marchado siendo un peso pluma y regresara hecho un peso pesado. Y eso le dio una potencia que antes no tenía. Su potencia de salida aumentó con la fuerza corporal. Y a lo largo de aquel verano su resolución también parecía haber mejorado. Antes, hacía un uno contra uno en vez de pasar». Neville también insistía en que la polémica del guiño fue una invención de los medios que apenas afectó a los jugadores ingleses. «Todo vale en el amor y en la guerra sobre el campo de fútbol —insistía—. Donde las dan las toman. Después del partido [de cuartos], yo intercambié la camiseta con Ronaldo.»

Cristiano afirma que la presión de los medios de comunicación tras el Mundial de 2006 le ayudó a desarrollar un mecanismo de defensa.



Según él, el furor desatado por aquel guiño «no fue muy agradable. Pero, a decir verdad, me vino bien. Con esto, me espabilé y acabé convirtiendo un problema en algo que me ayudó a madurar. Siempre que nos confiamos demasiado, dejamos de escuchar las críticas sobre nosotros».

Después de su desafiante actuación contra el Oxford, Ronaldo pareció distraerse con los abucheos en varios partidos de principios de temporada, pero su magnífico tanto contra el Reading el 23 de septiembre supuso un punto de inflexión. Dominó el partido a base de galopadas poderosas y directas que ninguno de los adversarios eran capaces de detener. El zaguero que defendía su banda, Graeme Murty, describió la misión de pararle como «estamparse contra un muro de ladrillo».

En noviembre deslumbró a la Premier League con un espectacular lanzamiento de falta ante el Portsmouth que se hizo viral en YouTube. Como señaló Paul Wilson en *The Observer*, por muchas veces que el portero David James viera la repetición, preguntándose qué podía haber hecho para detener el disparo, los lanzamientos de Cristiano no eran cuestión de «*folha seca* o de esconder el disparo: son todo velocidad, fuerza y colocación».

Los abucheos iban a menos cuando fue elegido mejor jugador del partido contra el Chelsea y el Everton. Por primera vez en su carrera, Ronaldo estaba encadenando una buena actuación tras otra. En el derbi de Mánchester marcó un gol y dio una asistencia, y luego anotó tres dobles consecutivos en Navidad contra Aston Villa, Wigan y Reading para contribuir al liderato del United. La imagen de Cristiano encarando a la defensa a toda velocidad, sus regates y sus vertiginosos cambios de dirección, o sus disparos con la *folha seca*, definen esta

época. Era como si sus adversarios funcionaran a la mitad de velocidad que él. Sus simples atributos físicos, su ritmo, la potencia con la que lanzaba las faltas o sus saltos para rematar de cabeza, a veces hacían que pareciera que jugaba contra niños más pequeños en el parque. En diciembre y enero, el portugués fue nombrado jugador del mes en la Premier y se convirtió en el tercer futbolista (después de Dennis Bergkamp y Robbie Fowler) en lograrlo en meses consecutivos.

Sus primeros goles en la Liga de Campeones llegaron durante la vuelta de los cuartos de final ante la Roma, cuando el Manchester protagonizó una dramática remontada del 2-1 de la ida con una aplastante victoria por 7-1 en Old Trafford. El primero fue un zapatazo por el palo corto que sorprendió al meta con la velocidad del disparo; el segundo rematando un centro de Giggs.

En la ida de las semifinales contra el AC Milan en Manchester, fue una pesadilla para los jugadores adversarios. Se movía por todo el campo. Los obligó a recurrir a entradas cada vez más duras para detenerle, antes de marcar con un cabezazo que superó al portero del Milan, Dida. El United ganó 3-2 con un gol de penalti de Wayne Rooney en el último suspiro. Sin embargo, al final fue el equipo italiano el que pasó la eliminatoria tras vencer en San Siro por 3-0, en una clase magistral de Kaká.

No obstante, la temporada acabó siendo un año de despegue para la carrera de Cristiano, que superó por primera vez la barrera de los veinte goles y ganó su primer título de Premier, el primero del Manchester en cuatro años. Había sido una campaña extraordinaria y definitiva para él, desde la agitación del Mundial y el posterior acoso de la afición inglesa a su prolífica cosecha de goles, el campeonato de la Premier y el reconocimiento de sus compañeros con los galardones

de mejor jugador y mejor jugador joven del año de la Asociación de Futbolistas de la Premier. Las amenazas de marcharse dieron también sus frutos económicamente y firmó otro contrato pensado para evitar que se fuera a España. Por el considerable sueldo de 135.000 euros semanales.

Las cosas no hacían más que mejorar para Cristiano. Desde el año de su llegada, Ferguson y él tenían una apuesta sobre el cómputo de goles del portugués en la temporada. Las apuestas le gustaban al portugués, que había desarrollado una obsesión con las estadísticas, especialmente para documentar sus logros. También le iban a Ferguson, propietario de varios caballos de carreras y famoso aficionado a las grandes emociones. En la primera temporada, el objetivo era diez goles (Ronaldo perdió); en la segunda, quince (volvió a perder). «En ambas ocasiones, intenté pagarle, pero se negó a aceptar un solo penique», recordaba en *Moments*. En la temporada 2006-07, Cristiano elevó la apuesta a cuatrocientas libras... y en el mes de febrero ya la había ganado. Su decimoquinto gol de la temporada fue el tanto de la victoria del Manchester contra el Fulham por 2-1 en el minuto ochenta y siete de partido. Fue una réplica exacta del tanto que había marcado al Reading esa misma temporada, recortando hacia el interior desde la banda izquierda para cruzar el balón ante un portero indefenso. Esta vez fue Cristiano quien se negó a aceptar el dinero de Ferguson. El gesto es sintomático del respeto que sentía por su técnico. Como dijo años más tarde: «Él me enseñó la base del fútbol».

Al final de la temporada, se hizo con todos los premios individuales de la Premier. Ya casi nadie hablaba de aquel famoso guiño.

## Adiós, Ronaldinho: Messi

*E*ntre todas las maneras que tuvo la plantilla del F. C. Barcelona de digerir las decepciones del Mundial, probablemente ninguna fue tan instructiva como la de Ronaldinho y Messi.

Gente cercana a Leo temía que su participación marginal en el torneo le hubiera hecho daño psicológicamente. Sin embargo, lejos de apretar el botón de autodestrucción, Messi se volcó completamente en la siguiente fase de su carrera y sacó fuerzas de flaqueza, haciendo que su presencia y su importancia en el F. C. Barcelona crecieran en la temporada 2006-07. El brasileño, en cambio, no volvió a ser el mismo después de convertirse en chivo expiatorio del fracaso de su selección.

La estrella de Messi seguía en alza a pesar de que el Barcelona entró en un periodo de declive, marcado por la derrota ante el Real Madrid de Fabio Capello en el Bernabéu en el primer Clásico de la temporada, disputado en el mes de octubre. Durante la campaña 2006-07, Messi anotó diecisiete goles en treinta y seis partidos. Revisando aquellos tantos hoy, todavía daba la impresión de ser el hijo del encargado de mantenimiento, con su aspecto de adolescente y sus andares relajados, con el pelo permanentemente en la cara. Hasta sus vertiginosos cambios de dirección parecen tener una pizca de mal humor

adolescente. Pero aunque físicamente parecía no haber terminado de desarrollarse, su mentalidad estaba muy por encima de los que le rodeaban. Sus adversarios iban varios movimientos por detrás de él, cazando sombras. A menudo, se le veía señalando el lugar donde quería el pase de un compañero, abriendo su cuerpo para decir «aquí». Al marcar gol, llamaba la atención su serenidad: a menudo, se limitaba a desplazar el balón para salvar al portero. Una y otra vez, aparecía en la parte derecha del área y colaba el balón en la portería con su pierna izquierda.

Ahora bien, la temporada también tuvo sus altibajos. Messi volvió a sufrir importantes lesiones: una fractura del metatarsiano producida el 12 de noviembre de 2006 le mantuvo en el dique seco durante tres meses. Se recuperó a tiempo para los octavos de final de la Liga de Campeones contra el Liverpool, pero el marcaje le dejó prácticamente anulado en el partido. El Barcelona, vigente campeón, quedó apeado de la competición a comienzos de marzo de 2006. En La Liga, su aportación goleadora aumentó en el tramo final de la temporada, marcando once de sus catorce goles en los últimos trece encuentros. El 10 de marzo de 2007, marcó su primer gol en un Clásico en el Camp Nou. Los dos grandes clubes de España llegaron al encuentro con motivos para estar desmoralizados después de su eliminación de la Champions. Sin embargo, los jugadores, entre los cuales destacó Messi, parecieron encontrar fuerzas renovadas y contra todo pronóstico protagonizaron uno de los clásicos más emocionantes de la era moderna.

Antes del partido corrían rumores de que los dos equipos estaban en crisis, pero a los quince minutos del pitido inicial ya habían marcado tres goles. Ruud van Nistelrooy abrió el marcador rematando un pase

que había sido desviado con un potente disparo desde el borde del área, pero su gol fue neutralizado por Messi tras una internada por la derecha. Después, un penalti sobre Guti permitió a Van Nistelrooy volver a adelantar a los blancos. Messi aprovechó otro balón suelto en el área para mandar el balón a la parte superior de la red y marcar su segundo tanto. Ambos porteros estaban en excelente forma e hicieron una auténtica exhibición de paradas. El partido pareció llegar a un punto de inflexión justo antes del descanso, cuando Oleguer, defensa de la cantera culé, fue expulsado al recibir la segunda amarilla.

Rijkaard quitó a Eto'o y siguió jugando solo con dos atacantes, Messi y un Ronaldinho fuera de forma. El Madrid dominó la segunda mitad. Cuando un grandioso Sergio Ramos con su cinta de pelo saltó por encima del resto para cabecear a la red el tercero de los blancos, el Real parecía tener todas las papeletas de llevarse la victoria. Pero el Barcelona volvió a levantarse una vez más. Messi consiguió el empate en el descuento con un maravilloso zurdazo. Ronaldinho buscó el balón en la banda izquierda, se fue hacia el centro y aguantó varias entradas antes de filtrar un pase con la pierna derecha. Sin cambiar el paso, con enorme agilidad de pies, un equilibrio perfecto y una apabullante sangre fría, Messi recogió la asistencia a pocos metros del área, pasó como un rayo por delante de Helguera y ante la entrada a la desesperada de Sergio Ramos golpeó el balón por bajo a la izquierda de Casillas. Al verlo entrar en la portería, hasta el propio Capello hizo un gesto de reconocimiento, juntando las manos admirado.

A pesar de los pronósticos poco alentadores antes del partido, al final fue un Clásico al rojo vivo, con tres goles en los primeros quince minutos, una roja y un penalti. Además, hubo treinta disparos a portería, incluido el tanto de Messi en el minuto noventa.

A sus diecinueve años, Messi aún tenía el apodo del Mudo que le pusieron algunos de sus compañeros menos respetuosos de las categorías inferiores. Sin embargo, los elogios después del partido fueron indiscutibles. Las portadas de los periódicos de Barcelona coincidían en la misma palabra: Messi. Nadie dudaba, al menos en Cataluña, de que iba camino de convertirse en el mejor jugador de la historia del club. Por su parte, el titular del *As* proclamaba: «¡Viva el fútbol!». Y Messi era la causa principal de la celebración, muy a pesar de los instintos tribales de la mayoría de los aficionados madridistas.

El punto de aquel empate bastó al Barça para seguir líder aquella noche. También fue un catalizador para el Real Madrid, que empalmó una racha de diez victorias en los últimos doce partidos de la temporada. Los dos equipos acabaron con los mismos puntos, setenta y seis, pero el empate en el Camp Nou (unido a la victoria del Real Madrid en el Bernabéu en la primera vuelta) decantó el título para los blancos.

Con el declive de Ronaldinho y Eto'o derogado a tercera opción en la delantera por Rijkaard, parecía que la era Messi había comenzado en el F. C. Barcelona. Aquel mes de marzo, el club manifestó su fe en el jugador a largo plazo, firmando un contrato de siete años por el cual su sueldo aumentaría de 1,7 a 6,5 millones de euros a lo largo de ese tiempo, con una cláusula de rescisión de 150 millones.

Un mes después, Messi disipó cualquier posible duda de si lo valía, con el espectacular gol que marcó en la ida de la semifinal de Copa del Rey contra el Getafe en el Camp Nou. El tanto fue una prueba irrefutable para todos aquellos culés que afirmaban que se convertiría en el nuevo Diego Armando Maradona, el ser una réplica casi exacta de uno de los mejores goles en la historia de los Mundiales. Las

similitudes entre el golazo de Messi contra el Getafe y la galopada de Maradona entre la defensa de Inglaterra en los cuartos de final del Mundial 86 parecían evidentes pero, por si acaso, la televisión catalana emitió una repetición de los dos, uno al lado del otro, en una pantalla partida.

Messi, que todavía tenía diecinueve años, agarró el esférico en campo azulgrana y, manteniéndolo tan cerca de las botas que parecía pegado con cola, se abrió camino entre los futbolistas del Getafe con el fácil movimiento de un esquiador en un eslalon. Con una serie de regates y fintas batió a cinco defensas (Paredes, Nacho, Alexis, Belenguer y García) y finalmente superó al portero, Redondo. Su gol acaparó las conversaciones de todo el mundo del fútbol.

«Parecía que había nacido un híbrido: Diego Messi o Leo Maradona», dijo Sid Low, decano de los comentaristas de la liga española para la BBC, mientras que Alfredo Relaño, periodista deportivo sumamente respetado, escribió en *As*: «Sí, se puede copiar una obra de arte». Relaño comparaba a Messi con Elmyr D´Hory, falsificador de grandes pinturas que siempre ponía la firma al revés: «Fue una réplica de aquel gol, con el mismo recorrido, la misma ansiedad creciente, la misma aceleración a cada toque, las mismas pausas y fintas, para escapar siempre por el mismo lado. [...] La única diferencia es que Messi finalizó con la derecha, esa fue la firma boca abajo».

Sin embargo, a pesar de la publicidad que se dio al tanto, los comentaristas aparentemente pasaron por alto que los dos goles se produjeron en contextos y circunstancias sumamente distintos. El de Messi fue en un partido desigual entre el Barça y uno de los clubes más débiles de La Liga. Era una semifinal de Copa del Rey, campeonato



que por razones políticas muchos de los aficionados nacionalistas más radicales del Barça se negaban a reconocer y seguir.

Tal y como explicó el propio Maradona, el desafío al que se enfrentaba en 1986 era mucho mayor: unos cuartos de final de un Mundial contra un equipo decente de Inglaterra, con el recuerdo de la guerra de las Malvinas aún fresco en la mente de ambos países. Maradona estaba decidido a vengar la humillante derrota de Argentina, así como la muerte de cientos de jóvenes soldados compatriotas. Esa circunstancia añadió una enorme carga emotiva, cultural y política a lo deportivo en el partido que se disputó en el estadio Azteca, especialmente comparado con el encuentro ante el Getafe.

Para ser justos, a pesar de que el gol ante el Getafe tiene muchas visitas en YouTube y se ha venido utilizando como un ejemplo del mejor Messi, cabe reconocer, como hizo Guillem Balagué, que Leo ya había marcado ese gol cientos de veces en las categorías inferiores y en el Barça B; después del partido contra el Getafe, seguiría demostrando su habilidad para arrancar desde atrás y correr con el esférico, driblando a todo lo que se pusiese en su camino hasta la portería, incluido el portero, en sus mejores noches, a menudo contra adversarios mucho más difíciles. Aquel gol demostró habilidad, convicción y una autoridad que dejaron a todo el que lo presenció con la sensación de que ni la mejor defensa habría podido hacer nada para detener a un jugador en tal estado de gracia. Es un ejemplo duradero de la mejor versión del fútbol.

Los periódicos de todo el mundo incluyeron artículos sobre el muchacho de Rosario, la «Pulga», el «Demonio», el «anti-Beckham» sin tatuajes ni piercings, que se presentaba a las entrevistas vestido

como si hubiera cogido prestada ropa de algún familiar mayor, pero del que Samuel Eto'o decía que verle jugar era como ver un dibujo animado, mientras que su compañero de selección Gabriel Milito afirmaba que era distinto a cualquier otro futbolista del planeta.

Cuando le preguntaban si aspiraba a ser el mejor jugador del mundo, respondía: «Bueno..., estaría bien, pero no es una obsesión».

## Encuentros: Messi vs. Cristiano

*E*n julio de 2007, una nueva estrella portuguesa se unía a Cristiano Ronaldo en el Manchester United procedente del Sporting de Lisboa, el extremo Luís Carlos Almeida de Cunha, más conocido como Nani, que fichó por el United por veinticinco millones de euros. Hijo de unos inmigrantes humildes oriundos de las islas de Cabo Verde, Nani pasó su infancia en uno de los barrios de chabolas de la capital lusa antes de ser captado por la academia del Sporting a los dieciséis años, cuando jugaba con el club local de Massama.

Mientras el Manchester negociaba su fichaje, el segundo entrenador, Carlos Queiroz (que había vuelto al club en 2004 tras su breve paso por el Real Madrid) se desplazó a Lisboa para hablar con Aurélio Pereira, director de las categorías inferiores del Sporting y asegurarse de que el jugador tenía la personalidad necesaria para adaptarse a una nueva vida en el norte de Inglaterra. Quería conocer mejor la mentalidad de Nani, y si sería capaz de aguantar la presión de jugar en el United.

«No necesitaba saber si tenía buenas piernas. Eso ya lo sabía. Quería averiguar más acerca de su personalidad y sobre cómo estaría en un país distinto, en un equipo distinto», recordaba posteriormente

Pereira. «Era una responsabilidad enorme para Queiroz, porque el fichaje era por veinticinco millones y quería estar completamente seguro. Yo le tranquilicé y le dije que estaba comprando a un jugador completo.»

Evidentemente, el United tenía al mejor mentor posible para Nani. Cristiano Ronaldo desempeñó un papel importante ayudando a su compatriota a asentarse lo mejor posible en sus primeros días en Mánchester, incluso compartiendo casa con él durante una temporada. El papel de protector sacó al madeirense un poco más de su introversión. A Nani le costaba comunicarse con otros jugadores del Manchester que hablaban en inglés, pero encontró refugio y empatía en la compañía y el consejo que le ofrecía su compañero portugués, un chico de Madeira con más experiencia y que también tenía raíces en Cabo Verde, que asimismo había vivido una infancia difícil y había aprendido las reglas de supervivencia en tierra extraña.

«Durante un tiempo viví en casa de Cristiano, y estuvo muy bien. Siempre había gente alegre y teníamos de todo: piscina, jacuzzi, tenis, pimpón», recordaba Nani en una entrevista con Chris Wheeler, del *Daily Mail*. A Nani le costó sobrellevar la soledad cuando se instaló en su propia casa. También le resultó difícil ganarse a los aficionados y hacerse un hueco en el equipo, debido, curiosamente, al excepcional estado de forma Ronaldo.

El ascenso de la estrella del de Madeira se aceleró en la temporada 2007-08. Un factor importante para su éxito fue el papel que jugó el técnico René Meulenstein en los entrenamientos de uno contra uno. A principios de temporada, el holandés se quedaba después de las sesiones de grupo para trabajar con Ronaldo, suspendido tras ser expulsado contra el Portsmouth. Le enseñó a ser menos predecible, a

mejorar su juego de equipo y a aprovechar mejor las oportunidades de gol, en lugar de desperdiciarlas con actuaciones teatrales exageradas, como recordaba el propio Meulensteen en una entrevista con Harvey Winter para el *Telegraph*: «Sabía lo que quería Ronaldo. Quería ser el mejor jugador del mundo. Le dije: “Te puedo ayudar. No hay nada de malo con tu ética de trabajo, es una ola que te empuja hacia delante”. Así que le hice un dibujo de sus características como jugador. Hay una parte táctica: percepción, comprensión y toma de decisiones. Luego está la parte física: todo el mundo tiene su forma física óptima, especialmente Ronaldo, su velocidad, su fuerza, su resistencia y su agilidad. La última parte es la técnica: los fundamentos (pase, disparo, movimientos, giros y otras habilidades para dominar el uno contra uno). Le pregunté: “¿Qué se te da bien?”. Él dijo: “Las habilidades”. De acuerdo, pues jugando al primer y al segundo toque, además de los movimientos que tienes, te harás impredecible y así serás muy difícil de defender».

Meulensteen abordó otro tema. Le dijo: «Otro problema es tu actitud y, por tanto, tus decisiones. Por ahora estás jugando para ser el centro de atención, como diciendo: miradme, mirad lo bueno que soy. Así, señor Ronaldo, estás haciendo muchas cosas que no significan nada para tus compañeros». Cristiano aceptó el comentario. Y entonces Meulensteen le dijo: «Tienes que marcar más goles. Has de tener metas, objetivos».

Jugador y técnico trabajaron intensamente, estudiando vídeos de Alan Shearer y Thierry Henry para mejorar su rendimiento. Meulensteen definió tres áreas de acción para que Ronaldo se centrara: 1) Delante del gol. 2) A los lados de la portería. 3) Fuera del área. Ronaldo se hizo letal en las tres.

Cuando Meulenstein le preguntó cuántos tantos creía que podía marcar en la temporada 2007-08, el portugués contestó con osadía que entre treinta y treinta y cinco: «Yo creo que puedes marcar cuarenta», dijo Meulenstein.

En aquella campaña, Cristiano completó una de las temporadas más extraordinarias que ha visto el fútbol inglés. Y de nuevo empezó teniendo que enfrentarse a la adversidad, cuando en la segunda jornada ante el Portsmouth vio la tarjeta roja por amagar un cabezazo a un contrincante. Le cayeron tres partidos de suspensión, además de una multa del club. Pero si a alguno le preocupaba que se enfadara o se sintiera agraviado, su regreso al equipo demostró lo contrario. El «pequeño exhibicionista», tal y como le describió Ferguson en una ocasión, encontró un nivel de rendimiento capaz de competir con cualquier cosa que se haya visto antes o después: marcó treinta y un goles en treinta y cuatro apariciones en la Premier y otros once en competiciones de copa y en la Champions. En el primer partido de esta competición en aquella temporada, el United se enfrentaba al Sporting de Lisboa, un partido en el que podría haber tenido una actuación parecida a la que ofreció ante el Benfica y que le valió una bronca de Ferguson. Pero Cristiano dio una lección de concentración y disciplina, marcó un gol que no quiso celebrar con un remate de cabeza por abajo. El United ganó el encuentro.

En los siguientes cuarenta partidos, marcó todo tipo de goles. Desde tantos de cabeza con portentosos saltos que paulatinamente se harían marca de la casa (hay uno contra la Roma que ejemplifica su estilo a la perfección, en el que se queda varios segundos suspendido en el aire por encima de los jugadores de la Roma y clava el balón en la red ante la desesperación del portero) a goles que solo requerían empujar el

balón, tantos desde lejos y auténticos obuses a balón parado, incluido un gol contra el Newcastle en que parecía haber disparado con un cañón. Nada más entrar, se volvió a la grada y se encogió de hombros, como diciendo «No está mal». La fanfarronería y las dotes teatrales seguían ahí, pero por fin iban acompañadas de actuaciones asombrosas. Cuando uno ve aquellos goles hoy, es fascinante comprobar con qué frecuencia ese cambio de dirección, ese giro a lo Cruyff o ese recorte hacia el interior del defensa venían seguidos de un disparo a la escuadra o pegado al palo. Los defensas parecían rebotar contra él, tenía un metro extra de velocidad y mucha más agudeza mental. Parecía que el esférico le buscaba siempre o que aparecía en el segundo palo justo cuando llegaba él. Y llegó a haber un debate nacional sobre cuál era el secreto de sus lanzamientos de falta y si era posible detenerlos. Lo que más admiración despertaba era su excelente interacción con Carlos Tévez y Wayne Rooney, pues por primera vez daba la impresión de que jugaba como parte integral de un equipo.

Era el momento idóneo para que Cristiano y su entorno valoraran adónde había llegado la marca CR7. Cuatro años después de fichar por el Manchester United, accedió a la publicación de sus memorias, tituladas *Momentos* y escritas por un autor anónimo. El libro, ampliamente ilustrado, incluía más fotografías del futbolista fuera del terreno de juego que dentro de él, sobre todo imágenes publicitarias. Admitía que sentía «debilidad por la publicidad». Parecía querer confirmar que Ronaldo era una celebridad y subrayar su enorme potencial para el *marketing*.

Cristiano había demostrado tener un don ante las cámaras, igual que Beckham, desde que su perfil se disparó durante la Eurocopa de

2004, aunque él aseguraba haber tenido que aprender el oficio. El primer contrato publicitario que firmó tras su llegada a Mánchester fue con el grupo financiero portugués BES. En el anuncio, Ronaldo golpea varias veces el balón y ve cómo se aleja una y otra vez, hasta que finalmente marca rompiendo la red: una imagen del éxito conseguido a base de trabajo duro y entrenamiento.

Su primera experiencia como modelo fue con la marca londinense Pepe Jeans. «Fue completamente distinto a todo lo que había hecho antes en publicidad. Me lo tomé como un desafío personal, porque tenía que posar junto a una modelo profesional, que estaba acostumbrada a las cámaras, no como yo», escribía modestamente.

En el anuncio de Pepe Jeans aparecía en un escenario industrial abandonado de Barreiro, cerca de Lisboa, sentado sobre un sillón hinchable, con el torso al descubierto, y luego junto a una joven reclinada en el suelo con tacones y un bikini negro, ambos en una pose que sugiere relajación poscoito, aunque entre ellos no parece haber química, como si formaran parte de un collage. Otras sesiones publicitarias que figuran en *Momentos* le retrataban como un adonis del deporte, exhibiendo a menudo su belleza y sus cualidades físicas con un vestuario que se reducía a calzoncillos o bañadores ajustados. Ronaldo parecía cómodo adoptando posturas sensuales que atraerían tanto a mujeres como a hombres.

Cristiano continuó aceptando trabajos de publicidad, siguiendo el consejo de la agencia de Jorge Mendes, para entonces ya una multinacional; disfrutó mucho de la experiencia. Inspirándose en el ejemplo comercial de David Beckham, empezó a vender una variada gama de productos, desde ropa de moda a bebidas sin alcohol, todo ello mientras nos recordaba su sentido del humor autocrítico, su



potente físico y sus habilidades como deportista, así como los trofeos conseguidos con el United.

A pesar de que arrastraba una lesión de tobillo, en el tramo final de temporada Ronaldo también vivió algo que acabaría teniendo un significado enormemente simbólico. Disputó un partido contra Leo Messi.

## Υ

El 23 de abril de 2008, el madeirense de veintitrés años y el argentino de veinte se enfrentaron por primera vez en la ida de la semifinal de la Liga de Campeones en el Camp Nou.

Era el quinto encuentro competitivo entre los dos clubes en la historia del fútbol moderno. Generó la expectación digna de un Clásico, tan memorable y dramático como el primer choque disputado en marzo de 1984, cuando el United de Ron Atkinson, capitaneado por Bryan Robson, se enfrentó a un Barça que entrenaba César Luis Menotti, campeón del Mundial 78 y con un joven Diego Armando Maradona a sus órdenes.

Este nuevo choque entre el Manchester United y el Barça sería con Ronaldo y Messi, dos de los futbolistas más fascinantes que había dado su generación, que además competían por su primer Balón de Oro como jugadores del año, después de acabar segundo y tercero en la edición de 2007. Ambos habían dejado huella en la historia de sus respectivos equipos como creadores de juego y goleadores. En su país, Cristiano ya estaba considerado como el mejor jugador desde Eusébio, mientras que en Barcelona veían a Messi como el «nuevo Maradona»,

alguien que por fin estaría a la altura de las expectativas. La prensa catalana le había apodado el «Messías».

Antes del partido, ambos jugadores ya se habían ganado el respeto de sus adversarios (por no decir el miedo) con su velocidad, resistencia, visión y habilidad con y sin el balón. Habilidades demostradas en las últimas temporadas. De haber una diferencia entre ellos, era meramente contextual: el Barça llegaba al partido desmoralizado después de dos temporadas sin títulos, mientras que el Manchester lo hacía en racha, embalado hacia su segunda Premier League consecutiva y con la esperanza de alzarse también con la Champions, nueve años después de ganar la corona europea por última vez.

Sin embargo, la atención de millones de aficionados hispanos y anglófonos aquella noche estaba centrada en Cristiano Ronaldo y Messi. A pesar de que la rivalidad no adquiriría sus proporciones más épicas hasta que estuvieran ambos en la Liga española, la expectación por ver a los dos jugadores más fascinantes de su generación en su primer cara a cara era considerable.

Desde el momento en que saltaron al césped del Camp Nou, rodeados de sus compañeros, las cámaras de televisión los buscaron. El contraste de su físico era sorprendente. Messi, menudo y desgredado, con el pelo a la altura de los hombros y una cinta poco favorecedora, todavía tenía aspecto de venir de una pachanga juvenil en su Rosario natal, sin otro interés que saltar al campo y meterse en el partido. Ronaldo, alto, esbelto y bronceado, parecía un deportista famoso hasta en el último detalle y disfrutaba claramente de los flashes de las cámaras y los focos del estadio. Ante ellos, una grada del Camp Nou desplegó un enorme mosaico con los colores azulgrana.

Los famosos mosaicos de la afición habían comenzado en un partido contra el Real Madrid el 7 de marzo de 1992, cuando Johan Cruyff entrenaba al Dream Team que ganó la Liga y la primera Copa de Europa un par de meses más tarde.

Dieciséis años después, las esperanzas de la mayoría de los noventa y cinco mil espectadores que llenaban el estadio estaban depositadas en el joven argentino, que parecía a punto de apoderarse de la corona que hasta entonces lucía Ronaldinho. El ambiente no perdió un solo decibelio cuando la grada empezó a entonar su himno de batalla de heroica aspiración y solidaridad.

Todo el estadio  
es un clamor.  
Somos la gente azulgrana,  
no importa de dónde vengamos,  
si del sur o del norte.  
Ahora estamos de acuerdo, estamos de acuerdo,  
una bandera nos hermana.  
Azulgrana al viento,  
un grito valiente.  
Tenemos un nombre, lo conoce todo el mundo:  
¡Barça, Barça, Barça!  
Jugadores, seguidores,  
todos unidos hacemos fuerza.  
Son muchos años llenos de logros,  
son muchos goles celebrados  
y se ha demostrado, se ha demostrado,  
que nunca nadie nos podrá doblegar.  
Azulgrana al viento,  
un grito valiente.  
Tenemos un nombre, lo conoce todo el mundo:  
¡Barça, Barça, Barça!

El partido arrancó de forma dramática, con Cristiano en el centro de atención. A los dos minutos de juego, un cabezazo suyo fue claramente interceptado con la mano por Gabriel Milito, defensa compatriota de Messi. El árbitro pitó penalti. El portugués no dudó en lanzar la pena, pero su disparo se perdió a la izquierda de la portería, provocando el delirio entre los aficionados locales y un abatimiento total entre los seguidores del United que ocupaban una zona reducida de la grada.

Ronaldo apenas influyó en el resto del partido, pues al United le costó montar ataques, dejando aislados a Carlos Tévez, Wayne Rooney y al propio Cristiano arriba. Más tarde, el portugués dijo que se había visto perjudicado al jugar en punta en vez de por la banda; cuando el Barcelona dominaba la posesión durante largos periodos de tiempo, se reducía su capacidad de participar y desempeñar un papel más decisivo.

Messi fue uno de los jugadores que más peligro crearon, pero al final también resultó un encuentro de ocasiones fallidas para él. Su único lanzamiento a puerta fue bloqueado antes de que lo sustituyeran mediada la segunda parte. El partido acabó 0-0. El primer duelo entre los dos futuros grandes resultó, hasta cierto punto, un fiasco.

En la vuelta disputada en Old Trafford tampoco marcó ninguno de los dos, sino el veterano Paul Scholes, con un espectacular disparo desde más de veinte metros a los catorce minutos de partido, lo que llevó al Manchester United a su primera final de Liga de Campeones desde 1999. La victoria tuvo un significado y dramatismo especiales para el club, a punto de celebrar el cincuenta aniversario de la tragedia aérea de Múnich. Ahora bien, la eliminatoria en sí, tanto a la ida como en la vuelta, ofreció un cara a cara poco prometedor entre Ronaldo y Messi.

Cristiano tampoco mostró su mejor fútbol en Old Trafford. En cambio, Messi fue el jugador más peligroso del Barcelona, haciendo recular al United hacia su portería con sus quiebros. Sus intentos se vieron frustrados una y otra vez por la sólida defensa de un equipo normalmente conocido por su nervio atacante. A pesar de la derrota, fue elegido el mejor jugador del partido. Era un indicio del cambiante equilibrio de poder y de ánimo en las filas del Barcelona, que exploraremos con más detalle en el próximo capítulo. Messi fue la única luz en una temporada por lo demás sombría.

Para Ronaldo, la eliminatoria fue un extraño bache personal en una temporada y un año espectacularmente exitosos. Posteriormente, marcó el gol definitivo que dio al Manchester United la Premier en la última jornada contra el Wigan, compensando el error de Barcelona. Fue su trigésimo tanto en la campaña liguera. Bastó para convertirle en el primer extremo en ganar la Bota de Oro europea. Gary Neville decía en sus memorias que se sentía en deuda con Ronaldo por su medalla de campeón de la Premier, igual que con Peter Schmeichel y Éric Cantona en la temporada 1995-96.

La campaña tuvo su gran broche de oro con la actuación del portugués en la victoria del United en la final de la Champions en Moscú. Marcó el primer gol, con otro de sus saltos que desafiaban la gravedad, que dejó anonadada a la línea defensiva del Chelsea. Fue su tanto número cuarenta y dos de la temporada, un total que superó sus propias expectativas al comienzo de la campaña, pero no las previsiones de René Meulenstein.

Frank Lampard empató para el Chelsea justo antes del descanso. El partido acabó yendo a los penaltis. El lanzamiento de Ronaldo fue detenido por Petr Čech, que no cayó en el engaño de la carrerita y los

juegos mentales del luso. El encuentro acabó en la muerte súbita, cuando Edwin van der Sar desvió el penalti de Nicolas Anelka. Los *diablos rojos* se alzaron como reyes de Europa una vez más. Cristiano se llevó su primer trofeo como máximo goleador de la Champions. La imagen más perdurable de los festejos aquella lluviosa noche muestra a Gary Neville, ilustre veterano del United, abrazando a Ronaldo, con el puño alzado. Cristiano está llorando, sobrepasado por la ocasión, aliviado de que su fallo en el penalti no provocara la derrota del United y comprendiendo que a sus veintitrés años acababa de ganar la más importante competición en el fútbol de clubes.

Prácticamente, en cuanto abandonó el terreno de juego, empezaron a correr rumores de que el Real Madrid iba a ficharle. Se avecinaba una batalla que amenazaría con ensombrecer su papel en la Eurocopa de 2008, igual que el verano de Messi se vería eclipsado por su participación en los Juegos Olímpicos de Pekín. Ahora bien, para eso, aún tenía que llegar hasta allí.

## La despedida de Ronaldinho: Messi

*P*ara Messi, como para millones de seguidores del Barça, la era de Ronaldinho y Rijkaard acabó de manera dramática, y ni mucho menos por todo lo alto.

El verano de 2007 había desatado un enorme optimismo, por la llegada de Thierry Henry, Yaya Touré y Éric Abidal, con grandes cifras y reputaciones. Sin embargo, la temporada comenzó con un empate sin goles ante el Racing de Santander, y el Barça nunca llegó a remontar. En los partidos fuera de casa especialmente, parecían faltos de forma, concentración e ímpetu en el ataque. Ronaldinho no mostraba interés en jugar con sus compañeros y se repetía constantemente la imagen del astro alzando las manos al aire en señal de frustración, aparentemente desconectado de todos los que le rodeaban.

Echando la vista atrás hacia su paso por el club, recuerdo haber leído en Internet un comentario del periodista brasileño Bruno García, aficionado del F. C. Barcelona, que me pareció resumir la esencia de Ronaldinho, como un futbolista solitario que jugaba para el público, no para el equipo, y que disfrutaba entreteniendo. Como señalaba García, en portugués hay dos verbos distintos que se pueden traducir

por «jugar»: al hablar de un deporte competitivo como el fútbol, se utiliza *jogar*, mientras que *brincar* se refiere más a hacer el payaso.

«Ronaldinho dejó de *jogar* y empezó a *brincar* cada vez más. A eso se unió el beber, fumar, ir detrás de chicas, noches largas en discotecas: el estilo de vida de un estudiante o de un artista, pero no la de un atleta profesional. Como todo en la vida, esto tenía su precio: ya no corría tan rápido, no se concentraba tanto y no rendía al mismo nivel que antes. Y así, cuando ya no pudo *jogar* al mismo nivel, pero seguía siendo admirado por cómo lo hacía, empezó a *brincar* cada vez más: haciendo cosas maravillosas, pero completamente inútiles.»

El propio Messi, que había sido encumbrado como nueva estrella del club, también empezó a mostrar dificultades para mantener la forma física durante la temporada 2007-08. El rendimiento general del equipo alcanzó uno de los puntos más bajos en la carrera del argentino. A menudo, parecía como si le hubieran remendado para sacarle al campo, tal era su creciente importancia en el Barça. Porque su talento brillaba cada vez más, y seguía corriendo y marcando goles. En efecto, aquella campaña jugó más partidos (40), anotó más goles (16) y dio más asistencias (13) que en la anterior.

Sin embargo, la temporada se definió más por las ocasiones que no aprovechó. Muchas veces, Messi se veía obligado a crear la oportunidad solo, superando a dos o tres adversarios antes de disparar desequilibrado, exhausto por el esfuerzo. Los debates acerca de su estado de forma y cómo había que tratarle parecían eclipsar sus actuaciones.

En marzo de 2008, la alegría de Rijkaard por la clasificación de su equipo para los cuartos de final de la Champions, tras eliminar al Celtic, se vio empañada por una nueva lesión de Messi. Corría el



minuto treinta y cuatro cuando el argentino se tuvo que retirar por un desgarro muscular en el muslo derecho, que le mantendría apartado de la competición durante las siguientes seis semanas.

Era la tercera vez que Messi sufría la misma lesión en tres temporadas, con solo veintidós años. La última ocasión había sido en diciembre de 2007, frente al Valencia, y le dejó fuera del Clásico de la semana siguiente contra el Real Madrid. Las lesiones despertaron inevitablemente preguntas acerca de su posible relación con el tratamiento hormonal que había seguido cuando era un adolescente.

No había pruebas concluyentes de que existiera relación entre el tratamiento y las lesiones. De todos modos, el F. C. Barcelona tampoco estaba dispuesto a tratar el tema en público, aunque, dada la insistencia de las preguntas, Rijkaard se vio obligado a defender a los servicios médicos del club tras el partido contra el Celtic: «Es un insulto dudar de que están haciéndolo lo mejor que pueden. El equipo médico y todo el club están trabajando para evitar este tipo de problemas», dijo.

Carles Puyol, por aquel entonces capitán del equipo, criticó la mirada inquisitiva de los medios de comunicación, aunque al hacerlo reveló hasta qué punto el entrenador holandés podía haber sido responsable de la lesión por no hacer frente a los medios, ni proteger adecuadamente al argentino, en cuyos hombros parecía descansar la recuperación de la plantilla de su situación de estancamiento. Fuera cual fuera la causa, había gente dentro y fuera del club convencida de que Messi era demasiado frágil para los rigores de la competición regular con el primer equipo. Nadie dudaba de su talento, pero se contemplaba la posibilidad de que Leo acabara teniendo una trágica carrera malograda por culpa de su cuerpo.

El sábado anterior, Rijkaard le había dejado fuera de la convocatoria para el choque liguero contra el Atlético de Madrid que los culés perdieron por 4-2, lo cual supuso críticas generalizadas entre los comentaristas. El equipo médico del club anunció que habían recomendado descanso para Messi, pero en los días anteriores al partido de Champions contra el Celtic, hubo un llamamiento unánime entre los medios para que el argentino volviera a ser convocado.

«La lesión de Messi debe servir de lección a todos», declaró Puyol en declaraciones reproducidas por el diario *Marca*, a la vez que reclamaba un mayor «respeto» para el trabajo y las indicaciones de los profesionales médicos de los clubes: «Los doctores hablaron y dijeron que había riesgo de lesión y ustedes [dirigiéndose a los periodistas presentes en la conferencia] son los que presionaron para que jugara diciendo que tiene que estar siempre, y ahora todos nos lamentamos por su lesión».

En el fuego cruzado de culpas y responsabilidad, no hubo ni una sola crítica al propio Messi, lo cual era un indicio del intocable estatus del que ya disfrutaba el jugador dentro del club, y que en los años siguientes solo se vería reforzado conforme se sucedían los técnicos que adaptaban sus sistemas y la rotación de la plantilla para complacer sus deseos.

El nerviosismo del Barça por el bienestar de Messi ya se había hecho evidente meses antes, cuando los directivos del club expresaron su creciente preocupación por la vida privada de Ronaldinho en Barcelona. Una investigación interna llevada a cabo discretamente por la junta reveló que el brasileño había atraído a Deco y a un Messi bastante más inocente a algunas de sus juergas fuera del campo. Y eso

estaba afectando a su estado de forma y a su rendimiento en los partidos.

Los directivos mantuvieron en secreto los detalles de sus hallazgos y permitieron que la prensa siguiera centrada en Ronaldinho y Rijkaard, pues así ofrecían cierta protección a Messi, en quien el club tenía depositadas grandes esperanzas para el futuro, pero cuya personalidad consideraban poco madura para soportar la presión de los medios de comunicación.

Tras caer eliminados de la Liga de Campeones al ser incapaces de marcar frente al Manchester United, el fin de la era Rijkaard y la experiencia personal que Messi tuvo de ello se vieron culminados con una humillación en el Bernabéu en mayo de 2008, cuando el Real Madrid de Schuster, matemáticamente campeón, vapuleó al Barça por 4-1. Para colmo de males, de acuerdo con la tradición en España, Messi y sus compañeros tuvieron que hacer el pasillo de honor a los campeones antes de comenzar el encuentro.

Ahora bien, a Rijkaard aún le aguardaba algo peor, cuando tuvo que contestar a una batería de preguntas sobre su responsabilidad, en la rueda de prensa después del partido. Parecía un conejo ante los faros de un coche, sin que hubiera ningún respeto hacia su figura como técnico del Barça, como si los éxitos de las temporadas anteriores hubieran sido de otro entrenador, de otro club, de otro siglo.

A pesar de que se negó a expresar públicamente su intención de dimitir, en privado admitió que su momento había acabado. Unos días después, el F. C. Barcelona anunció que al finalizar la temporada no seguiría ocupando el banquillo azulgrana. Su lugar lo ocuparía Pep Guardiola, técnico del Barça B aún con poca experiencia como entrenador. La máxima prioridad en su agenda sería solventar el

futuro de un Ronaldinho descarriado y encontrar la manera de sacar lo mejor de Messi.

Por su parte, Leo estaba a punto de verse envuelto en el tira y afloja que su selección y el club estaban librando en varios frentes con motivo de su posible participación en los Juegos Olímpicos de Pekín a finales del verano. Con la Eurocopa cada vez más cerca, daba la impresión de que tanto Cristiano como Messi se enfrentaban a importantes decisiones.

## Eurocopa 2008: Cristiano bajo presión

*E*ran tantos los rumores que salían del Real Madrid que cuando empezó el primer partido de Portugal contra Turquía parecía casi una nota al margen para los medios de comunicación. Prácticamente cada entrevista incluía una pregunta sobre el futuro del extremo. Sin embargo, Cristiano canalizó toda la incertidumbre que rodeaba su futuro en una actuación soberbia y eficaz en el encuentro. Tuvo una clara ocasión en el lanzamiento de una falta desde lejos que topó con el poste; además, participó en los dos goles de su equipo, anotados por Pepe y Raul Meireles, mientras volaba por ambas bandas. En la segunda parte hasta recibió el brazalete de capitán. El equipo de Luiz Felipe Scolari demostró que seguía sobrado del excelente estado forma demostrado en la fase de clasificación.

El segundo partido era contra la República Checa. Todo parecía encarrilado tras el temprano gol de Deco, pero un cabezazo de Libor Sionko igualó el marcador. En la segunda mitad, Portugal volvió a desplegar un juego imponente. Cristiano anotó el segundo con un certero disparo por bajo que entró pegado al primer palo, y más tarde cedió el balón a Quaresma para que empujara el 3-1.

La actuación lusa desató tal optimismo que Ronaldo declaró que, si seguían así, tenían posibilidades de ganar la competición. Algunos se preguntaban si sus afirmaciones tenían suficiente fundamento, pues solo habían batido a dos de las selecciones menos potentes del torneo. Sus dudas cobraron fuerza cuando Portugal perdió el tercer partido de grupo contra Suiza. Scolari introdujo ocho cambios para la ocasión y, aunque los lusos fueron mejores durante gran parte del encuentro, en los últimos veinte minutos, Yakin anotó dos tantos: aprovechando una dejada y marcando un penalti. A pesar de que el once portugués estaba formado mayoritariamente por suplentes, no fue la preparación ideal para su siguiente partido contra Alemania.

El entrenador germano, Joachim Löw, presentó un equipo sólido y físico que se impuso por alto a la mayoría de los jugadores portugueses desde el comienzo del partido. Antes del encuentro se había hablado mucho del alemán Arne Friedrich, que debía marcar a Ronaldo y aparentemente tenía una actitud bastante primitiva en defensa. Era un combate entre la sangre caliente de los portugueses, con sus paredes y sus delicadas combinaciones, y la fuerza física de los germanos. Alemania se adelantó con una brillante jugada de equipo finalizada por Schweinsteiger tras un centro raso desde la línea de fondo. Cuatro minutos después, Miroslav Klose aprovechó un fallo garrafal de marcaje en una falta para aumentar la ventaja. Portugal se volcó hacia delante, quedando cada vez más vulnerable al contraataque, hasta que Cristiano logró colarse en el área para disparar; Nuno Gomes aprovechó el rechace para acortar distancias. En los últimos minutos de la primera parte, Ronaldo parecía tener el partido completamente controlado. La segunda mitad fue deshilvanada y dominada por entradas y feas faltas, que lograron sacar a Cristiano de su juego, hasta

que en el minuto sesenta y uno el portero Ricardo no despejó bien un lanzamiento de falta en el área pequeña y Ballack empujó el balón a la red.

Portugal siguió empujando a pesar del cansancio y consiguió el segundo tanto en el minuto ochenta y siete, pero Alemania supo defender la diferencia. Los periódicos achacaron la eliminación de Portugal a la terrible defensa en el partido y sugirieron que la presión del país sobre Cristiano Ronaldo unida a los constantes rumores en torno a su traspaso podían haber sido demasiado.

Alemania llegó hasta la final, donde cayó derrotada por España, que empezaba a exhibir un estilo de juego que pronto se convertiría en equivalente al del calcado F. C. Barcelona de Guardiola, con Messi como pieza central

Sin embargo, antes de que eso ocurriera, el club tenía que saber dónde estaba el argentino.

## Los Juegos Olímpicos de Pekín y Maradona

La campaña de Argentina en pos de un título olímpico en Pekín en 2008 destacó por tres cosas: la confirmación del extraordinario talento de aquel joven del Barcelona, Leo Messi, la polémica en torno a su participación que hizo pensar que no era tan tímido y retraído como todo el mundo creía, y la presencia acechante de una leyenda viva como Diego Armando Maradona.

El talento de Messi tal vez no habría tenido oportunidad de brillar si el Barcelona se hubiese salido con la suya el 6 de agosto cuando, pocos días antes del primer partido de Argentina contra Costa de Marfil, el club ganó un recurso contra la FIFA ante el Tribunal de Arbitraje Deportivo, que negaba cualquier obligación de ceder sus jugadores para los Juegos Olímpicos. Era el último giro de tuerca de una serie que se había desarrollado entre afirmaciones y respuestas del COI, la AFA y la FIFA sobre quién llevaba la batuta. Al final se supo que fue el propio Messi quien había presionado discretamente para poder jugar con su selección, pues desde hacía tiempo tenía la ilusión de ganar una medalla de oro olímpica, repitiendo la hazaña de sus compañeros cuatro años antes en Atenas.



La sub-23 albiceleste se impuso por 2-1 a Costa de Marfil en el primer partido con un gol de Messi, que también dio la asistencia para el segundo. En el siguiente encuentro ante Australia se impusieron por 1-0, asegurándose el pase a cuartos de final, aunque Messi no jugó para descansar con vistas al partido contra Serbia, que también ganaron los argentinos para acabar primeros de grupo. En los cuartos contra Holanda, Messi volvió a abrir el marcador y en el descuento dio la asistencia para el tanto de la victoria de su equipo por 2-1. Pasaron por encima de Brasil con un 3-0 en la semifinal. En la gran final ante Nigeria, Leo dio la asistencia para el único gol que permitió a Argentina revalidar el oro olímpico. La prensa oficial eligió a Messi y a Juan Román Riquelme, uno de los futbolistas mayores de veintitrés años que permitía el reglamento, como jugadores más destacados del mejor equipo del torneo. Sin embargo, alguien que veía en Messi a su heredero natural no estaba dispuesto a quedarse en un segundo plano.

Durante los Juegos de Pekín, Maradona dio un simbólico paso adelante para alcanzar el sueño de ser seleccionador nacional. Cuando Argentina ganó la medalla de oro, bajó corriendo a los vestuarios y se unió a la celebración de los jugadores como si ya fuera su entrenador, a pesar de que el héroe del momento en realidad había sido el entonces seleccionador de la albiceleste, Sergio Batista.

Sin embargo, para Batista, también veterano del Mundial 86 y que acababa de asumir la dirección de las categorías inferiores de la AFA, Maradona no era tanto un rival en potencia como un aliado y un ojeador útil.

Acabados los Juegos Olímpicos, Batista quedó relegado a un segundo plano durante toda la temporada, mientras Maradona seguía en contacto con varios de los medallistas, incluido Messi, gracias a su

amistad con Gabriel Heinze y sus lazos personales con Sergio *Kun* Agüero, por entonces pareja de la hija menor de Maradona, Giannina, y padre de su hijo.

Entre Maradona y Messi surgió una relación interesante.

La primera vez que Maradona habló con Messi fue en 2005, durante la primera temporada de Leo en el primer equipo del F. C. Barcelona, después de marcar su primer tanto en la Liga, contra el Albacete. Messi estaba en casa comiendo cuando recibió una llamada telefónica de Maradona para felicitarle por su buen juego en una serie de partidos y animándole a mirar hacia el futuro y a seguir marcando goles.

En agosto de ese mismo año, Messi acudió a Buenos Aires para participar en *La noche del 10*, un programa de televisión sumamente popular, impredecible y bastante absurdo, presentado por Maradona. El Pelusa había emprendido una carrera económicamente lucrativa en televisión un año antes, tras reaparecer después de la recuperación de su último problema grave de salud relacionado con el consumo de cocaína y con su sobrepeso, que le obligó a someterse a un bypass gástrico en el que un médico colombiano le grapó el estómago y le impuso una dieta rigurosa de alimentos triturados fáciles de digerir. Y nada de alcohol.

En el primer programa, Diego apareció junto a Pelé intercambiando camisetas firmadas de sus selecciones, dando toques de cabeza durante un minuto y entonando un tango, con Pelé a la guitarra y Maradona cantando.

La audiencia empezó a decaer cuando Maradona se salió del entretenimiento ligero y empezó a hablar de política, llegando a llamar asesino a George W. Bush y haciendo una aduladora y farragosa

entrevista a Fidel Castro, que afortunadamente fue editada: el original dura cinco horas.

Fue entonces cuando los productores pensaron en el joven Messi. No importaba que tuviera poco que decir comparado con Pelé y Castro. El programa se organizó para que Leo pudiera hacer lo único que le apasionaba, jugar al fútbol, y lo hiciera contra Maradona. Diego casi siempre aparecía jugando al fútbol-tenis con sus invitados. En aquella ocasión, jugaron Diego y Enzo Francescoli, estrella de origen uruguayo del River Plate y veterano de la generación de Maradona, contra Messi y Carlos Tévez, los nuevos purasangres. Una vez más, el programa fue un éxito, con los dos equipos resueltos a ganar, aunque los momentos más acalorados (discutiendo las reglas y los puntos) fueron entre el obstinado Tévez y Maradona.

El equipo de Maradona acabó perdiendo por 10-6, su única derrota en toda la serie, pero no hubo humillación ni regodeo en ninguno de los bandos. Es inevitable preguntarse cómo habría reaccionado Ronaldo en las mismas circunstancias, después de ganar a Di Stéfano, Eusébio o incluso a Raúl. Pero aquellos eran Messi, que siempre había visto a Maradona como un espejo en que mirarse a la hora de jugar (no como su némesis) el Pelusa, cuya confianza en sí mismo había soportado peores reveses que aquel y que en 2005 seguía viendo su futuro ligado al de Messi, no compitiendo por el honor de ser mejor jugador de la historia (pues Diego se veía por encima de esa comparación), sino como su entrenador.

«Ahora ya sé qué jugador ocupará mi sitio en el fútbol y su nombre es Lionel Messi. Tiene algo distinto de cualquier otro jugador. Es un líder que lo demuestra dando ejemplo», dijo Maradona. Cabe recalcar el énfasis que pone en que Leo acabaría sucediéndole, no

destronándole. Para Maradona, su personalidad siempre sería insuperable. En febrero de 2006 ya había hablado de Messi en la BBC inglesa: «Tiene algo diferente a cualquier otro jugador en el mundo. Es un líder y resulta hermoso admirar su fútbol», señaló Maradona. «Es mi clase de jugador para nuestra albiceleste. Lo encuentro muy similar a mí», insistió. Messi venía de convertirse en la inspiración que llevó a la selección argentina a conquistar el Mundial Sub-20 el año anterior, donde fue el mejor jugador y máximo goleador de la competición.

Otros marcaban ciertas diferencias. Como me explicaba Fernando Signorini, preparador físico de la albiceleste que trabajó con Maradona y Messi: «Diego nació en un barrio muy pobre; sigue siendo un gran escándalo que en el segundo milenio aún existan esos lugares... Estuvo casi obligado por esa condición social a sobrevivir... Acá decimos “lo que no te mata de fortalece”. Y él se desarrolló de una manera increíble, porque cuando tenía doce o trece años, jugaba en las inferiores de Argentinos Juniors; entonces a lo mejor tenía que salir a las cuatro de la mañana de Buenos Aires en ómnibus para jugar en Rosario a las diez de la mañana en canchas que, por supuesto, no tenían vestuarios, mucho menos agua caliente, prácticamente no tenían luz... Y tenía que soportar la agresividad del público aun siendo niño. Los insultan por cualquier cosa. A Messi le llevaron a los doce años a Barcelona, donde le pusieron en una casa de cristal y le protegieron».

Sobre el terreno de juego, en sus mejores días, Maradona y Messi producían un fútbol que era una sublime forma artística de creatividad individual. Según Jorge Valdano, futbolista retirado convertido en hábil escritor: «Para Diego le pelota es un pincel; para Leo, una herramienta de alta precisión. Diego amaba la pelota y la jugaba con

una emoción que lo hacía feliz. Leo la ama como un cirujano al bisturí, y cuando termina su obra descubrimos la eficacia, precisión e imaginación con que le dio la vuelta a un partido. A cualquier partido. A casi todos los partidos».

Y, sin embargo, si comparamos a Maradona y Messi fuera de los terrenos de juego, ya no son dos caras de la misma moneda, sino tan distintos como el frío y el calor: «En este territorio —prosigue Valdano—, Maradona, hijo de un tiempo de grandes demandas sociales, sigue gritando su rebeldía, sintiéndose representante de los que no tienen voz. Divide el mundo en amigos y enemigos con una expresividad que no deja a nadie indiferente.» En cambio, Messi «no pone el altavoz de la fama a sus rebeldías, en caso de que las tenga. Es solo fútbol, porque nació en un tiempo en que el capitalismo nos anestesió a todos y porque su personalidad está muy lejos de ser, al menos públicamente, volcánica».

Aunque no sea volcánica, la silenciosa determinación de Messi de jugar en los Juegos Olímpicos fue claro indicador de que estaba decidido a hacer las cosas a su manera y abandonó Barcelona sin albergar ninguna duda de quién llevaba la batuta en ese sentido.

Conforme avanzó el verano, otro indicio del poder que tienen los futbolistas de élite a la hora de decidir su futuro se hizo evidente al otro lado del mundo.

## En el centro del escenario: Cristiano

*M*ientras Cristiano pasaba el verano digiriendo la eliminación de Portugal en la Eurocopa, no pasaba un solo día sin que surgiera alguna noticia sobre su inminente fichaje por el Real Madrid. El Manchester United llegó a presentar una queja oficial ante la FIFA, pero el Madrid negó las acusaciones. Sin embargo, el goteo de rumores parecía no tener fin.

En agosto, tras una conversación larga y franca con sir Alex Ferguson, el portugués declaró públicamente que no se iba, prometiendo que se quedaba para luchar por la camiseta «con el mismo deseo y dedicación que tengo siempre».

Después de conseguir cuarenta y dos tantos y todos los galardones individuales en la campaña anterior, y con las distracciones del verano, lo lógico era que las cosas solo fuesen a peor. Su temporada no empezó hasta octubre debido a una operación de tobillo. Entonces volvió fuera de forma y falto de ritmo, comparado con la campaña anterior. Aun así, anotó nueve goles en sus primeros veintitrés partidos, pero se le notaba un poco menos dominador que antes. Por el contrario, el nuevo fichaje de los *devils*, Dmitar Berbatov, parecía estar llevándose todos los aplausos.

A pesar del tibio comienzo de temporada de Cristiano, las hazañas de la campaña anterior le valieron el Balón de Oro en diciembre de 2008, galardón con el que cumplía el sueño de ser reconocido como mejor jugador del mundo. «Es uno de los días más bonitos de mi vida. Ganar este premio es algo que soñaba de niño», confesó en la ceremonia.

En aquel momento, el galardón no era otorgado por una encuesta entre los aficionados de todo el mundo, ni siquiera entre profesionales del fútbol, sino por noventa y seis periodistas. No obstante, el galardón tenía enorme proyección comercial. Ronaldo estaba radiante con su aura. De los destacados periodistas encuestados por *France Football*, setenta y siete votaron por el extremo portugués como mejor jugador del año, y todos le incluyeron entre los cinco primeros. Ronaldo acaparó 446 puntos de un máximo de 480, acabando con una cómoda ventaja sobre Messi, que fue segundo (281), y Fernando Torres (179), tercero gracias a los treinta y tres goles que anotó en su primera temporada con el Liverpool y tras haber sido elegido mejor jugador de la final de la Eurocopa 2008, en la que marcó el único gol de la victoria española sobre Alemania.

Sin embargo, la mayoría creía que Cristiano merecía el Balón de Oro, tal y como señalaba más tarde Harvey Winter, uno de los periodistas que le votaron: «En nuestro pensamiento prevaleció un jugador que había enriquecido muchos partidos, que había marcado muchos goles, que había hecho que muchos niños se enamoraran del fútbol. Ronaldo es especial. Desde sus asombrosos lanzamientos de falta contra el Portsmouth en la Premier League a sus imperiosos goles de cabeza contra la Roma y el Chelsea en la Liga de Campeones, el

magnífico extremo del Manchester United justifica como nadie el precio que se paga por una entrada».

De este modo, Ronaldo se convirtió en el primer jugador del Manchester United que ganaba el galardón desde que lo lograra George Best en 1968. Se unió a Denis Law y Bobby Charlton en el panteón de balones dorados del United. Fue el tercer portugués en recibirlo, tras Eusébio y Figo.

Sin embargo, a pesar de recibir el premio, parecía como si le faltara algo.

Cristiano aún tuvo destellos de brillantez y marcó goles decisivos en los partidos a domicilio de cuartos de final y semifinales de la Liga de Campeones. El primero fue en Oporto, el 15 de abril de 2009, cuando logró la clasificación para el United tras un empate a dos en la ida. Los *devils* necesitaban un gol para pasar. Ronaldo lanzó un obús desde tanta distancia (treinta y siete metros) que parecía absurdo intentarlo siquiera, pero que voló directo a la escuadra dejando clavado al guardameta Helton.

En el encuentro de vuelta de las semifinales contra el Arsenal en el Emirates, Ferguson le alineó como único delantero y el portugués volvió a brillar. Dejó traumatizada a la defensa, con cinco ocasiones flagrantes que al final se quedaron en dos tantos y una asistencia. Esta llegó primero, en el minuto ocho, cuando dio un pase atrás perfectamente medido para Park Ji-Sung. Tres minutos después, batía a Manuel Almunia por el palo corto con un lanzamiento lejano a balón parado. Su segundo gol llegó en el minuto sesenta y uno. Tras un despeje de Nemanja Vicić, el United encadenó un contraataque de siete pases en el que también participaron Park y Rooney; después de recorrer tres cuartas partes del campo, Cristiano remató un pase de



Rooney, culminando lo que Rob Smith describió en *The Guardian* como «un gol de indiscutible grandeza».

Ahora bien, hubo menos momentos y goles espectaculares que en la temporada anterior. Cristiano volvió a mostrar sus viejas dotes teatrales y su arrogancia, ganándose una tarjeta roja en el derbi de Mánchester y abucheos de su propia afición por sus exageradas protestas durante un partido contra el Aston Villa. Incluso aquellos como Gary Neville que no dudaban de su profesionalidad, empezaban a contar los meses para que se fuera.

En su discurso de aceptación del Balón de Oro, Ronaldo rindió un generoso homenaje a los otros dos finalistas y al resto de los candidatos de aquel año. Además, dejó claro que, aunque aquello era un sueño hecho realidad, su historia no había hecho más que comenzar: «Esto lo quiero ganar otra vez porque es maravilloso. Así que me despertaré y me diré a mí mismo: “Quiero ser todavía mejor”».

Con estas palabras, a sus veintitrés años, Ronaldo no solo se estaba desafiando a sí mismo, sino también al jugador destinado a competir con él por el máximo galardón en los años venideros y que a sus veintiún años ya empezaba a reaccionar ante su éxito: Leo Messi. En la rueda de prensa oficial previa a la gala, Messi volvió a dar una imagen discreta con sus vaqueros y su camiseta de dibujos animados, mostrándose claramente incómodo con todo el revuelo generado por los medios. Es posible que su timidez e incomodidad pudieran atribuirse al deseo de volver al trabajo, pues se encontraba en medio de una gran temporada que culminaría con un duelo frente a Cristiano en la final de la Champions, cuya enorme repercusión en la carrera del portugués desencadenaría la siguiente fase de esta rivalidad. Pero para que eso ocurriera, Messi tenía que llegar hasta Roma.

## La revolución Guardiola: Messi

Los augurios no eran buenos. En julio, Ronaldinho, influyente mentor de Messi, abandonó el Barça para fichar por el AC Milan. Su creciente individualismo había creado un cisma con Guardiola, un técnico autoritario y con una visión clara de la ética de equipo y la importancia de que los jugadores estuvieran bien sincronizados. Y si había una definición de bala perdida, de alguien que no seguía ningún plan que no fuese el suyo, ese era Ronaldinho.

El F. C. Barcelona tenía tantas ganas de desprenderse del brasileño, y él estaba tan decidido a irse a un club grande que, aunque no se hubiera clasificado para la Champions, al final cortaron por lo sano y aceptaron la oferta del AC Milan, unos nueve millones de euros inferior a la única otra puja que habían recibido, del Manchester City.

El Barça había aprendido la dura lección de la época de Maradona; cuando surgió el problema con Ronaldinho, se mostraron prestos a cortarlo de raíz. La elección de Guardiola como nuevo entrenador fue parte de la solución.

A pesar de su falta de experiencia dirigiendo equipos de máximo nivel, Guardiola cumplía todos los requisitos importantes. Políticamente era nacionalista y guardaba vínculos con el Barça que se

remontaban a su época en La Masía. Como jugador y mente futbolística se había formado con Johan Cruyff, como integrante del Dream Team. En su primera temporada en los banquillos había llevado al Barça B a ascender de categoría.

Además de vivir personalmente los altibajos de una selección española con un rendimiento decepcionante, Guardiola había aprendido mucho sobre talento emergente, tácticas y estrategia en uno de los clubes de fútbol más importantes del mundo. Llevaba al Barça en su ADN. Cuando, en la primavera de 2008, Joan Laporta le ofreció el puesto, su respuesta fue: «De acuerdo, pero solo si puedo hacerlo a mi manera y con mi gente». Y así subió al centrocampista Sergio Busquets, que conocía del B, y recuperó a Gerard Piqué, que coincidió con Messi en el Baby Dream Team antes de fichar por el Manchester United.

El Barça ya se había acostumbrado a tener figuras brasileñas que ofrecían una o dos temporadas de magia, pero luego perdían la inercia, por su aversión a la disciplina y por una tendencia a divertirse fuera de los terrenos de juego, tanto o más como dentro. Antes de aparecer Messi, también habían tenido estrellas argentinas que se les habían ido de las manos. Un ejemplo fue Maradona y la vida de adicciones que empezó pocos meses antes de abandonar el club para fichar por el Nápoles. Cuando llegaron noticias a Laporta (que también tenía una considerable reputación de fiestero) de que Ronaldinho estaba arrastrando al joven Messi a su desenfrenada vida nocturna, saltó la alarma.

Antes de la intervención de Laporta, Guardiola sabía instintivamente lo que estaba pasando y cuál era la solución. Era un obseso del juego y se le escapaban pocas cosas sobre sus futbolistas,

especialmente aquellos con un potencial tan evidente como el de Messi. Guardiola pensaba que la cara era el espejo del alma. Dicho de otro modo, ponía a la persona antes que al futbolista; estaba constantemente alerta para garantizar su bienestar dentro y fuera del campo.

Sin embargo, desde el momento en que Pep tomó las riendas del equipo, se mostró despiadado con aquellos en los que perdía la fe. Ronaldinho es el ejemplo más famoso, pero Deco también salió del club aquel verano. Eto'o les seguiría un año después. Más tarde, Zlatan Ibrahimović sería traspasado una temporada después de su fichaje, pues su individualismo chocaba con demasiada frecuencia contra las tácticas de Guardiola.

En cambio, con Messi, Guardiola no dudó en actuar de un modo consecuente con la inversión que el club había realizado en el jugador desde sus trece años. Sabía que, si se le gestionaba bien, el argentino alcanzaría su potencial y se convertiría en uno de los más grandes jugadores en la historia del club.

Al comienzo de su primera temporada en el banquillo del Barça, llamó a Messi a su despacho para mantener una conversación que resultaría clave. Guardiola había recibido informes de que el argentino se había visto arrastrado a la vida hedonista de Ronaldinho. Se lo dijo y a continuación le preguntó directamente, con un aire de *seny* muy catalán, cuál era su sueño. «Ser el mejor jugador del mundo algún día, tal vez mejor que Diego», respondió Messi con su tono de voz agudo y balbuceante, ladeando la cabeza, con gesto aparentemente sumiso.

Guardiola contestó a su pupilo diciendo que tenía dos opciones: continuar con sus actividades fuera del terreno de juego siguiendo la estela de Ronaldinho y arriesgarse a perder su futuro en el club, o

adaptarse a un estilo de vida más disciplinado y centrado en su fútbol, opción que podía ser la clave para alcanzar una excelencia sin igual. Messi accedió a comprometerse otra vez con un régimen de acostarse pronto, comer sano y seguir un entrenamiento cuidadosamente monitorizado.

Ahora bien, Guardiola no encontró tanta sumisión en el argentino en otros temas, pero el técnico estaba dispuesto a comprometerse, especialmente después de descubrir el considerable respeto que le tenían en el vestuario, así como el respaldo incondicional de Laporta y su junta directiva.

Messi le hizo saber que deseaba que Eto'o continuara la temporada siguiente: así se hizo. Le demostró a Guardiola que se había equivocado al creer que el camerunés se creía líder del equipo y que no estaba dispuesto a compartir el papel con nadie más. Leo también insistió en que no quería disputar la fase previa para la Champions: así podría jugar con la selección argentina en los Juegos Olímpicos de Pekín ese verano.

El tira y afloja entre la Federación Olímpica Argentina y el F. C. Barcelona por Messi se convirtió en un caso célebre, especialmente cuando Leo cogió un avión sin avisar al club para unirse a la concentración argentina en Shanghái, en una declaración unilateral de independencia personal. El gesto pareció inusual, por no decir un grave acto de indisciplina por parte de un jugador que tenía fama de no ser extrovertido ni rebelde. Pero Joan Laporta calculó acertadamente que obligar a Messi a volver podía suponer perderle del todo (a pesar de que acababa de firmar un nuevo contrato en julio por un sueldo anual de 7,8 millones de euros, lo cual le convertía en el jugador mejor pagado de la plantilla).

Guardiola comprendió que lo que hacía falta era adoptar una postura positiva y enfocada hacia una solución, una postura que reconociera que Messi era un jugador que vivía para su fútbol, con un sentido de obligación patriótica hacia su Argentina natal, y que llevaba el peso de Maradona sobre sus hombros. Llamó por teléfono a Messi a Shanghái y le dijo que adelante: que ganara la medalla de oro.

Messi volvió justo para el comienzo de la Liga. Le dieron el dorsal número 10, después de haber estado luciendo el 30 en sus primeros años, y posteriormente el 19. El 10, por supuesto, estaba cargado de simbolismo, especialmente en el Barça, dado el lugar que ocupan en la historia del club los jugadores que lo llevaron antes que él, entre ellos Maradona o Ronaldinho.

Después de que Maradona abandonara Barcelona, Bernd Schuster se negó a quedarse con su dorsal. Se lo pidió su compañero Steve Archibald. Como me explicó años más tarde el exfutbolista escocés: «En ese momento, entendí el factor Maradona. Y me entró en la cabeza lo que pensaba no solo Schuster, sino todo el equipo: la influencia que había tenido sobre ellos Maradona, aquel jugador de talla mundial con magia en los pies. Y comprendí que, para Schuster, vestir aquella camiseta significaría algo mucho mayor que para mí. Porque, a fin de cuentas, pensé, a mí no me importa si ese dorsal lo llevaron Maradona o su abuela. Yo puedo responder a tal desafío».

La mentalidad de Messi era más afín a la de Archibald que a la de Schuster. En el vestuario del Barça nadie le discutió el número 10 aquel verano de 2008. En realidad, ya daba la impresión de que el único jugador joven que podía disputarle el cetro como el mejor de su generación y uno de los mejores de todos los tiempos estaba en Manchester, vivito y coleando.

Una vez de regreso en Barcelona, las firmes ideas de liderazgo de Guardiola, incluido cómo llevar a Messi de un modo que le permitiera jugar al máximo de su capacidad, con especial atención a sus características psicológicas y físicas, empezaron a dar frutos.

Guardiola veía a Messi como un jugador cuya única pasión auténtica era su fútbol. Por ello tenía que contar con el apoyo humano necesario para ser capaz de vivir por y para el deporte, y ser feliz consigo mismo.

La decisión de permitirle disputar los Juegos Olímpicos fue un gesto tremendamente importante de adaptación a las necesidades del argentino, que puso la relación entre técnico y jugador a un nivel de respeto mutuo. Todo colocó a Messi en el centro del proyecto transformador de Guardiola para el F. C. Barcelona.

Messi, que nunca ha sido un hombre de muchas palabras, rendiría homenaje a Guardiola años más tarde con unas declaraciones que no dejaron lugar a dudas sobre su decisivo papel a la hora de dar forma al equipo y al jugador para convertirlos en uno de los mayores espectáculos de la historia del fútbol. En una entrevista concedida a Martin Souto para *TyC Sports* en marzo de 2013, el argentino describió a Guardiola como el hombre del que más había aprendido: «No solo por lo mucho que sabía, sino porque él me protegió bajo su ala en una fase en la que me estaba desarrollando, la fase en la que más crecí y aprendí».

Guardiola se hizo cargo del primer equipo del F. C. Barcelona después de dos años de sequía de títulos y se encontró con un vestuario roto, psicológicamente destrozado. «Su manera de trabajar, de transmitir su mensaje, y la confianza que construyó, lo cambiaron todo», le explicaba Messi a Souto.

Por su parte, Guardiola tenía las ideas claras sobre la personalidad de Messi. Tal y como explicó a Guillem Balagué después de unirse al Bayern de Múnich en 2013, rompiendo con su regla de no conceder entrevistas cara a cara: «En aquella época aprendí que Leo se reivindicaba en el campo. Allí era donde hablaba. Lo hace a través de acciones, cuando sale al campo es como si dijera: “Ahora voy a hablar”, marcando dos o tres goles, cada día... Eso es lo que nos enseña, esa es su gran virtud: demuestra que no tiene que ser nada más que un futbolista».

Los cambios en los que insistió Guardiola no eran solo mentales y tácticos; evidentemente, el equipo en su conjunto se benefició del nuevo régimen alimentario y nutricional introducido para mejorar el rendimiento y evitar lesiones musculares. Guillem Balagué explica que Juanjo Brau, entrenador físico personal de Messi, elaboró un régimen a medida para el jugador, reduciendo su consumo de carne argentina y pizza, con ejercicios de calentamiento y estiramientos específicos, y un gasto cuidadoso de energía durante los partidos, que requerían una fase de caminar después de esprintar para minimizar las exigencias físicas sobre su tipología muscular concreta.

Según un miembro del equipo médico del F. C. Barcelona, los problemas musculares de Messi estaban relacionados en parte con sus pies, que iban a la zaga de su desarrollo hormonal general: «Leo tiene más predisposición a lesionarse que cualquier otro jugador. Sus músculos son cortos, de fibras rápidas, y por eso siempre tuvimos que trabajar mucho su elasticidad», explicaba Juanjo Brau al periodista Argentino Leonardo Faccio, autor del libro *Messi: el chico que siempre llegaba tarde*.



Ahora bien, el mejor motivador para Messi era él mismo. Una vez que Ronaldinho lo había sacado de su aislamiento cuando el brasileño estaba en su apogeo, Messi podía madurar y florecer a su manera, aportando lo mejor de sí al equipo, y viceversa.

La «revolución» Guardiola fue mucho más allá de la táctica. Supuso un cambio generacional y filosófico basado en el legado de Cruyff y reinventado para cumplir los desafíos de una era más competitiva y exigente, con un equipo de jugadores sumamente disciplinados, motivados y talentosos de la cantera. Messi era la estrella extranjera moldeada al estilo del Barça y estaba entrando en los mejores años de su carrera futbolística.

Así es como nacieron las más exitosas y brillantes sinergias de la historia del fútbol moderno, que implicaron a Messi y dos jugadores en particular: Xavi Hernández y Andrés Iniesta, ambos salidos de La Masía y recientes protagonistas de la victoria de España en la Eurocopa de 2008.

¿Quiénes eran estos jugadores que alimentaban el genio de Messi?

Iniesta nació el 11 de mayo de 1984 en el seno de una familia relativamente pobre de Fuentealbilla, localidad castellana cercana a Albacete, en un entorno rural duro y castigado.

A pesar de que la distancia entre Barcelona y el pueblo de Iniesta era poca, comparada con el viaje trasatlántico que separaba la capital catalana de Rosario, la sensación de desarraigo inicial no fue menos traumática. Iniesta recordaba años después lo mucho que lloró el día que dejó su casa para ir a La Masía. Creció hasta alcanzar 1,71 m, frente al 1,70 de Messi, y era tres años mayor. A diferencia del argentino, que tenía permiso para vivir en un apartamento privado

con su padre, Iniesta estuvo interno como la gran mayoría de los pupilos de La Masía.

Xavier Hernández Creus, más conocido como Xavi, nació en el seno de una familia catalana de clase media-baja, el 25 de enero de 1980 en Terrassa, localidad cercana a Barcelona conocida por su industria textil y mecánica, el nacionalismo y las ruinas románicas. La ciudad se enorgullece de su identidad cultural y política catalanas con sus festivales de *castellers*, una exhibición de habilidad y creatividad en torres humanas formadas por ciudadanos de todas las edades, que simbolizan la solidaridad nacional.

Hijo de un exfutbolista profesional (su padre jugó en el Sabadell, en Primera División), Xavi demostró unas imponentes capacidades para el deporte desde una edad temprana e ingresó en La Masía a los once años, donde desde el principio se sintió cultural y socialmente en su casa, hablando catalán y castellano con fluidez.

Durante sus años bajo la atención de los medios, Xavi hablaba feliz sobre el fútbol del Barça como una forma creativa, así como de su particular filosofía de vida, además de tender la mano al joven talento emergente, viniera del país que viniera. A pesar de su extraordinario talento individual, se consideraba ante todo parte de una ética de equipo. Medía 1,70 m, un poco menos que Iniesta, y lo mismo que Messi.

Aunque nacieron en países distintos y en contextos sociales diferentes, y vivieron exigencias dispares en sus familias, Messi encontró un espíritu afín en Iniesta y Xavi. Les respetaba profesionalmente y como seres humanos. El argentino era el más joven. Los tres habían sido educados en La Masía. A pesar de que nunca coincidieron en las categorías inferiores por la diferencia de

edad, sí que sentían un fuerte vínculo basado en unos valores, disciplina y formación comunes.

Además del extravagante Ronaldinho, Messi siempre sintió admiración por el albaceteño y el catalán. Los miraba con un respeto reverencial desde que subió al primer equipo. Una vez desaparecido el brasileño, Xavi e Iniesta se convirtieron en sus guías y compañeros de confianza. Y en la época dorada de la era Guardiola, los tres hicieron el fútbol más maravilloso que ha jugado nunca una troika en la historia del deporte.

Messi admiraba la sencillez y serenidad de Iniesta dentro y fuera del campo. Tal y como explicó a sus biógrafos, Ramón Besa y Marcos López: «Andrés hace su trabajo, tratando de no hacer daño a nadie, con cuidado de lo que dice en público, y así todo el mundo le quiere, incluso sus rivales. Se gana su respeto».

En cuanto al fútbol de Iniesta, Messi decía: «Siempre le he visto con la pelota pegada a los pies. Hace que todo parezca muy fácil. A veces crees que no está haciendo nada, pero lo está haciendo todo. Lo más difícil en el fútbol es hacer que cada jugada parezca simple, fácil, como si no costara nada».

Estos comentarios podrían aplicarse perfectamente al propio Messi. Y ahí está la clave. El argentino y el albaceteño reflejaban el talento del otro. Se entendían y se complementaban a la perfección. En un buen partido, jugaban para las fortalezas del otro con una armonía prodigiosa.

Según les explicaba Messi a Besa y López: «Sobre todo nos parecemos en que no hablamos mucho. Normalmente él está en una esquina del vestuario, y yo en otra. Pasamos delante del otro, nos miramos y nos encontramos. Solo nos hace falta una mirada y

sabemos lo que tenemos que saber. No hace falta nada más. Fuera, en la cancha, me gusta tenerle cerca, especialmente si el partido se pone difícil y duro. Entonces le digo: “Quedate cerca, dale, vení a mi lado”. Entonces toma las riendas del equipo, lo revoluciona, me busca y me une».

Sin embargo, el argentino reservaba sus mayores alabanzas para Xavi. Cuando el catalán estaba a punto de retirarse del fútbol de máximo nivel en el verano de 2015, Messi le describió como el mejor jugador español de todos los tiempos. «Xavi es un jugador que controla el ritmo del partido, y los pases, que sabe leer muy bien los partidos», explicó a un grupo de periodistas la víspera de la final de la Champions en Berlín.

Su forma de retener la posesión y el manejo rápido y preciso del balón se convirtieron en sellos distintivos del estilo del Barça durante la era Guardiola, unas señas de identidad que corrían por las venas de todo el equipo.

Messi fue uno de los grandes beneficiados por la extraordinaria visión de juego de Xavi. Como escribió Sid Lowe en 2009: «No es solo que vea la jugada antes, es que a menudo la ve antes de que se produzca, y en vez de pasar acompañando la jugada, pasa de un modo que la obliga a ser. Hace los movimientos de los jugadores por ellos». O, tal y como lo expuso Dani Alves: «Xavi juega en el futuro».

Lowe concluía que «En la Eurocopa de 2008, Xavi fue nombrado mejor jugador del torneo, después de impedir que Rusia viera el balón en la semifinal con más de cien pases, y dar la asistencia de gol a Torres en la final. Cuando surge la inevitable pregunta de por qué Messi no ha jugado tan bien con Argentina como en el Barcelona en el último año, resulta tentador contestar con una sola palabra: Xavi. Esta

última semana ha reforzado la creencia de que el Barcelona es el mejor equipo del mundo y Messi es el mejor jugador del planeta. Sin Xavi, es posible que no lo fueran». Tal y como sugiere su cita, la temporada 2008-09 del Barça es digna de recordar.

La primera campaña de Messi con Guardiola como entrenador fue también la primera en que disfrutó de un periodo prolongado sin lesiones, lo cual demuestra el efecto positivo de la dieta optimizada y de las técnicas de entrenamiento refinadas, así como de la motivación que sentía con su nuevo místico. Aquel Messi frágil al que apodaron «Pulga» y «Enano» desarrolló la fuerza y la resistencia de un atleta del más alto nivel, para explotar mejor su talento natural. Aquella temporada, Guardiola aprendió rápidamente a gestionar la mentalidad del argentino, a «entender sus silencios», como dice Guillem Balagué.

Messi empezó la temporada jugando por la banda derecha, con Eto'ó en el centro y Thierry Henry en la izquierda del ataque. Conforme progresó la campaña, Guardiola le permitió jugar más como «falso extremo», con libertad para recortar hacia dentro y moverse por esa zona, donde podía influir sobre el movimiento de todo el equipo, junto con Iniesta y Xavi.

De hecho, la temporada comenzó de manera poco propicia, con una derrota ante el Numancia por 1-0. La prensa deportiva de Barcelona y Madrid, ávida de titulares, empezó a plantear preguntas sobre la idoneidad de Guardiola para el puesto. El nuevo técnico había heredado una crisis prolongada en el Barça, y los aficionados estaban impacientes por resolverla.

Después del Numancia, los azulgranas empataron con el Racing, tras lo cual quedaron relegados a la parte baja de la tabla. Luego ganaron al Sporting de Lisboa por 3-1 en la fase de grupos de la Liga de Campeones, lo cual levantó los ánimos, a pesar de que los medios aún no estaban convencidos por cómo empezaba la era Guardiola.

A continuación, el Barça logró una contundente victoria a domicilio por 1-6 contra el Sporting de Gijón, demostrando que el equipo estaba recuperando parte de la magia de las primeras temporadas de Rijkaard. Messi era el centro del espectáculo. Desplegaron un juego de posesión y mucho ritmo, presionando y recuperando balones sueltos rápidamente, de modo que la mayoría del partido se jugaba en campo contrario. Messi fue elegido mejor jugador del encuentro.

El Barça dominaba el juego cada vez más, logrando un lanzamiento de córner tras otro, hasta que los guías de Messi abrieron el marcador con una brillante secuencia de combinaciones como las que definirían el Dream Team de Guardiola. En el minuto treinta y dos, Iniesta le hizo un lío a Sastre y picó el balón para Xavi, que estaba desmarcado y finalizó desde algo más de siete metros.

En la segunda mitad Messi se mostró más peligroso. Primero protagonizó una ocasión deshaciéndose de dos defensas en el área aunque cruzando demasiado su chut a portería. Pocos minutos después, picó el balón a Iniesta, luego lo bajó con un toque magistral, pero su disparo salió desviado. A continuación, el Sporting marcó en propia puerta cuando Jorge intentaba despejar un lanzamiento de Xavi tras una carrera en solitario de Messi en la que se zafó de cinco adversarios.

Después de que Maldonado anotara para el equipo de casa, Eto'o aumentó la ventaja a 1-3. El partido parecía acabado, pero Messi aún

tenía mucho que dar. En el minuto setenta, levantó exquisitamente la pelota dejando a Iniesta en posición franca ante la portería. Para apuntalar su actuación anotó dos goles en los últimos diez minutos, el primero de volea rematando un centro desviado de Iniesta; el segundo de cabeza, demostrando que podía compensar su reducida altura con un oportunismo impecable y una gran precisión.

Messi demostró en aquel partido lo que era capaz de hacer en su mejor versión. El Barça había empezado a funcionar y estaba encontrando su ritmo. Con la calidad del resto de los jugadores y un técnico como Guardiola, el equipo empezó a dar lecciones magistrales de fútbol creativo y de ataque. El Barça había vuelto y una nueva estrella brillaba con fuerza.

Sin embargo, los goles no eran lo único que hacían tan especial a Messi (es fácil olvidar que Samuel Eto'o fue el máximo goleador de la temporada), sino el control, la aceleración, la visión y la creatividad con las que contribuía a los éxitos del equipo. Su cerebro futbolístico parecía estar desarrollándose a gran velocidad.

Messi ayudó a llevar al Barça a lo más alto de la tabla y fue clave para la gran temporada del equipo en Champions, desempeñando un papel fundamental en las eliminatorias contra el Lyon y el Bayern de Múnich. Tras empatar a uno en la ida de octavos contra el Lyon, la vuelta se presentaba disputada. Sin embargo, ante un Camp Nou exultante, los azulgranas se hicieron con las riendas rápidamente con un doblete del artillero Henry.

El Barça hizo una exhibición asombrosa aquella noche, gracias al regreso de Iniesta tras una lesión. El manchego devolvió al centro del campo su toque especial de posesión, pases rápidos y juego vertebrado. Ahora bien, el momento de auténtica magia individual del

partido lo puso Messi al final de la primera parte: después de bajar el balón con el pecho, dejó atrás a tres defensas, hizo una pared vertiginosa con Eto'o y finalizó con un disparo al palo contrario. El Barça acabó ganando por 5-2 (6-3 en el global de la eliminatoria) con otros dos goles más, de Eto'o y de Seydou Keita.

El 8 de abril de 2009, Messi también fue protagonista en un asombroso partido de ida contra el Bayern de Múnich. El equipo alemán venía de eliminar al Sporting de Lisboa, rival del Barça en la fase de grupos, con un global de 12-1, pero acababa de perder 5-1 ante el Wolfsburgo, que aquel año ganó la Bundesliga.

La víspera del partido, los directivos del Bayern hablaban de una «misión imposible». Podría haber sido una treta típica para despistar, pero los alemanes se veían en apuros de verdad, especialmente porque el Barça contaba con un centro del campo que había mejorado el control de posesión exhibido por España en la final de la Eurocopa de 2008 en Alemania. El F. C. Barcelona de Guardiola llegaba al partido con una media de posesión del sesenta y dos por ciento en sus encuentros. Solo en uno de sus últimos cuarenta y cinco partidos se había quedado sin marcar.

El resto de las estadísticas también eran impresionantes. Llevaban ochenta y cinco goles marcados en la temporada, y veintitrés victorias en veintinueve partidos. Eran más goles de los que había marcado ningún equipo en el resto de ligas europeas; por lo menos treinta más. Más que el Manchester United de Ronaldo (cincuenta y dos), más que el Liverpool de Torres (cincuenta y cinco), más que el Inter (cincuenta y cinco) y que el Marsella (cuarenta y ocho).



En la Liga, el Barcelona había anotado dieciocho tantos más que el Real Madrid. A esas alturas de la temporada, Messi ya llevaba treinta dianas, frente a las diecisiete que había conseguido en total durante la temporada anterior con Rijkaard. Al término de aquella histórica campaña para el Barça, el formidable trío atacante del equipo sumó cien goles: Messi (38), Eto'o (36) y Henry (26).

En cuanto a Messi, era como si hubiera conectado algo que nadie sabía que faltaba. Siempre capaz de batir al adversario, ahora parecía dejarlos clavados tras su estela. Era más fuerte, más rápido, capaz de dominar retos más difíciles. Si un jugador intentaba sacarle del partido a base de patadas, él simplemente se levantaba y seguía corriendo. Esto daba al Barcelona una salida de balón permanente, pues podían pasárselo en campo contrario, sabiendo que, por muchos jugadores que tuviera a su alrededor, retendría la posesión y podrían armar el ataque. Y aquellos goles... Balones picados con suma delicadeza, lanzamientos de falta antes de que el equipo contrario estuviera listo, por la escuadra, pegados al palo, colocados o potentes.

A pesar de las estadísticas detalladamente documentadas, nada podría haber preparado al equipo alemán para el baño que recibieron en el partido de ida en el Camp Nou, por cortesía de Messi, que definió el signo del partido. A los nueve minutos ya había abierto el marcador, librándose de la caótica defensa del Bayern para rematar un pase de Eto'o. A continuación, asistió al camerunés para lograr el segundo, luego empujó un centro de Henry, y este cerró la cuenta. El argentino estuvo a punto de marcar el quinto, pero se topó con la madera después de batir a Hans-Jorg Butt.

Messi encarnó al Barça más creativo y eficaz en aquel partido. No dejó de presionar, manejó la pelota con habilidad y se mostró tenaz en

la recuperación de balón.

La victoria del Barça por 4-0 les aseguró una plácida vuelta en Múnich. Un empate a uno en el Allianz dejó la eliminatoria 5-1 a su favor. En semifinales, esperaba el Chelsea. Entre la ida y la vuelta estaban citados en el Bernabéu, el 2 de mayo.

Con el tiempo se ha sabido que en ese momento Guardiola seguía pensando que, por muy eficiente que hubiera demostrado ser su juego de conexión en ataque, Messi aún estaba bastante lejos de alcanzar su potencial. El técnico había advertido que su equipo a veces se mostraba vulnerable al contraataque por la banda derecha. Según le explicó a su biógrafo Guillem Balagué, parte del problema estribaba en que el argentino no cumplía sus «obligaciones defensivas». Tampoco creía que jugando por la derecha Messi participara suficientemente en la creación de juego. Se dio cuenta de que necesitaba jugar en una posición en la que viera más balón.

Sin embargo, en aquella primera temporada en la que el equipo ganó todas las competiciones que disputó, Messi jugó el noventa y cinco por ciento de los partidos en la banda. Entonces, ¿cómo funcionó? «A veces el análisis es sencillo, tan sencillo como darse cuenta que este tipo [Messi] podía hacer algo cada vez que tocaba la pelota, que algo iba a pasar», explicaba Guardiola a Balagué. «Y si le pones en el medio, la tocaría más que en la banda. Quiero decir, que si está convencido de que en el futuro tiene que jugar en el centro del campo, acabará convirtiéndose en un centrocampista increíble».

Por tanto, a pesar de jugar sobre todo en la banda derecha, como hacía con Rijkaard, Messi ya era un falso extremo con libertad para recortar hacia dentro y moverse por el centro.

Cuando estaba Ronaldinho, Messi tenía un papel secundario, con su estrella siempre a la zaga del talento del brasileño. Por su parte, Eto'o había demostrado querencia a ser considerado como la otra estrella y trataba a Messi como un subordinado.

Según avanzaba la temporada, Guardiola empezó a poner a Messi en una posición más central con más constancia, desplazando a Eto'o a la banda derecha. La decisión de jugar la pieza Messi de ese modo fue táctica, pero también reflejaba claramente su autoridad como técnico y el papel que veía para el argentino. En efecto, Guardiola confiaba en Messi como eje del equipo, jugando de mediapunta. El juego giraría en torno a él y podría marcar más goles.

En el clásico del 2 de mayo de 2009, sacó a Messi como falso nueve, posicionado en el centro de la delantera, pero con instrucciones de bajar al centro del campo para conectar con Xavi e Iniesta.

A medida que se acercaba la conclusión del Clásico del 2 de mayo de 2009, los aficionados del Real Madrid empezaron a abandonar el estadio. Cuando el árbitro pitó el final, el Bernabéu ya estaba medio vacío, en protesta por la mala actuación de su equipo. El F. C. Barcelona había sido justo vencedor.

La diferencia entre los dos clubes, no solo en sus valores, sino en talento y eficacia, no podía ser más evidente.

Y Messi (apoyado por Xavi e Iniesta) había estado en el centro de todo ello.

El Madrid empezó el partido con más agresividad. Se adelantó a los catorce minutos con un gol de cabeza de Gonzalo Higuaín. Sin embargo, cuatro minutos más tarde, Messi puso un pase perfecto a Henry, que salvó la salida de Iker Casillas para igualar el marcador. Su

asistencia contribuyó a cambiar de rumbo el encuentro. A partir de ahí no hubo marcha atrás. Al descanso, el Barça iba 1-3 y mantuvo el control absoluto sobre el partido, salvo en un breve tramo de mayor igualdad nada más empezar la segunda parte, cuando Sergio Ramos cabeceó el balón a la red para poner el 2-3.

A ratos parecía que el Barça se esforzaba demasiado por conseguir el gol perfecto, como demuestra la exasperante pared entre Messi e Iniesta al borde del área del Madrid que el argentino finalizó chutando directamente a las manos de Casillas. Sí logró marcar a los treinta y seis minutos, después de un tanto del capitán Puyol y gracias a una asistencia precisa de Xavi. Tras el gol de Ramos, Henry anotó otro más. Messi aumentó su cuenta al recoger un pase excelente de Xavi, para regatear a Casillas y colocar un disparo con su característica seguridad. Piqué redondeó el resultado con el sexto. El impacto del 2-6 definitivo se sintió en todo el país y por todo el continente. El título de Liga era virtualmente del Barça. Unos días después, un gol en los últimos minutos de partido en Stamford Bridge les dio el pase a la final de la Champions League. La época dorada de Guardiola había comenzado. Y Messi era su atracción principal.

Durante los siguientes quince días, el argentino demostró una versatilidad cada vez mayor para jugar en distintas posiciones, volviendo a la banda para ayudar al equipo a alzarse con la Copa del Rey ante el Athletic de Bilbao, y contribuyendo a asegurar matemáticamente el título de Liga tres días después.

El F. C. Barcelona se enfrentaba al desafío de ganar el triplete batiéndose contra el Manchester United de Alex Ferguson, en la final de la Liga de Campeones en el Estadio Olímpico de Roma, el 27 de mayo.

Los *diablos rojos* esperaban dejar huella en los libros de historia revalidando la corona europea obtenida frente al Chelsea la temporada anterior. Ellos también habían ganado la Premier, con un Ronaldo como estrella indiscutible del equipo gracias a sus veintiséis tantos.

Minutos antes de comenzar el partido, Guardiola reunió a Messi y a sus compañeros en el vestuario. Para su sorpresa, les puso un breve vídeo antes de salir al campo. En él había escenas de la película *Gladiator*, acompañadas de una banda sonora conmovedora, entrecortada con imágenes de los jugadores azulgrana, liderados por Messi, en plena acción durante sus mejores actuaciones.

Su mensaje para el equipo fue que, a pesar de que se enfrentaban al más formidable de los clubes históricos ingleses, entrenado por el técnico más experto en el mundo del fútbol, tenían que abordar el encuentro sin miedo y aferrándose a su estilo de juego, pues en él radicaban sus opciones de alzarse con la gloria en la arena romana.

Y, en efecto, fue la más asombrosa exhibición de juego rápido, pases cortos, posesión y movimiento desplegada desde la época de fútbol total de Cruyff, ahora transformada en el *tiki-taka*.

El duelo entre Messi y Cristiano Ronaldo se había presentado como una fascinante trama secundaria dentro del espectáculo principal, pero tal y como señaló Phil McNulty para la BBC al acabar el encuentro: «Solo hubo un ganador, pues el creador de juego del Barcelona tuvo aterrorizado al United durante todo el partido».

Ahora bien, el arranque de la final sugería que el resultado podía ser bien distinto. A los dos minutos, un lanzamiento de falta de Cristiano estuvo a punto de batir a un Víctor Valdés dubitativo. Y Piqué logró evitar por los pelos que Ji-Sung Park rematara el rechace.

Cristiano acarició el gol dos veces más, hasta que el Barcelona hizo su primera incursión seria en terreno del United y se echó hacia delante. Messi estuvo estelar, por no decir que fue la estrella del espectáculo culé. Tras cambiar de posición con Eto'o, el argentino atrajo a la defensa del United. Iniesta aprovechó el espacio, rompió a unos cuantos rivales y coló un pase por donde los *devils* no se lo esperaban. Eto'o lo recogió y abrió el marcador.

A partir de ese momento, el Manchester United se vio desbordado sistemáticamente, mientras Messi, Iniesta y Xavi ofrecían una asombrosa exhibición de la coreografía azulgrana, con jugadores cambiando constantemente de posición y conectando entre sí, toque tras toque, en una demostración de poesía en movimiento.

Arengados por Rio Ferdinand, los futbolistas del United intentaron reponerse sin éxito. Aunque su estrella portuguesa no dejó de correr, cada vez se le veía más frustrado; acabó recibiendo una tarjeta amarilla por entrar a destiempo a Carles Puyol. Messi estaba especialmente inspirado: dio una lección magistral de regates y resistencia, salvando entradas y evitando todos los intentos de pararle. Simplemente fue una sensacional demostración del jugador y del equipo, culminada en una jugada de sublime destreza en el minuto setenta, cuando Messi recibió un centro perfectamente medido de Xavi: a pesar de ser uno de los jugadores más bajos sobre el campo, elevó el balón de cabeza sobre Van de Saar: 2-0. El Barcelona era el nuevo campeón de Europa. Tal como escribió esa misma noche Henry Winter, veterano periodista del *Telegraph*: «Messi, tan pequeño en tamaño pero tan inmenso en talento, diligente a la par que inventivo, cerró el debate sobre quién es el mejor jugador del planeta».

Durante su primera campaña ininterrumpida, la temporada 2008-09, Messi anotó treinta y ocho goles en cincuenta y un partidos, contribuyendo a un resultado que estableció un récord en el club. A pesar de que había ganado la competición el año anterior, el Manchester United quedó como un equipo trasnochado, deslumbrado por la velocidad y la intensidad del juego del Barcelona.

La temporada en la que Messi empezó a demostrar su genialidad con el F. C. Barcelona de Guardiola también desencadenó el final del exitoso paso de Cristiano Ronaldo por el Manchester United. La mayor rivalidad en el fútbol moderno estaba a punto de entrar en su etapa definitiva.

## Adiós, Old Trafford. Hola, Real Madrid: Cristiano

En cuanto al sentimiento colectivo, el Bernabéu siempre le ha visto como un genial cuerpo extraño dentro del grupo. Un jugador que piensa más en el arco contrario que en asociarse. Es un poco crítico por mi parte, pero forma parte de la realidad, y de allí nacía la resistencia de una pequeña parte del público, porque en general su conquista empezó el primer día, y el que tuviera alguna duda solo tenía que mirar la tabla de goleadores para confirmar que estábamos ante un fenómeno...

JORGE VALDANO

La derrota en Roma fue un momento catártico para Cristiano Ronaldo. La noche que el Manchester United perdió la final contra el Barça lo vio claramente. Mientras un Messi exultante fue el primero en abrazar a Guardiola como si fuera un padre adorado antes de celebrarlo con el resto de sus compañeros, Cristiano quedó como huérfano y sumamente abatido tras un partido en que evidenció su creciente frustración por jugar en un equipo que parecía haber abandonado la cumbre de la noche a la mañana. Otros clubes disputaban el cetro. Ronaldo creía que el United no tenía capacidad suficiente para ayudarle a conseguir otra Champions. Si no luchaba



por ese título de forma regular, sería prácticamente imposible aspirar a ser el mejor jugador del mundo. Para desafiar a Messi y al estilo de juego conquistador que representaban el Barcelona y la selección española, haría falta mucho dinero y un reparto secundario estelar. El único equipo capaz de ello era el Real Madrid.

El verano de 2009 fue el capítulo final de un cortejo muy publicitado que llevaba tiempo desarrollándose. El Real Madrid se había fijado por primera vez en Cristiano Ronaldo en 2003, cuando Carlos Queiroz, recién nombrado entrenador del equipo blanco, les habló a los directivos de su potencial. Sin embargo, el Manchester United ya tenía las negociaciones avanzadas. Sus gestiones no hicieron que surgiera una oferta competitiva desde España.

En 2005 se estableció un canal de comunicación bidireccional entre el Real Madrid y el agente de Ronaldo, Jorge Mendes, cuando José Ángel Sánchez, director ejecutivo del club blanco y arquitecto clave en el proyecto galáctico de Florentino Pérez, hizo saber al representante que el Madrid estaría esperando a Cristiano cuando este decidiera cambiar de aires, si eso ocurría. En ese momento, Ronaldo llevaba dos años en el United y disfrutaba de un momento de prosperidad, mientras que en el Madrid la estructura galáctica estaba siendo objeto de críticas. Florentino Pérez dimitió de la presidencia en febrero de 2006 para centrarse en sus negocios y su esposa, que estaba en tratamiento por un cáncer. En 2009 regresó al cargo, después de ser el único candidato en las elecciones. Prometió volver a poner en marcha la glamurosa política de fichajes de su primer mandato. Diez días después de ser investido nuevamente presidente, el 1 de junio de 2009, se confirmó que Ronaldo sería el nuevo galáctico del Real Madrid.

Aunque el momento y el simbolismo encajaban perfectamente para el jugador y la junta, la línea de comunicación entre el club y Mendes en realidad nunca se había cerrado. El acuerdo se produjo después de un año de crecientes presiones por parte de Ronaldo y el club blanco sobre el United, casi inmediatamente después de que el portugués renovara su contrato con el United en abril de 2007, comprometiéndose con el club inglés hasta 2012. De hecho, el acuerdo incluía una cláusula de rescisión de setenta y cinco millones de euros, «por si el Real Madrid u otro club grande decidía ir a por él», según Guillem Balagué.

Mientras, siguiendo una estrategia aparentemente aprobada por Mendes y directivos destacados del Santiago Bernabéu, en verano de 2008 los medios deportivos de Madrid publicaron una entrevista con la madre de Cristiano, Dolores Aveiro, en la que expresaba su sueño de ver jugar a su hijo en el Real Madrid. Además, señalaba que el club estaría dispuesto a pagar su cláusula de rescisión o incluso más. El United trató de defenderse negando los rumores, solicitando oficialmente que el Real Madrid dejara de perseguir a Ronaldo e insistiendo en que el jugador estaba muy feliz en Mánchester. Por su parte, Ramón Calderón, presidente del Real Madrid durante la ausencia de Pérez, manifestó que Ronaldo sería jugador del Real Madrid tarde o temprano.

De hecho, después de ganar la Liga de Campeones en 2008, Ronaldo y Mendes llegaron a un acuerdo de caballeros con Alex Ferguson y el United para continuar un año más en el club, al cabo del cual, si el Real Madrid presentaba una oferta de récord y el jugador seguía interesado en marcharse, Ferguson no se interpondría en su camino. Para el técnico escocés, era una forma de recuperar algo de

control sobre un proceso que estaba dañando la imagen del United y de preservar un poco su honor. Ferguson era lo bastante pragmático para saber que el momento de Ronaldo en el United estaba llegando a su fin natural. Tal y como reconocería más tarde en su autobiografía: «Sabía perfectamente que si el Real Madrid venía con ochenta millones de libras, tendría que irse... La realidad de entrenar a Ronaldo, como otros grandes talentos que vinieron al Manchester United siendo adolescentes, era que podías supervisar los primeros años con bastante comodidad, porque aún no eran ídolos mundiales, estaban de camino a la cima. En cuanto se convertían en megaestrellas, como era el caso de Ronaldo, surgía la pregunta que Carlos Queiroz y yo nos planteábamos constantemente: “¿Cuánto tiempo podremos retener a Cristiano Ronaldo?”».

En cuestión de megaestrellas, estaba el precedente de Beckham. Queiroz aportó su punto de vista cultural como compatriota de Cristiano. Sabía que ningún jugador portugués se había marchado a otro país con dieciocho años para quedarse más de cinco años allí. Y Ferguson y el United habían conseguido más que eso con él.

La confirmación de que su paso por el United había concluido llegó el 11 de junio de 2009, con el anuncio oficial de que el club había recibido una oferta récord inamovible del Real Madrid por más de ochenta millones de libras. Tras discutirlo con Cristiano y Mendes, todas las partes habían acordado cerrar el traspaso al cabo de menos de un mes.

El fichaje récord de Cristiano Ronaldo despertó polémica al producirse tras el derrumbe de la economía española y en medio de una creciente crisis. El presidente de la UEFA, Michel Platini, dijo que este tipo de transacciones astronómicas presentaban un serio desafío

para el principio de *fair play* y el concepto de equilibrio económico en las competiciones futbolísticas. En cambio, el presidente de la FIFA, Sepp Blatter, lo describió como un «ejemplo de inversión fabulosa», añadiendo que «aunque haya una crisis financiera mundial, el fútbol sigue en auge».

Florentino Pérez se había propuesto la contratación de Ronaldo como pieza clave en el proyecto para su segundo mandato. Estaba convencido de que el portugués sería su principal arma para contrarrestar el fenómeno Messi y el deslumbrante fútbol del Barcelona. Así pues, valía hasta el último euro. El fichaje en sí y las tasas que conllevó fueron un acto de fe y un riesgo económico a partes iguales, brillantemente ejecutado por su agente Jorge Mendes, siempre capaz de conseguir el mejor acuerdo, incluso con el presidente del Real Madrid, uno de los hombres de negocios más astutos e implacables de España.

En su autobiografía, Alex Ferguson afirmaba que una de las razones por las que consiguió retrasar el fichaje de Ronaldo por el Real Madrid fue que Mendes era «el mejor representante con el que he tratado, sin duda alguna», y le inquietaba que el jugador se marchase al Real Madrid, «por la evidente razón de que el Real podía comérselo».

Evidentemente, Mendes no era nuevo en el gran negocio del fútbol. De hecho, llevaba casi una década rondando a los dos clubes más importantes de España. Había creado fuertes vínculos con las altas esferas de Barcelona y Madrid, labrándose fama de ser un negociador duro y hábil que sabía encontrar el mejor acuerdo para sus clientes. Uno de los mejores en la industria, con clientes de máxima calidad. Maniobraba de forma experta a través de una compleja red de

negocios de fútbol al máximo nivel, y como tal, siempre tenía más de un as en la manga.

Eso fue lo que ocurrió también en el largo proceso del fichaje de Cristiano Ronaldo por el Real Madrid. Como ya hemos visto, Cristiano fue ofrecido al F. C. Barcelona cuando aún era adolescente, antes de fichar por el United. Como es de esperar, desde ese momento Mendes había reabierto el diálogo periódicamente con Sandro Rosell, un hombre cuya red de intereses, no todos transparentes, se extienden por todo el enorme negocio del fútbol. De hecho, cuando estaba en Nike, firmó el primer contrato de patrocinio de la compañía con Ronaldo, dato que no muchos conocen.

Según Alfons Godall, directivo del Barça en aquella época, Mendes volvió a contactar con el club con una oferta tentadora por Cristiano cuando Laporta fue reelegido presidente en 2006. El Barcelona no quiso pujar, pues consideraba que el jugador luso era más de lo que necesitaban y demasiado caro, incluso en ese momento. Mendes probablemente esperaba esa respuesta, y su oferta pudo ser una estrategia para asegurarse otra posterior del Real Madrid: si hay algo que garantice el interés de uno de estos dos clubes por un futbolista, es el presunto interés del otro.

En realidad, Mendes planeó el momento del fichaje de Cristiano para maximizar su precio y llevar su carrera a otro nivel. El jugador dejaba atrás a un Manchester United en los últimos años de la era Ferguson, rendido ante la gloria del F. C. Barcelona, para unirse al Real Madrid, probablemente el único club con la voluntad y los recursos necesarios para armar un aspirante serio al cetro de mejor club del mundo.

Tal y como explicó a sus biógrafos oficiales, Miguel Cuesta y Jonathan Sánchez, Mendes había celebrado el primer Balón de Oro de Cristiano en 2008 como la consecución de un objetivo, pero también como un paso más en la escalera que conducía hacia un pináculo que estaba más allá del Manchester United. «Desde el principio pensé que Ronaldo iba a ser el mejor jugador de todos los tiempos, por todo lo que había luchado, por lo profesional que era... Es el mejor, de eso no me cabe duda. No hay nadie como él. Pero también hay que tener en cuenta el equipo, porque eso influye, y Cristiano iba a jugar con el mejor equipo del mundo.»

En el Barça, Messi ya era la estrella del espectáculo. Y se hablaba de él como el mejor jugador del mundo. Bajo el fichaje de Cristiano Ronaldo por el Real Madrid subyacía una evidente motivación comercial: promover una competición (entre Real Madrid y F. C. Barcelona) que atraía la atención de un público global y una rivalidad icónica en el centro de ella, entre dos jugadores aparentemente muy distintos, que estaban considerados como los mejores del planeta.

Lejos de derrochar el dinero, Florentino Pérez había hecho una inversión calculada. El presidente del Real Madrid valoraba mucho a Cristiano Ronaldo, como jugador y como negocio. Dicho de otro modo, le consideraba un futbolista capaz de salvar las distancias entre aquellos que amaban el fútbol y los que simplemente querían hacer dinero con él. El éxito sobre el terreno de juego traería de la mano ingresos cada vez mayores y un crecimiento de recursos, tal y como había ocurrido con sus primeras superestrellas al comienzo del milenio.

Pérez había vuelto a la presidencia en 2009 después de convencer a los socios de que los niveles deportivos y la economía del club se habían resentido durante sus tres años de ausencia. Solo él tenía la pasión por el buen fútbol y la experiencia en los negocios necesarias para hacer que el club prosperara. Nacido en Madrid y socio del club desde su infancia, también era extremadamente adinerado; tenía una enorme influencia entre los medios de comunicación, los negocios y la política. A pesar de que su empresa constructora, ACS, se enfrentaba a tiempos agitados con la prolongada recesión en España, Pérez fue reelegido sin oposición, tras respaldar su candidatura con una garantía del quince por ciento del presupuesto del Real Madrid (cincuenta y cinco millones de euros), condición impuesta para evitar que un presidente incompetente hundiera al club, pero que también limitaba la competencia por el puesto.

Florentino Pérez consideraba a Cristiano Ronaldo esencial para el éxito deportivo y los intereses económicos del club. Su esperanza era que el portugués disparara los ingresos de *marketing* y *merchandising* del Real Madrid, igual que lo había hecho David Beckham a mediados de la década. Había visto cómo se globalizaban la marca y el perfil deportivo de Cristiano en el Manchester United. En él veía una personalidad y un talento que confiaba en que pudiera competir o incluso superar los de Messi, una vez que jugase en la Liga española.

Aquel verano, el Real Madrid desembolsó la cantidad récord de doscientos millones de euros en jugadores nuevos. Ya había fichado a Kaká del Milan por una cantidad récord cuando volvieron a romperlo con la compra de Ronaldo. Unas semanas más tarde también se uniría a ellos Karim Benzema. Aunque una de las primeras adquisiciones de Florentino fue Manuel Pellegrini como entrenador. El chileno llegaba

a Madrid con un imponente currículum en banquillos de máxima categoría en Chile, Ecuador y Argentina, y más recientemente en el Villarreal, donde había recabado después de pasar por San Lorenzo y River Plate.

Pellegrini debía aportar estabilidad y estilo al Real Madrid, y restablecer la reputación ganadora del club después del glorioso triplete del F. C. Barcelona la temporada anterior. Desde que Pérez había destituido a Vicente del Bosque en 2003 tras ganar dos Ligas de Campeones y dos ligas españolas, el club no había vuelto a conseguir tales logros. Por el banquillo blanco había desfilado una sucesión de técnicos: Carlos Queiroz, José Antonio Camacho, Mariano García Remón, Vanderlei Luxemburgo, Juan Ramón López Caro, Fabio Capello, Bernd Schuster y Juande Ramos.

Mientras el Barça había creado un estilo admirado en todo el mundo como uno de los mejores equipos de la historia del fútbol, basándose en el desarrollo interno y cada vez más centrado en Messi como pieza clave, Pérez creía que Pellegrini y los caros fichajes, especialmente el de Cristiano Ronaldo, serían el comienzo del contraataque. Con él esperaba recuperar la gloria de los años de Di Stéfano en la década de los sesenta, cuando el club blanco ganó cinco Copas de Europa consecutivas. El Real Madrid se definiría con el telón de fondo de su propio pasado y el presente del Barcelona. Tal y como explicaba Guillem Balagué: «Ronaldo no solo tenía que competir contra sí mismo. Había aterrizado en una liga donde vivía su némesis: un tipo pequeño y callado que señalaba al cielo para celebrar sus goles, en lugar de al suelo, como hacía él».

Nadie consultó a Pellegrini acerca de la salida o entrada de jugadores. Además, tuvo que navegar aguas potencialmente



turbulentas en el vestuario, con el canterano Raúl, ídolo de la afición, cada vez más cerca de la retirada y un equipo obligado a adaptarse a la llegada de Cristiano Ronaldo, un jugador mucho más joven, con un inmenso ego. Sin embargo, desde el principio, Pellegrini vio en Cristiano un atleta de talento y un trabajador nato, además de una persona con una enorme seguridad en sí mismo. Años más tarde, cuando entrenaba al Manchester City, comentaba: «Desde el primer momento vi que su deseo era ser el mejor y jugar cada partido. Se podía ver ese deseo en cada encuentro y cada entrenamiento».

Uno de los asesores de Florentino en lo relativo a la calidad de los futbolistas era Jorge Valdano, que estuvo junto a Diego Armando Maradona en la selección argentina que despachó a Inglaterra de camino a su consecución del Mundial 86. Valdano consideraba que Messi era heredero natural de Maradona, mientras que en Cristiano veía a un jugador con potencial para dejar una huella tan importante como la de una leyenda como Alfredo di Stéfano en el Real Madrid. Tal y como me dijo: «La fuerza del presente, la desaparición psicológica de las fronteras, la universalidad de los ídolos; todo lleva a la figura colosal de Cristiano Ronaldo». Según el argentino, «Jorge Mendes puede haber sido responsable del *marketing* de CR7, pero en ningún caso está detrás del futbolista que es Cristiano Ronaldo; eso tiene que ver con una ambición colosal, con un sentido de la superación propio de los héroes y un enorme talento, y eso es solo achacable al mismo Cristiano».

Valdano cuenta una anécdota ocurrida un par de meses después de llegar Ronaldo a Madrid, cuando una joven amiga suya le pidió conocer al jugador portugués. Valdano accedió y de camino al estadio le dijo, bromeando: «¿Sabes?, Kaká es más atractivo». Ella contestó:

«Claro, puede que Kaká sea buen marido, pero Cristiano es otra cosa, es especial».

Como me comentó Valdano en 2017: «Niños, mujeres, aficionados de todos los orígenes... No hay nadie que no admire a la superestrella del Real Madrid. Y se lo merece, porque no ha perdido de vista su sentido del deber, a pesar de toda la confusión que genera el fútbol moderno... Cristiano personifica el fútbol en el siglo XXI. Es un superhéroe que parece diseñado para el juego en un laboratorio. Estábamos esperándole. Desde su aspecto robótico, que se expresa en unos gestos más mecánicos que artísticos, hasta esos instantes de grandes zancadas, salto y el disparo a portería con una potencia sobrenatural, todo en Ronaldo nos lleva de regreso al futuro». Continuaba diciendo: «Si tomamos una foto de hace diez años y una foto de hoy, estamos hablando de un personaje que se ha fabricado un cuerpo nuevo. Hoy es un gladiador. O sea, en el siglo XXI no esperábamos a Messi: esperábamos a Ronaldo, un jugador muy dotado físicamente, un cuerpo que es una postal, un hombre que le da mucha importancia a la imagen, y ese individualismo del que hablamos, y que a algún que otro aficionado al fútbol en algún momento le puede parecer un defecto, para otros le consagra como único. No necesitan verle como parte de un equipo. Necesitan ver al héroe, y Cristiano lo es».

Ahora bien, al principio las cosas fueron difíciles, incluso para el Cristiano futurista.

Para empezar, el Real Madrid era un equipo rodeado de personalidades fuertes. «En aquel momento, teníamos el ego de Florentino, que quería ser visto como el salvador del club; sus dos niños protegidos, Kaká y Benzema; los jefes del vestuario, Raúl,

Casillas y un emergente Sergio Ramos; y luego, Xabi Alonso, que acababa de llegar del Liverpool y era un carácter fuerte para cualquier equipo. Con todo esto, a Cristiano no le resultó fácil encontrar su espacio, justificar su presencia, ganarse el respeto que creía merecer», recordaba Manu Sanz, amigo de Cristiano Ronaldo y periodista deportivo.

Sin embargo, Cristiano daba muestras de estar cómodo con la atención de los medios y una adulación por parte de los aficionados que no se veía desde la primera época de Beckham. No tardó en demostrar que había dejado atrás el bache de su última temporada en el United. Aterrizó en un estado de forma óptimo, que contrastaba con la necesidad de otros integrantes del equipo de perder peso después de las vacaciones, en medio de una prolongada pretemporada diseñada sobre todo para maximizar su impacto sobre la proyección internacional comercial del Real Madrid, incluida una serie de partidos en Estados Unidos.

«Veo a Cristiano como un avión. A este Real Madrid le da verticalidad, velocidad, regate, y una subida de nivel muy importante», comentaba Michel Salgado, exjugador del Real Madrid e internacional con la selección, antes de marcharse al Blackburn Rovers a finales de ese verano. A Pellegrini le impresionó que Ronaldo fuese el primero en llegar a los entrenamientos y se mostrara «centrado y modesto, sin pretensiones de superestrella». Conectó rápidamente con sus compañeros, disfrutando de la facilidad del español como lengua vehicular, dado su parecido con el portugués. Al vestuario también le impresionaron las horas que dedicaba al trabajo de preparación y recuperación en el gimnasio antes y después de los partidos, además de otros ejercicios con pesas y natación en agua fría y caliente en la

piscina de su casa, mientras otros jugadores seguían un régimen menos arduo y salían a cenar con familiares o amigos, práctica que una serie de entrenadores había aceptado como parte de la cultura del club, siempre y cuando no generaran escándalos.

Cristiano marcó tres goles en ocho partidos amistosos durante el verano, exhibiendo su repertorio de bicicletas, regates y carreras vertiginosas, y creando muchos más tantos para sus compañeros. También empezó de manera impresionante desde un punto de vista competitivo: transformó un penalti en su debut en la Liga contra el Deportivo de La Coruña en el Santiago Bernabéu, que celebró levantando los puños hacia la grada como diciendo: «¡Ya estoy aquí!».

En su primer partido de Champions contra el FC Zúrich, el 15 de septiembre, demostró su habilidad a balón parado, transformando dos lanzamientos de falta. Fueron dos de los nueve goles que ayudaron al Real Madrid a ganar sus primeros compromisos ligeros y de Liga de Campeones, incluido un demoledor doblete contra el Jerez.

Sin embargo, a finales de septiembre se lesionó el tobillo derecho en un partido de Champions contra el Olympique de Marsella. Volvió a jugar sin estar completamente recuperado y recayó a la media hora de juego del partido clasificatorio de la selección portuguesa para el Mundial, ante Hungría. La lesión le tuvo más de mes y medio alejado de los terrenos de juego.

Aquella fue su ausencia más larga por lesión desde su operación del tobillo derecho en julio de 2008, durante la última temporada en el Manchester United, cuando tardó más de tres meses en recuperar la forma física.

Esta vez, en los cinco partidos que duró su ausencia, el Real Madrid sufrió tres derrotas, entre ellas un humillante 4-1 en el global de la

eliminatória de Copa del Rey contra un club de Segunda B, el Alcorc3n: la prensa deportiva trat3 el resultado como un esc3ndalo futbolístico. A pesar de aquel bochorno, Cristiano parecía estar en plena forma y era cada vez más importante para el éxito del equipo.

Su regreso se produjo en diciembre, justo a tiempo para enfrentarse al Barcelona en el Camp Nou, un choque típicamente frenético donde hubo nueve tarjetas amarillas y dos rojas. Los locales se llevaron la victoria gracias a un gol de Ibrahimović, que debutaba en un Clásico. El Real Madrid y Cristiano tuvieron varias ocasiones, pero no lograron transformarlas. Los azulgrana golpearon primero en un duelo descrito como la batalla entre los nuevos galácticos y el talento de la cantera del Barcelona. Para colmo de males, Messi fue encumbrado mejor jugador del mundo ese año al recibir el Bal3n de Oro con más del doble de puntuación de la que tuvo Cristiano.

A pesar de la presión que había soportado por parte de la prensa amarilla inglesa, en Madrid, Cristiano tuvo que lidiar con la afición madridista y sectores de la prensa deportiva que se dedicaban casi exclusivamente a cubrir hasta el último detalle de la rivalidad entre Real Madrid y F. C. Barcelona, en la que los catalanes habían abierto una clara brecha. «Este año el Barcelona lo ha ganado todo, así que tienen que ser el mejor club del momento», admitió el portugués poco antes de Navidad de 2009. «El Barcelona tiene un estilo de juego y futbolistas que llevan muchos años jugando juntos, así que son un equipo excepcional.»

Esta generosidad hacia el archirrival no encontró reciprocidad en la afición del F. C. Barcelona, que veía a Ronaldo como un mercenario luso parecido a Figo, con una imagen que le hacía blanco de la xenofobia y la homofobia cada vez que visitaba el Camp Nou. El canto

de «puto portugués» surgió como una variante distintiva del «hijo de puta». Detrás de los insultos había una creencia extendida de que Cristiano había sido fichado con la misión específica de acabar con la época dorada del F. C. Barcelona y desbancar al club de su trono de reconocimiento mundial. De hecho, era algo que creían hasta los seguidores del Real Madrid, pero algunos de ellos lo veían incompatible con la popularidad del jugador luso.

En el siguiente partido, ante el Almería, Cristiano disputó su primer encuentro en casa tras su lesión de tobillo: habían pasado más de dos meses. Fue el centro de gran parte del juego en la victoria blanca por 4-2, aunque dejando sensaciones encontradas. Creó el primer tanto del Madrid, marcó el último, forzó un penalti que acabó fallando y vio la tarjeta roja. La expulsión vino tras dos amonestaciones que no gustaron a la afición madridista: la primera por quitarse la camiseta al celebrar su primer gol en solitario, y la segunda por darle una patada a Juanma Ortiz, patada que le habría supuesto una medalla o dos por «echarle cojones» si Cristiano hubiera sido un veterano jugador de la cantera blanca, pero que, en este caso, el respetable del Bernabéu consideró producto innecesario de la petulancia melindrosa del portugués.

Así no era como se había vendido a Cristiano al Real Madrid. Parecía como si algo no encajara del todo en el brillante ensamblaje de la maquinaria merengue. Pellegrini creía en atacar, atacar y atacar. Esta filosofía, unida a la política de fichajes del Madrid, implicaba que vapuleaban regularmente a adversarios menores en Liga, logrando resultados abultados con cuatro, cinco o seis goles de ventaja. Pero luego capitularon frente al Barcelona y el Sevilla, dejándose puntos vitales.

En la Liga de Campeones también despacharon con facilidad a equipos menores, pero perdieron en su visita al Milan en la fase de grupos; después cayeron ante un afortunado Lyon por un 2-1 global.

«Vine aquí con muchas esperanzas y gran orgullo. Por desgracia, no he podido hacer lo que quería y he tenido diferencias desde el comienzo de la temporada», dijo Pellegrini al ser destituido por Pérez. «Eché en falta un debate sobre temas deportivos en el que participara el entrenador.» Finalmente concluyó diciendo: «El proyecto de Florentino es extraordinario, pero creo que se equivoca».

Más tarde, se quejaba de que «no tenía voz ni voto en el Madrid. Se trae a los mejores jugadores, pero no a los mejores jugadores que se necesitan en un puesto. No se saca nada de tener una orquesta con los diez mejores guitarristas si no tienes un pianista. El Real Madrid tiene a los mejores guitarristas, pero si les pido que toquen el piano no lo van a hacer tan bien. [Pérez] Vendió jugadores que yo consideraba importantes. En mi segunda temporada, no ganamos la Champions porque no había un plantel estructurado para ganarla».

El grave desequilibrio en la plantilla de Pellegrini no le dio la opción de ofrecer a Cristiano más movilidad como nueve moderno, tal y como Messi estaba haciendo en el Barcelona, desplazado a la banda derecha pero con libertad para jugar por el centro. El sistema que heredó Pellegrini y los jugadores que le impusieron aquella temporada limitaron a Ronaldo a un papel más ortodoxo de extremo..., cuando no estaba lesionado.

Lo que no está claro es si el malestar y la frustración en el banquillo afectaron a Cristiano. En efecto, según Jorge Valdano, no se debería sobrevalorar la importancia del entrenador ni su influencia: «Los entrenadores son importantes en los años formativos de un jugador

(como lo fue Ferguson), pero Cristiano Ronaldo vino al Madrid del Manchester United como un jugador completamente formado. Con algunos se ha llevado bien, con otros menos», me explicaba Valdano ya en la época de Zidane como entrenador. «Todos son muy distintos y ninguno ha logrado que juegue mal. Con algunos se ha sentido más a gusto. Mourinho, a pesar de tener el mismo agente, no parecía tener una gran complicidad con Cristiano (...) y al final de la estadia de Mourinho, hubo la impresión de que los dos se habían distanciado un poco.»

Tras la derrota contra el Barcelona, Cristiano lograría trece goles que contribuirían a las dieciséis victorias del Real Madrid en dieciocho partidos, un expediente que solo se emborronó con un empate y una derrota antes del Clásico de abril en el Bernabéu.

Su importancia para el equipo y el aura sobrenatural que aportaba al terreno de juego quedaron en evidencia en otro partido de Liga aquella temporada. El 22 de febrero de 2010, Cristiano exhibió su potencial destructivo ante un Bernabéu emocionado en la aplastante victoria del equipo sobre el Villarreal por 6-2, duodécima consecutiva en casa, para reducir distancias con el Barça de Messi, que iba líder por el gol average. La espectacular actuación de Ronaldo desató una deificación como pocos jugadores habían visto antes que él: «Dios se mueve en formas misteriosas. De manera teatral, dramática. Hermosa, brutal. Con la cabeza alta, el cuello estirado, los hombros hacia atrás, la columna erguida, los labios apretados. Hinchando el pecho. Arriba, pausa efectista, abajo de nuevo, el aire se escapa de sus pulmones, empujando los barcos hacia la costa. Un prelude, una actuación, arrastrando al mundo hacia sí antes de golpear con gran venganza y furiosa cólera. El silencio se convirtió en asombro. Maravilla. Que se



haga la luz, preferiblemente un foco cenital, y ¡pardiez, se hizo la luz! Un destello y un rayo abrasaron el cielo, desgarrándolo ante Diego López».

Esta es la descripción de Sid Lowe del magistral lanzamiento de falta de Cristiano que transformó aquel día. Antes había anotado otro gol tras coger el balón en el centro del campo y emprender una de sus características galopadas a toda velocidad, con regates y fintas, batiendo a tres defensas para acabar marcando. Todo le salió bien en aquel encuentro; incluso ayudó a crear tres de los otros cuatro tantos del Madrid: el tercero, con un perfecto pase al primer toque a Higuaín; el quinto, con un precioso pase a Kaká entre la defensa del Villarreal; el sexto, creando tal amenaza con un recorte desde la derecha que el defensa del Villarreal no tuvo otra opción que derribarle. Xabi Alonso anotó el penalti. El mayor elogio probablemente fue el de *El Mundo*, que le comparaba con Di Stéfano.

Cuando por fin llegó el encuentro definitivo de la temporada ante el Barcelona, el Real Madrid iba líder con un punto de ventaja. Cristiano tenía en su mano destronar al Barcelona en su primera campaña. Sin embargo, Xavi Hernández impuso su ley durante todo el partido en el centro del campo, el Barcelona logró desplegar su hipnótico juego de pases cortos y Messi y Pedro convirtieron los tantos que firmaron la victoria azulgrana. Ronaldo fue criticado por intentar demostrar que era el mejor jugador del mundo sin mostrar disciplina ni conexión con sus compañeros.

Por tanto, a pesar de la brillantez de Cristiano en un equipo lleno de talento, el Real Madrid acabó su primera temporada con el portugués sin títulos, aunque él insistía en que estaba satisfecho de cómo estaban avanzando las cosas. «He disfrutado mucho esta temporada, lo que ha

faltado ha sido ganar un título», dijo. «Estoy muy contento aquí en Madrid, y mis compañeros me han ayudado mucho, pero el equipo no ha ganado nada. Tenemos que seguir luchando y estoy seguro de que ganaremos muchos títulos [en el futuro].» Había marcado un impresionante total de treinta y tres goles en todas las competiciones, mientras los especialistas en estadísticas señalaron que su combinación con Gonzalo Higuaín había logrado cincuenta y tres tantos, lo cual les convertía en la segunda pareja más goleadora en la historia del club.

El Real Madrid rompió su propio récord de puntos en Liga con un total de noventa y seis, pero el F. C. Barcelona lo superó con un extraordinario balance de noventa y nueve puntos, récord absoluto en la competición. Así las cosas, el Barça revalidó el título, con Guardiola al mando, y con Messi, Iniesta y Xavi nuevamente como los elementos clave de su Dream Team.

La falta de títulos costó el puesto de entrenador a Manuel Pellegrini tras un año en el banquillo, el último en una larga sucesión de breves reinados incapaces de aguantar la presión del modelo de negocio del presidente Florentino Pérez y la agitación de la afición más exigente de España, si no de Europa entera.

«Fue muy duro, muy difícil, pero hay que tener en cuenta las circunstancias», explicó al programa de televisión *Punto Pelota*. «Tenemos jugadores nuevos, un equipo en construcción, un entrenador distinto y sabemos que el éxito no viene inmediatamente, hay que rodar un poco.»

Por su parte, Cristiano declaró que estas cosas llevaban tiempo, aferrándose al recuerdo de las primeras dos temporadas que jugó en el Manchester, en las que no ganó títulos nacionales o europeos. Pero eso

era la Premier, el Manchester United y el régimen de Alex Ferguson. No era la Liga, el Real Madrid y el régimen de Florentino Pérez, con un Pellegrini maniatado como entrenador.

Desde el punto de vista de Florentino, el entrenador chileno no solo había fracasado en su intento de desbancar al Barça de Guardiola, sino que había sido incapaz de sacar todo el potencial de Cristiano Ronaldo, máximo valor del club. De hecho, José Mourinho, técnico exitoso y tremendamente ambicioso cuyo objetivo era convertirse en primer entrenador en lograr títulos en Inglaterra, Italia y España, ya estaba esperando la llamada de Pérez después de ganar la Champions con el Inter en Madrid. Era una oportunidad que los blancos no podían dejar pasar. Pérez hizo una oferta que el portugués aceptó encantado. Tenía razones muy personales para deleitarse con el desafío de destronar al Barcelona, aunque la tarea se presentaba extraordinariamente difícil tras la asombrosa temporada 2009-10 de los azulgranas.

## Intocable: Messi

*M*ientras todo el ruido en el Real Madrid durante el verano de 2009 giraba en torno a un nuevo equipo, su nueva superestrella y si la plantilla sería capaz de encajar, para el Barcelona y Messi, el tema era lograr continuidad y armonía. Después de la excelente primera temporada de Guardiola, que les dejó con seis competiciones que disputar en la segunda, el técnico cambió a Eto'o por Zlatan Ibrahimović, delantero de gran talento aunque con un carácter fuerte, pero aparte de eso la estrategia parecía ser «lo mismo, pero mejor». Para un entrenador cuyo mantra era la sencillez repetida (en una ocasión resumió su estrategia en «recibir la pelota, pasar la pelota, recibir la pelota, pasar la pelota» y que se enorgullecía de su manera de entrenar), el ingrediente clave para la nueva temporada estaba en que los jugadores mejoraran o se hicieran más eficaces en lo que hacían.

La brillantez de Messi durante aquella temporada, probablemente como respuesta al ruidoso vecino que acababa de instalarse en el Bernabéu, estuvo en alcanzar nuevos hitos. Después de marcar nueve goles en quince partidos antes de Navidad y recibir el Balón de Oro durante el parón invernal, anotó veintiséis goles más en los siguientes

veintitrés encuentros de Liga. Según avanzaba la temporada, cada vez que una victoria del Real Madrid planteaba una pregunta, el Barcelona la contestaba con su actuación.

La sustitución de Eto'o por Ibrahimović y las piernas cansadas del veterano Thierry Henry hicieron que el Barça se mostrara menos dinámico, menos apabullante que la temporada anterior, si bien la mejora del rendimiento en otros aspectos hizo que esto importara menos de lo que cualquiera esperaría. De Víctor Valdés, hasta entonces blanco de bromas, se decía que había llegado a jugar en el Barcelona tras ganar un concurso, pero ahora empezó a dar muestras de ser uno de los mejores porteros del campeonato, perfeccionando su juego de pies con el balón y sus paradas. El brasileño Dani Alves seguía siendo un impresionante recurso en ataque y ya no se quedaba atascado en campo contrario con tanta frecuencia, mientras Gerard Piqué, el chico guapo de la cantera que había vuelto a casa, se convirtió en un central dominador y que sacaba jugado el balón desde la línea defensiva. Había partidos, como la victoria a domicilio ante el Arsenal en Champions, en los que el adversario apenas era capaz de salir de su campo.

Otro canterano, Sergio Busquets, sustituyó a Yaya Touré en el centro del campo y su disciplina y pases cortos y sencillos se convirtieron en cimientos de gran parte del juego creativo que se construía por delante de su posición. Por su parte, Pedro, formado también en La Masía y que había tenido un papel menor durante la temporada anterior, de repente empezó a destacar como un elemento clave en el tridente atacante. Messi también se mostró más flexible durante esa campaña, jugando en la derecha, como falso nueve y a veces junto a un delantero centro como Ibrahimović o Henry.

En general, Guardiola parecía haber aportado más variación al planteamiento del equipo, introduciendo una especie de formación 4-2-4, que generaba incertidumbre en sus adversarios. De hecho, el único motivo de queja para la afición durante esa temporada fue la segunda equipación: de color rosa chillón.

Solo hubo una nota realmente negativa en la campaña del Barça. Fue la eliminación ante el Inter de Milán de José Mourinho en semifinales de la Liga de Campeones, después de verse obligados a viajar durante dos días en autobús debido a la interrupción del transporte aéreo por la erupción de un volcán en Islandia. La temporada acabó dejando la sensación de que José Mourinho, con un poco de ayuda de Dios, era el único capaz de detener al Barcelona. Con todas las miradas puestas en Sudáfrica y el Mundial, el presidente del Real Madrid sabía lo que tenía que hacer.

## El Mundial de 2010: Messi

*M*essi llegó al Campeonato del Mundo de 2010 en una condición que está a años luz que la que tenía en la anterior cita mundialista. Acababa de ser nombrado mejor jugador del mundo. Si cuatro años antes el debate giraba en torno a si estaba preparado, ahora el tema era cómo construir un equipo a su alrededor.

A esas alturas, con Maradona de entrenador, Messi era el 10 indiscutible de la albiceleste, un dorsal cuyo peso cultural habían sostenido otros internacionales como Daniel Ortega, Marcelo Gallardo, Pablo Aimar y Andrés D'Alessandro. Pero si alguien podía llevar ese peso, era él.

Maradona llevaba poco menos de dos años en el puesto, después de la creciente presión ante las dificultades de Alfio Basile para clasificar a la selección. Basile se vio obligado a renunciar en octubre de 2008 tras solo cuatro victorias en nueve meses, y con la derrota por 1-0 ante Chile como punto culminante, primer fracaso ante los vecinos andinos en treinta y cinco años.

Después de aquel partido, una compleja red de intereses personales impulsó un intensa campaña de apoyo al nombramiento de Maradona

como seleccionador nacional, a pesar del temor a que su personalidad no fuera la adecuada para las exigencias del puesto. La campaña incluyó llamadas personales para presionar de distintas maneras al presidente de la Asociación de Fútbol Argentina, Julio Grondona. Corrieron a cargo de tres presidentes latinoamericanos: el venezolano Hugo Chávez, el boliviano Evo Morales y el propio jefe de Estado argentino, Néstor Kirchner. Los tres se habían aliado políticamente con Maradona durante su última época anti-Estados Unidos.

Desde la expulsión del jugador del Mundial 94 en Estados Unidos por dar positivo en un control antidopaje, la relación entre Maradona y Grondona se había deteriorado mucho, pero le hicieron ver hasta qué punto se dispararía el valor comercial de la selección argentina con Maradona como entrenador. Por ejemplo, el Grupo Renova, propiedad del multimillonario ruso Viktor Vekselberg, que había comprado los derechos de televisión de veinticuatro partidos de exhibición de la albiceleste por dieciocho millones de dólares en 2006, presagiaba una duplicación de beneficios con el aumento de interés como consecuencia de la última resurrección de Maradona

En el plano futbolístico, Heinze y Agüero habían iniciado una especie de revuelta en el vestuario contra Basile. Habían convencido a otros jugadores de la selección para votar con sus piernas a favor de Maradona. En palabras de una fuente con acceso a la AFA, fue «el equivalente a un golpe de estado».

No hay evidencia que sugiera que Messi participara en la trama. Él ya había decidido apartarse de las conspiraciones internas del fútbol argentino al instalarse en Barcelona; después de su reunión con Guardiola había mantenido un perfil bajo fuera de los terrenos de



juego, guardando estrechos vínculos solo con su familia, especialmente su padre, y un reducido círculo de amigos.

Sin embargo, el golpe de Maradona cobró forma y se elevó a polémica pública. A pesar de que muchas de las maniobras en Buenos Aires se produjeron entre bastidores, fueron demasiado evidentes para Riquelme, jugador clave en el esquema de Basile y el único del equipo que se posicionó públicamente en contra de Maradona. En realidad, fue una cuestión de ego mezclado con principios. Por una parte, Riquelme temía perder su influencia sobre el equipo bajo la tutela de Maradona, pero tampoco estaba de acuerdo con la forma en la que se había orquestado la salida de Basile. Finalmente dejó la selección: «Es indudable que con el técnico de la selección no tengo los mismos códigos, no pensamos igual y, por lo tanto, no podemos seguir trabajando juntos», dijo de su renuncia.

Su decisión de abandonar la selección se produjo después de que Maradona sugiriera públicamente que la albiceleste funcionaba mejor sin él.

Ahora bien, como era de esperar, la actitud de Maradona para con Messi era más ambigua y compleja desde un punto de vista psicológico, sugiriendo no tanto una tensión entre egos (algo que Messi no parecía tener), sino, más bien, una rivalidad freudiana apenas escondida entre un padre autoritario y un hijo discreto, enfrentados no por el amor de una esposa o madre, sino por la admiración de una nación, con la eterna obsesión por un legado, al menos por parte de Maradona.

Con la cercanía del Mundial de Sudáfrica, las críticas veladas de Maradona hacia Messi, cuestionando su personalidad y si era o no demasiado callado, se transformaron en un cortejo evidente, mientras

el nuevo seleccionador argentino intentaba reunir un equipo y un sistema coherentes para garantizar la clasificación.

La era de Maradona como seleccionador nacional empezó de forma prometedora. Argentina ganó tres partidos, comenzando por una victoria por 4-0 ante Venezuela con una actuación destacada de Messi, que marcó el primer gol, asistió en el segundo y contribuyó durante todo el partido al ataque, formado por Tévez y Agüero. Sin embargo, la albiceleste cayó derrotada por 6-1 ante Bolivia en La Paz, en un partido donde la presión por la altura influyó negativamente sobre todos los jugadores, incluido Messi, que vomitó en el campo durante el encuentro.

Ante las crecientes críticas de los medios de comunicación, la selección venció a Colombia, pero luego sucumbió ante Ecuador y Brasil. Argentina no jugaba como un equipo, sino como una colección de jugadores que no encontraban la sintonía entre sí, y Messi parecía causa y víctima a la vez de esa disfuncionalidad. Maradona le consideraba su jugador más importante, pero sin el brazalete de capitán (el honor era de Javier Mascherano), Messi tampoco podía predicar con el ejemplo.

Las cosas nunca fueron fáciles para él en la selección. No importaba que siguiera volviendo a Rosario año tras año, que mantuviera el acento argentino al hablar, ni que, a pesar de las restricciones alimentarias que le habían impuesto para garantizar su rendimiento, nunca perdiera la pasión por la pizza, los budines y las milanesas, especialidad de su madre. En su país seguían considerándolo un exilado, por mudarse a Barcelona y haber crecido allí, y por pasar sus vacaciones estivales en Ibiza, su destino turístico preferido. También influía el hecho de que casi nunca levantara la voz en el terreno de

juego y fuera demasiado introvertido para cantar el himno nacional, lo cual era poco patriótico para algunos de los más radicales exponentes del nacionalismo argentino. Cuando Argentina perdía, siempre se le hacía sentir como el chivo expiatorio, culpándole por no empujar a sus compañeros hacia la gloria como hacía en el Barcelona. Aunque él pensaba que algunos de sus compañeros de selección no tenían la misma calidad que los futbolistas del Barça y que le cohibían tratándole de un modo diferente, en general eran mejores que los jugadores que acompañaban a Diego Armando Maradona en México.

Sin embargo, a diferencia de lo que tenía en el F. C. Barcelona, Messi no encontraba ni la táctica ni un equipo capacitado para jugar para su talento e inspirarse en él. César Luis Menotti, seleccionador de la albiceleste en la victoria del Mundial 78 y posteriormente técnico de Maradona en el Barcelona, elogiaba a Messi como una «joya de jugador» y denunciaba la situación con la máxima sutileza: «No hay un desarrollo de planes, los tiempos no son los que corresponden, los amistosos no han tenido la preocupación de la búsqueda del mejor funcionamiento del equipo. Creemos que tenemos una terrible dependencia de los futbolistas y de lo que pueda hacer Maradona en estos veinte días», resaltó y, como si le hablara al nuevo seleccionador, dijo: «Tu obligación no es ser campeón del mundo, tu obligación es saber cuál es la idea de juego».

En otra ocasión, antes del Mundial, Menotti defendió a Messi, criticado por muchos de sus compatriotas. Responsabilizó a la selección argentina: «Leo no es un estratega, es un definidor de la estrategia, eso es lo que hace en el Barcelona, donde participa del juego de Xavi, de Iniesta, de Touré, que cada día es mejor. Ellos elaboran y Messi se aprovecha después. Y se luce, claro. En Argentina,

en cambio, todo es confusión y él queda atrapado en ella. Messi en el Barcelona juega, y en la selección, corre».

La selección de Maradona tuvo mucha suerte de alcanzar la fase final del Mundial tras perder contra Paraguay y lograr la clasificación venciendo a Perú y Uruguay en los últimos dos partidos de la campaña. Sin embargo, a pesar de su desastrosa experiencia en la fase clasificatoria, Argentina consiguió centrarse antes de la fase final, especialmente porque Messi había ganado el reconocimiento mundial por su papel decisivo en la brillante temporada del F. C. Barcelona.

También había habido una «cumbre» entre Messi y Maradona en Barcelona, ampliamente cubierta por los medios, en la que jugador y técnico acordaron cambiar la táctica y el sistema para darle más protección y acceso a la pelota, y así poder hacer mejor uso de ella.

Como explicaba el escritor sobre temas de fútbol Simon Kuper en mayo de 2010, justo antes de dar comienzo el campeonato: «Normalmente, el principal suspense antes de un Mundial está en quién lo ganará. Este año, la gente tiene las mismas ganas de saber si Sudáfrica verá al auténtico Messi, si podrá igualar alguno de los momentos que nos ha regalado con el Barcelona, pero en el máximo escenario del fútbol; en fin, no hay nada mejor en este juego. En gran medida, este Mundial trata de Messi. Pero para entenderlo, hay que comprender su ascendencia en el fútbol argentino».

Debo dar las gracias al periodista argentino Julio Marini por recomendarme la película *Pelota de trapo* para entender mejor ese legado, y especialmente la figura mítica del pibe, el niño futbolista hecho en la calle. Después de la caída de Maradona con su expulsión del Mundial de Estados Unidos en 1994, los aficionados argentinos esperaban la resurrección de la figura del pibe. Como ya hemos visto,

muchos habían estado cerca, pero el renacimiento seguía esquivando la conciencia nacional.

La cinta, realizada en los años cuarenta, cuenta la historia de un grupo de chavales de un barrio pobre argentino que crea un equipo callejero, Los Sacachispas. Disputan sus primeros partidos con una bola hecha de trapos, porque no pueden permitirse una de cuero. Sin embargo, su picardía, habilidad y espíritu de lucha naturales, controlando y pasando la pelota sobre terrenos desiguales y descuidados y enfrentándose a adversarios más fuertes, no tardan en hacerse evidentes, mientras uno de ellos, Eduardo Díaz, despunta como capitán natural.

Al comienzo de la película, Díaz tiene el apodo de *Comeúñas*. A pesar de que en efecto tiene ese hábito, su carácter comedido, casi tímido, se ve transformado cuando juega, inspirando al equipo como goleador y creador de juego. Según crece la confianza de Díaz y su equipo en sí mismos, organizan una campaña para recaudar fondos para comprar una pelota de cuero, que logra el apoyo de padres obreros mal pagados y del cura del barrio. Díaz acaba siendo captado como futbolista profesional, se convierte en estrella de la selección nacional y adquiere un estatus heroico por jugar a pesar de que le diagnostican una enfermedad de corazón potencialmente mortal.

La película cuenta con actores aficionados y profesionales, y se basó en el asesoramiento de una de las grandes leyendas del fútbol argentino en sus primeros años, Guillermo Stabile. Jugador de Huracán, Stabile fue el primer futbolista argentino en marcar un gol en un Mundial, en 1930 (anotó ocho tantos en cuatro partidos durante el torneo). Posteriormente, entrenó con éxito a la selección albiceleste

entre 1939 y 1958: ganó la Copa América en siete ocasiones y un Campeonato Panamericano.

*Pelota de trapo* se estrenó en 1948, cuando Argentina vivía una revolución social a favor de las clases obreras bajo el gobierno del presidente militar populista Juan Domingo Perón. Se convirtió en un éxito de taquilla inmediato en el país y ha seguido disfrutando de una enorme fama en Sudamérica gracias a YouTube. La historia de sus pibes, de lo que significa ser argentino en el fútbol, es una historia de identidad nacional, representada por embusteros ambulantes e imaginativos, nacidos en Argentina y de origen inmigrante, que descubren su talento en duros espacios urbanos, los llamados *potreros*. Maradona hizo realidad conscientemente este destino, este viaje idealizado de la chabola a la selección nacional. Y ese mismo papel es el que se le atribuyó equivocadamente a Messi, que, para algunos argentinos, ni era ni podía ser nunca un auténtico pibe.

Maradona deseaba tanto ayudar al chico que le pidió que le esbozara un sistema que aumentara sus opciones de levantar su primera Copa del Mundo en 2010. Messi sugirió sustituir el sistema 4-4-2 por el que Maradona había demostrado debilidad, con dos extremos, dos centrocampistas y dos delanteros, por un 4-3-1-2 o un 3-4-1-2, centrando el juego en el trío atacante, pero con suficientes jugadores para defender.

El nuevo planteamiento resultó eficaz en el primer partido del torneo, ante un adversario como Nigeria, que ofrecía muchos espacios. El público festivo y mayoritariamente argentino que acudió a Ellis Park se mostró agradecido por el espectáculo, con un Maradona obeso y ligeramente acomplejado gesticulando desde la banda y Messi más delgado de lo habitual. Leo fue el artista destacado, creando ocasiones

para los demás y disponiendo de varios disparos a puerta que fueron frustrados por el soberbio guardameta nigeriano Vincent Enyeama, antes de que Heinze lograra de cabeza el gol de la victoria argentina.

En el siguiente partido, ante Corea del Sur, Messi volvió a sobresalir en su papel de creador de juego, participando en todos los goles albicelestes del 4-1 definitivo. Con el pase a octavos ya asegurado, la mayoría de los titulares se quedaron en el banquillo en el último partido de la fase de grupos frente a Grecia, pero no Messi, que a regañadientes accedió a la solicitud de Maradona de lucir el brazalete de capitán para dar descanso a Javier Mascherano.

Por primera vez, los integrantes de la selección argentina vieron a Messi claramente nervioso la víspera del partido. No era por miedo a no jugar bien: le aterraba la idea de tener que dar un discurso a sus compañeros, como suele hacer el capitán. A la mañana siguiente, se vio incapaz de hilar una arenga coherente y pidió al veterano Juan Verón que gritara unas palabras de ánimo, pues a él sí se le oiría a pesar de los cantos tribales de miles de aficionados argentinos desatados, que saltaron y bailaron antes y durante el himno nacional, tocando tambores y aportando con su ritmo un contrapunto efectivo al ruido de las vuvuzelas africanas que resonaban en el estadio.

Messi vivió una velada frustrante ante un equipo muy mediocre y sin ambición. A pesar de dominar la posesión, Argentina no logró abrir el cerrojo de la defensa griega con nueve hombres detrás del balón. Hasta el propio Messi tuvo dificultades para zafarse de las atenciones de su marcador, Avraam Papadopoulos, que sin embargo no pudo evitar que Leo fuera elegido mejor jugador del partido. Finalmente, Argentina consiguió marcar dos goles en el último cuarto del partido,

el primero de Martín Demichelis y el segundo del delantero suplente Martín Palermo, tras el rechace del meta a un disparo de Messi.

«Exactamente veinticuatro años después de marcar su famoso gol de la Mano de Dios contra Inglaterra en el Mundial `86, Diego Armando Maradona saltaba de alegría en la zona técnica como seleccionador», comentaba la BBC.

«Creo que estamos demostrando de qué somos capaces», afirmó Maradona más tarde, antes de expulsar de la sala de prensa a un medio de comunicación español que creía demasiado crítico con su selección y su gestión. Maradona aseguró que no se estaba respetando el juego limpio, señalando que los colegiados debían aplicar el reglamento cuando se cometían faltas recurrentes sobre un jugador; en este caso, Messi: «El famoso *fair play* no existe. Si a Messi cada vez que agarra la pelota lo tumban, viejo, ¿a qué estamos jugando? Si la marca escalonada pasa a la falta reiterada, sacale tarjeta amarilla al tercero que le pegó a Messi y vas a ver que los defensores no le pegan más», dijo irritado en rueda de prensa.

Hablaba como si diera por hecho la victoria en el torneo, pero el hecho de que una Argentina lanzada al ataque con Messi de capitán apenas lograra derribar el muro defensivo de Grecia debería haberle preocupado, ya que al cabo de pocos días les esperaban adversarios mucho más potentes. En octavos, Argentina se impuso a una decepcionante selección mexicana por 3-1. Messi dio la asistencia del primer gol: un polémico disparo de Higuaín que subió al marcador a pesar del fuera de juego. Dos tantos de Tévez cerraron el partido. Pero luego vino el encuentro contra Alemania: fue el desastre nacional argentino.



Puede que el equipo de Joachim Löw contara con menos estrellas que el de Maradona, pero desde el pitido inicial se mostró más disciplinado en defensa y más peligroso en ataque. Messi y Tévez trataron de subir el ritmo para desgastar la línea defensiva germana, pero encontraron poco que explotar. Como explicó Simon Kuper después del partido: «En Sudáfrica se ha visto que existe una manera de parar a Messi, y el propio Maradona se ha topado con ella. Solo hay que hacer que el chico reciba el balón a cincuenta metros de la portería contraria. De ese modo, el adversario puede formar un muro de nueve hombres para que no pueda pasar. Y así lo hicieron los alemanes».

La defensa desestructurada de Argentina llevaba haciendo agua desde el principio del Mundial y acabó provocando su eliminación en la misma fase del torneo y ante el mismo contrincante que cuatro años antes. La derrota por 4-0 era su peor resultado desde 1974.

Posteriormente, la FIFA destacó a Messi como uno de los diez mejores jugadores del campeonato, citando su ritmo y creatividad «sobresalientes» así como su regate, disparo y pases «espectaculares y eficaces». Pero la realidad seguía siendo que Argentina no había logrado pasar de cuartos de final y que Messi se fue del torneo sin haber marcado un solo gol.

En Argentina, recibió críticas más duras que Maradona. Se esperaba que el mejor jugador del mundo según los expertos fuera capaz de conducir a un equipo mediocre hasta el título, como podría decirse que hizo Maradona en 1986, pero Messi no consiguió repetir con Argentina sus actuaciones en Barcelona. Eso generó nuevas acusaciones de que su país le importaba menos que su club.

La eliminación de Argentina del Mundial de Sudáfrica dejó al fútbol albiceleste con una sensación de humillación y pérdida, aunque no era

la primera ni sería la última vez. La gente comprendió que Maradona era humano después de todo. Por su parte, Messi aún debía ganarse el estatus mitológico de héroe nacional.

Fernando Signorini, preparador físico de la selección y testigo clave, guardaba un recuerdo más agradable de la campaña de Argentina en el Mundial 2010 cuando hablé con él en Buenos Aires en 2016. Desde luego, más grato que la pesadilla del Mundial de Estados Unidos, cuando tuvo que darle la noticia a Maradona de que el test antidopaje había fallado en su contra y le expulsaban del torneo, lo cual virtualmente ponía fin a su carrera como jugador.

Es difícil que nada sorprenda a Signorini, íntimo de Maradona durante mucho tiempo, pero no olvidará fácilmente la escena que vio aquel día: una estrella internacional quedando reducida en un instante a desecho humano. «Parecía como si el mundo de Diego se hubiera hecho pedazos. Lloraba desde lo más profundo de su alma, completamente fuera de sí.»

Dieciséis años más tarde, Signorini no vio la misma histeria en Maradona ni en Messi, tal vez porque el primero ya no tenía tanto en juego y porque el joven jugador tenía un futuro estelar asegurado, con un equipo y un entrenador mejores para apoyarle en cuanto regresara a Barcelona.

Según me explicó Signorini, él superó la decepción de no ganar el Mundial de Alemania por las peculiares circunstancias que unieron a Maradona y Messi durante el campeonato. «Fue una experiencia maravillosa mientras duró: siempre que estaba fuera de los focos de los medios, Diego mostraba verdadera ternura y respeto por el joven Messi, cada vez que hablaban. Todas esas ideas de que había una

especie de rivalidad entre ellos fueron invención de algunos sectores de los medios.»

A continuación me explicó una anécdota sucedida en un entrenamiento, mientras fumaba un cigarrillo tras otro y se refugiaba de la lluvia bajo un toldo a la entrada de La Biela, una de las cafeterías más populares de Buenos Aires: «Te cuento una anécdota que pasó en Francia cuando fuimos a jugar contra la selección francesa en Marsella en preparación para el Mundial. El día anterior al partido fuimos a entrenar al estadio. Hacía mucho frío, mucho viento. Habíamos estado unos cuarenta minutos cuando Diego pega un grito: “¡Vamos profe, vamos todos al vestuario, que no se nos enfríe alguien antes de mañana!”. Así que les digo a todos “vamos al vestuario”, y en ese momento veo que Leo agarra la pelota y la pone frente al arco en el ángulo izquierdo de la media luna y a continuación pega a la pelota que se desvía a la izquierda y para arriba tres metros... Entonces Leo hace un gesto de resignación y se va caminando hacia el vestuario. Yo le pongo el brazo en el hombro y le digo: “Vos que vas camino de ser el mejor jugador del mundo te vas al vestuario habiendo dejado esa porquería. Te va a dar pesadillas...” Entonces, en ese momento, escucho a Diego decirle a Leo: “Para, pibe, venite para acá”. Entonces le agarra, le lleva y toma la pelota, y la pone en el mismo lugar. En ese momento se detuvo todo el mundo. ¿Que va a hacer Maradona?, se preguntaron. Pues Diego va a Leo, le apoya la mano en el hombro y le dice: “Escuchá una cosa. Cuando vos tenés la pelota, no le saqués el pie tan rápido porque si no ella no sabe lo que vos querés”. Parecía un pedagogo de fama mundial resumiendo en pocas palabras un concepto casi imprevisible para la eficacia... Y, en ese preciso momento, Diego se tiró para atrás, pegó a la pelota y la clavó. Allí estaba resumida la

historia del futbol argentino, en ese momento, con esos dos tipos. Y esto contradice lo que tanta gente decía: que Diego tenía envidia de Leo. De ninguna manera, porque si hubiese sentido envidia, no le hubiera enseñado. Para Leo era todo un aprendizaje».

## El Mundial de 2010: Cristiano

*T*ras una temporada que cualquier otro año hubiera acabado con la consecución del título de Liga, pero que en 2010 fue desbaratada por la excelencia del F. C. Barcelona, Cristiano Ronaldo acudió al Mundial de Sudáfrica como capitán de la selección de Portugal. El equipo estaba a las órdenes de Carlos Queiroz, el mismo técnico que llamó la atención de Alex Ferguson sobre Cristiano cuando el jugador militaba en el Sporting y luego ayudó a facilitar su fichaje por el Real Madrid. Todo empezó de manera poco imponente en la fase de grupos, con un anodino empate a cero ante Costa de Marfil.

En el segundo partido, con Ronaldo como figura clave, Portugal hizo una exhibición de crueldad e ímpetu para barrer a una voluntariosa selección de Corea del Norte por 7-0. A pesar de que Cristiano solo marcó uno de los tantos, con él rompió dos años de sequía con el equipo nacional, desde su último tanto en la Eurocopa de 2008.

El tercer encuentro tuvo menos motivos para la celebración. A pesar de todo el bombo publicitario que se había dado a la figura de Cristiano como el nuevo Pelé del mundo lusohablante y a Portugal como defensora del «juego bonito», el duelo entre Portugal y Brasil no

estuvo a la altura de las expectativas y acabó en un empate sin goles, que, sin embargo, permitía a ambos equipos pasar a la siguiente fase.

Ante Brasil, Queiroz optó por una estrategia defensiva para ahogar al adversario, y su eficacia hizo que el partido resultara decepcionante y brusco, con más tarjetas que ocasiones claras de gol.

Ronaldo jugó solo en el papel atacante y no consiguió decantar el partido. Sus disparos desde fuera del área no resultaron efectivos esta vez. Solamente hubo una ocasión en la que sí amenazó la meta canarina, cuando, transcurridos quince minutos de la segunda parte, ganó por velocidad a varios defensas brasileños en una carrera desde la línea central, antes de ser interceptado por Lucio, que desvió la pelota hacia la línea de gol para que Pepe, su compañero en el Real Madrid, rematara al lateral de la portería.

En octavos de final, Cristiano repitió capitania en un equipo compacto, y fue una auténtica amenaza para España con sus lanzamientos a balón parado. Sin embargo, no pudo evitar la derrota ante los jugadores de Vicente del Bosque, que acabarían convirtiéndose en campeones del mundo tan solo dos años después de alzarse con la corona europea a las órdenes de Luis Aragonés. A pesar de que Messi no estaba en el campo, su fantasma sí lo estuvo, evocado como por arte de magia en las jugadas de la Roja, con los movimientos de sus pequeños y habilidosos futbolistas al estilo del Barcelona, y con un equipo muy basado en los jugadores formados en La Masía.

Era un reconocimiento y un generoso homenaje al extraordinario logro de Pep Guardiola al construir una ética de equipo y un estilo que había entretenido y asombrado a millones de aficionados en todo el planeta, con una sublime creatividad y con su juego que, con y sin el balón, desmoralizaba y dejaba exhausto al adversario.

Del Bosque había visto el efecto de la era galáctica en el Real Madrid y no le gustaban el famoseo, los superegos ni el derroche. Pero su plan para que España siguiera cosechando éxitos revalidando la corona europea en 2012 se iba a topar con una amenaza que nunca hubiera imaginado de un entrenador de su querido Real Madrid.

El 31 de mayo de 2010, con la Liga a punto de terminar, el Real Madrid presentó como nuevo técnico a José Mourinho, reciente campeón de la Champions con el Inter de Milán tras derrotar al F. C. Barcelona en semifinales con una impresionante actuación defensiva. El portugués llegaba a la capital de España para sustituir a Manuel Pellegrini.

## Mourinho entra en escena

**D**espués del Mundial, el verano de 2010 marcó varios momentos importantes en la carrera de Cristiano Ronaldo. El primero fue la marcha del Real Madrid de Raúl González, un emblema de valores tradicionales, que abrió el camino a la sucesión del número siete, que fue a parar a una persona y futbolista muy distinto. El segundo fue la noticia de que el usurpador del dorsal de Raúl, Cristiano, se había convertido en la primera persona en la historia de un deporte en alcanzar los cincuenta millones de seguidores en las redes sociales.

Por mucho que Raúl fuera considerado un héroe durante muchos años para los aficionados tradicionales del Real Madrid y para millones de seguidores de la selección española, Cristiano Ronaldo era un fenómeno comercial y una celebridad de la era digital, elemento clave en el desarrollo del Real Madrid como negocio global.

La historia digital de Cristiano comenzó el 23 de octubre de 2005, cuando se creó su canal en YouTube. En la actualidad, cuenta con 845.000 suscriptores y sus vídeos tienen más de sesenta y cinco millones de visionados. El 6 de mayo de 2009, se abrió la página autorizada del jugador en Facebook, que en los cinco años siguientes acaparó más de ochenta y siete millones de *likes*. En junio de 2010,



Cristiano se unió a Twitter, donde recabó más de 27,2 millones de seguidores al cabo de dos años. El 31 de octubre de 2012, creó una cuenta en Instagram. Cuando se escribía este libro, tenía ciento veinte millones de seguidores en esa plataforma.

No cabe duda de que la marca Cristiano fue la que anunció el 3 de julio en su página personal de Twitter y Facebook que había sido padre de un niño poco después de que Portugal cayese eliminada ante España en el Mundial. Era como si el famoso decidiera levantar la cabeza para desviar la atención de la derrota del jugador.

Cristiano Júnior pesó cuatro kilos y trescientos gramos: un tamaño que cuadra con los genes de su padre. Sin embargo, no fue un anuncio al uso de la llegada de un nuevo miembro a la familia, sino más bien la definición de una marca que tendía la mano a padres, independientemente de su estado civil o su género, y que reflejaba el egocentrismo de Ronaldo: «Con gran alegría y emoción informo de que recientemente he sido padre de un niño. La madre del bebé y yo hemos acordado, ya que ella prefiere que su identidad se mantenga confidencial, que mi hijo se quede bajo mi exclusiva tutela. No se dará más información sobre este asunto y pido a todo el mundo que se respete completamente mi derecho a la privacidad (y a la del niño), al menos en temas personales como este».

El anuncio despertó inevitables preguntas acerca de la identidad de la madre y la concepción de su hijo, entre especulaciones de los medios de comunicación que iban desde la gestación subrogada al producto de una relación casual. Para algunos de los seguidores más tradicionales del Real Madrid, el contraste con la vida personal de Raúl, el héroe de la cantera, se hizo tremendamente evidente. Cualquier aficionado del Madrid sabía quién era la madre de los hijos

de Raúl y las convencionales circunstancias de su nacimiento. Raúl y su esposa, Mamen Sanz, eran una de las parejas más discretas en el mundo del fútbol, con un atractivo natural y un estilo al vestir, inseparablemente unidos en un largo matrimonio sin escándalos. Eran novios desde la adolescencia. Mamen se tomó un respiro de diez años en su prometedora carrera como modelo para cuidar de sus cinco hijos. A comienzos de 2010, coincidiendo con el declive en la carrera de su marido, Mamen reapareció en varias revistas de moda, con un aspecto exultante y compartiendo la felicidad marital cuatro meses después de dar a luz a su última hija.

Como dijo en una entrevista publicada en *Elle*: «Sí, me casé con una persona muy popular, pero yo llevo una vida normal y corriente como cualquier otra madre de familia. Es un padre excelente, está implicadísimo en la educación de los niños. Ellos le admiran mucho. Siempre hemos intentado transmitirles a los niños que el respeto es fundamental, que sepan valorar que son unos privilegiados».

Raúl había llegado a los treinta y siete años jugando al lado de futbolistas de la talla de Zidane, el brasileño Ronaldo, Figo o Roberto Carlos, e incluso permaneciendo más que ellos en el equipo. El capitán del Madrid recibió una emocionante despedida del club que dejaba como máximo goleador de todos los tiempos, así como máximo goleador de la Champions. Florentino Pérez rindió homenaje al veterano en su último día: «Querido Raúl, tu ejemplo será reconocido para siempre en el Real Madrid, donde sabes que las puertas están abiertas para ti de forma permanente porque tú alimentaste la leyenda blanca durante años. Porque tú también eres leyenda», sentenció el mandatario.

Sin embargo, esos valores tradicionales tal vez vendían menos en una era digital globalizada y obsesionada por los famosos. La llegada de Cristiano Ronaldo fue un indicio de que el club se adentraba en una nueva fase, con un jugador mucho más joven que ya contaba con millones de seguidores en todo el planeta desde su paso por el Manchester United, y cuyo potencial comercial se estaba haciendo realidad a una escala tremendamente ambiciosa bajo la gestión de uno de los representantes futbolísticos más poderosos y exitosos del mundo.

Con su vida personal entrando en una nueva fase y su sucesión en el dorsal número 7, que daba nueva coherencia a su marca, CR7, Ronaldo empezaba la temporada con el único entrenador en el fútbol mundial que podía reivindicar verdaderamente su propio culto de la personalidad.

A pesar de que la contratación de Mourinho se anunció el 31 de mayo, en realidad, las negociaciones entre el entrenador luso, Mendes y el Real Madrid habían comenzado meses antes de la final de la Champions, a comienzos de la que sería la última temporada de Mourinho en el Inter. Mendes y Mourinho se reunieron en secreto con altos directivos del Real Madrid en una de las residencias menos visibles del entrenador, un refugio de montaña en Portugal. Cuando llegaron los coches oficiales del Real Madrid, Mourinho se sorprendió de no ver a Jorge Valdano, director deportivo del club. Al preguntar a uno de los directivos por qué no había acudido a la reunión el argentino, le dijeron que no se había informado a Valdano y que el asunto no tenía nada que ver con él. Era una señal de que Pérez tenía

la intención de adaptar la organización del club a las necesidades de Mourinho.

Hasta ese momento, Valdano había tenido un rol dominante dentro del club, con línea directa con el presidente; había asesorado en los fichajes y en las relaciones con los medios. Mourinho también tenía una personalidad fuerte y no venía al Real Madrid para ser segundo violín. Exigió tener el control absoluto y un papel supremo, y desde el comienzo dejó bien claro que no consideraba necesario a Valdano, al que dejó de lado hasta que el argentino se vio obligado a marcharse.

Florentino Pérez creía haber encontrado en Mourinho a un técnico con suficiente personalidad y talento para llevar a Cristiano Ronaldo a otro nivel, un nivel que probara que era más grande que el propio Messi. Además, contaba con un historial demostrado de victorias frente al rival histórico del Madrid en sus mejores momentos.

Desde que salió de la sombra de su mentor Bobby Robson para asumir el cargo de primer entrenador en el banquillo del Oporto en 2002, Mourinho había despertado mucha polémica, atrayendo a seguidores y detractores por igual. Sus críticos le veían en su peor versión como un personaje abrasivo, inestable y destructivo, que no demostraba suficiente respeto por sus adversarios y era un mal perdedor. Sus admiradores creían que había madurado desde su etapa en el Chelsea, manteniendo la capacidad de desgastar al adversario y motivar a sus jugadores, de hacer equipo al tiempo que sacaba lo mejor de individualidades como Ronaldo, que necesitaban un trato especial.

Mientras Mourinho y Cristiano estaban en la Premier League, técnico y jugador habían tenido varios encontronazos verbales, pero más relacionados con su pertenencia a equipos rivales en partidos

sumamente competitivos de la Premier League que con cualquier problema personal. Cuando se volvieron a encontrar en el Real Madrid, ya hacía mucho que habían hecho las paces. Mourinho consideraba que Ronaldo, como él, era una figura importante de la diáspora portuguesa, y por tanto merecía respeto y reconocimiento.

Ronaldo siguió madurando y adquiriendo más importancia sobre el campo, mientras Mourinho seguía siendo The Special One (el Especial). Eso llevó al técnico a encontrar un espíritu afín en el jugador, una personalidad cuyo deseo insaciable de ganar, unido a su arrogancia y una seguridad suprema en sí mismo, eran reflejo de la suya. Compartían características que, en un mismo equipo, podían producir un dúo formidable, capaz de superar hasta al mejor adversario.

La temporada 2010-11 del Real Madrid parecía abocada a girar en torno al entrenador más que a cualquiera de sus jugadores, con polémicas que generaban tanta falta de concentración como excusas. Años más tarde, mientras luchaba por meterse entre los cuatro primeros puestos de la Premier League, en la primavera de 2017, Mourinho comentaba que ganar algo en Inglaterra era especialmente difícil porque todos los clubes importantes podían permitirse fichar a grandes jugadores.

«En Inglaterra, los clubes son tan poderosos económicamente que el mercado está abierto para todos —explicaba a *France Football*—. Ningún club inglés puede dominar. El poder está dividido y todo es más difícil: comprar, ganar, construir.»

Es difícil saber si tenía razón o si simplemente trataba de ir sembrando excusas desde el principio. Sin embargo, en el Real Madrid no tenía ninguna excusa de ese tipo. El poder económico y político del

club no tenían rival, salvo el F. C. Barcelona. Ambos clubes podían elegir entre los mejores jugadores nacionales y europeos. Su control de los ingresos por derechos televisivos y comerciales equivalía a un duopolio. Pero el hecho era que tanto el Real Madrid como su estrella, Cristiano Ronaldo, aún tenían que desgastar la reputación del Barça de Pep Guardiola como mejor equipo del mundo y de Messi como mejor jugador.

José Mourinho había ampliado sus éxitos con el Oporto y el Chelsea convirtiendo al Inter en el primer club italiano en ganar un triplete (aunque la hazaña en Champions fue lo que convenció a Florentino Pérez de que era el entrenador que tenía la llave para poner fin a la época dorada del F. C. Barcelona). Y es que lo hizo de forma impresionante, con un equipo robusto en defensa y eficaz al contraataque, derrotando al poderoso Bayern de Múnich después de imponerse al Barça de Guardiola en semifinales. Para Pérez y la afición madridista, esa eliminatoria fue la más importante, pues demostró que su gran rival no era invencible, que se podía derrotar a Guardiola... y a Messi.

Detrás de las últimas maniobras en el seno del Real Madrid, estaba la eminencia gris de la élite del fútbol mundial, Jorge Mendes, que representaba a Mourinho y a Ronaldo. También llevaba a cuatro jugadores que el club blanco fichó para reforzar el equipo antes de acabar el plazo de fichajes tras el Mundial de 2010: los alemanes Sami Khedira y Mesut Özil, el defensa portugués Ricardo Carvalho y el extremo argentino Ángel di María.

Si hubo un método característico tras la llegada de Mourinho al Real Madrid era el de hablar más alto que nadie y provocar

enfrentamientos. Tal y como ha señalado el periodista deportivo Jonathan Wilson: «Es un entrenador que prospera con el conflicto, alguien que no está contento si no hay algo por lo que estar descontento... La tensión es sencillamente su manera de funcionar. Si no la hay, tiene que crearla y no le importa demasiado a quién pueda dañar haciéndolo».

En el Real Madrid, Mourinho buscó pelea con el joven y popular extremo Pedro León tras un partido ante el Levante en septiembre de 2010, «aparentemente solo para crear un ambiente de incertidumbre y evitar que se arraigara la autocomplacencia», escribía Wilson. Más adelante, humilló en público al que fuera durante mucho tiempo respetado capitán del equipo, Iker Casillas, relegándole de la titularidad, principalmente para controlar su autoridad en el vestuario.

Dado su historial, uno pensaría que Mourinho ya no necesitaba dejar claro quién era el jefe, ni tampoco demostrar su autoridad, pero como señalaba Wilson, metiéndose con León y Casillas estaba haciendo hincapié en el mensaje de que «nadie es lo bastante grande, emblemático, o cercano a Mourinho como para estar a salvo».

La única excepción era Cristiano Ronaldo. A pesar de que las diferencias por la vida personal y el ego de ambos alimentaban riñas ocasionales y eran demasiado evidentes como para que guardaran una relación estrecha, Ronaldo disfrutaba de un estatus privilegiado en las políticas internas del Real Madrid.

Aparte de que el presidente atesoraba a Cristiano como el bien más preciado de su proyecto comercial y deportivo, Mourinho le consideraba el mejor jugador del equipo, mientras que el agente que compartían le tenía como el mejor futbolista del mundo, una

reputación que no solo había que preservar, sino avivar con éxitos en el Real Madrid.

Como el propio Jorge Mendes explicaba a sus biógrafos en 2015: «Para mí fue muy especial cuando Ronaldo ganó su primer Balón de Oro en 2008 [mientras estaba en el Manchester United]... Fue el primer paso, aunque yo ya sabía desde el principio que Ronaldo sería el mejor jugador de siempre. Para mí lo es, y no me cabe ninguna duda... Cristiano no estaba jugando en el mejor equipo del mundo [en el Manchester United]. Pero es el mejor, sin ninguna duda. Es el mejor a todos los niveles: en calidad, en profesionalidad y humanamente».

Cuesta separar el bombo publicitario de la auténtica convicción. El caso es que Mendes había persuadido a Florentino Pérez de ello, y Mourinho tenía que hacer todo lo posible para demostrarlo. Era una tarea difícil, incluso para Mourinho, y puso a prueba sus capacidades psicológicas y tácticas como nunca antes. Los fichajes en verano de 2010 buscaron apoyos para Ronaldo. Özil y Di María venían para darle asistencias y acompañar sus carreras, mientras que Khedira y Carvalho le liberarían de las responsabilidades defensivas. El escenario estaba dispuesto para que el dúo luso tomara Barcelona.

Las estrellas del fútbol no suelen ser blanco de parodias populares, pero en sus primeros años en el Real Madrid, Cristiano Ronaldo se convirtió en un objetivo fácil para las sátiras de uno de los programas de entretenimiento más populares de la televisión moderna en España.

*Crackòvia* surgió como *spin-off* de un programa anterior llamado *Polònia*, que empleaba actores con rasgos parecidos a los políticos del país para hacer una sátira mordaz. Aprovechando la misma fórmula, la nueva serie se centró en personajes conocidos del mundo del fútbol,



especialmente del F. C. Barcelona y el Real Madrid, y sus personalidades más conocidas. Muchos españoles tenían la costumbre de usar el provocativo «polacos» para referirse a los catalanes, por el carácter «foráneo» de su idioma y su cultura.

Inicialmente producido por el canal oficial de televisión catalana, TV3, este programa de sátira futbolística empezó a reunir seguidores en YouTube. En verano de 2011, ya superaba la popularidad de su precursor político, *Polònia*. El club de fans del programa se extendió por toda España, con muchos seguidores en Madrid, esencialmente gracias a la evolución en la rivalidad entre los dos grandes clubes del país, así como el intenso seguimiento mediático de sus dos jugadores estelares, Cristiano y Messi, que eran ridiculizados con varios niveles de intensidad.

Mientras que las risas de los espectadores a costa de Messi se centraban principalmente en su acusado acento argentino y su aparente incapacidad de hilar más de un par de frases juntas, el retrato de Cristiano, también con un marcado acento, se inspiraba en un abanico más generoso de rasgos de su personalidad, de las que evidentemente los realizadores catalanes disfrutaban riéndose, haciendo que el ridículo contrastara con los tonos reverenciales de algunos periodistas deportivos.

En sus primeras dos temporadas de blanco, Cristiano Ronaldo empezó a ser retratado como un narcisista arrogante e hipócrita, enfrentado con el resto de sus compañeros, y apenas tolerado por sus dos primeros técnicos, Pellegrini y Mourinho.

Varias escenas hilarantes se burlaban de la imagen del portugués como atleta y su presunta obsesión con Messi, llevada a la exageración. Aparecía haciendo regates eternos que no llevaban a ninguna parte,

poniéndose a hacer flexiones en pleno partido y mirándose constantemente en el espejo mientras culpaba a sus compañeros por la falta de apoyo y reconocimiento. «No quiero jugar con estos futbolistas. Soy el mejor. ¡Quiero marcar tantos goles como Messi!», gritaba con tono histérico a un actor parecido a Pellegrini. «Soy rico, guapo y soy el único que sabe jugar.»

En un episodio, Mourinho aparece protegiendo a Cristiano de una revuelta en el vestuario mientras los jugadores ponen objeciones a su afirmación de haber marcado todos los goles, que celebra quitándose la camiseta y contrayendo su torso bronceado y perfectamente esculpido. En otro conocido episodio, le vemos fuera del terreno de juego, posando una vez más delante del espejo. En esta ocasión se encuentra en el vestuario, en calzoncillos, mientras un modelo de carnaval brasileño le abanica la espalda con una enorme pluma de avestruz. Las insinuaciones de la escena no podían ser más claras.

Ahora bien, se guardaron la parodia más hiriente para una escena en la que Ronaldo hace un llamamiento interesado en nombre de una campaña benéfica para las personas que «son ricos y guapos como nosotros». Cristiano aparece urgiendo a los espectadores a que: «Si eres feo y pobre, acéptalo. Si tienes envidia, simplemente di NO».

Aparte de los jugadores, las sátiras también se centraban en entrenadores. En un episodio posterior, Mourinho aparece retratado como un demonio, con leotardos rojos, cola, cuernos y todo. Está acechando a un Guardiola aterrado de noche, en su dormitorio, amenazando al entrenador del Barça con la condena eterna. Para evitar acusaciones de parcialidad contra el Real Madrid, los creadores del programa también ridiculizan a Guardiola en otro episodio como

un seudointelectual catalán pagado de sí mismo y obsesionado con la moda, dirigiendo a su Dream Team vestido de Armani.

Para Mourinho, la rivalidad con el F. C. Barcelona tenía una dimensión adicional. El club catalán le hizo una entrevista mientras buscaba técnico para cubrir la vacante de Frank Rijkaard en el verano de 2008, después de que el portugués abandonara el Chelsea por primera vez. Mourinho tenía una relación de amor-odio con el club, donde había trabajado de ayudante de Bobby Robson primero y luego de Louis van Gaal. Allí no se ganó el cariño de todo el mundo, pues muchos puristas culés le consideraban demasiado descarado e incompatible con la cultura catalana, mientras que algunos miembros del personal doméstico de Robson se quejaban de su arrogancia y su grosería cuando iba a visitar al inglés a su casa de Sitges, cerca de Barcelona.

Por su parte, a Mourinho le dolía la falta de respeto de los catalanes que le tildaban de mero traductor, en referencia a una de las responsabilidades que tuvo cuando Robson dirigía al F. C. Barcelona. La hostilidad hacia Mourinho creció mientras estaba en el Chelsea, por las polémicas acusaciones de comportamiento poco ético contra Rijkaard y varios jugadores azulgranas, incluido Messi, que según el lusó abusó de sus dotes teatrales para forzar la expulsión de Asier del Horno durante aquella tormentosa eliminatoria que generó tal animosidad.

A pesar de todo, Mourinho deseaba tanto el puesto en el banquillo del Barça que entregó un documento de veintisiete páginas en PowerPoint esbozando su visión, incluido un plan para revolucionar el tradicional sistema de 4-3-3 del club, así como sus opiniones sobre la plantilla.

Según Marc Ingla, directivo del Barça que estaba presente en la entrevista, Mourinho quería conservar a Deco, otro jugador en la cartera de Mendes al que había entrenado en el Oporto que ganó la Champions, y terminó su presentación con las siguientes palabras: «Sé cómo es el Barcelona». No se sabe si se refería a su política, a su cultura, a su estilo de juego o a sus presuntas tretas ocasionales. Laporta y otros altos directivos del Barça le tenían en muy alta estima, pero acabaron decantándose por Pep Guardiola siguiendo el consejo de un hombre al que Laporta trataba como un gurú, Johan Cruyff. Es justo decir que el holandés nunca fue muy fan de Mourinho, ya que defendían filosofías distintas del fútbol y que ambos tenían grandes egos que dejaban poco margen para aceptar al otro.

El reparto principal estaba dispuesto: Cristiano Ronaldo, bien acomodado como talismán del Madrid; Mourinho, alimentando resentimientos y ambiciones; Guardiola y Messi deslumbrando al fútbol mundial. El escenario estaba preparado para una extraordinaria temporada de rivalidad.

## Clásicos: Cristiano y Messi

*E*l F. C. Barcelona se había proclamado campeón de Liga en la temporada 2009-10 por tres puntos de diferencia. A pesar de que perdieron puntos ante otros equipos, si alguno de los clásicos se hubiera decantado de manera distinta, el Real Madrid podría haberse llevado el campeonato. Con esa idea en la mente, todas las conversaciones giraban en torno a cómo enfrentarse en los clásicos. El primero estaba programado para el 29 de noviembre, en el Camp Nou.

Ambos equipos empezaron la campaña viento en popa, como si tuvieran prisa por llegar lo antes posible al choque. El Barcelona ganó diez de sus primeros doce compromisos; solo se dejó cinco puntos por el camino. Messi y el reciente fichaje David Villa aparecían en el acta del partido semana tras semana, mientras que el Madrid iba aún mejor, invicto y habiendo perdido solamente cuatro puntos. Y tanto Cristiano como Messi marcaron un *hat-trick* en la jornada anterior al Clásico.

Para Messi y Ronaldo, estrellas principales de un partido con doce campeones del mundo, había cierta sensación de que el duelo era una prueba definitiva sobre quién estaba más en auge en ese momento. Cristiano nunca le había marcado al Barcelona. Messi todavía tenía

que anotar su primer gol contra Mourinho. Eran los dos últimos ganadores del Balón de Oro y habían marcado contra todos los demás rivales. Ronaldo había alcanzado la cifra de cincuenta goles más rápidamente que nadie en la historia del Real Madrid. Messi había conseguido setenta dianas en sus últimos setenta y un partidos.

El encuentro se disputó un lunes por acuerdo de ambos clubes. La decisión encajaba con el deseo del presidente recién elegido del F. C. Barcelona, Sandro Rosell, un hombre pragmático y con mentalidad comercial que quería que el Barça fuera valorado ante todo por su calidad deportiva, no como apéndice de un partido político, como intentó hacer su radicalizado predecesor, el independentista Joan Laporta.

De haberse jugado en sábado o domingo, el partido se habría solapado con las elecciones catalanas y toda la carga política que conllevaban, convirtiendo el choque en un potencial campo de batalla político.

Ahora bien, de todas formas, aquella noche el ambiente en el Camp Nou fue eléctrico. Los directivos que querían «diluir» este Clásico solo se habían hecho ilusiones. Con los comicios catalanes aún en el ambiente y la presencia de Mourinho en el estadio, siempre había combustible peligroso. Es evidente que la política y la historia son siempre parcialmente responsables de que el Clásico sea uno de los momentos álgidos de la temporada futbolística, pero también se trata de dos grandes clubes (probablemente los mejores del mundo) con los dos mejores jugadores del planeta, cara a cara.

El partido empezó con un ejercicio de poesía pura en movimiento, por cortesía de Messi y el arquitecto del éxito de España en el Mundial de 2010, Xavi Hernández. Cuando el reloj se acercaba a los ocho

minutos, Messi se dejó caer de su posición de falso nueve al centro del campo, combinó con Xavi y pasó el balón a Iniesta, que vio a Xavi desmarcándose hacia el área y puso un pase en profundidad para que este elevara el balón por encima de Iker Casillas. El Barça de Guardiola empezó a desplegar su mejor versión controlando la posesión con pases rápidos desde el centro del campo y abriéndose paso elegantemente a través de la robusta defensa de Mourinho.

La cosa solo mejoró para el Barça, impulsado por los olés de la grada, mientras Messi, Pedro, Iniesta y Villa sacaban oro hasta de las esquinas más difíciles y movían el balón como si el Clásico se hubiera convertido momentáneamente en una sesión de entrenamiento, con los jugadores del Real Madrid, incluido Ronaldo, como *sparrings* inútiles. Y justo cuando parecía que estaban elaborando demasiado el juego y podían perder el esférico, Villa centró al área tras un pase de Xavi; aunque Casillas logró desviar el balón, Pedro apareció para remachar el segundo tanto.

El Madrid estaba viendo poco balón, pero cuando recuperaba la posesión salía disparado con intenciones asesinas. Ronaldo vio marcharse ligeramente desviado un disparo suyo, luego un lanzamiento de falta lamió el poste y, justo antes del descanso, el árbitro no le concedió un penalti tras caer sobre Víctor Valdés. El colegiado Iturralde González creyó que se había tirado. La afición del Barça que llenaba las gradas del Camp Nou no parecía tener dudas al respecto.

Cristiano volvió a acaparar los focos a los pocos minutos por motivos no futbolísticos, al provocar una bronca entre veinte jugadores después de empujar a Guardiola cuando el técnico azulgrana recogió un balón suelto y lo lanzó junto a la línea de banda,

evitándole. Y aunque estos incidentes solo tienen interés teórico, la reputación de Ronaldo no salió demasiado beneficiada de este partido, el más importante de la temporada.

Mientras los seguidores madridistas seguían quejándose de que la decisión arbitral se había visto influida por el público local, el colegiado tomó una decisión salomónica anulando un tanto de Messi por fuera de juego nada más arrancar la segunda parte. Cuatro minutos más tarde, Messi volvió a amenazar la portería de Casillas como un terrier, con un pase en profundidad a Xavi, que remató al lateral de la red.

Tres minutos después, Messi calcó la jugada y esta vez Villa no perdonó, para repetir pocos minutos después rematando otro astuto pase del argentino. Los aficionados del Real Madrid que animaban en la grada azulgrana se quedaron sumidos en un gélido silencio, como una diminuta isla de habitantes humillados en el rugiente océano de noventa mil seguidores del Camp Nou.

Los de blanco parecían tan pasmados y disminuidos como sus leales seguidores sobre el magnífico y cuidado terreno de juego; tuvieron que sufrir media hora más de humillación sin apenas tocar el balón. La triste noche de Cristiano y Mourinho se vio culminada con el quinto gol de Jeffren en el descuento, a los tres minutos de salir del banquillo. En los momentos finales, Sergio Ramos fue expulsado después de soltar un hachazo a Messi, una acción sin sentido que, sin embargo, resumía la impotencia de su equipo.

Los medios deportivos españoles rompieron su habitual parcialidad a favor de uno u otro club, mostrándose unánimes en sus elogios de la superioridad del Barça y considerando al Real Madrid responsable del



ridículo con una actuación que no había estado a la altura de su arrogancia.

El partido fue especialmente humillante para Ronaldo y Mourinho. El técnico tuvo que sufrir las burlas de los aficionados del Barça por no salir del banquillo en toda la segunda mitad, dando la impresión de dar por concluido el encuentro después de los tres primeros goles. Cuando por fin salió, el Camp Nou se hizo un clamor con gritos de: «¡Mourinho, vete al teatro!». Por su parte, Ronaldo fue una figura cada vez más solitaria y frustrada en medio de la desintegración colectiva del Madrid.

Messi, sin embargo, fue una de las luces más deslumbrantes de la brillante coreografía de juego del Barça. Frente a los elogios que le llovieron a «Super-Messi», al día siguiente el nombre de Cristiano apenas salió mencionado en los medios. Y aunque ninguno de los dos marcó en el primer clásico del Mourinho como técnico del Real Madrid, uno de ellos dos eclipsó claramente al otro. Messi no logró ningún tanto, pero dio las asistencias para dos de ellos, estuvo a punto de marcar y fue una figura clave en la creatividad del Barça, lanzando pases sencillos y complejos, manteniendo el balón en movimiento. Cristiano tropezó y resbaló. Messi planeó.

Seis semanas después de ver a su Real Madrid derrotado por el Barça con un 5-0, Mourinho intentó levantar la moral de los jugadores de blanco en la gala de Zúrich, que algunos periodistas describieron como festival del amor azulgrana, con el Balón de Oro de Messi y el discurso del argentino rindiendo homenaje a sus compañeros, Xavi e Iniesta.

Y pocos podían criticar la discreción con la que aceptó el premio a su rendimiento en 2010 aquella noche de enero de 2011. Fue un auténtico

deportista, flanqueado por Sepp Blatter y Michel Platini, presidentes de la FIFA y la UEFA respectivamente, cuyas reputaciones como representantes dignos del mundo del fútbol no tardarían en derrumbarse.

El último jugador en ganar el Balón de Oro dos años consecutivos había sido el delantero holandés Marco van Basten en 1988 y 1989, mientras que Ronaldinho, excompañero de Messi en el Barça, se había hecho con el premio de la FIFA en 2004 y 2005, antes de que ambos galardones se unieran.

Messi creía que Iniesta y Xavi, ejes de la selección española, eran los favoritos para ganar el Balón de Oro en la deslumbrante ceremonia celebrada en Suiza. El seleccionador español, Vicente del Bosque, pensaba que ellos habían sido los mejores, pues habían traducido sus logros con el Barça para ayudar a convertir a la selección española, eterno aspirante europeo que nunca acaba de alcanzar las expectativas, en campeona del mundo, y merecían ser reconocidos por ello. Cuando anunciaron el nombre del ganador, Messi parecía compartir su opinión.

«Para ser sincero, no me esperaba ganarlo hoy. Era ya una alegría estar aquí», dijo, volviéndose a Xavi e Iniesta, que compartieron escenario con él. «Y ganarlo, aún más. Es un día muy especial para mí y quiero agradecerse a mis compañeros, ya que sin ellos no estaría aquí. Se lo dedico a todos los barcelonistas y a los argentinos».

La modestia con la que aceptó el premio y la generosidad de sus comentarios parecían sinceros. Era algo característico en un jugador cuya única verdadera pasión era el fútbol en su mejor versión, un hombre sin ninguna obsesión consciente por la fama ni la teatralidad asociada con ella. Pero también era una muestra de respeto hacia el F.

C. Barcelona, hacia una manera de jugar al fútbol que debía mucho al legado de Cruyff.

Tal y como escribe Graham Hunter, periodista afincado en Barcelona, en su homenaje a Cruyff: «Sin él, no habría Pep Guardiola, ni Leo Messi, ni Xavi ni Andrés Iniesta. Les habrían juzgado demasiado lentos, demasiado menudos, jugadores de fútbolín. El genio de Ámsterdam creó las condiciones que permitieron a estos increíbles jugadores ser reconocidos y hacerse centrales para los valores del F. C. Barcelona. Sin Cruyff, esta historia, simplemente, no existiría».

Messi no tenía intención de rebatir esta opinión. En el vuelo de regreso a Barcelona después de la ceremonia, la delegación del Barça fue agasajada por cortesía del club. El cava, versión catalana del champán francés, corrió generosamente. Rodeado de sus compañeros de equipo, Messi, despojado ya de su chaqueta de vestir y con la pajarita suelta alrededor del cuello como un chaval de sexto celebrando el final de curso, se giró y se levantó de su sitio. Alzando su copa con una expresión de sincero agradecimiento, no tanto de complicidad de un chico de la calle como de gratitud de un niño a sus mayores por una lección útil, dedicó nuevamente su premio a Iniesta y a Xavi.

Vicente del Bosque, que no era hombre de mostrar rencor en público, compartió su decepción conmigo durante una conversación en septiembre de 2016, una vez retirado de la selección, cuando ya era más fácil hablar de ciertos temas que le habían pesado: «Aunque ganamos el Mundial, nadie de nuestro equipo se llevó el Balón de Oro. Y no fue porque Iniesta o Xavi no se lo merecieran, sino porque competían contra dos monstruos de este deporte (Messi y Ronaldo)

que se lo iban turnando... Pero nosotros ganamos el Mundial después de que el Barça ganara la Liga de Campeones. Xavi e Iniesta acompañaron su éxito individual con un éxito colectivo... Lo lógico habría sido que ellos se llevaran el premio».

En efecto, Messi era un «monstruo». En 2010, había marcado un notable total de sesenta goles entre su club y la selección. Fue el más votado aquella noche, así como el primer jugador que ganaba en un año de Mundial sin ser campeón del torneo, desde 1994, cuando Hristo Stoichkov se convirtió en el primer búlgaro en conseguir el galardón. En comparación con el suyo, el discurso de Mourinho al recibir el premio al mejor entrenador del año sonó inevitablemente vacío.

«Yo también he tenido suerte de llegar al Real Madrid y encontrar otro grupo de jugadores fantásticos con los que redondear un año lleno de victorias increíbles», dijo Mourinho al recoger el premio, en referencia a la racha de victorias en las primeras jornadas de Liga después de ganar la Champions con el Inter. Evidentemente, no hizo mención alguna a la paliza recibida en el Camp Nou.

Mourinho evitó hábilmente hacer cualquier comentario en público sobre el Balón de Oro de Messi (segundo consecutivo) o tratar la cuestión de si era o no el mejor jugador del mundo, dado que Ronaldo, que había ganado el galardón dos años antes, estaba ahora a su cargo. Sí describió al argentino como «un jugador fantástico» que merecía la enhorabuena por el premio. Pero estuvo a punto de agriar la fiesta cuando lamentó la ausencia de Cristiano Ronaldo en la ceremonia. «Es una lástima por Cristiano, porque tanto por su capacidad como por sus actuaciones debería estar entre los candidatos».

A sus veintitrés años, un Messi ruborizado y con aspecto algo constreñido en su traje de gala y pajarita, lidió como pudo con la ocasión. Solo encontró palabras que le venían de forma natural, para rendir un homenaje breve pero emotivo a su familia: «Siempre me ha apoyado, han estado a mi lado cuando los necesité y a veces sienten emociones más fuertes que yo». Luego añadió: «No será fácil repetir un año como el que acabamos de tener. Espero que el próximo alcancemos el mismo nivel. Pero ganar el Balón de Oro dos años consecutivos no es fácil».

Dio la impresión de que, tal vez sin quererlo, estaba arrojando el guante, y Cristiano era el único capaz de recogerlo.

En primavera de 2011, Real Madrid y F. C. Barcelona se disponían a enfrentarse cuatro veces en apenas quince días: el 16 de abril en Liga, el 20 de abril en la final de la Copa del Rey, y el 27 de abril y el 3 de mayo en la semifinal de Champions.

Cualquier Clásico es uno de los acontecimientos deportivos más publicitados en el planeta: los clubes más grandes con las mejores estrellas cara a cara y con el peso de la historia y la política sobre sus hombros. Sin embargo, aquello no era una sola batalla, sino más bien una guerra civil librada en pocos días: Madrid, Jarama, Belchite y el Ebro en uno.

La única otra ocasión en la que los dos equipos se habían visto las caras cuatro veces en tan poco tiempo fue en 1916, en plena primera guerra mundial, cuando la neutralidad de España permitió que el fútbol siguiera su curso normal en la Península mientras millones de personas morían al norte de los Pirineos. Sin embargo, en 1916, aunque ambos clubes contaban con jugadores legendarios, como

Santiago Bernabéu en el Real Madrid y Paulino Alcántara en el F. C. Barcelona, pocos fueron los aficionados que presenciaron los encuentros y las quejas de los azulgranas por la parcialidad del arbitraje. La rivalidad aún tardaría años en adquirir sus épicas dimensiones.

En el nuevo milenio, la inédita celebración de cuatro clásicos en poco más de dos semanas generó unas expectativas que hacían la boca agua a millones de seguidores de Messi y Cristiano ante un auténtico festín mundial, gracias a la televisión vía satélite. Sería un largo festival de fútbol al máximo y más competitivo nivel, con más en juego en cada partido.

Desde el 5-0 endosado al Madrid el 29 de noviembre de 2010, el F. C. Barcelona había seguido invicto. Solo perdería un partido en lo que restaba de temporada, alzándose por tercera vez consecutiva con el título de Liga. Por tanto, el primer encuentro no ofrecía tanto potencial dramático. El segundo era la final de la Copa del Rey, torneo importante pero secundario, menos valorado por los nacionalistas republicanos catalanes que por los unionistas madrileños. Los últimos dos partidos eran los que prometían ser más disputados, pues se jugaba el máximo premio en el fútbol de clubes: un lugar en la final de la Champions y aspirar a la corona europea.

No obstante, se esperaba que el primer partido marcara la tónica del resto.

Oliver Brown, periodista deportivo británico que cubría emocionado el evento para el diario *The Telegraph*, saboreó la ocasión diciendo que, a pesar de que cuatro raciones de lo mismo tan seguidas normalmente empacharían, «cualquier purista es un glotón cuando se

trata de estos dos clubes». La única queja que cualquiera podía tener era que no se encontrarían en la final de la Champions.

La víspera del primero de los cuatro duelos, los medios se quejaron de la total falta de respeto de Mourinho por su negativa a hablar con ellos durante la rueda de prensa previa al encuentro, aunque podría decirse que en su postura había tanta cautela como arrogancia, a diferencia de la nobleza y la seguridad que demostraban los comentarios de Pep Guardiola antes del encuentro, alabando al equipo blanco. Esta fue mi crónica de aquel partido:

No falta ambiente para el comienzo del segundo enfrentamiento en Liga esta temporada, con los casi ochenta y cinco mil aficionados en el estadio, estimulados por una amarga interpretación del *Nessun dorma*. Es una elección apropiada para el primero de una serie de partidos que acapararán la atención de buena parte del público futbolístico mundial. Iluminados hasta lo surrealista por unos inmensos focos, los jugadores pestañean. La mayoría del público ondea banderas blancas, salvo los dos mil radicales madridistas en el Fondo Sur y varios centenares de seguidores culés ubicados en el fondo norte. En cuanto el Barça toca el balón, truenan los abucheos.

A los pocos minutos de sonar el pitido inicial, Messi y Ronaldo empiezan a ser placados sin ceremonias, disipándose cualquier duda de que son el peligro personificado para el otro equipo y que este es un partido de resentimiento al máximo nivel. Messi es el primero en caer al recibir un balón por la banda izquierda, y luego Ronaldo cuando intenta regatear hacia delante, también por la izquierda. Al caer, Mourinho parece comenzar a animarse y muestra dos dedos al colegiado, reclamando una tarjeta que no se concede.

Ronaldo es la clave de los contraataques de Mourinho, y después de sustituir a Benzema con Özil, se convierte en delantero centro del equipo blanco. Desde el principio intenta colarse en el área del Barça y es el primero en sacar un disparo peligroso. La oportunidad llega con un lanzamiento de falta desde casi treinta metros. Pepe se agacha abriendo un hueco en la barrera, pero el balón se topa con el estómago de Víctor Valdés.

Dos minutos después, Messi baja al centro del campo en busca de la pelota, mostrando la misma hambre y responsabilidad. Suya es la tarea de ser la principal amenaza azulgrana para el Real Madrid. Coge el esférico y corre con él hasta el área, pero su pase a Iniesta es interceptado por Pepe. Entonces Cristiano combina con Di María y Benzema, que pasa con el exterior hacia Khedira, pero Puyol corta en el lateral del área culé.

Empiezan a sonar pitos en el Bernabéu cuando el Barça hace un rondo en torno a Messi, Iniesta y Xavi, conservando la pelota y divirtiéndose con ella en una secuencia de quince pases. Las protestas del respetable parecen tan dirigidas al pavoneo del Barça como a la aparente negativa del Madrid de salir de su defensa e ir a por el partido. Es evidente que el Bernabéu todavía tiene que asimilar lo que significa Mourinho, y quiere ver más a Cristiano atacando, marcando goles.

A los diecinueve minutos, el Barça tiene su primera oportunidad clara cuando Messi recibe un pase por alto de Iniesta y baja el balón junto a la línea de fondo, a la derecha de la portería. Al ver salir a Casillas, decide no ir por la opción fácil y demostrar que puede batir al capitán del campeón del mundo. Esta vez no lo consigue y su intento de globo acaba en las manos del meta.

En una primera mitad de ocasiones fallidas, Ronaldo se eleva para cabecear un balón suelto, pero su remate desde el primer palo sale desviado por encima del travesaño. Pelea con Piqué en el borde del área, pero no pasa de ahí, y Alves consigue obstruirle cuando está a punto de disparar.

El Real Madrid defiende con profundidad y eficacia mientras los chicos de Guardiola dominan la posesión, moviéndose en horizontal por el centro del campo, hasta que Messi demuestra su magia en dos paredes limpias, una con Iniesta y otra con David Villa, para prepararse el disparo y poner a prueba a Casillas. Sin embargo, la primera parte termina sin goles.

La segunda mitad arranca sin incidencias, pero no tardan en surgir. Ronaldo fuerza un lanzamiento de falta a cinco metros del área. Su disparo se eleva salvando la barrera y bate con facilidad a Valdés, pero en el último instante se tuerce y golpea contra la cepa del palo derecho del portero.

Mientras el equipo de Mourinho empieza a recurrir a tácticas duras para contener al Barcelona, Messi consigue el primer gol de la noche. El árbitro concede penalti y muestra tarjeta roja a Albiol por derribar a Villa dentro del



área. Con una precisión marca de la casa, el argentino bate por alto a Casillas y se queda a un gol de romper el récord de cincuenta tantos en una temporada: un récord con el que batiría los registros de Ferenc Puskás, el brasileño Ronaldo y el propio Messi en la campaña anterior.

Mediada la segunda parte y con diez jugadores, Mourinho se enfrenta a sufrir la segunda derrota consecutiva en casa ante el Barça después de nueve años sin que se produjera una sola. Cuando solo quedan ocho minutos, Marcelo cae al suelo ante su compatriota Dani Alves y el árbitro vuelve a conceder la pena máxima. Cristiano lanza y marca con la misma precisión que Messi, colocándola con facilidad lejos de Valdés. Al ver la repetición, la decisión del árbitro parece rigurosa: Marcelo cae con demasiada facilidad. El penalti provoca la ira entre los aficionados del Barça, pero Ronaldo se lo toma con calma, como si los dos ídolos hubieran acordado compartir las primeras gotas de sangre derramada. El ritmo sube en el tramo final del partido, con lances de un extremo al otro que mantienen a los espectadores en el borde de sus asientos.

Un minuto después del penalti convertido por Cristiano, Messi ve un pase entre líneas perfectamente trazado por Xavi y se cuela en el área, pero Casillas se adelanta y bloca el balón. A continuación, Ronaldo hila una serie de ágiles pases con Özil, pero el último es brillantemente interceptado por Iniesta delante de la portería. Prácticamente en el minuto noventa, Messi está a punto de asistir para lograr el segundo gol, pero su pase en profundidad para Maxwell, que se incorpora a la izquierda del área, es despejado.

Ya en el descuento, las faltas se suceden. Messi muestra su frustración golpeando el balón hacia la grada. Es un gesto poco habitual de arrogancia en un jugador que no suele darse al teatro. Corre el minuto noventa y cuatro y el duelo está a punto de concluir. El Barça tiene la última jugada, pero el pase largo de Xavi es demasiado incluso para Messi y el argentino no acierta a definir.

Esta noche me voy a la cama con dos cánticos sonando en mis oídos: uno es «Así, así, así gana el Madrid», y el otro «Madrid, Madrid, Madrid».

Visto desde una perspectiva radicalmente azulgrana, al F. C. Barcelona le habían arrebatado la victoria con dos fallos en las decisiones arbitrales: un penalti no concedido a Villa en una entrada al

principio del partido, y la pena máxima que lanzó Cristiano tras tirarse Marcelo.

Desde un punto de vista radicalmente madridista, el penalti transformado por Cristiano no solo estaba bien pitado (faltando la tarjeta roja correspondiente), sino que fue justa recompensa tras una serie de vertiginosos contraataques que no encontraron la portería por pura mala suerte.

Tal y como escribí en su momento, el partido me pareció bastante igualado, independientemente de lo que sugieran las estadísticas. El Barça tuvo la posesión durante gran parte del encuentro, pero apenas creó ocasiones de peligro fuera de sus ordenados pases en espacios repletos de rivales. El Real Madrid fue mucho mejor equipo que en el primer choque de la temporada en el Camp Nou: más organizado en defensa y más peligroso al contraataque. También ganó con los oportunos cambios de Mourinho: Özil y el cedido Emmanuel Adebayor, que junto a Ronaldo ayudaron a salvar un punto y el orgullo.

«Once contra diez, era casi misión imposible», dijo Mourinho. «Especialmente ante un equipo que, cuando tiene la posesión del balón, es el mejor del mundo. Empatamos y casi ganamos, pero, teniendo en cuenta las circunstancias del partido, es un empate con el que hay que estar contento.»

Por su parte, Pep Guardiola dijo: «Deberíamos haber atacado más la portería de Casillas cuando íbamos 0-1, pero es normal relajarse un poco cuando uno va por delante».

Según Johan Cruyff: «Este partido confirma que José Mourinho es un entrenador negativo. Solo le importa el resultado, el fútbol no le importa demasiado. Su decisión de jugar con siete defensas y tres

delanteros es un poco extrema. También es sorprendente ver al Barcelona jugando con ocho futbolistas salidos de la cantera, y al Madrid solo con uno. Las dos filosofías distintas quedaron muy claras». ¡Duele!

Estas son otras observaciones que recogí en mi cuaderno: Messi demostró ser un jugador más completo que Cristiano, pero el Barça seguía necesitando desesperadamente delanteros capaces de marcar; la decisión de Pep de sacar a un veterano propenso a las lesiones como Puyol olía a sacrificio táctico, noble pero suicida; Valdés y Casillas estuvieron fabulosos, salvando a sus equipos; Piqué no pierde tanto la calma desde que está con Shakira; el resultado dejaba las cosas abiertas para el próximo Clásico, aunque parte de mí sospechaba que Mourinho llevaba cierta ventaja psicológica.

Cuatro días después, los dos equipos volvían a verse las caras, esta vez en la final de la Copa del Rey. Las gradas empinadas del estadio de Mestalla en Valencia se alzaban como un cuenco, conteniendo e intensificando el sonido. El ambiente palpitaba.

A pesar de ser un estadio neutral bastante utilizado para finales de la Copa del Rey y partidos de la selección, que el Camp Nou nunca albergaba por razones políticas, era la primera vez que Mestalla acogía un duelo Cristiano-Messi. La presencia de las estrellas garantizaba que unas gradas a rebosar vibrarían con el sesgo cultural y político, además de por lealtades tribales futbolísticas. También se preveía un público global de quinientos millones de telespectadores en ciento cuarenta países.

La presencia del rey Juan Carlos dividía al estadio entre monárquicos y republicanos, españoles unionistas y catalanes independentistas, que aplaudieron y silbaron a partes iguales al sonar

el himno nacional por megafonía. A pesar de que no tiene letra, porque nunca se ha acordado una por una mayoría de los españoles, los aficionados madridistas lo entonaron con un ruidoso «¡Lo, lo, lo, lo!» y «¡Viva España!».

Mourinho parecía estar preparado para la ocasión, consciente por su experiencia con Bobby Robson de que la Copa del Rey, al igual que la Copa del Generalísimo que la precedió, siempre ha significado más para el Real Madrid que para el F. C. Barcelona. También había aprendido que el Barça era el más político de los dos y probablemente más que cualquier club del mundo, y que eso podía ser un hándicap frente a un adversario que solo quería jugar al fútbol y ganar a toda costa. En ese sentido, Mourinho y el Real Madrid estaban hechos el uno para el otro.

Aquel día, Mourinho demostró que podía ser un entrenador táctico además de psicológico: alineó a un fuerte trivote en el centro del campo formado por Pepe, Khedira y Xabi Alonso. Además, sacó a Özil para dar un toque de potencia ofensiva al equipo liderado por Cristiano, que jugaría con Di María en la delantera.

Los blancos salieron presionando delante, concediendo poco espacio a Messi, Iniesta, Xavi y Villa. En cuanto el argentino trataba de recibir la pelota, tenía a dos jugadores madridistas encima para quitársela por medios legítimos o ilegítimos. La táctica hizo que el Barça de Guardiola, normalmente fluido en el centro del campo y el ataque, de repente pareciera atascado. Messi no tuvo ni la menor opción de marcar su quincuagésimo tanto en toda la primera parte, mientras que para la otra máquina goleadora sobre el terreno de juego la historia fue completamente distinta. Cristiano, que llevaba cuarenta y un tantos en

la temporada gracias al penalti endosado al Barça el sábado anterior, tuvo tres ocasiones de sumar uno más en la primera mitad.

Él fue el primero en rozar el gol a los doce minutos de juego, cuando batió al segundo portero del Barcelona, Pinto, con un disparo escorado desde cerca, pero Mascherano sacó el balón casi sobre la línea de gol. Su segunda oportunidad marrada se produjo al no llegar a rematar por escasos centímetros un centro de Özil desde algo más de cinco metros. La tercera vino nuevamente tras un pase inspirado de Özil, que le dejó libre de marca en la derecha del área, pero Pinto rechazó su disparo con una mano.

Guardiola trató de arengar a sus tropas durante el descanso y el Barça arrancó la segunda parte atacando más, subiendo una marcha, con un disparo de Messi que se fue por encima del larguero a los pocos instantes. En el minuto sesenta y seis estuvo a punto de marcar después de zafarse brillantemente de tres defensas, pero aquel no iba a ser el día de Messi. Su pase a Pedro fue anulado por fuera de juego del internacional español. A continuación, Iker Casillas rechazó un buen disparo del argentino. El Madrid supo capear el temporal azulgrana y cumplidos los noventa minutos el marcador seguía igualado a cero.

En la primera parte de la prórroga, el Barça recuperó la posesión del balón en equipo, pero fue Cristiano quien despuntó de manera individual, corriendo por el flanco derecho e irrumpiendo en el área para lanzar un tiro raso y cruzado que salió lamiendo el palo de la portería de Pinto.

Cinco minutos después, el portugués consiguió por fin el tanto de la victoria para el Real Madrid, elevándose imperiosamente para mandar el balón al poste contrario de un potente cabezazo. Aún le quedaron energías para crear otra ocasión a un par de minutos del pitido final,

pero su egoísmo le pasó factura: se aferró demasiado al balón y disparó cuando un pase podía haber sido más productivo.

Ahora bien, lo importante fue su gol, que valió una famosa victoria para el Real Madrid de Mourinho, la primera Copa que conseguían desde 1993: se ponía fin a una sequía de casi tres años sin trofeos. También abría una brecha en la armada aparentemente invencible del Barça de Pep Guardiola.

Es evidente que cinco meses son mucho tiempo en el fútbol español. Aquellos que habíamos visto el 5-0 del Barça al Madrid en el Camp Nou en noviembre del año anterior podíamos pensar que solo fue producto de nuestra imaginación tras lo ocurrido en Mestalla. La primera parte de la final de Copa fue una de las peores tardes del Barça a las órdenes de Pep Guardiola. Messi se vio eclipsado, ensombrecido. Y sin él, su equipo parecía haber perdido las ganas de jugar, por no hablar de ganar. No tuvieron ritmo ni estrategia. Su visión y energía parecían las de un grupo de individuos con una resaca tremenda.

En cambio, los hombres de Mourinho, encabezados por Cristiano Ronaldo, siguieron las instrucciones del técnico, jugando con dureza y solidez, defendiendo e interrumpiendo, contraatacando ocasionalmente con una velocidad fulminante que dejó en evidencia las tristes carencias de sus adversarios de cara al gol. Fue un duelo desigual para ser un Clásico, pero el partido fortaleció la reputación de Ronaldo sin mellar la de Messi, del que se dijo que, simplemente, había tenido un mal día.

Varias imágenes de esta deslucida final quedarán para la historia. La riña que se produjo en cierto momento entre el trío atacante del Barça: Pedro, Messi y Villa; la dureza de Pepe, mano derecha de Mourinho

por todo el campo; la incapacidad de la afición del Barça para animar a su equipo tras el gol del Real Madrid; y el contraste entre los silbidos al himno nacional por parte de los catalanistas más radicales y el largo abrazo entre Casillas y el rey Juan Carlos justo antes de que el internacional español levantara su primer trofeo importante desde la Copa del Mundo. Fue una noche en la que el F. C. Barcelona demostró menos la nobleza de la que era capaz, dentro y fuera del campo, como si se hubiera contagiado del virus Mourinho.

Para el tercer Clásico de aquella legendaria serie primaveral, el partido de ida de la semifinal de Champions, setenta y ocho mil espectadores acudieron al Bernabéu, el 27 de abril de 2011. Una pancarta desplegada cuando Ronaldo y sus compañeros salían al campo resumía lo que la afición local esperaba de sus ídolos: «Vivimos por vosotros. Ganad por nosotros».

Mourinho retomó el hilo de la serie de encuentros, desplegando tácticas similares para interrumpir el juego fluido de Messi y el Barça, y poniendo a Cristiano como hombre clave en la delantera. Sin embargo, el intento de imponer su narrativa resultó ser un arma de doble filo. Buena parte de la nobleza del deporte se fue por la borda en este tempestuoso duelo cuando en el minuto sesenta y uno, Pepe, brazo ejecutor de Mourinho, vio la tarjeta roja por una dura entrada sobre Dani Alves. El entrenador luso también fue expulsado, por protestar felicitando sarcásticamente al cuarto árbitro.

En el descanso, la tensión entre ambos bandos había derivado en una trifulca en la banda, que provocó la expulsión del portero suplente del Barça, Pinto, y varios rifirrafes en el túnel de vestuarios, en las que no se vieron involucrados ni Messi ni Cristiano. En unas declaraciones de poca elegancia o generosidad después del partido, Mourinho se

preguntó retóricamente por qué el Barcelona siempre recibía arbitrajes favorables contra sus equipos, un «¿por qué?» que acabaría persiguiéndole en los cánticos de los aficionados culés contra él.

A pesar de los melodramas fuera del campo, el partido ofreció cierto margen para la magia. Messi recuperó parte de su ritmo y de su eficacia habituales para marcar el doblete de la victoria en el último cuarto del encuentro. Como escribió más tarde Henry Winter: «Dos momentos de belleza destacaron en medio de la brutalidad del Partido de la Vergüenza». Cuando todo estaba en el aire, a los setenta y seis minutos, Messi, operando como una abeja obrera alrededor de los márgenes de la tercera línea del Madrid, asestó un mazazo a los blancos con un gol que llegó tras romper habilidosamente la defensa y rematar con facilidad el centro de Ibrahim Affelay al primer palo.

El segundo fue un gol que definía el talento de Messi con la pelota, exhibiendo todos los elementos de picardía y habilidad del pibe argentino, llámese Diego o Leo. Tras recoger un balón en terreno madridista, avanzó treinta metros regateando a Lassana Diarra, Raúl Albiol y Marcelo, antes de cruzar el balón para batir a Casillas. Era su gol número cincuenta y dos de la temporada, y un tanto decisivo para la eliminatoria. Teniendo en cuenta el contexto y las circunstancias, fue uno de los goles más importantes de la historia de la Champions.

«Eso no fue un regate, fue una odisea», comentaba Henry Winter para el *The Telegraph* desde la cabina de prensa.

La táctica de Mourinho de esperar y tratar de frustrar no solo enfadó a Messi, sino que provocó el primer desencuentro entre Cristiano y su técnico, como si los dos dioses consagrados del fútbol se sintieran amenazados por su Anticristo. Desde el comienzo del partido, Ronaldo no dejó de hacer gestos a una línea de provisión prácticamente



inexistente formada por Mesut Özil, Xabi Alonso y Ángel di María para que empujaran hacia delante y jugaran más balones con él, en lugar de centrarse tanto en las tareas defensivas.

Cuando el Real Madrid por fin logró poner a prueba a Víctor Valdés, fue gracias a que Ronaldo bajó a buscar la pelota y se lanzó hacia delante con una de sus galopadas marca de la casa, que el portero azulgrana logró desviar por poco. Ahora bien, salvando la distancia del disparo, la jugada fue bastante típica de Messi en su construcción, como si ambos jugadores no solo se estuvieran persiguiendo en goles, sino imitando las habilidades del otro.

Aquella derrota fue humillante para el Real Madrid y frustrante para Cristiano Ronaldo, que veía su talento e imagen despilfarrados por las tácticas de Mourinho. La negatividad y la agresividad del técnico luso ya estaba generando un profundo resentimiento entre los aficionados, los empleados y los altos directivos del Barcelona. También despertaba preocupación en el seno de la Federación Española de Fútbol y algunos responsables de la selección nacional como Vicente del Bosque, fiel seguidor del Real Madrid. Para Del Bosque, Mourinho corría el riesgo de provocar divisiones entre los jugadores del Madrid y Barcelona en la selección, mientras que para otros simplemente estaba convirtiendo al Real Madrid en el equipo más odiado de la Liga, amenazando con ello el atractivo comercial del club.

Cristiano estaba tan enfadado que criticó abiertamente a Mourinho en el vestuario por dejarle aislado durante gran parte del encuentro. Le culpaba del hecho de no haber podido disparar una sola vez a puerta. A pesar de que al hablar con los periodistas más tarde defendió la táctica y echó las culpas al árbitro, insinuó que no le gustaba cómo le estaban usando. No fue convocado para el siguiente partido contra

el Zaragoza. Cristiano se puso hecho una hidra, pero la plantilla recibió el mensaje: Mourinho no toleraría rebeliones en el vestuario. Entrenador y jugador no tardaron en hacer las paces.

Por lo que respecta a Messi, su estrella parecía firmemente asentada en un lugar especial de la galaxia. Aunque solo fuera porque Pep Guardiola así lo decía. Según comentó a la prensa internacional después del partido: «Tiene una capacidad extraordinaria de encarar, ¡y con solo veintitrés años ya es el tercer máximo goleador del Barcelona! ¡El tercero! ¡En un club centenario! Es absolutamente increíble. Esa es la belleza de nuestro fútbol y de nuestra manera de jugar». Una vez más, Messi había recordado a los aficionados de todo el planeta de qué debería ir el fútbol.

En cambio, Mourinho se enfrentaba a una posible suspensión. The Special One salió de la semifinal con menos aprecio de los aficionados más tradicionales del Real Madrid, nueve veces campeón de la Copa de Europa, y como un entrenador sin aparente integridad, que se comportaba como un matón ante un equipo que exigía respeto como el Barça de Messi. El chorro de acusaciones que salió de sus labios después del encuentro no eran simplemente parte de una larga campaña contra la integridad del F. C. Barcelona, era una arenga para *hooligans*.

Mientras soltaba la diatriba sobre la conspiración, Mourinho se mostró incapaz de aportar ninguna prueba, aparte de aludir a evidencias circunstanciales cuestionables y empañadas por la subjetividad. Según él, debíamos creer que el colegiado alemán acudió al Bernabéu con la intención de penalizar al Real Madrid, que la charla de Pep Guardiola antes del partido se centró en decir a sus jugadores que se tiraran, protestaran y armaran una tangana durante el

descanso, y que la UEFA quería al F. C. Barcelona y no al Real Madrid en la final de la Champions, porque Unicef y Catar eran sus patrocinadores.

En realidad, la cuestión no es si lo que dijo Mourinho era cierto o no. Sus declaraciones fueron una táctica para distraer y desestabilizar. Dentro y fuera del campo, Mourinho era un provocador: sembraba semillas de rumores insidiosos e incitaba a sus futbolistas a jugar sucio, por una cuestión de estilo y no solo de estrategia. Oporto, Chelsea e Inter le adoraban, y en sus primeros meses de vuelta en España se había ganado la admiración de otro tipo de tradicionalistas en el Madrid. Mourinho encarnaba aspectos de su cultura y del fútbol nacional de otros tiempos, cuando la agresividad sobre el terreno de juego, tan admirada durante la época de Franco y conocida como «la furia española», estaba a la orden del día. Aquel estilo seguía siendo del gusto de algunos conservadores políticos y tradicionalistas de este deporte, que veían el *tiki-taka* como una distracción afeminada, que veían a la Roja como una perversión socialista, mientras que Messi era un mercenario argentino que se había vendido a la causa del nacionalismo catalán.

España había vuelto a sus divisiones internas tras la euforia temporal que rodeó a la consecución del Mundial en 2010. En menos de un año, Mourinho había removido rivalidades profundas entre los dos clubes más importantes del país socavando la armonía de la selección, entrenada por el afable Vicente del Bosque y compuesta principalmente por jugadores madridistas y azulgranas. El luso había provocado una guerra de pandillas entre ellos.

Mourinho era mal perdedor. Su arrogancia no le permitía admitir sus propios fracasos como ser humano y estratega, mientras se negaba

a aceptar críticas, ni siquiera de su propio jugador estrella. Esto contrastaba con la negativa de Guardiola a caer en la provocación y su resolución de que la estrella del equipo persistiera, a pesar de los espectáculos de distracción, para hacer el fútbol más creativo que se ha visto. La abrumadora posesión del balón del Barça durante gran parte del encuentro dio fe de su paciente esfuerzo, así como de la negatividad implícita en la fortificación de Mourinho.

Cierto, los goles de Messi llegaron cuando el Madrid estaba con diez. Pero ambos tantos fueron momentos sublimes, encarnando el verdadero logro de Guardiola en el Barça: su fe en que Messi era el fútbol en su mejor versión.

La sanción impidió a Mourinho estar presente en el Camp Nou el 3 de mayo, cuando Cristiano y Messi saltaron al campo con sus equipos y fueron recibidos ruidosamente por noventa mil aficionados. La lluvia parecía presagiar algo al comienzo del encuentro, pero, según se desarrollaron las cosas, el partido no ofreció nada de la teatralidad y de la sangre del partido de ida.

Según Diego Torres, periodista con información de primera mano del vestuario blanco, antes del partido Mourinho echó un nuevo rapapolvo a Ronaldo delante de otros jugadores por quejarse de la táctica, diciéndole que la formación estaba diseñada para él, para que se sintiera más cómodo y no tuviera que correr tanto, solo marcar goles.

Mourinho se vio obligado a ver el partido desde una habitación de hotel. Algunos seguidores del Barça celebraron su exorcismo del Camp Nou, pero tal y como comentaba Henry Winter: «Su presencia estuvo allí como el fantasma de Banquo», dando la sorpresa al sacar una alineación más aventurada de lo esperado. El Real Madrid salió a jugar

con una formación distinta, con Kaká e Higuaín de titulares para apoyar a Cristiano y dar al equipo un perfil más atacante. Ronaldo empezó con brío, moviéndose de forma amenazadora desde el centro del campo con Marcelo a su izquierda, pero pronto se diluyó y tuvo una actuación decepcionante.

El césped resbaladizo no tardó en favorecer al juego del Barça. Messi causaba problemas constantemente al Real Madrid con sus rápidas anticipaciones y regates en campo blanco, combinando con la facilidad de siempre con Iniesta y Xavi. Los tres mantenían el balón en movimiento con una precisión y velocidad asombrosas, despertando olés entre la grada. Durante cinco minutos hipnotizadores de juego intrincado, Messi encabezó el asalto principal, obligando a Casillas a realizar dos paradas soberbias, y desaprovechando otra ocasión con un disparo desviado. El marcador acabó en tablas, con goles de Pedro para el Barça y Marcelo para el Real Madrid. Como si Mourinho le hubiera incitado a hacerlo, Cristiano hizo unas declaraciones después del partido quejándose de que el árbitro belga Frank de Bleeckere se había equivocado al anular una acción de Gonzalo Higuaín.

Sin embargo, las estadísticas al acabar el encuentro hablaban por sí solas. Messi recibió nueve faltas durante los noventa minutos, más que cualquier otro jugador durante un encuentro de Champions en toda la temporada. Antes de este choque, Messi había sido objeto de un total de solo veinte faltas en once partidos de Liga de Campeones. El Real Madrid cometió veintinueve faltas, récord en un partido de Champions esa temporada. En sus cinco partidos contra el Barcelona a lo largo de la campaña, el Real había cometido ciento doce faltas, un promedio de veintidós por encuentro. Fue la primera vez que Cristiano Ronaldo no disparó a puerta en un partido de Champions desde su

llegada al Real Madrid. Messi, y no Cristiano, fue quien pasó a la final de la competición, tercera en seis temporadas para el Barça. Pero aunque estas estadísticas contaban su propia historia, no era la historia completa.

Vi la vuelta de aquella semifinal de Champions en un bar de Móstoles, una desangelada localidad en expansión al suroeste de Madrid. Un equipo de televisión española se me había adelantado; entonces comprendí rápidamente por qué habían elegido ese barrio dejado de la mano de Dios entre todos los sitios, en busca de «ambiente». Iban acompañados de un técnico con un invento digital que medía «el nivel de pasión», o al menos las ondas sonoras registradas durante cada incidente crítico del partido.

El bar era una agradable leonera compartida, en un extraño giro, por una peña azulgrana y un contingente menor de seguidores blancos, separados en espacios distintos con televisores independientes.

El «ambiente» estaba dominado por los cánticos de la mayoría de los seguidores azulgranas, desatados al saberse en un espacio relativamente seguro. Me senté en la sección del Barça y compartí cervezas, jamón y queso con un grupo de ellos. Mi compañero aquella noche era Carlo, un viejo amigo anglo-español de la infancia y cuyas lealtades se dividían entre el Chelsea y el Real Madrid.

El partido volvió a poner a dos de los clubes más grandes del mundo en un escenario donde ambos supieron jugar con sus fortalezas. La riqueza de talento y habilidades se tradujo en entretenimiento. A pesar de la modestia del marcador final, los momentos clave del partido dejaron en evidencia el papel central de los iconos respectivos de cada

equipo. Al igual que en la ida, Messi estuvo por encima de Cristiano Ronaldo en el impacto de su juego individual sobre el partido, pero también hilvanando su talento como parte de un grupo extraordinario de jugadores, trabajando en armonía, rumbo a la final de Wembley.

En efecto, hubo una decisión polémica del árbitro, al anular un gol al Madrid, pero el duelo acabaría siendo recordado por algo más que faltas sueltas y caídas fáciles.

Ambos equipos desplegaron un fútbol de ataque tremendamente atrevido y abierto, con numerosas ocasiones falladas. Hubo duelos intensos entre jugadores concretos, magia en algunos pases y carreras con el balón, paradas espectaculares (especialmente de Casillas, vecino de Móstoles) y dos goles, uno para cada bando. Fueron un Real Madrid desatado y un Barça que había redescubierto su armonía. Las cámaras de televisión captaron un momento interesante al enfocar a Jorge Valdano, Emilio Butragueño y Zinedine Zidane (veteranos y civilizados embajadores del Real Madrid) mientras veían el partido. Ni grandes gestos ni insultos, solo respeto.

Fue un partido donde el arte brilló a pesar del agua, en el que costaba saber si las camisetas de los jugadores estaban empapadas de sudor o de lluvia, tal era la entrega demostrada por ambos equipos. La imagen de los jugadores resbalando y patinando en el agua sin perder el control del balón subrayaba su brillantez.

El Madrid utilizó todo lo que tenía en su arsenal para intentar detener al sublime y pequeño argentino. Ninguna de las veintinueve faltas blancas fueron graves, a pesar de que Messi fuera la diana de once de ellas; su eje de gravedad bajo y la velocidad de sus pies, le permitían cambiar de dirección de repente o saltar por encima del adversario una y otra vez.

Durante buena parte del partido, Messi estuvo hábil y escurridizo, aunque también omnipresente, pero el heroísmo y la nobleza de este encuentro encontraron su máxima expresión en los últimos dos minutos, cuando el estadio se puso en pie para rendir homenaje a un Éric Abidal que regresaba al terreno de juego pocos meses después de ser diagnosticado de un cáncer; hacía apenas unos días había recibido el alta para jugar.

Por primera vez en aquella temporada, un Clásico terminaba con once jugadores en ambos equipos. Pero, cuando sonó el pitido final, la alegría ilimitada fue solo para del F. C. Barcelona, que acudió al círculo central liderado por Xavi para celebrarlo, con un Messi claramente desbordado por la felicidad.

El Barça se enfrentó al Manchester United en Wembley, en una reedición de la final de Roma de dos años antes: volvió a levantar el trofeo, además de su tercera Liga consecutiva. Entre los cánticos que sonaron aquella noche en el sector azulgrana de Wembley, uno de los favoritos fue: «¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?».

¿Por qué gana el Barça? Esa era la pregunta de Mourinho, insinuando (como solo él podía) que la respuesta estaba en sus dotes teatrales y en árbitros perturbados. Sin embargo, aquel día, el técnico luso tuvo que tragarse sus palabras. La respuesta, tal y como reconoció Alex Ferguson, estaba en el dulce ambiente del talento colectivo de un equipo, que hacía que un adversario con la calidad del Manchester United no pudiera meterse en el partido durante gran parte de la final. Ferguson dijo que el Barça era el mejor equipo con el que se había enfrentado nunca y que Messi era el mejor jugador del mundo.

No recuerdo ningún partido en el que me costara tanto encontrar el equilibrio entre mi instinto de aficionado de saltar y cantar con el



deseo de seguir cada detalle de la actuación del Barça, tal era el fascinante efecto del movimiento de los jugadores por el campo una vez que el equipo de Guardiola cogió ritmo. El Barcelona ganó por 3-1. Messi marcó un gol decisivo.

Hasta ese día, no recordaba ningún partido en que Leo celebrara un tanto con un abandono tan desatado, casi como Maradona. Y era comprensible. La historia volvía a despertar instintos patrióticos, además de sentimiento de club, ya que fue en ese estadio donde Rattín recibió una humillante tarjeta roja antes de la derrota de Argentina frente a Inglaterra en el Mundial de 1966. Y también donde el Barcelona ganó su primera Copa de Europa en 1992.

Ahora bien, en el nuevo Wembley, Messi no solo conquistó la historia, sino que dejó un valiente manifiesto de un estilo de juego que ya había marcado una época en el siglo XXI, personificando un logro colectivo.

La temporada, que arrancó con grandes expectativas para Cristiano Ronaldo y Messi, concluyó con el Real Madrid a cuatro puntos del Barça, uno más que la campaña anterior, tras caer eliminados ante los culés en la Liga de Campeones. El hecho de que les impidieran ganar el triplete alzándose con la Copa del Rey era poco premio de consolación. Y el éxito personal de Cristiano con sus sesenta goles en todas las competiciones frente a los cincuenta y tres de Messi tampoco engañaba a nadie: para todos era evidente quién había triunfado esa temporada.

La victoria en Wembley culminó probablemente un proceso que había puesto en marcha Cruyff, pulido por Guardiola durante una de las temporadas más aplastantes en la historia de la Liga española. Un Dream Team se había transformado en otro.

Mourinho se quedó rumiando sus sanciones y el amor de los medios por el Barcelona. Siguió pensando en alguna manera de detener al imparable Messi y a su equipo.

## Mourinho contraataca

*P*ara aquellos que esperaban que la nueva temporada aliviara la hostilidad entre Barcelona y Real Madrid, las cosas empezaron de manera realmente vergonzosa. Antes de acabar el verano de 2011, ambos equipos se vieron las caras en la Supercopa de España, y con 3-2 a favor del Barça en el encuentro y 5-4 en el global de la eliminatoria, el partido de vuelta acabó en una desagradable tangana, cuando Marcelo fue expulsado por una salvaje entrada a Fàbregas, que debutaba después de ser repescado del Arsenal. Por su parte, Mourinho fue captado por las cámaras colándose en la melé de jugadores para meterle un dedo en el ojo a Tito Vilanova, amigo y ayudante de Guardiola. No era la primera vez que la enemistad entre los dos equipos amenazaba con ensombrecer el fútbol que habían desplegado. Los dos duelos habían ofrecido mucho para disfrutar, con un Ronaldo repleto de energía y resolución, que marcó su gol número cien con la camiseta del Real Madrid. No obstante, una vez más se vio eclipsado por los goles y las asistencias de Messi, que en todo momento hicieron al Barcelona favorito para llevarse la eliminatoria.

Sin embargo, Mourinho siguió contando con la tolerancia y un apoyo cada vez mayor por parte de su presidente, Florentino Pérez.

Después de que en mayo Jorge Valdano recibiera de modo poco elegante el finiquito por los dos años de contrato que le restaban, José Mourinho fue designado «director de operaciones futbolísticas» y jefe de entrenadores, lo cual fortaleció enormemente su poder. Esto se veía con preocupación entre algunos círculos, como un rechazo de lo decoroso; la forma de hacer las cosas del Real Madrid sugería un pacto faustiano para ganar a cualquier precio, pero la mayoría de los aficionados blancos recibían las noticias encogiéndose de hombros, porque sus tácticas psicológicas estaban demostrando ser solo una parte pequeña del equipo que había construido.

Por fácil que fuera para los aficionados del Barça y la prensa catalana caricaturizar a Mourinho como un hooligan, nadie discutía que el Real Madrid había arrancado la nueva temporada mejor que la anterior, jugando con estilo, cohesión y auténtica hambre de gol. La campaña liguera empezó con un 0-6 a domicilio ante el Zaragoza, con un *hat-trick* de Ronaldo. A pesar de que luego tuvieron un pequeño bache cayendo derrotados ante el débil Levante y con un empate frente el Racing de Santander en las dos jornadas siguientes, empalmaron una racha de diez victorias consecutivas en el periodo previo al primer Clásico, con catorce goles de Cristiano y tres *hat-trick*. En cambio, cuando se vieron las caras, el Barcelona ya se había dejado once puntos con duras derrotas ante Valencia, Sevilla y Athletic de Bilbao. A pesar de ello, Messi seguía en un estado de forma deslumbrante, marcando diecisiete goles en quince partidos, entre ellos tres *hat-trick*. Los niveles de rendimiento de ambos equipos se habían hecho tan ridículos que el gol average del Barcelona en esas jornadas (49-4) le hacía parecer un equipo hosco y defensivo frente a los números del Madrid en el mismo periodo de tiempo (57-9).

La única estadística importante era que el Real Madrid estaba tres puntos por delante en lo alto de la tabla, con un partido menos y la fuerza del principio de temporada de su parte. Se decía incluso que Mourinho por fin estaba en situación de asestar un golpe al Barcelona. Al fin y al cabo, era un hombre que tenía sobre su escritorio una foto de sí mismo celebrando la victoria sobre el Barcelona mientras entrenaba al Inter.

Daba la sensación de que Mourinho ya se había metido en la cabeza de Guardiola. Ya fuera cuestionando la relación del Barcelona con la UEFA, Unicef o los árbitros, finalmente lo había logrado. A pesar de que, en la edición anterior de la Liga de Campeones, el Barça había acabado triunfando, a la hora de la verdad Guardiola llegó a perder la calma en cierto momento refiriéndose a Mourinho como «el puto amo» durante una furiosa entrevista en televisión. Según se decía, Mourinho le estaba sacando poco a poco de su zona de confort y llevándole a un lugar en el que The Special One prosperaba. Y empezaban a circular comentarios de que el Barcelona parecía «frágil».

Evidentemente, la versión opuesta era que los jugadores del Barcelona eran humanos. Habían alcanzado la cumbre de su rendimiento durante dos temporadas, con un sistema muy exigente física y psicológicamente. Si había un bache en sus actuaciones, era de esperar. Sin embargo, a pesar del bajón, llegaron al primer Clásico a una distancia perfectamente salvable del Madrid. No había motivo para que cundiera el pánico.

A los veintiún segundos de partido, el Real Madrid ya se había adelantado: tras un despeje fallido de Valdés y varios rebotes dentro del área, Benzema levantó el balón para anotar el primer gol. Bajo una

intensa lluvia, el Barcelona parecía haberse olvidado de jugar al fútbol, resbalaban y patinaban por todo el campo, mientras Valdés despejaba de puños balones que debería estar bloqueando. Todo el equipo parecía haberse contagiado de nervios y dudas. De repente, el rumor de que se había vallado la plaza de Cibeles, donde suelen reunirse los aficionados madridistas para celebrar las victorias del equipo, ya no parecía tan descabellado.

No obstante, a la media hora del choque, en contra de lo que hacía pensar el desarrollo del partido, el Barcelona empató. Messi condujo el balón por el centro del campo, atrayendo jugadores blancos como un imán, y asistió a Alexis Sánchez, que envió el esférico al fondo de las mallas.

El Madrid empezó a arrugarse con el balón mientras el Barcelona recuperaba el toque y el pase. A los cincuenta y tres minutos de partido, un disparo de Xavi tropezó en la defensa y cogió desprevenido a Casillas haciendo temblar las mallas de nuevo.

Pasado el minuto sesenta, Cristiano Ronaldo disfrutó de una clara oportunidad libre de marca desde ocho metros, pero su testarazo se marchó lamiendo el palo. Casi inmediatamente después, el Barcelona se lanzó al ataque y Fàbregas marcó de cabeza. Júbilo en el Barcelona, frustración para el Madrid. El resto del partido se fue apagando sin que los blancos fueran capaces de dar la vuelta al marcador.

El Real Madrid había tenido al Barça donde quería, pero dos fallos importantes de Ronaldo le dejaron escapar.

Tras este resultado, ambos equipos empalmaron otra racha de actuaciones formidables, en la que el Barcelona perdió siete puntos en los siguientes diecisiete partidos, mientras que el Real Madrid solo se dejó seis en las siguientes dieciocho jornadas.

El otoño dejaba paso al invierno de la temporada 2011-12. De repente, Mourinho se quedó relativamente callado, adoptando un aire amable que no mostraba el mes anterior, cuando era un objetivo fácil para sus detractores. Su actitud relajada reflejaba confianza en sus jóvenes jugadores y en su capacidad para hacer un buen fútbol sin recurrir a las malas artes. Florentino le había pedido también que intentara ganarse a la gente, en vez de hacer que el Real Madrid perdiera los pocos amigos que tenía. El técnico portugués empezó a ser valorado por sus resultados en vez de por sus palabras, mientras que la afición madridista coreaba su nombre como nunca antes. Ningún entrenador o técnico en la historia del club había sido tan popular.

Para entonces, la principal atracción de la Liga giraba en torno al rendimiento de sus dos estrellas rivales, Messi y Cristiano Ronaldo, acostumbrados ya a romper récords, incluidos los suyos propios. El periodista Santiago Segurola describía con estas palabras el espectáculo del fútbol mundial que se desplegó en esos meses: «En 2008, llega Guardiola, y sigue esa temporada esplendorosa del Barça con seis títulos, y de repente el mundo descubre a un Barcelona extraordinario que tiene a un jugador bandera que es Messi, que tiene una manera de jugar absolutamente singular. Y el Real Madrid contraataca reclamando la marca de ser el gran equipo español de toda la vida, y que ha fichado a algunos de los mejores jugadores del mundo. Así que tenemos a dos jugadores que van a presentar batalla: Messi y Cristiano, que tienen características muy diferentes y algunas parecidas. Futbolísticamente, son dos jugadores que marcan la diferencia, grandes portentos... Uno del gol, el otro del gol y de algo más, que es Messi. [...] Messi añade una característica estratégica que no tiene Cristiano, y Cristiano añade al Madrid una voracidad que

combina muy bien con la historia del Real Madrid. El Madrid siempre ha sido un equipo con una voracidad, capacidad de depredación extraordinaria, y Cristiano ha sido lo que fue Di Stéfano, un jugador irresistible ante el gol, que quiere ganar a toda costa. Y luego, con el tiempo, una característica muy importante, que es el no resignarse a ser segundo».

La histórica rivalidad pendular entre los dos clubes cada vez se veía más definida por el intercambio de récords rotos entre sus jugadores estrella.

Viendo el volumen y la calidad de sus goles en este periodo, es inevitable pensar en cómo su rivalidad les ha conducido a cotas aún mayores. Se puede ver en el patrón de sus goles: un doblete de uno tiene como respuesta un *hat-trick* del otro en el partido siguiente, igualado después por otro *hat-trick* del primero.

En las jornadas discurridas entre ambos clásicos, Messi anotó veintitrés goles en diecisiete partidos; Cristiano veinticuatro en dieciocho. También hubo otros jugadores con una aportación muy valiosa a su equipo, pero este era un campeonato paralelo, que se reducía a ambos futbolistas.

Cuando por fin llegó el segundo Clásico, en el mes de abril, el Real Madrid llegó algo dañado por varios empates recientes que le dejaban con una renta de tan solo cuatro puntos de ventaja sobre el Barcelona, cuando unas semanas antes les sacaban diez. Mourinho había ganado uno de los diez choques anteriores con los azulgranas. Si el Barcelona ganaba, como parecía sugerir el registro de resultados de los clásicos, solo les separaría un punto.

Todo estaba en juego en el último Clásico de la temporada. Guardiola sabía que The Special One no solo estaba sitiando la



Camelot futbolística que el catalán había creado y construido a lo largo de tres temporadas, sino que tenía potencial suficiente para romper sus defensas, y después saquear y desvalijar el sistema y el estilo de juego que desde hacía un tiempo venía maravillando al mundo.

Guardiola insistió a Messi y al resto de sus jugadores de que solo había una opción: ganar. Dada la diferencia de puntos, perder o empatar significaría entregar el título de Liga al Real Madrid. Cristiano Ronaldo empezó ganando en una carrera a Busquets y forzando una falta. El disparo de Ángel de María fue desviado a córner; en el centro, Valdés se equivocó al medir el salto y, aunque detuvo un primer remate, la pelota se quedó botando junto a la línea de gol y Khedira empujó para subir el primer tanto al marcador. El Barcelona estaba desarmado. Un hábil Xabi Alonso estaba negando a Messi el espacio que necesitaba, mientras que Iniesta parecía fuera del partido. El Barça estaba lento por las bandas y predecible en el pase en el centro del campo. Y cuando por fin veían puerta, fallaban las oportunidades. Por su parte, el Real Madrid, parecía sereno y contundente, dispuesto a salir hacia delante en cuanto recuperaba el balón. En la segunda mitad, las dos mejores ocasiones estuvieron en las botas de la gran promesa de la temporada, Cristian Tello, pero el canterano azulgrana midió mal una de ellas y la otra se perdió por encima del travesaño. La tensión aumentaba por momentos, pero el Madrid se mantenía firme. De repente, su paciencia en los pases parecía desentonar con la presión del reloj. En cambio, Ronaldo se animaba en cuanto tenía el balón en los pies como un galgo persiguiendo a una liebre.

El Barcelona sacó a Alexis Sánchez como última carta cuando solo quedaban veinte minutos: a los dos minutos empató, empujando el

esférico por encima de la línea después de dos buenas paradas de Casillas. Sin embargo, las tenues esperanzas del Camp Nou tras el tanto de Alexis se esfumaron tres minutos después por cortesía de Cristiano Ronaldo.

Mientras el estadio rugía para animar a su equipo, Cristiano recibió un pase de Mesut Özil y se escoró ligeramente para batir a Valdés por el palo corto y lograr su cuadragésimo segundo tanto de la temporada. Al correr para celebrarlo hizo un gesto con las palmas de las manos mientras decía «calma» y se señalaba. Ya fuera dirigido a los seguidores azulgranas principalmente, a sí mismo o a sus compañeros, el mensaje quedó claro: en el escenario más grande del mundo, esta vez todo volvía a su sitio. Los insultos de los aficionados culés contra el portugués se prolongaron hasta la madrugada.

Menos de una semana después, ante una falange claramente emocionada de jugadores del Barcelona, Guardiola anunció que no renovarían su contrato a final de temporada. Después de cuatro años, la era Guardiola llegaba a su fin. Declaró que necesitaba descanso y recargar pilas, porque tenía que «dejar pasar tiempo». Y al verle, era difícil discutirlo. Las últimas dos temporadas le habían pasado factura, cada una a su manera. Se le veía físicamente vacío, a veces ya no parecía intocable ni por encima del agotador ojo por ojo de la Liga, una semana tras otra. Tras un fuerte aplauso, el director deportivo del club, Andoni Zubizarreta, anunció que su puesto sería ocupado por Tito Vilanova.

Messi no asistió a la rueda de prensa. Eso sí, publicó un comentario en Facebook, diciendo que quería «agradecer de todo corazón a Pep lo mucho que ha dado a mi carrera profesional y personal. Debido a esta emotividad que siento, preferí no estar presente en la conferencia de

Pep. Sé que los periodistas buscarán los rostros de pena de los jugadores y esto es algo que he decidido no mostrar».

El Real Madrid ganó sus partidos restantes manteniendo los nueve puntos de diferencia y se alzó con el título de Liga, séptimo título liguero de Mourinho en cuatro países distintos. Mucho habían cambiado las cosas desde la humillación del 5-0 que sufrió el Real Madrid de Mourinho en su primera temporada como entrenador en España. Los blancos habían ganado la Liga en una temporada de récords, con un total de treinta y dos victorias, dieciséis de ellas a domicilio, alcanzando un récord de cien puntos y estableciendo una nueva plusmarca de goles en ciento veintiuno, para acabar con la máxima diferencia de tantos de la historia.

Durante la campaña 2011-12, Cristiano superó sus anteriores logros como goleador: alcanzó una nueva marca personal de sesenta tantos en todas las competiciones y se convirtió en el primer jugador de la historia en marcar a todos los clubes de la Liga (19) en una sola temporada.

Y cuán distinto era el estado de ánimo de Cristiano y Leo al comenzar aquel verano. Con la gestión de Mourinho, Ronaldo había encontrado su rumbo, recuperando el impulso y la motivación que había definido sus mejores años en el Manchester United. Se había confirmado como estrella indiscutible del equipo con una serie de virtuosas actuaciones, mostrándose a la altura de los retos semana tras semana, demostrando una forma física, un abanico de habilidades, un compromiso y una capacidad goleadora que se ganaron por fin el calor de los aficionados madridistas, no tanto como persona, sino como jugador que sabía cómo sudar la camiseta y ganar. Su futuro y el de

Mourinho parecían unidos y enfilados en una sola dirección ascendente.

La única decepción de Cristiano aquella temporada fue que la afición del Real Madrid le culpara de la eliminación en la semifinal de Champions ante el Bayern, cuando vio cómo su lanzamiento de penalti era detenido por Manuel Neuer. Sin embargo, hasta en esa amargura encontró algo de consuelo, porque Messi también malogró una pena máxima contra el Chelsea, lo cual contribuyó a la eliminación del Barça en la Liga de Campeones. Tal y como dijo Mourinho en la rueda de prensa después del partido: «Los mejores futbolistas fallan penaltis, igual que los mejores tenistas no siempre ganan sus puntos de partido. Ronaldo ha fallado un penalti, igual que Messi falló un penalti decisivo. La gente actúa como si fueran Superman, pero *Superman* es una película».

Incluso en ese momento de adversidad, Ronaldo tuvo a Mourinho a su lado, luchando por él; sin embargo, Messi contemplaba la temporada siguiente sin un técnico que había hecho más que ninguno por su desarrollo como jugador. Aun así, era evidente que Cristiano estaba más centrado que nunca en Messi.

En una entrevista concedida en mayo de 2012, mostró cierta frustración cuando le preguntaron sobre Messi en lugar de referirse a él: «Algunos dicen que yo soy mejor, otras personas dicen que es él, pero al final del día son ellos quienes van a decidir quién es el mejor jugador», dijo Ronaldo a la cadena CNN antes de la final de la Liga de Campeones entre el Bayern de Múnich y el Chelsea en el Allianz Arena de Múnich. «En este momento... Creo que soy yo», añadió riendo.

«A veces [las comparaciones con Messi] me cansan..., y a él también, porque nos comparan todo el tiempo. No se puede comparar

un Ferrari con un Porsche porque es un motor diferente. No se les puede comparar. Él hace las mejores cosas del Barcelona, yo hago las mejores cosas para el Madrid. Creo que a veces nos empujamos el uno al otro en la competición, y esa es la razón por la que la rivalidad es tan alta. Esa también es la razón por la que Madrid y Barcelona son los mejores equipos del planeta, porque todo el mundo nos empuja, no solo a Messi y a mí, sino a otros jugadores.»

En las raras entrevistas que concedía, Messi también se mostraba hastiado por las preguntas sobre Cristiano, aunque en realidad no le gustaba que le preguntaran acerca de nada. A diferencia del portugués, él no necesitaba insistir en sus argumentos. Dejaba que el fútbol lo hiciera por él. «Todo lo que se hace es mediático, de la prensa, que quiere que haya un duelo entre nosotros, pero yo nunca competí con Cristiano ni luché contra él», explicó al diario deportivo *Olé* ese mismo verano, cuando se multiplicaron las noticias sobre su rivalidad.

Asimismo, afirmó que nunca había habido «disputa de ningún tipo ni nada» con Ronaldo, a quien describió como «un gran jugador» en unas declaraciones realizadas en Fráncfort con motivo de un amistoso de la selección argentina contra Alemania en agosto de 2012.

Sin embargo, mientras Messi nunca ha dejado entrever ninguna irritación en concreto y siempre insiste en que no tiene ninguna rencilla con Cristiano, la estrella lusa le considera su némesis, un constante punto de referencia que, en su opinión, se usa con demasiada frecuencia para juzgarle equivocadamente. Ronaldo no acudió a la ceremonia de entrega del Balón de Oro de 2011, y muchos lo vieron como una señal pública de que estaba molesto porque su rival fuera mejor considerado que él. Nadie pensaba que tampoco fuera a acudir a la ceremonia de 2012.

Cuando partió para disputar el campeonato de Europa en Polonia y Ucrania, era comprensible que Cristiano viese el péndulo más inclinado que nunca a su favor.

## Eurocopa 2012: Cristiano

Cristiano llegó al campeonato en el mejor estado de forma de su vida. Sin embargo, el primer rival de Portugal era Alemania, un equipo que ya los había derrotado en torneos internacionales. El partido fue igualado sin apenas ocasiones, resuelto con un gol del alemán Gómez. Aunque los lusos se toparon varias veces con la madera, en general se vieron anulados y Ronaldo fue sometido por la defensa germana.

En la segunda cita ante Dinamarca, Cristiano falló varias oportunidades y los daneses remontaron un 2-0 para lograr el empate. Cuando apenas restaban tres minutos de encuentro, Silvestre Varela desequilibró el partido con un disparo raso después de marrar el primer chut. Ronaldo jugó mejor que en el primer encuentro, creando problemas durante todo el partido, pero no convirtió las ocasiones que tuvo.

De hecho, cada vez que desaprovechaba una oportunidad en aquel 3-2 contra Dinamarca, la afición contraria le increpaba coreando: «¡Messi, Messi!». En la rueda de prensa después del partido, el jugador reaccionó enfadado a una pregunta: «¿Sabes lo que [Messi] estaba haciendo en este momento el año pasado?», preguntó. «Estaba

siendo eliminado de la Copa América en semifinales.» Viendo cómo se desarrollaron los acontecimientos, es probable que deseara haber contestado de otro modo.

En su último partido de la fase de grupos contra Holanda, Ronaldo tuvo que esforzarse para convencer a todos de que era el mejor jugador del equipo luso, por no hablar del mundo.

Durante los diez primeros minutos dio la impresión de que las cosas no iban según lo planeado. Los holandeses movían bien el balón y se adelantaron en el minuto nueve por medio de un disparo con rosca de Van der Vaart.

Cinco minutos después, Cristiano hizo un recorte desde la izquierda y lanzó un disparo bajo con rosca que dio en la parte exterior de la madera. Otros cinco minutos más tarde, lo volvió a intentar con un cabezazo que se encontró con el portero holandés.

Transcurridos otros cinco minutos, Pereira le dio una asistencia entre líneas que dejó vendida a la línea defensiva holandesa: Cristiano batió serenamente al meta holandés. A partir de ese momento se hizo omnipresente, irrumpiendo en el centro del campo antes de dejar doloridas las manos del portero adversario con un disparo desde treinta metros, o saltando para cabecear un balón al lado del palo. Era como si hubiese escuchado las críticas y hubiera decidido enmendarlo todo en un solo partido. Holanda tenía que presionar para ganar por dos goles de diferencia. En ese contexto, Ronaldo se encontró una y otra vez con espacio para correr y poner a prueba las piernas oxidadas de la defensa holandesa. Sus primeros cuarenta y cinco minutos de aquel partido fueron aclamados como la mejor actuación individual a esas alturas del torneo. Y todavía quedaba la segunda parte. Portugal solo necesitaba un empate para clasificarse, pero se olía la sangre.



Los primeros veinte minutos de la segunda mitad fueron deshilvanados, con varias entradas duras y una Holanda cada vez menos segura de sí misma. Cristiano creó un par de ocasiones con sus galopadas marca de la casa, una de las cuales desaprovechó Nani con toda la portería para sí. Pero daba la impresión de que Ronaldo estaba reservando sus energías desde el final de la primera parte.

Entonces, en el minuto setenta y cuatro, Van der Vaart perdió un balón y Portugal se lanzó al contraataque con mucho espacio. Nani arrancó con el balón y dibujó un pase cruzado cambiando el sentido del avance. Ronaldo controló el esférico, recortó al defensa holandés Van der Wiel, dejándole boca arriba en el suelo, y colocó el balón en la esquina izquierda de la portería. Aún tuvo tiempo para redondear su actuación con un *hat-trick*, pero el balón golpeó contra el palo. Dos goles y una pregunta contestada. Portugal estaba en la siguiente ronda.

En cuartos de final, una selección checa muy decidida acabó doblegada por un solitario gol de Cristiano, que disparó dos veces a la madera y cuyos disparos recibieron las constantes paradas de Petr Čech. El pase a semifinales le volvió a poner enfrente de España, el equipo que prácticamente había asumido el papel de Messi en el fútbol europeo.

A pesar de que Cristiano dio lo mejor de sí durante ciento veinte minutos, el partido acabó sin goles. Portugal estaba siendo mucho más eficiente que en cualquiera de sus partidos recientes contra la Roja. Según se reveló después del encuentro, cuando llegó la ronda de penaltis, Cristiano se pidió el último lanzamiento, gesto que algunos vieron como un intento de acaparar toda la gloria. Sin embargo, al final dos jugadores lusos fallaron sus lanzamientos, cosa que dio la victoria a España sin que Ronaldo tuviera oportunidad de tirar: tuvo

que ver cómo Fàbregas transformaba su pena máxima para cerrar el pase a una nueva final para España. Las risas de quienes coreaban «¡Messi, Messi!» desde la grada para provocarle siguieron escuchándose bastante después.

## La vida después de Pep y con Mourinho: Messi y Cristiano

Sería justo decir que nadie sabía qué esperar del Barcelona al comenzar la nueva temporada. A pesar de que el club atravesaba una fase en la cual se definía a sí mismo buscando soluciones en casa, Tito Vilanova no habría sido uno de los favoritos en las quinielas para ocupar el banquillo del Barça. Vilanova era una persona muy querida que había acompañado a Guardiola desde el banquillo del filial azulgrana en tercera división hasta el primer equipo. Célebres son sus palabras cuando Guardiola le preguntó: «¿Estamos listos?», mientras decidía si aceptar o no el puesto en el Barcelona B: «Lo estás», respondió. A comienzos de año, Guardiola le había dedicado en catalán su galardón al mejor técnico de la temporada, después de que Tito fuera operado para extirparle un tumor. El hombre al que Thierry Henry describía como el «hermano gemelo de Pep» contaba con el beneplácito de Guardiola y del club. El fichaje más destacado para la campaña fue Jordi Alba, jugador de la cantera que se había marchado para emprender su carrera en otros clubes, pero que ahora regresaba al redil. Vilanova también se había enemistado con Mourinho desde el

incidente en que el portugués le metió un dedo en el ojo y se refirió a él como «Pito Vilanova» la temporada anterior.

Por su parte, el Real Madrid entraba en un periodo de aparente estabilidad. Era el comienzo de la tercera temporada de Mourinho en el club. Los fichajes de Luka Modrić y Michael Essien por Nuri Şahin y Hamit Altıntop sugerían una mejora en la plantilla. A pesar de que seguía habiendo rumores sobre la elección de Cristiano en el orden de los penaltis en la Eurocopa, en España se daba por hecho que el luso volvería a su trabajo con normalidad.

El Barcelona empezó tal y como había acabado la temporada anterior, endosando un 5-1 a la Real Sociedad. En cambio, el Madrid parecía disperso y no pudo pasar del empate a uno contra el Valencia en casa. La ida de la Supercopa fue un choque vibrante en el que, según la opinión mayoritaria, el Barcelona puso todo el fútbol, pero el Real Madrid logró dos inestimables tantos en el Camp Nou.

El Barça era como una caricatura de sí mismo en su versión más mareante con el pase. Iniesta dio una exhibición de visión periférica y parecía moverse al doble de velocidad que el resto. Messi corría desde atrás, salvando entradas y dando pases por todo el campo, colando el esférico ante jugadores blancos que la mayoría del tiempo no parecían saber dónde estaba. No obstante, el Madrid se adelantó con un potente cabezazo de Cristiano, en su primera ocasión de gol. Pedro puso el empate a uno finalizando de manera impecable un pase por alto de Mascherano. Luego Iniesta se valió de sus pies de bailarín para provocar un penalti que Messi transformó en el 2-1. Cuando Xavi marcó el tercero después de una buena jugada de Iniesta, daba la impresión de que el Barcelona se llevaría una ventaja cómoda para el encuentro de vuelta, pero entonces anotó Ángel di María: con dos

goles en campo contrario, la balanza parecía decantarse a favor del Madrid.

Los blancos perdieron su siguiente compromiso liguero frente a un débil Getafe. Cuando llegó la fecha del partido de vuelta, ya se hablaba de una minicrisis. Con tres partidos sin ganar, era el peor comienzo de Mourinho en toda su carrera como entrenador. Él mismo admitió tener dudas sobre la mentalidad del equipo después de la derrota ante el Getafe. Mientras, el Barcelona esperaba serenamente en lo alto de la tabla.

Sin embargo, los culés empezaron el partido de manera caótica. Un pase aparentemente inocuo por alto permitió anotar a Higuaín, equilibrando el global de la eliminatoria. Minutos más tarde, Cristiano aprovechó un balón que venía de campo blanco y con un toque de espuela se lo llevó por encima de Piqué y batió a Valdés por abajo. De repente, el Real Madrid llevaba la batuta. Las cosas se pusieron aún peor cuando Adriano fue expulsado por agarrar a Ronaldo cuando corría hacia la portería blanca.

El Barcelona estaba hecho jirones. Como señaló un comentarista, estábamos acostumbrados a ver al Real Madrid hacer esto con equipos pequeños, ¡pero no con el Barcelona!

En el minuto treinta y siete, Messi intentó volver a meter a su equipo en el partido transformando un fantástico lanzamiento de falta por la escuadra. En la segunda mitad se notó que ambos equipos actuaban con cautela, con la eliminatoria sumamente igualada. El Real Madrid parecía contentarse con esperar y dejar la posesión a un Barcelona que, con diez hombres, parecía incapaz de crear verdadero peligro al Madrid sin exponerse al riesgo de un contraataque. Messi tuvo la ocasión de ganar el partido en el minuto noventa y dos, pero su

disparo se fue desviado por poco. El Real Madrid ganó la Supercopa gracias a sus goles en campo contrario.

Sin embargo, la trayectoria del Real Madrid en Liga no mejoró. Tras perder 1-0 contra el Sevilla, Mourinho lamentó tener solamente tres cambios, diciendo que le habría gustado hacer siete. Su creador de juego, el alemán Mesut Özil, cuya influencia había sido tan decisiva en la temporada anterior, estaba desaparecido y entrenaba con los suplentes. Tras solo cuatro partidos, ya estaban a ocho puntos del Barcelona, que había protagonizado un arranque perfecto en la Liga. El Madrid parecía frágil, concedía demasiadas faltas, carecía de solidez en el centro del campo y creaba pocas ocasiones de gol. Cristiano en particular se mostraba desganado, murmurando que estaba «triste» e insinuando que el club sabía la razón. Mientras, la gente decía que solo era una treta para mejorar su contrato.

El primer Clásico de la temporada llegó bastante temprano, el 7 de octubre; despertó más atención de la habitual por el masivo gesto independentista organizado entre los aficionados del Camp Nou, que planeaban gritar a favor de la independencia en el minuto diecisiete y catorce segundos de la primera mitad, en conmemoración del año 1714, cuando Cataluña perdió muchos de sus derechos históricos. El Madrid siempre había sido el viejo enemigo, pero, de repente, el hecho de que fuera «Real» parecía tener más significado. «La institución debe ser neutral, pero en el momento en que Cataluña como pueblo, con mayoría, decida qué es mejor para su futuro, el Barça estará al lado de las decisiones que los catalanes tomen», aseguró su presidente Sandro Rosell, en referencia a la independencia en una entrevista a Catalunya Informació recogida por Europa Press en septiembre 2012.

(Opinión reiterada en una entrevista con el autor antes del referéndum ilegal de octubre 2017.)

Sandro Rosell, presidente del club azulgrana, hacía comentarios con regularidad a favor de la autodeterminación, como «Cuando los catalanes decidan su futuro, el Barça estará a su lado».

Con todas las conversaciones girando en torno a lo que ocurría fuera del campo, el partido acabó siendo un recordatorio de lo volátiles que podían ser estos encuentros, con el Camp Nou convertido en una olla a presión y sus gradas un mar rojo y amarillo, colores de la bandera catalana. Y en el centro de todo ello, hubo un fascinante duelo entre Cristiano y Messi.

El encuentro comenzó con varias ocasiones medianamente peligrosas para el Real Madrid, hasta que el esférico llegó a Ronaldo dentro del área, que escondió perfectamente sus intenciones y batió por el palo corto a Víctor Valdés. A continuación, Messi aprovechó un terrible error en el despeje de Pepe y devolvió la igualdad al marcador.

Pasada la hora de juego, Messi lanzó un extraordinario disparo con rosca por encima de la barrera al fondo de la red; Cristiano respondió a los cinco minutos rompiendo el fuera de juego para volver a igualar el marcador. En un partido en el que parecía haber tanto en juego, los dos jugadores en el centro del huracán estaban haciendo lo de siempre: marcar goles. Entre los dos ya habían conseguido cien dianas con sus clubes a lo largo de 2012. A sus veinticinco años, Messi estaba a un tanto del récord de Alfredo di Stéfano en los clásicos.

Por primera vez, el diario deportivo *As* se refirió a ambos futbolistas como los mejores jugadores del partido. Según el *Marca*: «Cuando crees que no pueden hacer nada más, lo hacen. Cada vez».

Finalizado el partido, Mourinho decidió abandonar temporalmente sus quejas sobre malas decisiones y dijo que «Son tan buenos que debería estar prohibido hablar de quién es el mejor jugador del mundo».

Por su parte, Vilanova dio muestras de estar aprendiendo rápido al aprovechar la circunstancia para lanzar un dardo a Cristiano: «Está claro que son dos jugadores muy buenos. Si no fueran de la misma edad, tal vez Cristiano sería más reconocido, pero ha tenido la desgracia de coincidir con Messi».

En enero de 2012, Messi recibía su cuarto Balón de Oro. Parecía más seguro de sí mismo que en ocasiones anteriores, luciendo una chaqueta de lunares y una pajarita a juego. Dedicó su premio al amor de su infancia y futura esposa, Antonella, además de a su hijo. Seguía siendo un hombre de pocas palabras y expresión algo bobalicona, pero ya no era el chico introvertido y desorientado de antes. El éxito le había hecho madurar, aunque no se había malogrado por la fama que le acompañaba.

Desde luego, parecía muy lejos del aura de celebridad que rodeaba a otra pareja cuidadosamente maquillada y ataviada presente en la ceremonia aquella noche: un bronceado y engominado Ronaldo, con chaqueta de seda de doble solapa, y su novia, la modelo Irina Shayk, cuya relación intermitente copaba las revistas del corazón.

Messi recibió el 41,60 por ciento de los votos; Cristiano quedó segundo, con el 23,38.

Gerard Piqué lo resumió de este modo: «Cristiano Ronaldo es el mejor de los humanos, pero Messi es un extraterrestre». A pesar de no haber ganado ni Liga ni Champions, el argentino había marcado cincuenta goles en la temporada liguera y otros catorce en Europa,



batiendo el récord de la competición, además de ser el primer jugador en anotar cinco tantos en un partido de Liga de Campeones. Por otro lado, estaba logrando acabar con el mito de que con la selección argentina no jugaba tan bien como en su club, marcando doce goles en nueve partidos. A comienzos de diciembre de 2012, había conseguido ochenta y seis dianas en lo que llevaba de año, superando los ochenta y cinco de Gerd Müller con el Bayern de Múnich y la República Federal Alemana en 1972, con lo cual batía el récord de goles marcados en un año por un solo jugador. Era el cuarto Balón de Oro de Messi y, a menos que cambiaran mucho las tornas en la segunda parte de la temporada, ya estaba sentando las bases para el quinto.

El Barcelona llegó a mitad de temporada habiendo conseguido cincuenta y cinco puntos de cincuenta y siete posibles, con Messi anotando un total apenas creíble de veintinueve tantos en diecinueve partidos. Los únicos puntos que el equipo azulgrana se había dejado en Liga eran los dos del empate contra el Real Madrid en octubre.

Por su parte, el Madrid no acababa de enderezar el rumbo, a pesar de los dieciséis goles de Cristiano Ronaldo: se encontraba a catorce puntos del Barcelona.

El 20 de diciembre se había anunciado que Tito Vilanova debía someterse a una operación para extirparle un tumor; a continuación recibiría quimioterapia. En un giro del destino, Éric Abidal, que la temporada anterior había estado de baja por un trasplante de hígado tras serle detectado un tumor cancerígeno, volvió a los entrenamientos. Conociendo el desafío de luchar contra un cáncer y para demostrar su cariño hacia Tito, el jugador escribió en Twitter: «Ánimo, Tito. Eres grande. Siempre a tu lado. Un abrazo enorme».

Mientras, a lo largo del otoño y el invierno, Mourinho había seguido culpando a sus jugadores por el mal momento del equipo. En un extraño incidente ocurrido en octubre, Sergio Ramos se puso la camiseta de Özil debajo de la suya después de que el alemán fuera sustituido; la gente lo interpretó como un desafiante gesto de solidaridad con el futbolista, al que Mourinho parecía estar culpando de los problemas de todo el equipo. Corrían rumores de una ruptura en el vestuario entre los jugadores españoles y los portugueses. Mourinho, maestro en la creación de una mentalidad de asedio, se había quedado fuera de la fortaleza mientras su equipo se acorazaba en su interior. La gente empezó a preguntarse si Cristiano, con su juego para sí mismo, era en realidad una debilidad que el resto de equipos podía explotar.

Y, sin embargo, alguien (muchos aseguran que fue Mendes) seguía filtrando historias sobre la tristeza de Ronaldo, que no quería atar su futuro con el Madrid hasta expiarse por el mal inicio de temporada. El multimillonario Paris Saint-Germain decía estar esperando entre bastidores. Con gran oportunismo, Messi firmó discretamente un nuevo contrato que le ligaba al Barcelona hasta 2018. Y mientras varias fuentes sugerían que Mourinho había acordado abandonar el club blanco en el verano, saltó la noticia de que Guardiola entrenaría al Bayern de Múnich la temporada siguiente.

A finales de enero, Madrid y Barcelona volvieron a verse las caras en la semifinal de la Copa del Rey.

La ida fue como una repetición de los últimos clásicos, con el Barcelona moviendo el balón con su estilo de juego característico, haciendo trabajar al Madrid por todo el campo, mientras los blancos parecían satisfechos tratando de romperles el ritmo. El Barça

consiguió adelantarse cuando Messi interceptó un mal despeje entre líneas y Fàbregas aprovechó su posición legal para batir por bajo al guardameta blanco. Ambos equipos tuvieron buenas oportunidades, hasta que finalmente un adolescente Raphaël Varane, que debutaba en un Clásico con el Real Madrid, remató un córner a la red con un potente cabezazo picado. Milagrosamente, el partido no despertó polémicas, al menos hasta que José Callejón, extremo del Madrid, dijo haber oído a Messi llamar «Marioneta de Mourinho» a Aitor Karanka, segundo entrenador del cuadro blanco, delante de su mujer.

Entre la ida y la vuelta, Cristiano Ronaldo tuvo que enfrentarse a una visita del Manchester United en Liga de Campeones.

El portugués marcó con un cabezazo en suspensión, pero ante todo se ganó grandes elogios por la inteligencia de su actuación, con movimientos por todo el campo que desfiguraron al United, tan desesperado por contenerle que dejó mucho espacio a sus brillantes compañeros. A pesar de que los Devils se fueron con un tanto en campo contrario, obra de Welbeck, el partido estuvo bastante equilibrado. Se decía que Cristiano había recuperado la forma en el momento perfecto de la temporada. Sus declaraciones afirmando que el Real Madrid era mejor equipo que el Manchester United sonaron más a realismo que a una falta de respeto.

En cambio, el Barcelona estuvo tremendamente decepcionante en su duelo frente al Milan en San Siro: cayó derrotado por 2-0. Con Vilanova en quimioterapia, su ayudante Jordi Roura tuvo que hacerse cargo del equipo. Aquella noche no le salió nada al Barça. No encontraron espacios ni lograron poner en marcha su ritmo de pases. Messi estuvo más desaparecido que nunca. Era evidente que el equipo estaba acusando los efectos de la enfermedad de su entrenador.

Aunque Roura hablaba de su «confianza total» en que el Barcelona daría la vuelta a la eliminatoria, no sonaba sincero. En su crónica del partido, el diario *As* les tachó de «pardillos» por pensar que lo que hacían en Liga funcionaría de manera automática en Europa.

Tres días después, el Barcelona sacó un buen resultado frente al Sevilla. Messi se reencontró con el gol, pero el siguiente partido era contra el Madrid en el Camp Nou.

Para el Real Madrid, el Clásico era el pistoletazo de salida de ocho días en los que debía batirse con Barcelona y Manchester United. Ahí se decidiría cuál sería el legado de Mourinho en el Real Madrid. A pesar de que ya hacía meses que habían renunciado a la Liga, eliminar al Barcelona de la Copa del Rey y seguir vivos en la Copa de Europa sería importante para hacer que su paso por el Real Madrid se recordara como una época histórica de triunfos. No como algo cuestionable.

Al final, el Madrid barrió al Barcelona con un 3-1 en el partido de vuelta de la Copa del Rey, tras un temprano gol de Cristiano en la primera parte. El portero del Madrid, Diego López, dejó unas cuantas paradas de rutina, pero el equipo blanco logró mantener controlado al Barcelona guardándose una bala en la recámara. Los seguidores madridistas estuvieron hasta altas horas de la noche cantando, «¡Adiós a la Copa, adiós!».

Según Sandro Rosell, el cáncer de Vilanova era un tema del que nadie quería hablar en público y que, sin embargo, explicaba el bache en el rendimiento del equipo, encarnado en la tristeza silenciosa en la que Messi se sumió durante un tiempo.

«Todos los jugadores querían a Tito, pero Messi especialmente... Así que era algo personal y profesional. Afectó a la motivación del equipo:

no paraban de pensar en lo mucho que estaba sufriendo... Recuerdo que un día fui a la Ciudad Deportiva para explicar a los jugadores lo que estaba pasando, que iba a recibir tratamiento para el cáncer... Costaba jugar al fútbol, fue un momento muy difícil para todos. El caso es que no lo exteriorizaron y la mayoría de los medios no lo sabían, y los que lo sabían no sabían cómo expresarlo o no querían... Fue bueno que se quedara en casa, oculto... Siempre he dicho que el duelo se hace mejor de puertas para adentro. No era nuestro estilo darle bombo... El problema era que la gente buscaba un motivo para explicar por qué el Barça estaba jugando tan mal, y no lo encontraba.»

Para Messi, que había prosperado con su mentor sustituto después de la marcha de Guardiola, se hizo cada vez más difícil concentrarse. Vilanova ya había sido su técnico cuando el argentino estaba en las categorías inferiores del club, y luego segundo entrenador del primer equipo durante la era Guardiola. Tito había aprendido que Messi era clave para el éxito del Barça y que la mejor forma de tratar al argentino era no vociferarle órdenes, sino confiar en su visión y su habilidad con la pelota. Con su amabilidad y discreción, había aprendido a gestionar con paciencia y empatía los cambios de estado de ánimo y los bloqueos de comunicación que sufría de vez en cuando fuera del campo.

En el segundo Clásico de la temporada liguera, Mourinho dejó claras sus prioridades empezando con Cristiano Ronaldo, Higuaín, Khedira y Özil en el banquillo.

Messi salió de inicio, pero pasó bastante desapercibido, como si ambos equipos estuvieran ahorrando energías para la vuelta de sus respectivas eliminatorias en Liga de Campeones. A poco de empezar, Benzema culminó al segundo palo un ataque del Real Madrid. A partir de entonces, el partido pareció desinflarse. El Barcelona tenía el balón,

aunque sin apenas mordiente; el Madrid parecía cómodo cediéndole la pelota. Tras una larga posesión del Barcelona, Messi superó a Ramos con un cambio de dirección y coló el balón entre las piernas del guardameta madridista que salía a tapar su incursión. Sin embargo, el encuentro seguía carente de emoción. Leo aparecía por todas partes con toques elegantes e hilando pases, pero no había mucho peligro.

A la hora de juego, Cristiano Ronaldo saltó al campo y transformó el partido. Era todo carreras decididas, apremio y potencia. Provocaba faltas y se levantaba para lanzarlas. La breve calma que había descendido sobre el Barcelona se vio golpeada y el Madrid parecía el único capaz de ganar el partido. Y así fue, gracias al cabezazo de Sergio Ramos en un córner sacado por Modrić. Minutos después, los jugadores azulgranas rodearon al árbitro pidiendo penalti, pero no lo concedió.

Cristiano fue eficaz y clínico cambiando el partido, mientras que Messi, a pesar de su gol, parecía alguien imitando al argentino de los primeros meses de la temporada.

El 5 de marzo de 2013, el Real Madrid se enfrentó al Manchester United en Old Trafford. Era la primera visita del portugués desde su marcha: su regreso acaparó todas las conversaciones antes del partido. La primera mitad pasó como un relámpago, con ocasiones sin mucho peligro y entradas dramáticas. El árbitro anuló incorrectamente un tanto del Real Madrid por fuera de juego, pero en general el United estaba haciendo una buena labor conteniendo al equipo blanco; podría decirse que ellos tuvieron las ocasiones más claras de gol. A los cinco minutos, Ramos marcó en propia puerta, al tratar de despejar un centro de Nani. Sin embargo, cinco minutos después el portugués fue expulsado por levantar demasiado la pierna en una entrada. Mourinho

sacó inmediatamente a Modrić por un defensa, Arbeloa. A los pocos minutos, el croata igualó el marcador con un certero disparo pegado al palo. Tres minutos más tarde, Cristiano remató un centro peligroso poniendo a los blancos por delante. El Real Madrid supo aguantar el resto del encuentro y pasó a la siguiente fase. Si en ocasiones anteriores Ronaldo parecía obsesionado por demostrar lo mucho que había progresado y acababa jugando solo para sí, en Old Trafford estuvo sereno, disciplinado y decisivo. Tal vez no acaparara los focos del partido, pero desempeñó su papel y su voz fue importante para el resultado.

Con Vilanova aún alejado del banquillo y los resultados recientes en su contra, el Barça recibió al Milan en Liga de Campeones el 9 de marzo. Muchos se temían lo peor. La crisis, que nunca estuvo lejos, parecía estar arreciando.

La actuación de Messi aquella noche fue de esas que crean leyenda, condicionados como estamos por la típica narrativa de Rocky: el boxeador aturdido contra las cuerdas y sin apenas esperanzas hasta que comienza el momento del contraataque.

Ese momento llegó a los cinco minutos de partido, cuando tras unos minutos hilvanando pases entre la defensa del Milan, el argentino recibió el balón en el borde del área y, de algún modo, se sacó un chut imparable a la escuadra, sin armar la pierna, como un disparo de hockey asestado con un giro de muñeca. Sus compañeros se lanzaron sobre él. El Barcelona se volcó sobre el Milan rugiendo, asfixiándolos, presionando en todo el campo, recuperando el balón y atacando descaradamente, aunque con una pizca de cautela, ya que un tanto del Milan cambiaría las tornas radicalmente por el valor doble de los goles fuera de casa en caso de empate en el global de la eliminatoria. El

corazón de la afición se contrajo cuando M´Baye Niang disparó al poste para el Milan. Pero dos minutos después, Messi recibió un pase de Iniesta y lanzó un disparo a la izquierda de Mexès que el guardameta no pudo salvar. Al llegar el descanso, los comentaristas de todo el mundo se preguntaban si el Barça saldría más conservador en la segunda mitad.

La respuesta no se hizo esperar: el Barcelona siguió volcándose al ataque, mientras el Milan se aferraba a sus opciones al contragolpe. Pero sus esperanzas empezaron a esfumarse cuando Villa sacó un precioso disparo con rosca con su pierna izquierda y, luego, en el último minuto de partido, el lateral izquierdo Jordi Alba subió en un sprint hasta el área, controló un pase de Alexis Sánchez y finalizó con precisión. No podía haber un homenaje más adecuado para el estilo de juego que Guardiola y Vilanova habían perfeccionado y fomentado. El Barcelona lo había logrado, y a su manera.

El resto de la temporada no se desarrolló según los planes de ambos equipos, aunque el Barcelona no perdió más que cuatro puntos y acabó ganando la Liga, con cien puntos. El Real Madrid tuvo un final de campaña más flojo, terminando quince puntos por detrás de ellos. El Barça se impuso al Paris Saint-Germain en su eliminatoria de cuartos de Champions gracias a los goles fuera de casa, con un Messi que reapareció para revivir al equipo; por su parte, el Madrid pasó por un 5-3 global ante el Galatasaray, a pesar de perder 3-2 en Turquía. No se cruzaron en semifinales, pero ambos cayeron ante sus rivales alemanes. El Barcelona cayó por 4-0 ante el Bayern en Múnich, un resultado chocante con un Messi que se vació en el campo, pero claramente lastrado por una lesión en el bíceps de la pierna derecha. El Madrid perdió por 4-1 frente al Borussia Dortmund; aunque el



partido de vuelta en el Bernabéu fue vibrante y los blancos consiguieron un 2-0, los alemanes pasaron a la final. Por su parte, el Barcelona ofreció una sombra de lo que solía ser y cayó en casa por un 0-3 en el partido de vuelta: el global de la eliminatoria fue 7-0. La asombrosa exhibición del cuadro alemán tuvo gran repercusión en toda Europa y desató ríos de tinta en la prensa española, que hablaba de un «cambio de guardia» total, diciendo que el Barça necesitaba «todos los camiones de mudanzas de Barcelona para ayudar en la limpieza».

El Real Madrid perdió la final de la Copa del Rey ante un Atlético de Madrid reemergente, en un partido en que fueron expulsados Cristiano, Gabi y Mourinho.

Ambos equipos vivieron un final de temporada turbulento y lleno de preguntas por contestar. Cristiano y Leo seguían en una forma increíble, pero daba la sensación de que, cuando tenían que rendir, a ambos les habían fallado el cuerpo y la capacidad de concentración. Tal vez fuera absurdo esperar que dos futbolistas jugaran siempre a la perfección; después de todo, dijera lo que dijera el resto, eran humanos. La incertidumbre que rodeaba a sus entrenadores había afectado a su concentración. Mourinho desapareció entre comentarios oscuros, después de mostrarse incapaz de destronar al Barça en España durante más de una temporada y, lo que era más importante, de darle al Real Madrid su ansiada décima Copa de Europa.

Los dos equipos movieron ficha rápidamente en el mercado de fichajes. El Barça se hizo con la gran promesa brasileña, Neymar, y el Madrid con Gareth Bale, por un precio que algunos aseguran superó el récord que había establecido la compra de Cristiano Ronaldo.

El 25 de junio, el Real Madrid anunció el fichaje de Carlo Ancelotti como nuevo entrenador.

Poco menos de un mes después, el 19 de julio, el F. C. Barcelona anunciaba la triste noticia de que Tito Vilanova había recaído del cáncer y abandonaba su puesto en el club. Jugadores y equipo técnico estuvieron presentes en la rueda de prensa, incluido Messi, con los brazos cruzados y la mirada perdida. Eso sí, quiso dejar un comentario en Facebook: «¡Fuerza, Tito! ¡Todos estamos contigo en esta lucha!». Por desgracia, Tito murió en abril de 2014. Un Messi visiblemente afectado asistió a la misa oficiada por el arzobispo de Barcelona junto con toda la plantilla del primer equipo.

## Rey Cristiano. La depre de Messi

*J*orge Valdano recordaba a miles de aficionados pasando bajo su ventana, situada a escasos trescientos metros del estadio Santiago Bernabéu, camino de la presentación de Gareth Bale como jugador del Real Madrid en 2013, con «una sonrisa en la cara, como si les hubiese tocado la lotería».

Cuenta Valdano en *Fútbol: el juego infinito*: «Pero no habían ganado nada. Iban a la presentación de Gareth Bale, un jugador de poca trayectoria hasta aquel momento» fuera de Inglaterra y del País de Gales, con solo once partidos disputados en la Champions League y ningún título relevante, aparte de no haber jugado en un Mundial.

«La mayoría de quienes pasaban en feliz procesión no sabía quién era ese nuevo ídolo planetario un año antes. Pero en los últimos meses Bale no había hecho otra cosa que estar llegando, sin llegar, al Real Madrid. En cada impulso mediático su precio iba subiendo sin necesidad de jugar un solo partido. Una inflación veraniega sin soporte futbolístico que ayuda a entender ciertas coordenadas del fútbol actual, sobre todo una: el dinero manda.»

Y esta expectación chocó con la realidad de lo que iba a ser una integración ligeramente tortuosa en la plantilla del Real Madrid.

Callado y con los pies en la tierra, Bale se encontró con las grandes personalidades y los perfiles altos de Cristiano Ronaldo y otros jugadores del Real Madrid.

En efecto, en el primer encuentro de Bale con Ronaldo en la lujosa ciudad deportiva de Valdebebas, Bale parecía tímido, casi anonadado, cuando le recibió el hombre más seguido en las redes sociales y con un aspecto y una actitud dignos de lanzar mil anuncios.

Algunos que habían seguido de cerca la carrera de Bale temían que, a pesar de sus habilidades como futbolista, tal vez no tuviera la fortaleza mental para aguantar un fichaje de tal magnitud y la enorme atención que recibiría en España.

En su primera temporada con el Real Madrid, hubo varios indicios reveladores de la falta de química entre Ronaldo y él, mientras el último entrenador del club blanco, Carlo Ancelotti, intentaba encontrar la manera de dar cabida a los dos en su estrategia para el equipo.

Ancelotti era un profesional reconocido por su competencia. Discretamente autoritario, este italiano cosmopolita había ganado títulos con todos los clubes a los que había entrenado en su variada carrera. Tenía fama de ser un técnico pragmático, capaz de encontrar el sistema más adecuado para sus jugadores. Después de un verano de adquisiciones especialmente caras, este punto era esencial. Además, caía muy bien en todo el mundo del fútbol. El Real Madrid esperaba que el ambiente envenenado que se había creado con demasiada frecuencia al final de la era Mourinho se disipara con Ancelotti, ya que la afición había acabado abucheando al portugués varias veces antes de los partidos.

El Madrid se mostró sólido aunque no espectacular en Liga en las jornadas anteriores al primer Clásico, fijado a finales de octubre de 2013. Bale parecía estar algo falto de forma. A pesar de que Cristiano seguía marcando con una regularidad que la mayoría de los jugadores consideraría la cumbre de su carrera, algo no funcionaba del todo.

Hubo un incidente que ganó cierta notoriedad y dejó en evidencia las diferencias entre Bale y Ronaldo, cuando tuvieron que decidir quién lanzaba una falta durante un encuentro contra el Sevilla. Como recordaba Guillem Balagué, la concesión de la falta «despertó uno de esos momentos de gestos sutiles y miradas reveladoras cuyas consecuencias afectan a todo el equilibrio del equipo».

Ambos jugadores eran conocidos por su habilidad en los lanzamientos a balón parado. En esta ocasión, Cristiano colocó el esférico con intención de tirar la falta, pero Bale se acercó y pidió hacerlo él. Ronaldo estaba claramente reticente, pero sus peticiones a Ancelotti para que mediara desde el banquillo no dieron fruto. Peor aún fue la visible reacción del portugués cuando el lanzamiento de Bale no acabó en el fondo de las mallas y se perdió por encima del travesaño.

La relación entre Ronaldo y Bale era solo una de las muchas tareas difíciles a las que Ancelotti tendría que enfrentarse en la gestión de un equipo lleno de egos.

Por otro lado, en Barcelona, Gerardo Tata Martino había tomado el relevo como nuevo técnico la tercera semana de julio de 2013, entusiasmado ante el enorme reto de recuperar algo de la poesía viva de la era Guardiola. En su búsqueda de un sustituto para Vilanova, el Barcelona había tanteado a Luis Enrique, excentrocampista azulgrana y exentrenador del Barcelona B, pero este ya se había comprometido

con el Celta de Vigo para la siguiente temporada. También hablaron con Ernesto Valverde, pero se había comprometido con el Athletic de Bilbao. Ambos acabarían entrenando al primer equipo del Barça más adelante.

En la práctica, el hecho de que Tito Vilanova abandonara el banquillo a finales de julio de 2013, a punto de empezar la nueva temporada futbolística, con la mayoría de los entrenadores importantes ya asentados en su puesto y gran parte de los fichajes estivales cerrados, supuso que el Tata Martino no viniera como primera opción, ni siquiera segunda, sino como un servicio de urgencia ineludible. Por razones humanitarias, la junta directiva del club había decidido desde antes de esa fecha que Vilanova recibiera todo el apoyo moral y económico posible, y que debería tener la oportunidad de continuar en su puesto todo el tiempo que se viera con ánimo y fuerzas para hacerlo. Ahora, el Tata Martino tenía la responsabilidad de intentar liberar a Messi del fantasma de la depresión.

Rosell conocía a Martino de su época de directivo en Nike en los años noventa, cuando creó fuertes vínculos empresariales en Sudamérica. Posteriormente se dio a conocer más en España cuando entrenaba a una selección de Paraguay fogosa y bien organizada, que a punto estuvo de imponerse a la Roja en el Mundial de 2010. Sin embargo, el factor clave para su nombramiento fue su antiguo vínculo como rosarino con Newell's Old Boys, el club de la infancia de Messi, así como su enorme admiración y respeto por alguien a quien había descrito como «el mejor jugador del mundo» un año antes.

Afable y conocido por su buena gestión humana de los futbolistas, Martino era, como Pep Guardiola, admirador del excéntrico y brillante

técnico rosarino Marcelo Bielsa, que entrenó a Newell's cuando el Tata militaba en el club. Sin embargo, a él se le consideraba más pragmático. Le gustaban tácticas bastante populares en el Barça desde la época de Cruyff y que se habían adaptado a Messi para que jugara donde se sintiese más cómodo y eficaz.

«Cualquier entrenador que viene al Barça con Messi ha de tener claro que no puede introducir un sistema de juego que no dependa de él como líder, que no le dé libertad en el campo... Teníamos que encontrar a alguien que entendiera esta forma de jugar, y el Tata la tenía», dijo Rosell.

Martino se presentó a los medios del Barça como una persona que aportaría continuidad y estabilidad. Sin embargo, a los pocos meses de llegar, el club estaba asolado por problemas cada vez más profundos, y no todos culpa suya. En su primera temporada, también se arriesgó dejando que algunos jugadores clave se centraran menos en el club que en sus responsabilidades internacionales.

El Mundial de Brasil se acercaba, amenazando con consagrar o dinamitar sus reputaciones internacionales. La selección española de Vicente del Bosque (en cuya identidad colectiva aún desempeñaban un papel clave varios futbolistas del Barça) defendería su título mundial, pero dos de los países más decididos a destronarla eran Brasil y Argentina, cuyas estrellas militaban en el Barcelona: el brasileño Neymar, recién llegado del Santos, y, por supuesto, Leo Messi.

Si Cristiano y Messi eran el presente del fútbol, Neymar representaba tal vez el futuro. Para cuando llegó a España, ya era una máquina comercial bien engrasada. Además, cuando menos, parecía igual de comprometido que Ronaldo con su propia fama. También poseía talento sobre el campo de fútbol para respaldar tanto bombo

publicitario. Cuando llegó al F. C. Barcelona en junio de 2013, con veintiún años, Neymar había marcado 156 goles en 257 partidos con el Santos y con la selección brasileña, más de cien tantos por encima de los anotados por Cristiano o Messi a esa edad.

Sandro Rosell, ex de Nike, fue el directivo que negoció su polémico fichaje con el Santos, creyendo que su potencial comercial para una nueva generación de aficionados al fútbol era aún mayor que el de Messi o Ronaldo. Su llegada representaba un salto hacia el futuro.

Para ser justos, hay que decir que Neymar seguía mostrando bastante modestia a la hora de dar entrevistas. Cuando un periodista le preguntó poco antes del Mundial cómo se veía, Neymar contestó: «Es un honor ser comparado con el incomparable Pelé. El hecho es que Pelé, Messi, Cristiano Ronaldo son jugadores inigualables. En mi opinión, ahora mismo, Messi es el mejor del mundo».

Sin embargo, tardó tiempo en asentarse en el Camp Nou, donde, durante su primera temporada, tenía el hábito de interrumpir el juego para cambiarse sus llamativas botas de Nike, lo cual molestaba a los aficionados, que lo veían como una estrategia de *marketing* y le acusaban de ser un narcisista, igual que Cristiano. Con tanto cambio, Messi ya se había consagrado no solo como estrella del equipo, sino como capitán en la práctica, punto de referencia para todos los jugadores en su rendimiento sobre el campo. Además, era la persona a quien miraba la directiva del club a la hora de acordar primas e incluso plantearse fichajes.

Tal y como recordaba el expresidente Joan Laporta: «Una vez volvíamos de un partido de Champions en París cuando algunos de los jugadores, incluido el capitán Carles Puyol, sacaron el tema de las primas. Yo sugerí una cantidad y Puyol se fue a hablar con Messi.



Cuando volvió me dijo: “Ok, presi, he hablado con Messi y dice que le parece bien lo que ofrece. Si a él le parece bien, a nosotros también”. En ese momento comprendí, por si lo hubiera dudado en algún momento, que Messi era quien mandaba en el vestuario».

Ahora bien, Leo era un jugador sin una inclinación natural al liderazgo. A diferencia de Maradona, que salía al campo con el pecho hinchado y la cabeza alta, con los años Leo había desarrollado una imagen algo abatida. Saltaba al campo con la cabeza gacha, como si quisiera evitar el brillo de los flashes y cualquier contacto visual con los espectadores.

Esto también contrastaba con el Real Madrid, donde la capitania había ido pasando en los últimos años de Raúl a Casillas y a Sergio Ramos, personalidades extrovertidas y capaces de levantar la voz durante el partido con tanta facilidad como en el vestuario, sancta sanctorum de cualquier gran club de fútbol. Ambos habían conseguido fomentar un compromiso con Ronaldo, mostrándole respeto y accediendo a no darle órdenes, a cambio de su lealtad.

Sin embargo, como explicaban quienes trabajaban cerca de Messi, su liderazgo no se transmitía en palabras, y menos aún en discursos, sino por medio del ejemplo, sobre el terreno de juego. El Barça era más feliz y mejor cuando Messi estaba feliz y en su mejor versión, pero cuando se lesionaba o no encontraba la forma podía pasar cualquier cosa. El equipo absorbía la luz de Messi, del mismo modo que sus malos momentos desataban una tormenta en el grupo, lo cual ocurría de vez en cuando, normalmente cuando se decepcionaba a sí mismo, ya que él mismo era su mayor rival, a pesar de lo que dijera la prensa.

Messi y el Barcelona empezaron la temporada en buena forma, dejándose solo dos puntos en las primeras nueve jornadas, lo cual les

permitía liderar la clasificación. Y Leo marcó ocho tantos..., pero algo no iba del todo bien. Corrían rumores de una lesión recurrente en el bíceps femoral, de silencios y depresiones. Su entrenador no parecía preocupado: «Ha puesto el listón tan alto que cuando no marca parece como si fuera un problema. Pero no lo es». Sin embargo, los estadísticos decían que tocaba menos el balón, que corría menos. El padre de Leo solo tenía una palabra para la prensa: «Relax».

El primer Clásico de la temporada pasó prácticamente desapercibido tanto para Cristiano como para Messi, cuya influencia fue mucho menor que en otras ocasiones. En este caso, Neymar fue quien acaparó los titulares con su primer tanto en un duelo Madrid-Barça, seguido de un golazo de Alexis Sánchez que puso a los azulgranas 2-0 en el marcador. Jesé recortó distancias, pero el Barcelona acabó llevándose el primer gran duelo.

Pocas semanas después, la prensa empezó a rumorear que Messi no estaba contento con las condiciones de su contrato, después del anuncio de que Cristiano Ronaldo percibiría más de un millón de euros más en su nueva nómina con el Real Madrid. Era la primera vez que salía una noticia que mostraba que a Messi le importaban estos temas. Daba la impresión de que algo había cambiado.

Ambos equipos superaron fácilmente sus primeros compromisos de Champions, pero llegó diciembre y el Barcelona perdió 2-0 contra el Ajax (y 1-0 frente al Athletic de Bilbao inmediatamente después). Messi estaba lesionado (según se decía, estaba recuperándose en Argentina) y hacia el final del partido, con Xavi e Iniesta fuera del campo, Martino puso a Gerard Piqué en la delantera. Era como si el Barça hubiera perdido su identidad. El Tata decía que estaba dispuesto

a cambiar control por precisión. Pero no conseguían tener ninguna de las dos cosas.

Bale parecía estar cobrando vida finalmente en el Real Madrid, mientras que el Barça no encontraba la forma sin Messi. La noticia de que Ronaldo había ganado su tercer Balón de Oro fue recibida con poco desacuerdo. (Aparte de Franck Ribéry, que creía lo merecía él.) Cristiano había dado con una serie de marchas nuevas, mientras que Messi solo había destacado en comparación con cualquier otro jugador del mundo.

El discurso de aceptación de Ronaldo evidenció su felicidad profesional y personal: «Ante todo, quiero dar las gracias a todos mis compañeros en el club y en la selección. Sin todo su esfuerzo, esto no habría sido posible. Soy muy feliz, es muy difícil ganar este premio. Tengo que agradecer a todo el mundo que ha estado cerca de mí personalmente. A mi mujer, mis amigos, mi hijo. Es un momento tremendamente emotivo. Lo único que puedo decir es gracias a todos los que me han apoyado.»

Unas semanas antes, Messi había hecho unas inéditas declaraciones sobre Ronaldo al diario *Marca*: «Siempre está ahí marcando goles en todos los partidos y siendo partícipe en su equipo y su selección. Lleva muchos años así, y si está a su mejor nivel o un poquito por debajo casi no hay diferencia».

Entre el regreso de los equipos después del parón navideño y el segundo Clásico en marzo, el Barcelona perdió trece puntos; el Madrid solo cuatro. Messi marcó dos goles a su vuelta en enero, pero no engañaba a nadie. Aquella temporada, el Atlético de Madrid irrumpió como un rival serio para el Barça y el Real Madrid, mejorando a grandes pasos bajo las órdenes del siempre competitivo Diego

Simeone, y amenazó con acabar con el duopolio. Los rojiblancos no cejaron en su racha ganadora. Así, en 2014 se convirtieron en lo que algunos graciosos llamaban el tercer caballo en una carrera de dos.

De fondo se oía el rumor de una crisis en la presidencia de Rosell, generada por la investigación del fichaje de Neymar, que acabaría provocando su dimisión, al demostrarse que la cifra oficial del traspaso era mucho menor que las verdaderas cantidades percibidas por varias partes.

Antes del Clásico de marzo de 2014, varios comentaristas deportivos sugerían que el choque podía ser el final de una era, pues los jugadores madridistas estaban resueltos a barrer al Barcelona y no dejar duda de que la supremacía había vuelto a territorio blanco por primera vez desde la era Laporta. Era el típico follón, no del todo objetivo, que podría esperarse entre la prensa de Madrid y Barcelona en la víspera de un Clásico.

A pesar de que la confianza de los jugadores del Real Madrid finalmente no se vio plasmada en el resultado, el partido fue todo un espectáculo, con Cristiano y Messi en medio de la tormenta. Empezó marcando Andrés Iniesta con un disparo a la escuadra, pero un doblete de Karim Benzema puso al Real por delante. Messi igualó nuevamente a los pocos minutos, pero Cristiano Ronaldo volvió a adelantar a los blancos desde los nueve metros. Después de que Sergio Ramos fuera expulsado, Messi ganó el partido convirtiendo dos penaltis. El partido fue descrito como «el Clásico del Siglo». Y por una vez dio la impresión de que el fútbol, y no la rivalidad, había sido el tema central. El encuentro fue apasionante, embriagador. El Barcelona restó importancia a sus anteriores resultados para demostrar al Real Madrid que aún no estaba acabado. Ambos equipos fueron

intercambiando el mando del partido, que pasó de un lado al otro: 0-1, 1-1, 2-1, 2-2, 3-2, 3-4. Messi, en plena «crisis» de forma, marcó su segundo *hat-trick* consecutivo, convirtiéndose en máximo goleador en la historia de la Liga con doscientos treinta y seis goles, por delante del ariete blanco Hugo Sánchez. El argentino también batió el récord de dianas en clásicos, con veintiuna, superando al legendario Alfredo di Stéfano. Martino se convirtió en el quinto entrenador del Barcelona que ganaba en su primera visita al Santiago Bernabéu. Pero lo más importante de aquel encuentro fue que el Barça se puso a un punto de la cabeza de la Liga.

Ahora bien, si albergaban esperanzas de que aquel partido fuera un catalizador para lograr una constancia que conllevara el título liguero, se equivocaban, por mucho que Messi intentase empujarlos hacia delante. Una dolorosa derrota en Granada y tres empates en el tramo final de la competición les dejaron segundos, empatados a puntos con el Real Madrid, y por detrás del Atlético de Madrid.

En medio de todas estas aflicciones primaverales, el Atlético de Madrid les había apeado de la Liga de Campeones, con un duro empate a uno en el Camp Nou, seguido de una victoria rojiblanca en su estadio por 1-0, en la que el Atlético disparó tres veces a la madera. El Barcelona se vio ahogado en todo el campo. Messi no fue capaz de hacer nada para volver a meterles en el partido.

Una semana después, el Barça perdió la final de la Copa del Rey ante el Real Madrid, con una actuación inusualmente deslucida de Messi, que estuvo bastante desaparecido en el encuentro. Cristiano no pudo jugar por una lesión, pero Bale por fin estuvo a la altura de su papel estelar, con un autopase y un sprint desde el centro del campo que

desbordaron a su defensor, y una fácil definición frente al portero, Pinto.

A pesar de su tercer puesto en Liga, el Real Madrid avanzó fácilmente en la fase de grupos de la Champions, con un Ancelotti que había encontrado el equilibrio perfecto entre ataque y defensa, a menudo con resultados demoledores. Cristiano estaba en un estado de forma imperioso y se convirtió en el primer jugador en marcar nueve goles en la fase de grupos. En octavos vencieron al Schalke por 9-2 en el global de la eliminatoria, con otros cuatro goles del portugués. En cuartos de final lograron sobreponerse a un susto contra el Borussia Dortmund, tras ganar 3-0 en casa y perder 2-0 en Alemania. En semifinales, se vieron las caras con viejos enemigos, el Bayern de Múnich y su nuevo técnico, Pep Guardiola.

La eliminatoria fue una clásica mezcla de estilos, en la que el Bayern intentó controlar el balón para acabar con el Real Madrid a base de pases. Sin embargo, el primer gol llegó con un contraataque típico del conjunto blanco. Tras una pérdida de balón del Bayern, Ronaldo y Fábio Coentrão condujeron el esférico hacia delante a toda velocidad para que Benzema lo mandara al fondo de las mallas desde cinco metros. No fue una actuación perfecta de Cristiano, que mostró su descontento consigo mismo al malograr una buena ocasión a diez metros de la portería, pero las palabras de Guardiola enorgulleciéndose de su equipo tampoco sonaron demasiado sinceras. Eso sí, Ancelotti no quiso mostrarse autocomplaciente: «Tenemos algo de ventaja, pero nadie puede decir qué pasará».

Lo que ocurrió fue exactamente aquello que Pérez deseaba cuando contrató al técnico italiano. El Madrid se mantuvo compacto ante el fútbol de posesión patentado por Guardiola, y le golpeó con un

contraataque tras otro. Antes de caer el primer gol, Bale ya había destrozado el centro del campo alemán. Sergio Ramos, que dos años antes había fallado un penalti en la tanda de la semifinal, marcó dos golazos de cabeza en los primeros veinte minutos, dejando al Bayern ante una odisea de remontada.

Los alemanes intentaron presionar al Real Madrid, aunque sin llegar a amenazar la portería blanca. A la media hora de partido, un contraataque vertiginoso entre Di María y Benzema acabó en las botas de Bale, que conectó con Cristiano; este disparó con potencia desde el borde del área: 0-3 para el Real Madrid. Durante gran parte de la segunda mitad, los blancos dejaron que el Bayern tuviera la posesión, controlándoles con facilidad. Y cuando solo quedaba un minuto de juego, el árbitro concedió una falta a dieciocho metros de la portería alemana. Ronaldo aprovechó el salto de los jugadores de la barrera para colar un fuerte disparo raso y el balón acabó en el fondo de las mallas.

El estilo del *tiki-taka*, tantas veces fundamento del dominio del F. C. Barcelona sobre el Real Madrid, había sido derrotado, hasta el punto de que algunos se preguntaban si algún día se recuperaría. Guardiola estaba derrotado; Ancelotti le había dado una lección táctica. El Real Madrid pasó a la final de la Champions y la Décima estaba un poco más cerca.

El 24 de mayo de 2014, Cristiano Ronaldo se vio por primera vez ante la oportunidad de hacer realidad el sueño de tener el respeto incondicional de sus compatriotas portugueses y de la afición del Real Madrid cuando saltó al campo del Estado da Luz de Lisboa para disputar la final de la Liga de Campeones.

El partido empezó lento, con un Atlético aparentemente dispuesto a esperar atrás y negar a Bale y a Cristiano los espacios que tan bien habían aprovechado contra el Bayern. A la media hora solo habían tenido una oportunidad en las botas de Bale, que el galés lanzó fuera bajo la presión de Tiago.

De repente, el Real Madrid se vio por detrás en el marcador cuando un córner mal despejado volvió al área blanca y Godín se impuso en el punto de penalti cabeceando el balón hacia atrás por encima de Casillas. A partir de entonces, el Madrid fue presa de una lección táctica, en la que el equipo de Simeone les mantuvo desequilibrados a base de duras entradas y negándoles tiempo y espacio. Todo parecía acabado cuando, en el minuto noventa y tres, tras dos córners casi seguidos, Ramos se elevó por encima del resto para anotar el empate con un cabezazo picado junto al palo.

La primera parte de la prórroga transcurrió sin que Ronaldo pareciese capaz de hacer nada bien, con disparos fallidos y carreras poco probables. A los cinco minutos de la segunda mitad de la prórroga, Thibaut Courtois desvió un disparo raso de Ángel di María y Bale apareció para rematar de cabeza. Cinco minutos después, un Atlético exhausto no logró marcar a Marcelo y el brasileño puso el 3-1 con un disparo desde lejos. Y entonces, en el último minuto de la prórroga, Godín derribó a Cristiano. El portugués se pidió la pena máxima, marcó el penalti con un potente lanzamiento y corrió a quitarse la camiseta, para quedarse con el torso desnudo brillando bajo los focos. La imagen fue diligentemente documentada por una cámara especial que estaba grabando un documental autorizado sobre su vida. Jugador y marca perfectamente sincronizados, en una



demostración que hizo estremecerse a sus detractores por la muestra de narcisismo.

Hasta la página oficial del Real Madrid reconocía que Cristiano Ronaldo no fue el mejor del partido, y destacaba la actuación de Sergio Ramos y Ángel di María. Pero si había un rasgo de personalidad que nunca le faltaba a Ronaldo, era la seguridad en sí mismo.

La Décima del Real Madrid tuvo algo épico, a pesar de que los primeros cien minutos de final no lo demostraran. Un club que siempre había considerado su generosa colección de trofeos como señal de superioridad mundial por fin había ganado el título que creía llevar en su ADN, después de una sequía de doce años, y un periodo reciente en que le había costado imponer su hegemonía en España. Además, lo hicieron ante su archirrival en la capital, el Atlético, que había logrado el título de Liga unos días antes.

Desde luego, fue una victoria dulce para Cristiano, en un lugar plagado de fantasmas del pasado que siempre amenazaron su deseo de ser considerado el mejor jugador de todos los tiempos. En efecto, el Estadio da Luz pertenecía al Benfica, una entidad que siempre se opuso a que la leyenda de su Eusébio se viera superada por un advenedizo de Madeira que había entrado en el salón de la fama internacional después de jugar con su rival, el Sporting. También fue allí donde Portugal perdió la final de la Eurocopa de 2004, aun contando con Ronaldo entre sus filas, lo cual supuso una humillación nacional.

Diez años más tarde, Cristiano había conseguido librarse de sus demonios, a pesar de tener un papel marginal durante gran parte del partido por una lesión que arrastraba en el bíceps femoral.

Sin embargo, tal y como señalaba Diego Simeone después del partido, aquella final fue de esas en las que nadie recuerda al perdedor. Tampoco perduran los recuerdos sobre el partido más allá del gol de la victoria, especialmente cuando lo marcó Ronaldo, el más narcisista de todos celebrando su imagen.

Según iba avanzado la temporada, el Real Madrid había exhibido una enorme consistencia que sus rivales no fueron capaces de igualar, mostrándose cada vez más imponente en una curva ascendente, mientras que el Barça vivía una especie de montaña rusa con pocas cumbres y caídas embarazosas. Y mientras los madridistas parecían haber reencontrado cierta estabilidad y cohesión interna, por no hablar de ciertos valores después de Mourinho y con la llegada de Ancelotti, daba la impresión de que al F. C. Barcelona había caído en la trampa de su propio mito; a saber, que era más que un club y merecía más apoyo que su histórico rival. Además de la dimisión de Rosell, el club azulgrana se enfrentaba a una temporada de sanción de la FIFA por romper las reglas de fichajes de jugadores menores de edad (se quedaron sin poder incorporar jugadores unos cuantos meses). Catar, el principal patrocinador del Barça, se vio involucrado en acusaciones sobre sobornos relacionados con su candidatura para el Mundial. Y Messi y su padre empezaron a ser investigados por evasión de impuestos. Se mirara por donde se mirara, la temporada 2013-14 del Barça había sido un fracaso.

«Lo mío en el Barça fue un fracaso total. Normalmente, el fracaso significa no ganar», explicaba Martino a la revista *Panenka*. «Si el Barça hubiera jugado con su propio estilo y no hubiera ganado el título, no habría sido un fracaso. Pero ni ganamos ni tampoco jugamos bien.»

Martino creía que el Barça se había sumido en una profunda depresión colectiva, un duelo prolongado por su querido Tito Vilanova. Y ese estado había tenido un impacto intensamente desmoralizador sobre Messi, figura en torno a la cual giraba todo el equipo.

Pero también se responsabilizó a Martino.

El Tata no brilló como técnico, aparentemente superado por las circunstancias adversas. Le faltaron personalidad y visión para lidiar con ellas. En un momento crítico de la temporada, no hubo consenso acerca de la alineación más adecuada para el Barça, especialmente en ataque, donde el estelar fichaje de Neymar tenía que encajar con Messi, pero aún no se había mostrado digno de relegar a Pedro y Alexis Sánchez al banquillo. Lo que era peor, dijeran lo que dijeran las estadísticas, Messi parecía desaparecido. Resultó que, para un entrenador que durante su primera conferencia de prensa había bromeado diciendo que estaba seguro de que Messi y su padre habían dado «buenas referencias» de él, una de sus aparentes fortalezas fue su perdición.

En mayo de 2014, Martino y el Barça anunciaron que el técnico no seguiría en el banquillo, tras una campaña sin títulos por primera vez desde la temporada 2007-08. El Barça había acabado jugando un fútbol apático poco propio del equipo culé, que a menudo dejaba a Messi en los márgenes del partido. Desde luego, no había sido una preparación personal ni profesionalmente ideal para Messi, que quería levantar la Copa del Mundo en el continente que le vio nacer.

## Decepción en el Mundial, vergüenza nacional: Messi y Cristiano

Argentina llegó al Mundial de Brasil de 2014 convencida de que «saldría» campeona en territorio de su histórico rival en el continente. Los aficionados albicelestes acudieron a miles para acompañar a la selección con su entusiasmo, bromeando con que iban a encumbrar a Messi en el lugar donde se erguía el Cristo Redentor. Y, como venía ocurriendo desde hacía tiempo, todo el mundo se preguntaba si Messi ganaría por fin el premio que le consagraría como leyenda nacional.

Carlos Bilardo, seleccionador argentino en 1986, me habló del Mundial de México: «Estaba Diego, y luego estaba el resto del equipo».

Bilardo pensaba que Maradona era un talento creativo excepcional que necesitaba una dirección completamente distinta (y desde luego muy privilegiada) que cualquier otro jugador del equipo. Las indulgencias de Bilardo con Maradona incluían permitirle trasnochar más que a los demás, rodearse de su clan de amigos, parásitos y familiares, y llevar su vida personal como le pareciera.

A pesar de que no hay pruebas de que tomara drogas durante su estancia en México, en 1986 Maradona ya había descubierto el lado salvaje en Barcelona y Nápoles, y se enfrentaba a una demanda de paternidad en Italia. Sin embargo, aquel Campeonato del Mundo siempre será recordado como la cumbre del genio incomparable de Maradona, y uno de los puntos álgidos de la historia del fútbol.

Indudablemente, Messi llegó al Mundial de 2014 con una imagen personal más limpia que Diego, salvo un caso pendiente con la justicia española por impago de impuestos. Un fiscal había interpuesto una demanda legal en 2013, acusando a Messi y a su padre de cometer fraude fiscal, con presuntos delitos cometidos desde que Messi tenía diecisiete años.

Al principio, el caso pasó bastante desapercibido para los aficionados, maravillados por su magia en el Barça, incluso a pesar de que la última temporada había sido probablemente la más decepcionante de su carrera profesional. Para sus compatriotas, hasta que ganara el Mundial aún estaba por decidir si Messi merecía ser considerado una leyenda nacional. Argentina era optimista, especialmente después de la euforia por la elección del cardenal Jorge Bergoglio como el primer papa latinoamericano de la historia, en marzo de 2013.

A las pocas semanas de que Francisco fuera elegido papa, Messi y Maradona acudieron a Roma por separado para disputar partidos benéficos; sus respectivas audiencias con el sumo pontífice fueron ampliamente cubiertas por la prensa argentina. Ahora bien, mientras Messi se conformó con dar la mano al pontífice junto con sus compañeros del equipo, Maradona consiguió una reunión a solas, de la

que salió diciendo que había recuperado la fe. Y así la mano de Dios volvía a aparecer para bendecir el fútbol argentino.

El paralelismo entre Maradona en México 86 y Messi en Brasil 2014 radicaba en que ambos tenían un entrenador convencido de su estatus especial y de que por ello necesitaban un tratamiento distinto dentro y fuera del campo. Tanto Bilardo como Alejandro Sabella, seleccionador argentino en Brasil, armaron el equipo alrededor de sus estrellas, con el resto de los jugadores como reparto secundario aunque funcional. La táctica había dado sus frutos en ambos equipos y parecía la opción adecuada para la selección de 2014, al menos inicialmente. Argentina superó el primer escollo en un partido reñido contra Bosnia-Herzegovina gracias a un brillante gol de Messi, que se abrió paso por el borde del área salvando tres entradas y colocó un disparo ajustado al palo de la portería rival.

La segunda cita ante Irán se vio teñida por los rumores de que a Messi no le había gustado el esquema de 5-3-2 del primer partido. Sabella salió con una alineación en 4-3-3, igual que en el Barcelona. Irán logró controlar a la albiceleste e incluso tuvo ocasión de marcar, pero en el minuto noventa y uno Messi sacó un disparo con rosca que les dio la victoria. El último encuentro de la fase de grupos era ante Nigeria, con ambos equipos ya clasificados. Messi marcó dos tantos: el primero rematando el rechace de un lanzamiento de falta de Di María, y el segundo al transformar un disparo a balón parado milimétricamente medido. En el partido de octavos contra Suiza, Messi no pudo añadir tantos a su cuenta, pero asistió a Di María en el tanto de la victoria. En cuartos ante Bélgica, Leo igualó a Maradona en número de capitanías (91) y ofreció su actuación más completa del campeonato, corriendo sin parar y repartiendo pases largos por todo el

campo. A pesar de que la actuación no fue tan deslumbrante como la de Maradona en el 86, ya se decía que estaba siendo el jugador más desequilibrante del torneo.

Dos días antes de la semifinal contra Holanda, los argentinos vieron cómo Alemania ganaba a Brasil por 7-1 con la misma estupefacción que el resto del mundo. Su partido contra Holanda empezó con un esfuerzo casi consciente de ambos equipos para no salir vapuleados del mismo modo; como resultado, se vieron prácticamente ciento veinte minutos de fútbol aburrido. Messi tuvo un marcaje individual permanente y, aunque esto restó mordiente a los argentinos, también dejó a los holandeses completamente romos en ataque. Llegada la tanda de penaltis, Argentina marcó todos los lanzamientos, incluido el de Messi (que lanzó el primero de su equipo), y pasó a la final.

La principal diferencia estuvo en los resultados: mientras que en México 86, Argentina ya había maravillado al público con la brillantez de Maradona y lo mucho que le debía el equipo antes de enfrentarse con Inglaterra en cuartos de final, Messi no despuntó durante gran parte del campeonato en Brasil, incluida la final, en la que protagonizó una galopada por la banda izquierda que se apagó como un petardo mojado, y desaprovechó un lanzamiento de falta crucial. Cuando en el minuto 112, Mario Götze clavó una volea con la pierna izquierda en las mallas de la portería argentina, pocos comentaristas dudaban de que Alemania era justa campeona.

Argentina había empezado jugando abierta y con profundidad, pero aquel día los dioses no estuvieron del lado de Messi. Para él y para toda la afición argentina, será difícil olvidar la ocasión que disfrutó transcurridos dos minutos de la segunda parte, cuando Higuaín

rompió la línea defensiva germana y puso el balón a sus pies. Con solo Neuer a batir en la portería, Leo mandó el disparo fuera.

A decir verdad, los secundarios de la defensa argentina (sostenida por Mascherano, compañero de Messi en el Barça y capitán de facto a diferencia del capitán de iure), un Messi claramente disminuido y sus asistentes en el ataque, Higuaín y Di María, fueron quienes realmente rindieron para Sabella. Todo esto habría sido intrascendente si Messi hubiese marcado o contribuido a una victoria argentina en la final, pero el hecho es que no lo hizo.

Argentina fue justamente derrotada por una Alemania que mostró habilidad, clase y resolución como bloque, demostrando que su entrenador, Joachim Löw, había absorbido y mejorado el fútbol de ataque y pases rápidos desplegado por la anterior campeona, la Roja.

El equipo argentino había llegado tan confiado que entonaban canciones subidas de tono en el vestuario, cual gauchos conquistadores. Sin embargo, la sensación de frustración y humillación nacional tras la derrota encontró en Messi su válvula de escape.

Leo había sido elegido cuatro veces mejor jugador del partido por su actuación al comienzo de la competición ante Suiza, Nigeria, Irán y Bosnia-Herzegovina, y figuraba en la lista de diez candidatos al Balón de Oro el torneo, que se anunciaron la víspera de la final.

La frustración ante la falta de rendimiento de Messi en la final no tardó en dar paso a la ira, cuando el capitán del equipo derrotado tuvo que subir a recibir el Balón de Oro como mejor jugador del torneo para la FIFA. El premio estaba patrocinado por Adidas, marca deportiva con la que Messi se había comprometido después de que su padre abandonara a Nike. El jugador parecía avergonzado y recogió el



premio con poca ilusión, por no hablar de orgullo. Para empeorar las cosas, Maradona comentó, no sin razón, que Messi había recibido el premio solamente por razones de estrategia comercial, ya que el trofeo estaba patrocinado por la compañía de ropa deportiva Adidas, su principal sponsor.

Cuán distinto se habría sentido Messi si Argentina hubiese ganado el Mundial de Brasil. Muchos espectadores que le habían visto en el Barcelona durante la temporada 2013-14 y después en Brasil, coincidieron en que todavía no estaba bien físicamente. En efecto, algunos afirman que se puso enfermo durante la final.

El contraste entre los títulos y la veneración sin calificativos recibida en el F. C. Barcelona, y sus decepcionantes actuaciones con los colores nacionales no dejaban de despertar preguntas sobre su verdadera grandeza.

El Mundial de 2014 tampoco tuvo el ambiente del torneo de 2010, cuando Maradona hizo de timonel de la selección albiceleste. En 2010, Diego tuvo que enfrentarse a mordaces ataques desde fuera de Argentina por su ineptitud organizando y entrenando al equipo, pero su eterno mito se transformó brevemente en el de Messi, según algunos comentaristas argentinos que idolatraban a ambos. «Hubo un esfuerzo concertado por algunos como Juan Sebastián Verón para defender públicamente a Messi ante las críticas que estaba recibiendo. Esto, unido al evidente vínculo que se creó con el ego supremo que era el entrenador Diego Maradona, ayudó a revertir la actitud de la prensa. En cierto momento del campeonato, el amor lo pudo todo y, a pesar de que el país no ganó la copa, nos deleitamos con los retazos de diversión que nos ofrecieron Messi y Maradona con su talento»,

recordaba la traductora de Maradona y periodista, Marcela Mora y Araujo.

Sin embargo, hubo quienes dijeron que Messi sufrió en 2014 del mismo modo que en 2010 porque no encontró en la selección las mismas habilidades y el espíritu de equipo con el que había crecido en Barcelona. No había equivalentes argentinos de Xavi Hernández, Iniesta o Sergio Busquets. La posesión, el pase y la transición que habían evolucionado hasta convertirse en una forma de arte, desde los comienzos en La Masía y bajo la dirección de Guardiola después, haciéndose a Messi y sacando lo mejor de él, no tenía equivalente en las sucesivas selecciones argentinas.

Es más, el fútbol argentino estaba plagado de una corrupción endémica que afectaba la moral de los jugadores y ponía a prueba su lealtad. Esta corrupción estaba personificada en Julio Grondona, presidente de la Federación de Fútbol Argentina y figura clave en la estructura ejecutiva de la FIFA durante una sucesión de Gobiernos militares y civiles en su país, lo cual le permitió tejer una red de influencia y mecenazgo sin igual en la política y los negocios argentinos.

Durante el largo régimen de Grondona, clubes y selección se vieron seriamente enredados en conspiraciones políticas, sometidos a intervenciones, y controlados por intereses personales, incluidas varias estafas proteccionistas organizadas por bandas rivales de aficionados radicales, algunas de las cuales estaban vinculadas con el narcotráfico. Este tipo de bandas abundaba en Rosario, la ciudad de la que emigraron los Messi, y que se había labrado una reputación negativa como la «Chicago» argentina.

Grondona, que solo sería señalado posteriormente por sus compatriotas como una figura polémica, apenas fue cuestionado durante décadas por los medios y los políticos argentinos, por no hablar de la justicia. Su muerte por un aneurisma de aorta en julio de 2014, semanas después de que Argentina y Messi cayeran derrotados ante Alemania, le salvó de un proceso legal casi seguro por participar en la FIFA-gate estadounidense, ya que fue señalado de manera póstuma como una de las presuntas figuras claves involucrada en sobornos y amaño de votos.

Mientras los catalanes le arropaban mostrándole su apoyo, Messi tenía que enfrentarse a la ira de sus compatriotas, con la sombra alargada de Maradona pesando sobre él a la hora de juzgar cuál de los dos era el más grande defendiendo los colores nacionales sobre un terreno de juego.

Los amigos de la estadística rescataron el dato de que Messi había creado más ocasiones que cualquier otro jugador en el Mundial 2014, y que solo Andrea Pirlo había dado más pases al hueco. Messi nos ofreció también muchos más regates completos que ningún otro jugador, con un total de cuarenta seis, muy distanciado de los veintinueve de Arjen Robben.

Según comentaba Adam Bates en Sky Sports: «De hecho, los logros de Messi con el regate son más, si los comparamos con el total de cincuenta que consiguió Diego Maradona en su annus mirabilis de 1986. Eso parece resumirlo todo. Messi es bueno, pero no es Diego. Cuando se trata de ser considerado el mejor jugador de todos los tiempos, naturalmente, las exigencias son rigurosas».

«Si las estadísticas no le convencen —proseguía Bates—, no hay más que recordar cómo se zafaba Messi de sus marcadores en la asistencia

decisiva que dio ante Suiza, o la imaginación que exige concebir el pase contra Bélgica, por no hablar de su ejecución. Ser comparado con Maradona es una crueldad. Y más cruel todavía ser considerado una decepción por una comparación negativa con uno mismo.»

Sin embargo, lo que quedó para el recuerdo fue la derrota de Argentina en la final contra Alemania. Parecía casi la última carta del jugador en la cumbre de su carrera. Messi tendría treinta y un años para cuando llegara el siguiente Mundial, y ya le estaba costando ser director de una orquesta no muy brillante en la selección.

Si hubo un consuelo para Messi, por pequeño que fuera, estuvo en el hecho de que Ronaldo tuvo un Mundial aún más decepcionante que él. En su primer partido, Portugal fue vapuleada por el futuro campeón, Alemania, con un 4-0. Y más allá de un potente tiro que no acabó en gol, Cristiano estuvo bastante apagado. En el siguiente encuentro frente a Estados Unidos, un Ronaldo que arrastraba una tendinitis marcó el 2-2 del empate con un disparo cruzado en el tiempo de añadido. Para pasar a octavos, necesitaban ganar por una diferencia de cuatro goles en el último partido. Al final, Cristiano marcó para subir el 2-1, pero no fue suficiente.

## Luis Enrique vs. Ancelotti

Cristiano y Leo arrancaron la temporada 2014-15 unidos por un decepcionante verano con sus respectivas selecciones, pero con un estado de ánimo muy distinto en sus clubes.

El Barcelona, que acabó renqueante el tramo final de la temporada a las órdenes de Martino, anunció que por fin había encontrado un sustituto cuando el exjugador y extécnico del filial, Luis Enrique Martínez, accedió a ocupar el banquillo el 19 de mayo. Su misión era ayudar a que el Barcelona reencontrara su magia y rescatar a Messi del oscuro agujero donde se encontraba desde ese traumático verano. Para el entrenador era un desafío que el propio director deportivo del club, Andoni Zubizarreta, describió como «considerable».

El verano había sido ajetreado en Can Barça, con la marcha de Cesc Fàbregas al Chelsea, Alexis Sánchez al Arsenal y Víctor Valdés con la carta de libertad. Además, Carles Puyol, emblemático capitán del equipo, se había retirado para unirse a los despachos del club. Llegaron dos nuevos porteros, Marc-André Ter Stegen y Claudio Bravo, los defensas Jérémy Mathieu y Thomas Vermaelen, el centrocampista croata Ivan Rakitić, y el polémico delantero uruguayo Luis Suárez, que no podría jugar hasta el 26 de octubre por una

sanción por morder a Giorgio Chiellini durante un partido del Mundial contra Italia. En medio de una situación absurda, la sanción de la FIFA excluía al jugador de «cualquier actividad futbolística», lo cual llevó a los abogados del F. C. Barcelona a recomendar no hacer público su reconocimiento físico ni imágenes del jugador.

Los espectadores se preguntaban cómo jugaría el Barcelona, en qué habría cambiado, si se parecería más al Barça de Vilanova o haría un fútbol más directo, qué significaban tantos fichajes, cómo funcionarían juntos. Pero la pregunta clave en cualquier conversación era sobre dónde jugaría Messi. ¿De falso 9? ¿De 10? ¿Estaría al nivel del Messi de antes? Johan Cruyff predijo que todo acabaría en lágrimas, como divas peleándose por el papel protagonista. Pero con Neymar madurando rápidamente y la vigente Bota de Oro de Europa, Suárez, a punto de debutar, desde luego no les faltaría arsenal. Se esperaba que el uruguayo hubiera acudido a un buen psicólogo para aprender a canalizar su energía, y Luis Enrique le veía como un jugador con la urgencia competitiva que el Barça no había tenido durante la temporada anterior. Es más, el hecho de que el primer Clásico de la temporada estuviera programado para el 26 de octubre, un día después de vencer la sanción de Suárez, no pasó desapercibido para nadie.

Pero antes tenían que disputar nueve jornadas de Liga y empezar la campaña de Champions. Arrancaron bien, ganando siete partidos ligeros y empatando uno, con siete goles de Messi. El argentino parecía haber recobrado la frescura, tocaba mucho balón y parecía disfrutar jugando con Neymar, buscando y encontrándose los dos constantemente dentro y fuera del área. Aunque lo más imponente era la zaga, que no cedió ni un solo gol en las nueve jornadas. Ahora bien,

si había un ataque capaz de amenazarlos, era el del Real Madrid, a pesar del titubeante inicio de temporada.

En muchos sentidos, el Madrid empezó la campaña con las ideas mucho más claras sobre lo que necesitaba hacer: más de lo mismo. Ancelotti seguía disfrutando las mieles de la Décima, mientras que el club vendió a Ángel di María, Álvaro Morata y Xabi Alonso, cedió a Nuri Şahin y fichó al máximo goleador del Mundial, el delantero colombiano James Rodríguez, por una importante cantidad de dinero, así como al centrocampista campeón del mundo Toni Kroos. Y, aunque el 7 de julio de ese mismo año perdieron al legendario Alfredo di Stéfano, otra leyenda viva, Zinedine Zidane, se unió al cuerpo técnico como entrenador del filial.

Los blancos arrancaron la temporada derrotando al Sevilla en la Supercopa de Europa. Ambos goles los marcó Ronaldo: el primero a centro de Bale; el segundo con un potente disparo desde dentro del área que el portero fue incapaz de bloquear. Cristiano fue elegido mejor jugador del partido por Alex Ferguson, que declaró que la actuación del portugués se lo había puesto fácil, mientras que Ronaldo se lo agradeció a un entrenador que tanto le había enseñado.

A continuación, tenían la ida de la Supercopa de España, en la que empataron con el Atlético en un partido típicamente tosco con dos goles en los últimos minutos. Sin embargo, apenas disputados tres partidos, llegó la crisis. La victoria por 2-0 ante el Córdoba en la primera jornada cayó rápidamente en el olvido al perder los siguientes dos encuentros contra la Real Sociedad y el Atlético de Madrid. De repente, surgieron preguntas acerca de la marcha de Xabi Alonso y la falta de pegada del ataque tras perder a Ángel di María como factor desequilibrante. El Madrid parecía fuera de forma, vulnerable en

defensa, falta de ideas en ataque, y con un Casillas cada vez más en declive. Por supuesto, ganaron su siguiente partido por 8-2. Cristiano anotó un *hat-trick*, y Bale y Chicharito Hernández anotaron un doblete, este último después de salir al campo a tres minutos del final. Tras las dos derrotas consecutivas en Liga, protagonizaron una racha récord en las jornadas previas al Clásico: cinco partidos disputados, cinco victorias, veinticinco goles a favor y tres en contra. Ronaldo anotó trece de los goles, mostrando un asombroso estado de forma. De todos ellos destacó un tanto de cabeza ante el Deportivo que desafía las leyes de la física: viendo que el centro le venía un poco atrás, saltó con suficiente energía como para superar al portero desde el punto de penalti y, a pesar de que le estaba agarrando un defensa, poner el balón en el único sitio posible: hizo que aquella obra de arte pareciera lo más normal del mundo. En efecto, con Messi cada vez más atrasado y sin su explosividad en los primeros metros, ¿no era Cristiano mejor goleador y, desde luego, un jugador más explosivo?

Según se acercaba el Clásico en el mes de octubre, volvieron a preguntar a Ronaldo sobre la importancia de su rivalidad con Messi en el próximo duelo. Su respuesta fue sencilla: «Yo no voy a jugar contra Messi, voy a jugar contra el Barcelona». Como calentamiento, recibió una ovación de los aficionados del Liverpool en la victoria blanca por 0-3 en Anfield.

Todas las conversaciones antes del partido giraban en torno al peso del talento atacante en los dos equipos. A pesar de que Bale estaba descartado por lesión, sí estarían los dos ganadores de la Bota de Oro europea, el Balón de Oro del Mundial, la Bota de Oro del Mundial y el ganador de los dos últimos Balones de Oro: de hecho, estaban los ganadores de las seis últimas ediciones del Balón de Oro. A priori, todo



era hiperbólico en el encuentro: la magnitud, las cifras de los fichajes, la suma de los goles de ambos equipos, la audiencia, el dinero de las televisiones o la cantidad de periodistas acreditados. El partido más importante del mundo parecía más grande que nunca. Si Stoichkov dijo una vez, medio bromeando, «Ir a la Luna..., Madrid, Barcelona», daba la sensación de que podía seguir hablándose de fútbol incluso más allá de eso. Ancelotti hizo lo propio diciendo que era afortunado por tener entrada para el partido, sin siquiera pagar por ella.

El Barcelona empezó pisando el acelerador. Suárez hizo un recorte hacia dentro y dio un pase eléctrico al otro extremo del área, a Neymar, cuyo disparo entró pegado al palo.

El Madrid respondió inmediatamente, atacando con ritmo: la madera fue la única que los detuvo en dos ocasiones seguidas. El Barcelona parecía haber capeado el temporal y Messi gozó de una oportunidad que no logró transformar. El partido iba y venía hasta que, en el minuto cuarenta y cinco, Piqué intentó interceptar un centro y golpeó el balón con la mano dentro del área. Ronaldo convirtió la pena máxima con facilidad.

El encuentro se decantó aún más para el Real Madrid con un poderoso testarazo de Pepe a la salida de un córner. El Barça trató de meter presión al equipo blanco y cedió otro tanto tras un error entre Iniesta y Mascherano, que Benzema aprovechó para aumentar la diferencia. Durante la media hora restante, el Barcelona jugó bien el balón sin llegar a amenazar, mientras que el Madrid creaba peligro cada vez que se venía arriba. El partido acabó entre olés de la afición madridista. Luis Enrique admitió que no habían merecido más, mientras que Ancelotti elogió la «profesionalidad única» de sus jugadores al sacrificarse por el equipo. Cristiano no acaparó los

titulares en esta ocasión, pero desempeñó su papel a la perfección. Cuando en verano le dijeron que la marcha de Xabi Alonso y Di María no era ideal para el equipo, dijo que era verdad, del mismo modo que presuntamente se enfadó cuando Özil se fue al Arsenal la temporada anterior. Pero su confianza en Ancelotti nunca titubeó: «El míster sabe lo que hace. Solo tenemos que dejarle trabajar con calma».

Una vez tranquilizadas las cosas, la diferencia se había reducido a un punto.

El Barcelona perdió su siguiente partido contra el Celta de Vigo: de repente, todo el mundo hablaba de que los azulgranas habían vuelto a perder su identidad. El equipo azulgrana disfrutó de ocasiones, tres de ellas en los pies de Messi, pero no fue capaz de materializarlas.

El trío atacante, que no tardó en ser conocido como la «MSN», no parecía estar funcionando. Algunos decían que la dependencia de los fichajes extranjeros estaba erosionando la identidad del grupo. Era como si el Madrid y el Barcelona hubieran intercambiado sus papeles tradicionales de legado y estabilidad frente a galácticos.

El Real Madrid se impuso en las siguientes seis jornadas de Liga, con veintidós goles a favor, de los cuales Ronaldo marcó nueve. El Barcelona ganó cinco y empató uno, con ocho tantos de Messi. El sábado, 6 de diciembre de 2014, Cristiano Ronaldo marcó el vigésimo tercer *hat-trick* de su carrera, con lo que superaba el récord de Alfredo di Stéfano. El domingo 7, Messi también hizo un *hat-trick*, con lo que superó sus cuatrocientos goles con el Barça. Dos de ellos fueron con la pierna derecha.

No obstante, la gente seguía viendo problemas en el juego colectivo. A Neymar parecía faltarle madurez como jugador de equipo y mostraba una tendencia a encararse y protestar con demasiada

frecuencia, como un niño mimado, sin la elegancia y la diversión que Ronaldinho daba a los seguidores en sus mejores tiempos. Suárez se golpeaba el pecho y al césped frustrado cada vez que sus pases salían mal o sus compañeros no transformaban una ocasión que él había creado. Mientras tanto, Xavi daba una imagen claramente trágica en el banquillo, como un veterano que ya no estaba al mando del equipo sobre el terreno de juego. Y Messi... Messi seguía marcando goles, pero parecía haber perdido temporalmente su capacidad de mejorar al equipo, de meter a sus compañeros en su misma onda y hacer que los espectadores creyeran estar viendo fútbol por primera vez.

En resumen, al Barça le estaba costando encontrar su camino. Acusaba un exceso de rotaciones (Luis Enrique utilizó veintitrés alineaciones distintas en sus primeros veintitrés partidos) y jugaba con prisas poco características en los azulgranas, elaborando demasiado los movimientos en los últimos y cruciales momentos del ataque, cuando un solo toque hubiera bastado. El empeño del equipo por llevar el balón arriba lo antes posible y conectar con el tridente de la MSN carecía de una geometría elaborada, más allá de alguna pared de vez en cuando. El centro del campo del Barça había desaparecido como entidad creativa; su defensa, como siempre, era vulnerable ante cualquier contraataque bien organizado, ya fuera del Real Madrid o del Celta de Vigo.

Un silencio ominoso de la afición azulgrana acompañaba a Luis Enrique, a pesar de su vehemencia en la banda. Entonces, el 4 de enero de 2015, el Barcelona perdió en casa de la Real Sociedad. Luis Enrique dejó a Messi y a Neymar en el banquillo. Suárez estuvo incómodo e ineficaz.

En el Camp Nou se respiraba un aire abatido, los seguidores estaban claramente descontentos con lo que veían. Al club le estaba costando aferrarse a la credibilidad de su lema (más que un club) y a lo que representaba en términos de destreza, solidaridad y democracia. La política era como un peso muerto alrededor de su cuello, varios de sus presidentes se enfrentaban a acusaciones criminales y algunos de sus socios más longevos cuestionaban éticamente la decisión de mantener como principal patrocinador del club a Catar: un país criticado por Amnistía Internacional por su historial de violación de los derechos humanos y su presunta financiación de los decapitadores del Estado Islámico.

El F. C. Barcelona es un club cuya historia, para bien o para mal, se ha visto afectada por la política española, tanto nacional como regionalmente, y el panorama en ese momento era bastante inestable. Cada vez parecía haber más gritos a favor de la independencia en el Camp Nou, aunque afectaban poco a la calidad del juego. El Barça jugaba mal y perdía. Y lo que era peor, el Real Madrid parecía tranquilo.

El día después de la derrota contra la Real Sociedad, el Barcelona anunció el cese de Andoni Zubizarreta y la dimisión de su ayudante, Carles Puyol. Dos días más tarde, Luis Enrique se vio obligado a negar que le hubieran dado un ultimátum. También corrían rumores de que la ausencia de Messi en el tradicional entrenamiento anual a puertas abiertas (debido a una «gastroenteritis») podía estar más relacionada con una disputa con el técnico, que le había dejado en el banquillo en San Sebastián. Se hablaba de discusiones, de que Luis Enrique quería imponer medidas disciplinarias a Messi por volver con retraso de sus vacaciones navideñas, pero que no le dejaron. De repente, empezaron

a desempolvarse declaraciones de un año antes, en las que Messi había dicho que el vicepresidente económico del Barça, Javier Faus, «no sabe nada de fútbol», después de que el directivo comentara que la renovación del contrato del argentino no era urgente. En unas declaraciones antes del Mundial, Messi había comentado: «Barcelona es mi casa, pero si no me quieren o dudan de mí, no tendría problema en marcharme». Y solo un par de meses antes, en una entrevista concedida a un periódico argentino, dijo: «Aunque he dicho que me gustaría quedarme en el Barcelona para siempre, las cosas no siempre salen como uno quiere». En medio de este ambiente, los periodistas le dieron un significado misterioso al hecho de que dos jugadores del Chelsea le siguieran en Instagram. Cuando preguntaron a Luis Enrique si Messi quería quedarse, su respuesta fue: «No soy la persona indicada para contestar eso».

En enero de 2015 saltó la noticia en la Red de que los aficionados del Barça habían empezado a ver viejos DVD de Ronaldinho, Messi, Iniesta y Xavi, de Guardiola y de Johan Cruyff, en un ejercicio de nostalgia por aquella época dorada, en la que el equipo se unía bajo el mando de un entrenador y un presidente. Cuando todo funcionaba en armonía.

Frente al parón de invierno horribilis que se vivió en el Barcelona, el Real Madrid fue coronado como mejor club del planeta en el Mundial de Clubes, al vencer por 2-0 al San Lorenzo de Almagro en Marrakech. En un partido en que los jugadores se dieron tantas patadas entre sí como al balón, Cristiano acabó visiblemente frustrado por no marcar, a pesar de intentarlo todo para contribuir a la victoria blanca.

Mientras el entrenador del Barcelona se veía obligado a defender su puesto, el presidente del Real Madrid anunció su intención de ampliar el contrato de Ancelotti ese mismo verano. El intercambio de roles parecía completo.

Pero entonces, en el primer partido de Liga tras el parón invernal, el Madrid cayó ante el Valencia por 2-1, con críticas hacia Bale por no pasar a Benzema. Cristiano marcó de penalti, pero de nada sirvió. En el siguiente compromiso se produjo una situación grotesca cuando, con un 3-0 en el marcador, la afición empezó a pitar a Gareth Bale por disparar en vez de dejársela a Cristiano. Ancelotti se vio obligado a salir en defensa de sus jugadores: «Bale es un jugador fundamental, igual que Cristiano; por eso los aficionados exigen tanto».

La polémica entre Ronaldo y Bale persiguió al portugués hasta la ceremonia del Balón de Oro. A pesar de alzarse con el premio con la máxima diferencia de votos hasta la fecha sobre Messi, Cristiano tuvo que hablar sobre los abucheos al galés: «Los aficionados del Real Madrid son muy intensos, muestran lo que sienten, no mienten, pero creo que las cosas con Gaz son normales porque ellos saben que es un jugador muy importante para nosotros, un jugador clave».

También habló de sus propias ambiciones: «Quiero ser uno de los mejores jugadores de todos los tiempos, y eso exige mucho esfuerzo, pero espero llegar a conseguirlo».

En medio de la agitación fuera del terreno de juego, el Barcelona encontró un alivio imponiéndose al Elche por 5-0 en la Copa del Rey, el 8 de enero. Ahora bien, aún estaban renqueantes y en la siguiente jornada les esperaba el Atlético de Madrid, vigente campeón de Liga. Al final, el duelo estuvo lleno de talento y bravuconería, con goles de los tres integrantes de la MSN. Cuando Messi anotó el tercero, los tres

corrieron hacia el córner abrazados, ofreciendo una de esas imágenes con la que sueñan los departamentos comerciales. Messi había fallado un penalti durante el encuentro, pero la afición estuvo coreando su nombre mucho después del pitido final. Si había cualquier duda de por dónde iban las lealtades de la afición, aquella reacción lo dejó bastante claro.

En los días siguientes, Messi ofreció una ruidosa entrevista en la que acalló los rumores de un desencuentro con Luis Enrique y de que su padre tuviera contactos con el Manchester City y el Chelsea. Declaró que todo aquello eran «mentiras» de gente que decía amar al club. Urgió a que el F. C. Barcelona se mantuviera más unido que nunca. Visiblemente enfadado (todo lo enfadado que puede parecer), Messi dijo estar harto de los rumores de que él había provocado la expulsión de jugadores y empleados del club, insistiendo en que solo era «un jugador más del equipo». Dos días después, Luis Enrique dijo que no podían contemplar la idea de un Barcelona sin Messi y que el argentino estaría muchos años en el club.

En el fútbol, a veces las cosas simplemente empiezan a encajar. En los primeros meses de 2016, según se acercaba el Clásico del 22 de marzo, el Barcelona disputó nueve partidos y solo se dejó tres puntos en una sorprendente derrota ante el Málaga, con siete goles en contra y treinta y uno a favor. Messi anotó dieciséis de ellos.

Sin embargo, estas estadísticas no reflejan la creciente y contagiosa alegría de un equipo que iba encontrando su nivel. El Barça parecía transformado. Jugaba con un estilo y una estrategia que parecían más abiertamente competitivos ante el potente juego de ataque del Real Madrid y se alejaban de su estilo tradicional. El juego intrincado y paciente en el centro del campo, tan característico de la época dorada

de Guardiola, había sido sustituido por transiciones rápidas para hacer llegar el balón al trío Neymar, Suárez, Messi. Aquello que parecía apresurado y poco elegante en la primera parte de la temporada se había transformado en algo vibrante y directo, especialmente porque el tridente atacante encontró la manera de funcionar mejor unido y turnarse marcando los goles. Y a todo esto, hasta empezaron a circular más el balón. Y Messi volvía a exhibir su magia.

Tal y como escribí en mi blog en aquel momento: el argentino no es un adonis precisamente, todos lo sabemos. Es bajito y desaliñado, tiene una nariz larga, camina encorvado y tiene la tendencia de aclararse la garganta escupiendo o, si tiene un mal día, vomitando. Tampoco cautiva su marcado acento rosarino al hablar, mucho menos musical y evocador que el de Buenos Aires. Pero es que normalmente tiene poco que decir.

Ahora, cuando se encuentra en estado de gracia, su presencia transformadora sobre el campo revela su inteligencia futbolística. Messi toca y juega el balón. Se mueve por el terreno de juego como muy pocos pueden hacerlo, con un extraordinario sentido de la anticipación y de resolución, con una absoluta concentración y creatividad de ritmos y formas. Táctica y estrategia se funden en una sola cosa. El equipo se inspira, se definen los partidos. La mejor descripción no la hizo un aficionado al fútbol, sino mi esposa, que me acompañó aquella noche: «Es precioso ver jugar a Messi».

Eso fue lo que ocurrió en el Camp Nou el 18 de marzo de 2015, en el encuentro de vuelta de octavos de final de la Champions contra el Manchester City. El Barcelona venía con un 1-2 de la ida, y Messi dejó constancia de su control absoluto del juego en su ritmo y su oportunismo. Todo el estadio se quedaba mudo viéndole pararse en



seco y atraer a los adversarios hacia sí, para luego regatearlos y abrirse paso entre ellos, dejándolos frustrados y sin opciones de detenerle. Transformó a los jugadores estelares del City en matones, y a sus compañeros en caballeros de apoyo.

Esta poesía en movimiento convirtió aquella victoria en una ocasión memorable, con los campeones ingleses superados por un Barça galvanizado por la brillantez de su pequeño gran hombre.

Aunque Messi no logró transformar sus lanzamientos a balón parado, ese dato resultó insignificante teniendo en cuenta su actuación en general, pues todos los ataques del Barça (y fueron muchos) contaron con él en su construcción. No fueron solamente sus ocasiones de gol, sino los estragos que causaba en el centro del campo y en la defensa del City cada vez que corría con la pelota, creando espacios y un sinfín de oportunidades para los delanteros. Porque la nobleza de Messi reside en su generosidad.

Un Camp Nou lleno a rebosar estuvo coreando «¡Messi, Messi, Messi!» durante todo el encuentro. Fue una de esas noches. Realmente hermosa. Después del partido, el exentrenador y mentor del argentino, Pep Guardiola, comentaba: «A todos los demás, el fútbol nos controla; Messi controla el juego. Es una leyenda, hace cosas a las que los simples mortales no podemos aspirar».

En cambio, el Real Madrid llegaba al Clásico de primavera en caída libre.

Su racha de veintidós partidos invicto se esfumó con el primer partido contra el Valencia tras el parón invernal, en un partido duro y bronco en que Cristiano gozó de un par de buenas ocasiones al final para evitar la derrota. Después perdieron 2-0 ante el Atlético en Copa del Rey. Ganaron sus siguientes compromisos frente a Espanyol,

Getafe y Córdoba, pero Ronaldo fue expulsado por soltar una patada de frustración a un adversario. En Twitter dijo: «Pido disculpas a todos, especialmente a Edimar, por mi acto irreflexivo en el partido de hoy», pero le cayeron dos partidos de sanción. Los blancos ganaron los dos siguientes encuentros, pero sufrieron las bajas por lesión de Sergio Ramos y James Rodríguez. En febrero, llegaron a su choque frente al Atlético de Madrid desmotivados, como si estuvieran deshechos anímicamente, a diferencia de su adversario, que demostró un toque y un aplomo asombrosos para destrozarlos por 4-0. Ronaldo no logró entrar en el partido; todos los jugadores parecían aturdidos, llegaban tarde a todos los balones, jugaban como si llevaran aletas. Después del encuentro, Ancelotti dijo que ni uno solo de sus futbolistas había jugado bien. Días después, Cristiano fue criticado por unas imágenes en las que aparecía celebrando su treinta cumpleaños cantando en un karaoke la misma noche del partido. El portugués salió ante los medios y, a pesar de hacer un llamamiento a la calma, se irritó con un periodista que le preguntó por su expulsión ante el Córdoba: «Si fueras un periodista inteligente, me preguntarías por algo del mal partido que hemos hecho hoy. No eres inteligente entonces, perdona».

Jorge Mendes salió en defensa de su cliente: «Decide partidos, lo hace todo. Pero cuando atraviesa una racha en la que las cosas no le van tan bien, la gente debería apoyarle porque estamos hablando del mejor jugador del mundo».

El Madrid seguía yendo un punto por delante en la Liga, pero los ánimos estaban irritables; corrían rumores de que sus jugadores estaban bajos de forma, que Ancelotti intervenía demasiado poco, que vivía demasiado sometido a sus estrellas. A pesar de la victoria en casa ante el Deportivo, recibieron pitos de la afición.

En marzo, empataron con el Villarreal y perdieron ante el Athletic de Bilbao; luego cayeron 3-4 frente al Schalke en casa en la vuelta de octavos de la Champions. Pasaron a la siguiente ronda gracias al 5-4 en el global de la eliminatoria, con dos goles de Cristiano, pero salieron unas imágenes en las que Ronaldo decía «vergüenza» presuntamente al finalizar el partido. Entonces el portugués dijo que no hablaría con la prensa hasta que acabase la temporada. Frente al Levante, los blancos se impusieron por 2-0 con dos tantos de Bale. Ronaldo no marcó y recibió pitos de algunos aficionados, cosa que provocó gestos de incredulidad en el portugués.

Era una crisis a gran escala. Florentino Pérez tuvo que salir a defender públicamente a Ancelotti.

El péndulo había oscilado hacia el lado del Barça. Aparecieron artículos sobre el cambio en ambos equipos y en sus jugadores desde la concesión del Balón de Oro en enero, cuando Cristiano declaró, flanqueado por Sepp Blatter y Thierry Henry: «Este es mi tercer Balón de Oro y espero no quedarme aquí. Espero alcanzar a Messi». Es posible que el argentino, con su traje de terciopelo morado y su pajarita, decidiera en ese preciso instante que tendría algo que decir al respecto.

Una de las percepciones más reveladoras del documental de Anthony Wonke estrenado en noviembre de 2015 era la evidente obsesión de Ronaldo y de su agente Mendes por ganar el Balón de Oro, no tanto por batir a Messi en particular. El documental, autorizado previo conocimiento de que sería el ganador ese año y realizado por la compañía responsable del aclamado *Senna*, recoge hábilmente varias indiscreciones reveladoras aunque involuntarias que sobrevivieron al montaje final.

En un momento dado, Mendes y uno de sus socios aparecen viendo un partido en un palco del Bernabéu, hablando en portugués sobre la amenaza de que «el otro lo destruya todo», se supone que en referencia a Messi.

«Es una tarjeta dentro de un sobre que puede cambiar muchas cosas», dice Ronaldo durante un momento de la ceremonia de entrega del Balón de Oro. «Ver a Messi ganar cuatro consecutivos fue difícil para mí. Después de ganar el segundo y el tercero, me dije: “Ya no voy a volver aquí”».

Excepto para su familia y su círculo más cercano, la sobrecogedora imagen que aparece es la de una persona obsesionada sobre todo consigo misma, más incluso que con Messi, y que carece de la generosidad de espíritu para la confianza y el compromiso humano. «No te voy a mentir —dice, explicando por qué acudió lesionado al Mundial de 2014—. Si tuviéramos dos o tres Cristianos Ronaldo en el equipo, me sentiría más cómodo. Pero no los tenemos.»

Tal y como señalaba Daniel Taylor en *The Guardian*: «Viendo este documental, es evidente lo difícil que debe de ser para Gareth Bale ser el fichaje más caro de la historia y lidiar con ese ego del tamaño de un planeta».

Ahora daba la impresión de que la fuerza gravitacional de ese ego estaba arrastrando a todo el equipo a un agujero negro.

En vísperas del Clásico, Messi se había convertido en un jugador todavía más de equipo, asistiendo y logrando veinte goles en lo que se llevaba de año. Por su parte, Cristiano había marcado nueve y parecía retraído, irritable, en guerra con sus compañeros y con los medios de comunicación.

El Clásico fue publicitado como el partido que decidiría la Liga, una vez más. El Real Madrid jugó bastante bien durante la primera media hora. Luego se encontraron con un gol de cabeza de Jérémy Mathieu a pase de Messi. Pero volvieron a meterse en el partido gracias a un tanto extraordinario, después de una excelente jugada al contraataque (tras un disparo de Neymar). Un taconazo de Benzema engañó a toda la defensa del Barça dentro del área: Ronaldo remató con la punta de la bota. De nuevo, lo celebró como pidiendo calma a la afición del Barcelona. Messi estaba bastante apagado y el Madrid llevaba peligro cada vez que cogía ritmo. Dado que el balón parecía atascarse en el centro del campo azulgrana, Dani Alves decidió evitarlo y mandó un centro elevado sobre la línea defensiva del Madrid, Suárez lo controló con un toque y batió al portero blanco. Esto hizo que se esfumara la confianza del Madrid. Aunque buscaron valientemente las ocasiones y tuvieron un par de oportunidades, nunca dio la impresión de que pudieran convertirlas. El Barcelona jugaba el balón con orden y parecía mucho más cerca del gol.

Acabado el encuentro, el Barça estaba cuatro puntos por delante del Real Madrid.

La respuesta del Madrid a este tropezón en la Liga fue superlativa: un rotundo 9-1 al Granada, con cinco goles de Ronaldo. Consiguieron veintiocho puntos en sus siguientes diez partidos, anotando cuarenta tantos. Cristiano alcanzó un estado de forma formidable: marcó diecisiete dianas, pero no fue suficiente. El Barcelona ganó la Liga por dos puntos, con once tantos más de Messi.

Tras pasar con apuros a cuartos de final de Champions frente al Atlético de Madrid, el Real Madrid cayó eliminado ante la Juventus,

sin que los dos goles de Cristiano entre la ida y la vuelta bastaran para levantar el 3-2 del global a favor de los italianos.

Por su parte, el Barcelona siguió avanzando en la competición europea, hilando la magistral actuación de Messi ante el Manchester City con una victoria frente al Paris Saint-Germain por 5-1 en el global de la eliminatoria. Se veía a un Leo aparentemente contento con un papel secundario, apoyando a Suárez y Neymar en ambos partidos.

En semifinales, le tocó el Bayern Múnich, que estaba batiendo récords en la Bundesliga bajo las órdenes de Pep Guardiola.

Los días antes del partido del 6 de mayo, casi todo el mundo hablaba del duelo entre Pep y Leo. Guardiola, que volvía al Camp Nou por primera vez como entrenador, admitió que cuando Messi estaba enchufado no había forma posible de detenerle. Y madre mía si lo estuvo...

Aquella noche, el argentino ofreció una de las más grandes actuaciones de un futbolista en el fútbol de clubes, pues la ocasión y el rival exigían que alguien diera un paso adelante y cogiera el toro por los cuernos. A los setenta y siete minutos, después de un encuentro apasionante y lleno de ocasiones para ambos bandos, Leo consiguió batir al guardameta del Bayern, Manuel Neuer, con un disparo raso desde el punto de penalti. Ahora bien, su segundo tanto tres minutos después nos recordó a todos por qué amamos este deporte. Tras recibir el balón fuera del área, encaró a Jerome Boateng y, cuando parecía que iba a recortar hacia dentro, de repente dio un toque hacia fuera dejando al defensa fulminado en el suelo por el cambio de dirección, para finalizar picando el balón con delicadeza ante la salida de Neuer. Fue un gol clásico de Messi, uno de esos momentos en los que parece que funcionara fuera de los límites de la física. Ese cambio

de dirección y ritmo al mismo tiempo, la capacidad de encontrar la única manera de marcar desde ese ángulo. Es imposible imaginar a cualquier otro jugador del mundo haciéndolo de esa forma; es más, casi puedes imaginar la versión Cristiano de ese tanto, finalizada con un zapatazo raso y duro.

Guardiola solo tenía una palabra para describir al argentino tras el 3-0 de aquella noche: «imparable». Hasta Mourinho dijo que cualquiera de los grandes equipos del mundo ganaría la Champions con Messi entre sus filas. Fue un partido entre dos equipos, cargado de emoción, pero una vez más definido por la clase de Messi, que sacó magia de su chistera en medio de gigantes del deporte. Solo era la ida de una eliminatoria, pero debería haber sido una final. Eso habría quedado en el recuerdo de cualquier aficionado como una lección magistral.

A pesar de la buena actuación del Bayern imponiéndose por 3-2 en el partido de vuelta, el Barcelona pasó a la final, donde le esperaba la Juventus.

Los de Luis Enrique calentaron motores para la final europea batiendo al Athletic de Bilbao por 3-1 en la final de la Copa del Rey, con dos tantos de Messi. Uno de ellos se añadiría a la colección de goles excepcionales del argentino. En una carrera desde la línea divisoria, batió a cuatro jugadores rojiblancos y recortó hacia dentro y hacia afuera para finalizar con un disparo raso y por el palo corto. Fue extraordinario, una versión destilada de todo aquello que parecía representar, salvando una entrada tras otra, torciendo su cuerpo, a veces bruscamente, y logrando marcar finalmente desde una posición incomprensible para cualquiera que estuviese en el campo. Era el último partido de Xavi en el Camp Nou, un digno homenaje para él.

La final de la UEFA Champions League contra la Juventus fue un espectáculo emocionante en la que la brillantez del Barça como equipo quedó de manifiesto desde el principio.

La perfecta coreografía del primer gol azulgrana apenas transcurridos cinco minutos, con la participación de nueve jugadores, recordaba al juego de equipo que tantos éxitos y respeto le había granjeado al club. En el último pase, Neymar jugó el balón para Iniesta, que levantó un pase perfecto a Rakitić dentro de un área pequeña atestada: el croata batió a Gianluigi Buffon. La Juve se recuperó en la segunda mitad, anotando un excelente gol por medio de Álvaro Morata. Cuando parecía que el partido podía decantarse hacia cualquiera de los dos bandos, Messi protagonizó una cabalgada fantástica; aunque su disparo fue rechazado por Buffon, Suárez sacó el instinto depredador para rematar a lo alto de la red.

Entonces llegó el turno de Neymar, que anotó el tercer y definitivo gol en el minuto noventa y siete.

El Barcelona había vuelto a ganar el triplete, con el genio de Messi complementado por las brillantes aportaciones de Neymar y Suárez.

A pesar de que los puristas y los nostálgicos lamentaban la ruptura con el elaborado juego de posición del Barça, Neymar se adaptó a un papel secundario a la sombra de Messi (en contra de las advertencias de Cruyff), igual que Suárez, que le cubría cuando era necesario y remataba los goles que creaba el argentino para lograr resultados cada vez más impresionantes. El tridente había logrado entenderse tanto profesional como personalmente, hasta el punto de que Suárez se mudó al barrio donde vivía Messi en Castelldefels y se hizo inseparable del argentino tanto dentro como fuera de la cancha.



Messi y Neymar también se llevaban bien, aunque la dinámica de su relación era muy distinta a la que tenía con Ronaldinho. Del mismo modo que en sus primeros años Messi buscaba consejo y apoyo en un Ronaldinho mayor que él, Neymar admiraba a Messi como futbolista con más experiencia y que aún estaba en el mejor momento de su carrera.

A pesar de que el tridente acaparaba la atención más y más, las tácticas de equipo y el modo en que Neymar y Suárez se combinaban seguían girando en torno a la figura de Messi, como creador de juego, principal goleador y el jugador con más seguidores en el mundo (solo Cristiano Ronaldo podía superarlo). Neymar y Suárez mejoraron su juego y desempeñaron un papel importante junto a Messi: se convirtieron en el trío atacante más exitoso de la Liga, con ciento veintidós goles anotados al término de la temporada. Superada la adversidad de los primeros meses, volvían a arremeter contra los libros de récords.

En cambio, el Real Madrid se había desgajado en el momento más importante. La aparente estabilidad del principio de la temporada resultó ser un fino velo. La vieja política interna sobre el orden jerárquico amenazó constantemente con llevar al desastre aquella temporada. Un tema clave era si algún jugador de clase mundial podría adaptarse al ego de Cristiano Ronaldo. A pesar de que había prometido tanto, la temporada volvió a terminar con enormes dudas en torno al técnico, que, a falta de títulos, parecía abocado a dejar el club.

A pesar de que las estadísticas demuestran que Cristiano se recuperó y consiguió la Bota de Oro, no estuvo cuando el equipo le

necesitaba. Se retrajo a un modo irritable y crítico. Se abstrajo y no marcó la diferencia cuando de veras se necesitaba.

En otras palabras, si se invirtieran los papeles, nadie imaginaría que Messi encontrara consuelo en un premio individual, pero sí era posible imaginarlo de Ronaldo. Resultaba tentador resumir la diferencia entre los dos en sus actitudes ante el Balón de Oro. En una entrevista concedida hacia final de temporada, Messi explicó que todo había cambiado con el nacimiento de su hijo: «Ahora está él [Thiago] primero, y luego todo lo demás. Ha cambiado mi manera de ver los partidos. Antes, si fallaba una oportunidad o tenía un mal partido, no hablaba con nadie durante tres o cuatro días».

Cuando el Barcelona volvió a ganar la Champions League, un hombre debía de estar más abatido y furioso que nadie en el mundo.

## La Copa América 2016: Messi

*M*essi solo pudo estar en el banquillo del primer partido de su selección frente a Chile por una lesión de espalda, aunque al final no le necesitaron, pues un equipo albiceleste guiado por Di María se impuso por 2-1. En efecto, gran parte de las conversaciones antes del comienzo del torneo giraban en torno a dónde debía jugar Messi en la albiceleste, dado el talento que tenía en el ataque. Mientras que en el Barcelona, las mejores actuaciones del equipo y del propio jugador parecían producirse cuando se dejaba que Messi fuera simplemente Messi, bajando a recibir, jugando de falso 9 o de 10 dependiendo del momento, en la selección argentina no había la misma fluidez. Cuando Martino se hizo cargo de la albiceleste, le desplazó a la banda derecha, posición en la que había jugado en sus inicios con el Barça. Pero mientras una de las primeras cosas que hizo Guardiola fue ponerle más en el centro, con Argentina se quedaba fuera de gran parte del juego de aproximación. Algunos opinaban que debería jugar de 10, imitando el papel que había desempeñado con tanto éxito como proveedor de Suárez y Neymar. Al fin y al cabo, costaba imaginar que hubiera dos finalizadores más adecuados para ese papel que Higuaín y

Sergio Agüero. Argentina parecía tener un problema perenne a la hora de encajar el talento atacante en un sistema. Pero viendo su carrera en el Barcelona, también costaba explicar la falta de éxitos de Messi en la selección.

Leo pudo empezar de inicio en el segundo partido de la fase de grupos frente a Panamá y vio desde el banquillo el gol de cabeza de Otamendi y la expulsión de un jugador panameño. Saltó al campo cuando solo quedaba media hora de juego aproximadamente, pero en diecinueve minutos marcó un *hat-trick*, con un brillante lanzamiento de falta, un tiro raso y un delicado globo que desarbolaron a una Panamá exhausta. Aún hubo tiempo para que Agüero hiciera el 5-0. El entrenador de Panamá, Hernán Darío Gómez, describió a Messi como un «monstruo».

Aquel *hat-trick* le dejó a un gol de igualar el récord como máximo goleador de la historia del fútbol argentino que ostentaba Gabriel Batistuta, el cual comentaba: «Me joderá, pero tendré el consuelo de que me sacó el récord un jugador de otra dimensión».

En un estadio lleno de aficionados estadounidenses luciendo camisetas del F. C. Barcelona con el nombre de Messi a la espalda, Leo igualó el récord contribuyendo a la victoria de Argentina por 4-1 ante Venezuela, que se aseguró el pase a semifinales contra la anfitriona, Estados Unidos.

Llegado el partido, la selección albiceleste fue superior, con un golazo de falta de Messi y dos asistencias para que marcaran sus compañeros. De repente, la pregunta de dónde debía jugar parecía absurdo; la respuesta, bastante evidente: «Donde quiera». Argentina pasó boyante y confiada a la final contra Chile. Después de todo, ya les habían derrotado una vez sin Messi, y ahora le tenían inspirado.

A la larga, lo que quedaría para el recuerdo de esta final sería el anuncio de Messi de que no volvería a jugar con Argentina. Acababa de fallar su lanzamiento en la tanda de penaltis y de ver cómo Chile se llevaba la victoria. Estaba desconsolado en el vestuario, incapaz de quitarse de encima la decepción. Todo lo bueno que había hecho en los partidos anteriores pareció esfumarse cuando su disparo se fue por encima del travesaño.

Messi anunció su retirada diciendo: «Creo que es lo mejor para todos, para mí y para mucha gente que lo desea. Se terminó la selección para mí, es una decisión tomada. Lo intenté muchas veces [ser campeón] pero no se dio», dijo el astro argentino en el estadio MetLife de Nueva Jersey. «Son cuatro finales, no es para mí, lamentablemente lo busqué, era lo que más deseaba, pero no se me dio. Más que nunca quería ganar, al menos esta copa, pero no pudo ser.» Ni siquiera era capaz de mirar a los periodistas. Aquella fue la segunda final consecutiva de Copa América que perdía contra Chile, y una vez más volvimos a ver las lágrimas de la estrella argentina.

La presión de jugar con Argentina; su talón de Aquiles, la incapacidad de lograrlo cuando de veras importaba. Era su tercer verano de fútbol con la selección, y parecía acabado, demasiado desgastado. Cuatro finales perdidas habían sido demasiado para él. Dijo que cambiaría todos sus Balones de Oro por ganar un campeonato con Argentina. A su regreso a Buenos Aires, la selección se encontró pancartas pidiendo a Messi que cambiara de idea. Hasta el mismo Maradona se unió al coro, diciendo que Messi había sido «abandonado» por ciertos compañeros.

Es posible que lo dijera en serio, pero solo consiguió que pareciera que Messi estaba gafado, mientras él, Diego, podría decir eternamente

que Dios estaba de su lado.

## Reconstruyendo: Messi y Cristiano

Como de costumbre, Madrid y Barcelona parecían definir su identidad enfrentados con el otro. Mientras el Barcelona renovó discretamente el contrato de Luis Enrique, Ancelotti salió rápidamente por la puerta de atrás dejando su lugar a Rafael Benítez.

En realidad, Florentino Pérez, presidente del club blanco, llevaba bastante tiempo cuestionando el juicio del italiano. En enero de 2015, Ancelotti había sustituido a Gareth Bale en el minuto setenta y siete del partido contra el Valencia. Aunque el Madrid llevaba una racha de récord con veinticuatro victorias consecutivas antes del encuentro, Florentino criticó a Ancelotti por el cambio. Presuntamente le dijo al entrenador: «Quitar a Bale es un ataque contra mí. Es un jugador estratégico para nosotros».

Según Ancelotti, Pérez le comentó que el agente del internacional galés, Jonathan Barnett, no estaba contento con el trato del técnico hacia el jugador, pues en su opinión le estaba alineando en una posición equivocada y subestimando su potencial aportación a los éxitos del equipo. Desde su llegada al Madrid en verano de 2013 por cien millones de euros, Bale había estado jugando habitualmente en la derecha de un ataque con tres integrantes, junto a Cristiano Ronaldo y

Karim Benzema. Cuando Pérez preguntó a Ancelotti qué pensaba hacer con respecto a la preocupación de Bale y su agente, el italiano contestó: «Nada».

Según relataba posteriormente Ancelotti en su libro *Liderazgo tranquilo: conquistar corazones, mentes y partidos*, el problema radicaba en el dilema de que Bale jugara en el centro, como quería el galés, o por la banda. Ancelotti creía saber mejor que el agente de Bale y que el presidente cuáles eran las cualidades del galés y cómo sacar lo mejor de él, e insistió en que no estaba dispuesto a cambiar el sistema para adaptarse a Bale.

Otro factor que inquietaba a Florentino Pérez eran las estadísticas de la UEFA que demostraban el deterioro en la forma física de los jugadores con Ancelotti debido a una actitud algo laxa ante los entrenamientos, lo cual despertó sospechas en el club de que el técnico no controlaba del todo a sus jugadores dentro y fuera del campo.

Sin embargo, Pérez corrió un riesgo al destituir al italiano, muy querido entre los aficionados y algunos jugadores clave, especialmente Cristiano Ronaldo, que manifestó su apoyo al técnico en Twitter después del último partido de la temporada. El respeto era mutuo. Ancelotti describiría posteriormente a Ronaldo como un líder y una persona a quien le importaba el equipo. Criticaba a todos aquellos obsesionados con su imagen y su aspecto, y hablaba de un jugador que disfrutaba estar en compañía de sus compañeros, comentando el partido, y al que le gustaban las bromas.

En cuanto a la relación de Cristiano con su rival en el Barcelona, Leo Messi, Ancelotti creía que ambos se azuzaban mutuamente a lograr la grandeza a través de su espíritu competitivo. En su opinión: «Tal vez



no habrían llegado tan alto si no hubieran tenido al otro presionándole».

Los espectadores se preguntaban, y con razón, cómo respondería este equipo de galácticos, con sus egos galácticos, ante Benítez y su famoso estilo autoritario y controlador. Aquellos que habían seguido la temporada anterior tenían la sensación de que la situación había empezado a deteriorarse cuando empezaron a cobrar fuerza los rumores de tensión entre Bale y Cristiano.

A pesar de tener que lidiar con una sucesión de entrenadores en su estancia en el Real Madrid (Pellegrini, Mourinho, Ancelotti), Cristiano Ronaldo no tuvo ningún desencuentro público importante con ninguno de ellos, sobre todo porque estos tenían órdenes del presidente de no provocarle.

En cuanto a la relación personal de Ronaldo con sus técnicos en el Real Madrid, el portugués congenió con Pellegrini y Ancelotti, y desarrolló una relación laboral con Mourinho. Sería justo decir que la política de Benítez de no dar a ningún jugador más importancia que al equipo, lo cual incluía a Cristiano, tenía pinta de traer problemas.

Mientras tanto, en Barcelona, Luis Enrique sabía que debía andarse con cuidado con Messi después de la decepción internacional. El dolor por el penalti fallado no tardó en salir a la superficie. Messi tuvo suerte de no ser expulsado en un amistoso contra la Roma, tras intentar asestar un cabezazo a un defensa y agarrarle por el cuello.

Barça y Messi seguían en un momento voluble cuando llegó el primer Clásico de la temporada, en noviembre de 2015.

El Barcelona había necesitado llegar a la prórroga para ganar la Supercopa ante el Sevilla por 5-4. Se pusieron 4-1 por delante, pero el equipo sevillista remontó hasta igualar la eliminatoria. Messi marcó

dos espléndidos goles de falta, y Pedro aprovechó el rechace de un disparo del argentino para lograr la victoria definitiva. Luego fueron arrollados por el Athletic de Bilbao por 5-1 en la Supercopa de España, en dos encuentros donde Messi parecía cansado y algunos de sus compañeros no estuvieron a la altura de las circunstancias sin el argentino a su mejor nivel.

En Liga, perdieron seis puntos en sus primeros once partidos, con dos derrotas ante Celta y Sevilla. Messi anotó tres goles, incluido el de la victoria contra el Atlético, que dedicó al nacimiento de su segundo hijo, Mateo. Pero en septiembre se lesionó y no regresó hasta el Clásico.

El Madrid, en cambio, con un nuevo técnico diciendo que en el fútbol solo se trataba de ganar, llevaba tres empates y una derrota en sus primeros once encuentros y ya corrían rumores de descontento con el estilo de juego. Cristiano Ronaldo también atravesaba un momento de forma inconstante, con cinco goles en un memorable partido contra el Español y un *hat-trick* en la victoria por 4-0 al Shaktar Donetsk, pero solo tres más en el resto de jornadas del campeonato español. Además, el equipo blanco llegaba al Clásico tras una dolorosa derrota contra el Sevilla por 3-2.

Como telón de fondo: una chapucera ceremonia de despedida para el legendario Iker Casillas, la constante mala prensa acerca de Sergio Ramos y su renovación, y el fallido intento de contratar a David de Gea en el último minuto y por medios dudosos.

Benítez hizo unas declaraciones a la prensa afirmando que Cristiano Ronaldo era el mejor futbolista del mundo que apuntaban a una llamada de Jorge Mendes a Florentino Pérez para que hubiese un rápido recordatorio de la jerarquía en el vestuario, en vez de un

verdadero cambio de mentalidad. El técnico se vio obligado a defender el estado de forma de Cristiano antes del Clásico, describiéndole como un «jugador fundamental» y reiterando su confianza en que los goles llegarían. Por primera vez en mucho tiempo, tanto Messi como Ronaldo llegaban al partido sin ser el centro de atención.

Cristiano parecía inquieto, aparentemente enfadado con el técnico por tratar de dar a Bale un papel que, por lo visto, chocaba con el suyo dentro del equipo, así como por intentar sugerirle cómo jugar mejor: el portugués creía que Benítez no tenía nada que enseñarle. Durante una mítica sesión de entrenamiento, las cámaras sorprendieron a Ronaldo mandando «a paseo» a Benítez por anular un gol que había marcado por fuera de juego. La escena se hizo viral en YouTube.

Messi llevaba ocho semanas alejado de los terrenos de juego por lesión y, en su ausencia, Suárez y Neymar se las habían arreglado de manera admirable.

Al final, el argentino vio buena parte del partido desde el banquillo. Cristiano probablemente deseó estar en su misma situación, pues un Barcelona guiado por Iniesta hizo trizas al Madrid, endosándole un 0-4. Benítez tuvo dudas al elegir la delantera titular, y su equipo acabó superado en todo el campo. Cuando Messi saltó al campo para disputar la última media hora de partido, tocó más el balón que Ronaldo en los noventa minutos. Hay una imagen que define aquel Clásico, en la que aparece Cristiano haciendo una mueca de descontento mientras Benítez escribe en su cuaderno. El jugador, necesitado de un abrazo reconfortante, estaba siendo ignorado por el estratega, mientras la afición del Real Madrid aplaudía a Andrés Iniesta reconociendo al mejor hombre del partido.

Entre los daños colaterales del encuentro, muchos medios españoles aseguraban que Cristiano estaba tan convencido de que Benítez era responsable de la falta de cohesión y moral en el equipo que le había dicho a Pérez: «O Benítez o yo». Para ser justos, el técnico parecía atrapado entre la espada y la pared: si se rendía a sus críticos, estaba condenado; si no lo hacía, también. En el Clásico, había optado por un fútbol más de ataque del que solía preferir, pero su equipo se vio completamente desbordado. Los de blanco simplemente estaban desmotivados por la severidad de Benítez, especialmente Ronaldo, un jugador al que le gustaba ganar y tener un papel estelar en cualquier victoria.

Cuando Benítez acusó a la prensa de crear una «campana» contra el Real Madrid, Florentino Pérez y él, sus críticos más duros le tacharon de tratar de agarrarse a un clavo ardiendo. Recordaba a su pataleta sobre «hechos», con el Manchester United y sir Alex Ferguson mientras entrenaba al Liverpool, en la que señaló a otros sin reconocer sus propios errores. Es más, sus intentos de calmar la situación solo empeoraron las cosas: «Cristiano es muy trabajador y un jugador importante para nuestro equipo. Pero vamos a intentar no depender de jugadores individuales».

Muchos se preguntaban qué sentido tenía reunir a la plantilla de estrellas más cara de la historia y luego fingir ser una especie de colectivo. Si no puedes depender de Cristiano Ronaldo, entonces ¿de quién?

Luis Enrique dijo que el resultado era «histórico»; desde luego, daba la impresión de que solo un equipo iba a seguir con solidez y hacerse con las riendas de la Liga. Antes de acabar el año, el Barcelona se proclamó campeón del Mundial de Clubes, a pesar de los insistentes

debates sobre la unidad en la MSN. Al principio parecía una broma, un nombre ligeramente burlesco que recalca la dificultad de jugar juntos, pero a esas alturas ya nadie bromeaba sobre ellos. Al hacer números en diciembre, la conclusión que se sacaba era que, desde que Messi se había desplazado a la banda y Suárez jugaba más centrado, el Barcelona había disputado sesenta y siete partidos, con cincuenta y cuatro victorias y cuatro trofeos; Neymar había marcado cuarenta y dos goles en cincuenta y dos partidos; Suárez cuarenta y tres, en cincuenta y ocho; Messi cincuenta y tres, en cincuenta y cuatro. Pero, como siempre, las estadísticas apenas ofrecían una sombra de lo que era ver a los tres futbolistas disfrutando del momento y el espacio que les ofrecían los demás. Suárez estaba aportando lo que se esperaba de él: mordida, en el buen sentido. No paraba de presionar y de correr, sin dar descanso a los defensas y exhibiendo una brillante pegada. Neymar había añadido resultados a sus gráciles carreras y, después de Cristiano, probablemente era el candidato que más se acercaba a Messi en la carrera por ser el mejor jugador del mundo. Y Messi... bueno, Messi seguía siendo director y primer violinista, elevando a los jugadores que le rodeaban. Nadie hablaba de los escándalos varios que habían sacudido al Barcelona en los últimos meses; solo querían hablar de goles.

El siguiente Clásico sería el 2 de abril de 2016, y en las siguientes diecisiete jornadas de Liga el Barcelona ganó cuarenta y seis de los cincuenta y cuatro puntos posibles, empatando solo tres partidos. Messi anotó diecinueve goles.

Tras la derrota en el Clásico, Benítez y el Real Madrid siguieron renqueantes, aparentemente encadenando una crisis con otra.

A finales de noviembre, Florentino Pérez dio públicamente un voto de confianza a Benítez, responsabilizando a todo el mundo, incluido Ancelotti, los medios y los ultras radicales de los abucheos en el estadio. También negó explícitamente que Cristiano tuviera problemas con Benítez.

No obstante, el club blanco cayó eliminado de la Copa del Rey por alinear indebidamente a un jugador que había recibido tres tarjetas amarillas en la competición mientras estaba cedido la temporada anterior. Tuvieron un ligero respiro en Champions, con cuatro goles de Cristiano en una arrolladora victoria por 8-0 ante el Malmö, ocasión que el luso aprovechó para defender a Benítez diciendo que tenía una buena relación con él.

La temporada empezaba a parecer una mareante montaña rusa cuando pasaron del bajón de una derrota frente al Villarreal a la euforia de la victoria por 10-2 ante el Rayo Vallecano. Al término de 2015, el Madrid estaba acariciando lo alto de la tabla. En su último partido del año, Ronaldo marcó dos tantos para derrotar por 3-1 a la Real Sociedad y Benítez le dio las gracias por «echarse el equipo a la espalda».

Finalmente, un empate a dos contra el Valencia fue la gota que colmó el vaso de la paciencia con Benítez. El 4 de enero se anunció su cese: el puesto lo ocuparía Zinedine Zidane, leyenda del club que entrenaba al filial. Los primeros síntomas fueron positivos, con dos victorias por 5-0 y 5-1 en casa. Había gestos esperanzadores por parte de los jugadores, y el ambiente general mejoró. Zidane, uno de los jugadores más populares de siempre, tenía mucho crédito entre la afición. Cuando le preguntaron en febrero quién era el mejor futbolista del mundo, contestó sin dudar que era Cristiano Ronaldo, a

diferencia de la famosa ambigüedad en la respuesta de Benítez, que lo había comparado con preguntarle a su hija si quería más a su padre o a su madre. Zidane entendía la importancia de tener a Cristiano motivado y feliz para el destino del Madrid y el suyo propio. A finales de enero, un programa de radio dio la noticia envenenada de que el Real Madrid había intentado fichar tres veces a Messi, con una última oferta la temporada anterior.

En una díscola rueda de prensa antes de un partido de Champions, Ronaldo se enfadó cuando le preguntaron si le preocupaba no haber marcado en sus últimos cuatro partidos fuera de casa. Dirigiéndose a los periodistas reunidos, preguntó si algún jugador había anotado más tantos en campo contrario que él desde que estaba en España. Al no recibir respuesta, se excusó y se fue, no sin antes decir que esperaba que su «mal estado de forma» continuara hasta el final de la temporada. El Madrid empató un par de partidos y sufrió una dolorosa derrota contra el Atlético, pero solo se dejó siete puntos en los doce primeros partidos de Zidane en el banquillo antes del Clásico de abril. De los treinta y seis goles anotados, catorce fueron de Cristiano. Aparentemente, también fueron capaces de capear la polémica desatada en torno a las declaraciones de Ronaldo tras el encuentro con el Atlético: «Si todos estuvieran a mi nivel, estaríamos primeros». El portugués se disculpó inmediatamente con sus compañeros por WhatsApp y luego concedió una entrevista a *Marca*: «Me refería a nivel físico, no a nivel de juego. No soy mejor que ninguno de mis compañeros».

Las conversaciones antes del Clásico giraron en torno al homenaje que iba a rendirse a Johan Cruyff, el hombre que hizo más que ningún otro para convertir al Barça en lo que era. En el minuto catorce, hubo

una ovación y la afición desplegó un mosaico de cartulinas que decía: «Gràcies, Johan». Sin embargo, todo el mundo estaba expectante por ver cómo saldría el Real Madrid de Zidane ante el Barcelona, por comprobar de qué estaban hechos.

El Barça empezó mejor y se hizo con la posesión del balón, disfrutando de varias ocasiones claras ante un Madrid que parecía perdido. En cierto momento, Ronaldo intentó conectar con Benzema con un pase al contraataque y el francés se cayó de espaldas. Cristiano levantó las manos enfadado en la banda, mientras el Barcelona se lanzaba a la contra. La segunda mitad trajo más de lo mismo, hasta que un pase elevado de Messi fue despejado a córner. A la salida del saque de esquina, Piqué marcó de cabeza. Cinco minutos después, el Real Madrid empató con una volea de Benzema. Cuando solo quedaban cinco minutos, Sergio Ramos vio la roja por segunda amonestación y la cosa parecía ponerse negra para los blancos, pero entonces un fantástico centro de Bale encontró a Cristiano, que la bajó con el pecho con muy poco ángulo y batió por bajo al portero azulgrana.

El partido no fue uno de los clásicos más memorables, pero el Madrid demostró agallas, Ronaldo y Bale combinaron cuando hacía falta y, por primera vez en seis meses, el Barcelona cayó derrotado. Los futbolistas del Real Madrid lo celebraron con un selfie del vestuario en el que, a un lado, aparece Cristiano Ronaldo mostrando su fabuloso torso en posición muy favorecedora y luciendo unos minúsculos calzoncillos blancos.

Después del partido contra el Madrid, el Barcelona atravesó un bajón de forma y a su primera derrota en treinta y nueve partidos siguieron cuatro de cinco, cayendo ante la Real Sociedad y el Valencia



en Liga, y quedando eliminados de la Champions en cuartos de final por un resultado global de 3-2 ante el Atlético de Madrid. De repente, la carrera hacia el título de Liga parecía muy abierta, y el mínimo tropezón sería fácilmente aprovechado.

En la siguiente jornada, el Barça endosó un 8-0 al Deportivo, con cuatro tantos de Suárez y tres asistencias de gol. Parecían decir: «Basta». Después ganaron los cinco partidos restantes con un tanteo de veinticuatro goles a favor y ninguno en contra. Así, en la última jornada se proclamaron campeones de Liga.

También se hicieron con la Copa del Rey 2-1 en la prórroga contra el Sevilla.

La temporada del Real Madrid volvió a cerrarse con una final de Champions ante el Atlético de Madrid.

Hay dos imágenes que se han grabado en mi recuerdo de aquella final de Milán, y ambas se produjeron en los últimos minutos de un encuentro poco memorable. La primera es la de Juanfran, uno de los finalistas derrotados del Atlético de Madrid, y la otra de Cristiano Ronaldo, justo después de lanzar sus respectivos penaltis en la tanda decisiva.

El lanzamiento de Juanfran golpeó el poste derecho: su mirada y gesto de cordero degollado delataban a un hombre que llevaría consigo para siempre el recuerdo de aquella derrota. En cambio, Cristiano hizo lo que más le gusta hacer, demostrar al mundo que es el mejor; no solo el mejor goleador, sino también el ser humano mejor esculpido. Tras convertir el penalti que daba la victoria a los blancos, volvió a descubrir su esculturales pectorales y bíceps, con un deslumbrante bronceado, relegando al nivel del común de los mortales a un Juanfran pálido, sin afeitar y con aspecto de cura.

Y por si no estaba claro, Cristiano declaró posteriormente que siempre supo que marcaría el gol de la victoria: por eso pidió a Zidane que le dejase tirar el último penalti. Un hombre de destino, la bota de Dios.

Poco importa que Ronaldo estuviera muy poco acertado hasta la prórroga y durante ella, que apenas tocase el balón durante gran parte del partido y malograra su única ocasión de gol. Tampoco importa que Juanfran diera la asistencia para el tanto del empate del Atlético y se dejara la camiseta durante el resto del partido, ayudando a contener los incansables embates de Bale. Poco importó que no hubiera sido un firme candidato a ser elegido mejor jugador del partido si su equipo hubiese ganado. Aunque Bale tuvo una actuación más efectiva, Cristiano volvió a acaparar la narrativa. La temporada de coherente excelencia de Messi y el Barcelona con un doblete se vio una vez más eclipsada por la Champions League. Cristiano Ronaldo había sido decisivo cuando hacía falta. Al verle marchar renqueante a disputar la Eurocopa con Portugal, pocos hubieran apostado que volvería a hacerlo.

## Eurocopa 2016: comandante Ronaldo

*D*espués de ganar dos Eurocopas consecutivas y el Mundial de Sudáfrica en 2010 entre una y otra, España había dejado de ser la eterna gran decepción europea cediendo el honor a su vecina Portugal, que, a pesar de contar con varios jugadores estelares en las ligas europeas, nunca había ganado un campeonato importante.

Los mejores recuerdos de la selección lusa eran de un fútbol brillante pero sin trofeos, liderada por Eusébio, estrella del equipo portugués en el Mundial del 66 después de pasar apuros en la fase de clasificación.

En cambio, el país vivió su máxima humillación y debacle al perder la final de la Eurocopa de 2004 en casa ante Grecia, después de haber arrancado el campeonato como favoritos. Las lágrimas de Cristiano Ronaldo al acabar el partido personificaron la tristeza de la nación, lo cual le valió el cariño de muchos de sus compatriotas, aunque no todos.

Aquella derrota fue muy amarga para una nación que ya no era una potencia hacía tiempo y que apenas tenía influencia política internacional, pero que siempre había amado el fútbol. Su eliminación

en cuartos y semifinales de los campeonatos siguientes hicieron crecer su reputación como la selección del «casi». Su posterior actuación en el Mundial de 2014 fue una nueva decepción: el equipo había caído en la fase de grupos, a pesar de contar con un Ronaldo en la cumbre de su poderío. La selección del «casi» se había convertido en la del «ni de lejos».

En este contexto, un periodista preguntó a Fernando Santos, seleccionador luso para la Eurocopa de 2016 en Francia, cuándo pensaba regresar a Portugal. Casi nadie le creyó cuando contestó: «No volveré hasta después de la final», es decir, que donde había voluntad había camino. Portugal iba a ganar. Su actitud parecía en perfecta sintonía con la confianza de Cristiano Ronaldo en sí mismo.

Sin embargo, el torneo arrancó de modo poco esperanzador para los portugueses. Después de debutar con un empate a uno ante Islandia sin goles de Cristiano, el astro tachó al equipo adversario de «afortunado» y «pequeño». En el segundo partido frente a Austria, falló un penalti y le anularon un tanto por fuera de juego: el choque acabó a cero.

Los dioses sí estuvieron de su parte en el último encuentro de Portugal contra Hungría: Cristiano marcó dos goles, sus primeras dianas del campeonato, para lograr un empate a tres. La selección lusa logró pasar tercera. La frustración de Cristiano por no haber ganado de forma más convincente era tal que se encaró con un periodista por sus preguntas y le arrojó el micrófono a un lago.

A partir de entonces, las cosas empezaron a enderezarse. Tras un par de victorias por la mínima ante Croacia y Polonia, los portugueses pasaron a semifinales contra Gales: ganaron por 2-0 con un gol de Ronaldo. En la final ante Francia no partían como favoritos, pero

Cristiano desempeñó un papel clave en la victoria en esta competición, logrando convertirse por fin en una leyenda para sus compatriotas por su constante lucha por cambiar el rumbo de la decepcionante selección nacional.

A pesar de los éxitos con sus clubes (principalmente equipos de fuera de Portugal), para muchos de sus compatriotas, Ronaldo no era el mejor jugador luso de la historia, y mucho menos el más querido.

Según uno de los comentaristas de fútbol más respetados de Portugal, André Pipa, de Bola TV, los aficionados del Benfica se negaban a desbancar a su emblemático Eusébio por Cristiano, ni siquiera después de ganar su primer Balón de Oro con el Manchester United. Se debía a los años que había pasado en el Sporting, su gran rival en Lisboa. Del mismo modo, les costaba sentir simpatía por Figo, también canterano del Sporting.

Durante nuestro encuentro en Lisboa en la primavera de 2017, Pipa me explicó: «El Benfica afirma tener seis millones de seguidores frente a los tres millones y medio que tiene el Sporting, aproximadamente. Así que una buena proporción de la población de Portugal [10 millones] y mucho más que la población metropolitana de Lisboa [2,8 millones] tenía serias dudas sobre Cristiano Ronaldo al principio de su carrera».

Luego estaba el tema de la personalidad. Portugal había evolucionado como una sociedad europea moderna desde su ingreso en la Unión Europea, pero ciertos prejuicios que se remontaban a la larga dictadura seguían arraigados en algunos sectores demográficos. En palabras de Pipa: «Todavía hay una característica cultural entre

algunos portugueses, y es la mezquindad, una envidia insana hacia las personas que tienen éxito: somos un pueblo de mente estrecha».

Así pues, Cristiano no caía mal por ganar premios, sino por declarar abiertamente que se los merecía. Según Pipa: «Cuando Kaká ganó el Balón de Oro en 2007, Ronaldo no fue capaz de ocultar su enfado en público por haber quedado tercero después de Messi. Eso es porque es hipercompetitivo y tiene un ego monumental. Ronaldo trabaja duro para ser el número uno. Siente que tiene que serlo. Es como algunos de los primeros descubridores portugueses del siglo xv: un poco egocéntricos y poseídos por una enorme fe en sí mismos».

Todo cambió con la victoria de Portugal en la Eurocopa de 2016, cuando Cristiano consiguió para su país algo que ni Eusébio ni Figo habían logrado: un título importante. Y desempeñando un papel épico en la hazaña. Como decía Pipa: «Entonces se disiparon las dudas... Cada vez más portugueses empezaron a reconocer la absoluta primacía de Cristiano».

Le pregunté a Raquel Vaz-Pinto, ferviente aficionada y académica lisboeta, ¿qué explica el éxito de Portugal? «En mi opinión, la clave estuvo en el entrenador Fernando Santos y en jugadores como Ronaldo, Pepe o Quaresma. Pero si tuviera que elegir a un jugador, elegiría a Pepe. Estuvo magistral, como un general en defensa, que era la base de nuestra estrategia. La idea fundamental era no dejar que nos marcaran gol y a partir de ahí ir construyendo. Para un jugador cuyo rendimiento había sido tan decepcionante en el Mundial de 2014 [Pepe fue expulsado ante Alemania], era la última y gran oportunidad de redimirse. Lo mismo se puede decir de Quaresma, uno de nuestros futbolistas con más talento y que, sin embargo, nunca ha llegado a lo más alto: sabía que era su última oportunidad de ocupar un lugar en la

historia. Fernando Santos fue capaz de sacar lo mejor de estos jugadores veteranos. Quaresma siempre ha tenido un ego difícil de gestionar y fue maravilloso verle salir en el minuto setenta u ochenta, completamente concentrado... y marcar. No hubo ni una sola queja de que no estuviese en el once inicial, y esas cosas. Eder, el jugador que marcó el gol de la victoria en la final, tenía veintiocho años y hasta ese tanto nunca había sido decisivo. Además, el equipo fue capaz de integrar a jugadores más jóvenes como Renato Sánchez, y mantener a algunos futbolistas del Sporting, lo cual dio al equipo cierta estabilidad. Y los más jóvenes como Renato habían sido convocados con la selección por primera vez hacía poco tiempo.»

Sin embargo, por encima de todos ellos, el papel de Cristiano Ronaldo fue el decisivo. A pesar del cansancio tras una dura temporada con el Real Madrid y de acarrear varias lesiones, estaba completamente resuelto a llevar a la selección a la victoria.

Trascurridos diez minutos de la final, Cristiano cayó al suelo dolorido tras un choque con Dimitri Payet y tuvo que ser atendido. Siguió jugando con evidentes molestias, hasta que en el minuto diecisiete, se desplomó con lágrimas en los ojos y salió del terreno de juego para ser atendido de nuevo. Tres minutos más tarde regresó al campo, pero en el minuto veinticinco se dejó caer nuevamente y se lo llevaron en camilla. El brazalete de capitán pasó a Nani, que animó al resto de los jugadores diciendo que había que ganar por Cristiano.

Después de la lesión, Cristiano (que ya tenía el récord de capitanías y goles en la historia de Portugal con sesenta y un tantos y ciento treinta y tres brazaletes) no renunció a ser el foco de atención. Como un heroico comandante herido arengando a sus tropas, siguió

animando a sus compañeros hacia la victoria desde la banda. Se motivó tanto fuera del terreno de juego como dentro de él, tal y como explica Vaz-Pinto: «Fue nuestro capitán desde fuera del campo cuando más le necesitábamos. Estaba viendo el partido con mi marido, Duarte, y nuestra sobrina María, y recuerdo que después de la falta de Payet a Ronaldo, me volví hacia ellos y dije: “Este es el momento. El equipo se va a levantar y va a conseguirlo por Ronaldo y por todos nosotros”. En la final, el entrenador Fernando Santos dio un paso atrás en sus responsabilidades como técnico en primera línea y permitió que Ronaldo animara y ayudara desde la banda después de caer lesionado. Lo que en otras circunstancias y con un entrenador distinto podría haberse interpretado como una negligencia del deber, quedó grabado en la imaginación de la afición portuguesa como un gesto de inteligencia táctica y estratégica de alguien que demostró una enorme habilidad personal dirigiendo a sus jugadores, no tanto permitiéndoles sus idiosincrasias, sino dando rienda suelta a su talento creativo; por ello dejó que Ronaldo guiara a los jugadores como si estuviera jugando».

Cuando el gol de la victoria llegó por fin, tras un disparo de Eder en la prórroga, la celebración mostró a una nación consciente y satisfecha de su identidad como una sociedad multicultural. Mientras la mayoría de Europa había experimentado un auge de votos en contra de la inmigración y de las ideologías racistas, para los portugueses los orígenes diversos de su selección no representaban un problema. Entre los campeones de la Eurocopa 2016, había jugadores nacidos en países africanos que hablaban portugués, como Eder, de familias que emigraron a Alemania o Francia, como Cédric Soares o Raphaël Guerreiro, gente de origen gitano como Quaresma, y nacidos en Brasil,



como Pepe. Y su capitán era Cristiano Ronaldo, nacido en Madeira y con ascendencia de Cabo Verde.

Ronaldo llevaba más partidos disputados con la selección que cualquier otro jugador, era el único que había marcado en cuatro Eurocopas distintas, y estaba empatado con Michel Platini como máximo goleador de la historia de la competición, con nueve tantos.

A pesar de estos logros, su emotiva exhibición desde la banda durante la final no encontró una aprobación generalizada. Entre sus compatriotas, el veterano internacional Antonio Simões coincidió con José Mourinho en criticar veladamente lo que consideraban un egocentrismo persistente: «Llevo cincuenta años en el fútbol, y nunca he visto nada igual. Ninguno de los grandes jugadores del mundo habría hecho algo así. He conocido futbolistas, grandes líderes, Pelé, Eusébio, Cruyff, Maradona... Maradona, a pesar de su personalidad, nunca hizo nada parecido. Creo que Ronaldo dejó que sus tremendos nervios se adueñaran de él: quería ganar y demostrar que era un líder. Hacer eso no te convierte en un líder», dijo Simões.

Entre los elogios que recibió Cristiano después de la victoria, hubo uno que afirmaba resumir los sentimientos de todo el equipo. Salió de los labios de Pepe, su compañero en el Real Madrid: «Fue duro perder a nuestro hombre más importante, el que podía marcar en cualquier momento —declaró—. Dijimos que ganaríamos por él y lo conseguimos».

Aquellos portugueses que pusieron a Ronaldo en un pedestal sin querer le convirtieron en parte del mito. Desde un punto de vista estrictamente competitivo, la Eurocopa de 2016 fue bastante mediocre en general, con una final igualmente decepcionante.

J. J. Bull, columnista del diario *The Telegraph*, resumió el dramático espectáculo con estas palabras: «Durante ciento nueve minutos de la final, parecía que todo lo que recordaríamos de la noche de Cristiano sería la polilla que se posó sobre sus cejas perfectamente depiladas mientras pensaba en el dolor de su rodilla izquierda, que ni los cuádriceps mejor desarrollados del mundo del fútbol podían disipar. Pero entonces, avanzada ya la prórroga de la peor final en la memoria reciente, el delantero luso Eder, que ni siquiera daba la talla en el Swansea City, marcó un gol de esos que Ronaldo ha estado marcando toda su vida, y el verdadero Ronaldo lo celebró en la banda con más intensidad de la que suele reservar para sus *hat-trick*».

Es probable que la situación no se alejara mucho de las peores pesadillas de Ronaldo: Portugal ganando mientras él quedaba completamente apartado. Sin embargo, Cristiano consiguió ser el centro de atención dirigiendo al equipo durante la prórroga y soltando su emoción cuando sonó el pitido final. Al levantar el trofeo, con Messi retirado de su selección a efectos prácticos, casi se podía leer su pensamiento: «Supera eso».

## A juicio: Messi

Cuatro días antes de que Cristiano Ronaldo levantara la Eurocopa 2016, Messi se enfrentó a un adversario que se negaba categóricamente a ser derrotado.

Desde el comienzo de su carrera profesional, el argentino había atravesado momentos bajos (malos pases, balones perdidos, ocasiones malogradas, penaltis fallados), pero nada le había preparado para la humillación pública que experimentó el 6 de julio de 2016. No fue en un estadio, sino en un juzgado, y en Barcelona, dónde si no. El episodio también ofrece una imagen fascinante de Messi y su familia.

Intimidado por la multitud congregada para escuchar la sentencia, incómodo y reducido por la opresiva funcionalidad de la sala, Leo Messi se sentó malhumorado en una silla de madera desnuda, al lado de su padre (que parecía más un hermano mayor sobreprotector que un patriarca benévolo), y escuchó la decisión de la jueza de condenarles a los dos a veintiún meses de cárcel y a pagar una multa de 4,1 millones de euros por defraudar impuestos al Estado español. Si le hubieran mandado a la cárcel, al menos se podría haber ahorrado la ignominia de lo que ocurrió después.

Al salir del juzgado (primero Leo, seguido de su padre) y avanzar hacia el coche que los esperaba, bajo la estrecha vigilancia de varios policías, atravesaron una tormenta de fotógrafos, equipos de televisión y aficionados. Algunos de ellos le mostraron tanto apoyo como cuando marcaba un gol; otros los acusaban de ser unos ladrones, como si los más de diez años de estrellato sobre los terrenos de juego hubieran desaparecido en un instante.

Aquella escena fue la culminación de largas disputas legales que involucraban a Messi, no todas tan publicitadas, relacionadas con ganancias por derechos de imagen que habían sido canalizadas a través de varias empresas tapadera creadas en paraísos fiscales por todo el mundo. Desde el principio, Messi hijo declaró que «no sabía nada» sobre sus asuntos económicos y que delegaba en su padre. Por su parte, Jorge Messi afirmaba que un asesor financiero le había dicho que no había ninguna ilegalidad en dicha práctica.

Había varios paralelismos interesantes con otro procedimiento legal ocurrido ocho años antes, cuando los Messi atravesaron unas verjas de hierro, en una concurrida calle comercial de Gibraltar, que daban acceso a un pintoresco jardín tropical y a un blanco edificio de juzgados. Allí, abogados y jueces los recibieron educadamente y resolvieron el caso en su presencia, tal y como exigía la tradición, comunicándose en inglés por medio de traductores, entre cuellos almidonados y pelucas blancas con rizos.

Esta colonia británica situada en el extremo meridional de la península ibérica, donde la policía británica habla con acento andaluz, los pubs sirven cerveza y *fish and chips* al lado de tiendas de alimentación marroquíes, cafeterías al estilo italiano y bares de tapas españoles, en 2008 fue el escenario de una acción civil llevada a cabo

por miembros del consejo de administración de Sports Consultants Ltd. (SCL), sociedad registrada en Belice que llevaba los derechos de imagen de Messi, para establecer quién merecía obtener los beneficios de su explotación.

En la disputa había dos bandos y el caso pendía de su credibilidad como testigos, dado el contradictorio contenido en sus declaraciones, que incluían comentarios realizados anteriormente en otro caso judicial que no fue publicitado en Belice.

Según la documentación del juzgado, Rodolfo Schinocca, exfutbolista argentino convertido en representante, afirmaba que se le había asignado una participación accionaria mayoritaria en una empresa creada para explotar el creciente valor comercial de Leo Messi cuando subió al primer equipo del F. C. Barcelona como gran promesa adolescente.

Con los años, Jorge Messi había llegado a la conclusión de que los representantes no eran de fiar, sobre todo los que provenían del mundo del fútbol argentino, endémicamente corrupto. Creía que la carrera de su hijo estaría más protegida formando parte de una compañía controlada por la familia, en lugar de subcontratando a cualquiera de las numerosas terceras partes que pujaban como tiburones por hacer negocio en el encarnizado mundo del fútbol.

De hecho, Jorge Messi casi nunca había perdido de vista a su hijo desde sus comienzos cuando era un colegial. Mientras su esposa decidió quedarse en Rosario y no trasladarse a Barcelona con Leo, él pasaba todo el tiempo que podía en la capital catalana.

El tribunal de Gibraltar escuchó varias pruebas contradictorias acerca del dinero que Messi ganaba en ese momento. El jugador estaba entre dos fuegos, pero dado su carácter se mantenía silencioso.

A él le absorbía el fútbol, no el dinero. Lo hacía de un modo tan obsesivo y verbalmente inexpresivo que algunos especulaban que tal vez tuviera síndrome de Asperger: un desorden en el desarrollo que genera serias dificultades en la interacción social y la comunicación no verbal, además de patrones de comportamiento e intereses repetitivos y restringidos.

Años más tarde, en 2013, el escritor argentino Leonardo Faccio habló con Schinocca en Buenos Aires, donde el representante había huido para evitar ser acusado de cualquier ofensa criminal y donde perjuraba su inocencia. Faccio le preguntó si Leo Messi se interesaba por sus contactos: «Sí, se interesaba. Era parte de su carrera profesional. Pero no participaba en las negociaciones. Lo dejaba todo en manos de los abogados, de mí y de su familia. Él se ocupaba de jugar al fútbol. Solo firmaba una garantía personal..., en la que Messi se comprometía a cumplir con las exigencias pactadas con la empresa de publicidad», contestó Schinocca.

En el caso de Gibraltar se escucharon testimonios que afirmaban que el jugador aún era un adolescente inmaduro cuando se vio atrapado sin querer en un fuego cruzado entre quienes afirmaban representar sus intereses y quienes tenían la tentación de explotarlo para beneficiarse personalmente.

Jorge Messi dijo al tribunal que la relación con Schinocca se había roto cuando el agente recibió dinero de Adidas y no transfirió la suma a la compañía ni se hizo responsable de ella.

En opinión del juez que instruía el caso, había inconsistencias tanto en los testimonios de los dos Messi como en el de Schinocca, pero, haciendo balance de todo, consideraba más creíbles como testigos a

los Messi, a pesar de que ninguna de las partes salió completamente limpia del proceso.

El magistrado señaló que los Messi no estaban exentos de crítica por las inconsistencias en la forma de defender sus argumentos en distintos momentos. «La ignorancia absoluta de la señora Messi acerca de la relación comercial y la incapacidad del señor Messi a la hora de identificar documentos cruciales para el caso han sido un motivo importante para tratar su testimonio con cautela», dijo el juez.

Ocho años después, daba la impresión de que las cosas no habían cambiado mucho.

Al verse obligado a testificar ante el tribunal catalán en 2016, Messi tuvo que separarse temporalmente de su padre. Le costó expresar los sentimientos de amor y gratitud que sentía hacia él desde su infancia: «Mi papá casi nunca decía “jugaste bien” cuando yo era chico. Podía marcar cuatro goles y aun así encontraba algo que criticar. Eso me hacía querer mejorar siempre», según le dijo al juez.

A sus veintinueve años, Messi había negado desde el principio cualquier conocimiento sobre sus impuestos: «Yo solo jugaba al fútbol. Firmaba los contratos porque confiaba en mi papá, en ningún momento pensé que me iba a engañar, lo hacía porque él lo decía. No sé nada de ese tema y nunca me interesé», declaró el jugador del Barcelona ante el tribunal.

Por su parte, según testificó Jorge Messi: «Me dijeron que todo era legal, que todo estaba bien». En respuesta a una pregunta de la fiscal, describió cuáles eran sus conocimientos sobre derecho tributario: «Yo, de aspectos contables no entiendo, para mí es chino básico».

Durante los cuatro días de juicio, Messi insistió en que «nunca» hablaba de los impuestos sobre sus derechos de imagen con su padre o

sus abogados.

Tras varias intromisiones, la fiscalía exculpó a Leo y achacó todas las responsabilidades a su padre, en quien el astro demostró una confianza absoluta: «Si lo dice mi papá, firmo con los ojos cerrados». Jorge Messi declaró: «Ni yo ni Leo sabíamos que esas sociedades no tributarían en España». Al ser preguntado sobre su padre, Leo respondió que él firmaba «donde me decían porque confío en mi papá y nunca se me pasó por la cabeza que me pudiera engañar».

Sin embargo, en el fallo del caso, la jueza que presidía el tribunal, Mercedes Armas Galve, dijo lo siguiente del cinco veces Balón de Oro: «El desconocimiento evitable, producto de la indiferencia, no es un error y no puede provocar una descarga de la responsabilidad. No puede errar aquel que no tiene interés en conocer». A continuación, agregó que Messi «decidió permanecer en la ignorancia a lo largo del tiempo, manteniéndose en la voluntad de no acceder a informaciones que pudiesen serle relevantes».

En efecto, como se supo más tarde, los fiscales interpusieron la demanda contra los Messi después de que padre e hijo abonaran un «pago correctivo» por valor de 4,1 millones de euros en 2013 tras admitir haber presentado declaraciones incompletas en los ejercicios de 2006 a 2009. Según la ley española, las sentencias de menos de dos años por una primera ofensa normalmente quedan en suspenso, por lo que no se preveía que el astro del Barcelona ni su padre Jorge cumplieran condena en prisión. Ahora bien, el tribunal de Barcelona los multó con 1,7 y 1,3 millones adicionales respectivamente. Y fueron sometidos al humillante trago de desfilan ante la multitud a las puertas del juzgado.



Descubrir que el jugador mejor pagado del Barça estaba utilizando la disputada jurisdicción de Gibraltar para crear una estructura corporativa «fiscalmente eficiente» fue como ondear un trapo rojo delante de un toro. Y para colmo de males, la jueza que investigaba el caso era madridista.

En los días siguientes al veredicto de culpabilidad contra Messi en el tribunal catalán, el F. C. Barcelona se solidarizó con el futbolista, insistiendo en que de ningún modo era responsable criminalmente.

A algunos directivos del club les preocupaba que la sentencia desmoralizara tanto a Messi que quisiera abandonar el Barça y España, medida que ya había contemplado en 2013 cuando las autoridades fiscales le acusaron por primera vez.

Ahora bien, muchos mostraron su desacuerdo con la campaña que se lanzó en los medios sociales después del veredicto en 2016 (con la bendición del presidente del club, Josep Maria Bartomeu, y el apoyo entusiasta de miles de aficionados azulgranas). En ella, el club urgió a sus seguidores a demostrar su apoyo incondicional al jugador metiéndose en las redes sociales y utilizando el hashtag #WeAreAllLeoMessi, además de pedirles que se hicieran fotos con «las manos abiertas» en gesto de solidaridad.

La campaña resultó tremendamente controvertida, dañando la imagen que proyectaba el Barça como una entidad orgullosa de sus valores éticos y cívicos. Los críticos la consideraban inadecuada y de mal gusto, por sus parecidos con la campaña de protesta por el asesinato de periodistas franceses de la revista *Charlie Hebdo* a manos de terroristas yihadistas. También daba la sensación de que el negocio del fútbol estaba gobernado por la mentalidad del «todo vale» y que

sus estrellas no tenían que responder por sus actos como sí lo hacía la inmensa mayoría de la sociedad.

Inevitablemente, dadas las relaciones entre Cataluña y el gobierno español, el caso Messi se politizó. Algunos sectores de los medios catalanes y ciertos aficionados del Barça empezaron a decir que había una conspiración organizada para destruir deliberadamente la reputación del emblemático futbolista, señalando que otros deportistas de élite habían tenido problemas fiscales y estos se habían resuelto de manera administrativa, como los jugadores del Real Madrid Xabi Alonso e Iker Casillas, o incluso el tenista Rafa Nadal (aficionado blanco).

En cambio, a Messi le habían colocado bajo la lente pública y le habían condenado a la cárcel, aunque fuera una sentencia en suspenso, además de multarle con una cuantiosa suma después de haber pagado los impuestos defraudados. El abogado del Estado Mario Maza comparó al jugador con un «capo» de la mafia, empleando un lenguaje más ofensivo del que nunca se había utilizado en la justicia española en referencia a una estrella del fútbol.

La afición azulgrana atribuyó también una enorme importancia al hecho de que la jueza que instruía el caso fuera madridista, aunque la sentencia se hubiera dictado en un tribunal catalán.

Al final del verano, Messi volvió teñido de rubio platino, con una poblada barba pelirroja y una oscura intensidad en la mirada, al estilo Beckham. En su nuevo peinado había un toque absurdo, por no decir una vanidad poco propia de él. Y es que Messi no era Cristiano Ronaldo ni tenía necesidad de potenciar su talento natural posicionando su marca de celebrity.

Aunque al principio costaba tomarse en serio aquella imagen de matón, con el tiempo se hizo evidente que reflejaba un proceso de maduración además de un resurgimiento, como si Leo hubiera perdido la inocencia, pero no la confianza en sí mismo, que estaba ligada a su yo juvenil.

La experiencia en los tribunales había sido dura, pero Messi se obligó a superarlo. A pesar de que aún confiaba en su padre, también comprendió que debía luchar por sus propios intereses y por los de su joven familia, por la libertad de hacer lo que seguía siendo lo único que importaba en su vida profesional: jugar al fútbol.

El joven pibe se había convertido en una persona más dura y aguda, despojada de toda inocencia; un guerrero, además de un mago, resuelto a demostrar que seguía siendo el mejor, aunque tuviera un rival que se negaba a rendirse.

Messi había acortado sus vacaciones de verano para prepararse con vistas a la nueva temporada. Pronto empezó a mostrar nuevos niveles de resiliencia, levantándose tras el peor revés de su vida y demostrando una pasión renovada por su deporte. Aquel mes de agosto, Jordi Quixano escribía en *El País* que la salud del F. C. Barcelona, además de la excelencia de su fútbol, dependía de la sonrisa de Leo Messi.

No fui el único que se sintió alborozado al ver a Messi en un amistoso de pretemporada contra el Leicester City. El público que llenaba el estadio, apropiadamente llamado Friends Arena, y los telespectadores de todo el mundo, gozaron con su capacidad de dar toda la relevancia posible a una pequeña ocasión. En efecto, era un tónico necesario después de un verano aguado por una Eurocopa anodina y la oscura amenaza del terrorismo. El tónico Messi surgió en

forma de pura creatividad y visión de juego, con pases precisos que contribuyeron a los tres goles del Barça.

Puede que fuera uno de los jugadores más pequeños sobre el terreno de juego; puede que no tuviera ya la velocidad necesaria para rebasar constantemente a sus adversarios. Pero este «pequeño gran hombre», tal y como le describía Alfredo Relaño, «ve el juego con periscopio y pone el balón con precisión maquinal». El estadio coreó su nombre y le ovacionó al ser sustituido en el minuto sesenta y dos. Acabado el partido, Gary Lineker comentó: «Gracias por el placer, Leo».

Cuando arrancó la temporada, tras un verano en el que Cristiano había alcanzado su sueño consiguiendo otra Champions y la gloria internacional, con la vida privada de Messi removida por un nadir personal, estos dos jugadores parecían más unidos que nunca, con el péndulo oscilando de un lado al otro.

## Leyendas: Messi y Cristiano

La temporada 2016-17 arrancó con la impresión de que tanto Cristiano como Messi parecían regresar al territorio de los mortales. En las primeras diez jornadas de Liga disputadas en agosto, septiembre y octubre, Messi marcó siete goles; Ronaldo, cinco. Sus equipos perdieron ocho y seis puntos, respectivamente. Ambos jugadores se lesionaron y llegaron al otoño fuera de forma; cuando regresaron, siguieron marcando, pero fueron otros (Bale y Benzema en el Real Madrid; Suárez y Neymar en el Barça) quienes anotaron los tantos realmente importantes. Y a pesar de que Messi marcó varios *hat-trick* en la fase de grupos de la Champions, Ronaldo parecía algo apagado.

Llegaron al primer Clásico en diciembre con el Barcelona seis puntos por detrás del Real Madrid, invicto tras treinta y dos partidos. El partido fue deslavazado, con ambos equipos tan concentrados en recortar el tiempo y el espacio a los jugadores más creativos del adversario que no había margen para que nadie funcionara. El Barcelona se adelantó gracias a un tanto de cabeza de Suárez en el minuto cincuenta y tres, pero Ramos igualó en el tramo final del partido. Parecía un Clásico adecuado para el momento que

atravesaban Ronaldo y Messi. Valoradas con el rasero que se aplica a cualquier jugador del planeta, sus temporadas estaban siendo respetables, incluso buenas. Pero para ellos no era suficiente.

En el último partido antes de Navidad, contra el Espanyol, Messi cobró vida con uno de sus regates clásicos, zigzagueando entre una defensa muy poblada, cambiando de dirección con su característica suavidad mientras los adversarios se desplomaban a su paso. A la hora de definir, no pudo sacar más que un débil punterazo y Suárez tuvo que rematar el rechace. Más adelante, volvió a batir a otros cuatro jugadores blanquiazules y asistió a Alba para que marcara.

Cristiano estuvo fuera en diciembre, marcando un *hat-trick* para dar otro Mundial de Clubes al Real Madrid. Sin embargo, por absurdo que suene, su actuación no ofreció mucho más. Ya no protagonizaba aquellas galopadas demoledoras, sino que ejercía como punta inmóvil y extremadamente afilada en la delantera, con la misión de marcar... y poco más. Las estadísticas de gol eran tan imponentes como siempre, pero aquellos aficionados que disfrutaban viendo a Ronaldo en pleno vuelo se encontraron ante un breve y necesario duelo. Daba la impresión de que dos jugadores que antes eran capaces de hacerlo todo, a estas alturas de su carrera se veían obligados a hacer una cosa u otra.

Aunque no pudo recogerlo en persona, en diciembre Cristiano Ronaldo recibió su cuarto Balón de Oro, quedando a uno solo de Messi.

Ambos arrancaron el año 2017 en mejor estado de forma, pero sus equipos no rendían de manera consistente: se dejaron diez puntos en los primeros cuatro meses del año, si bien Messi lo maquilló con

diecisiete goles en diecisiete partidos de Liga, frente a los nueve de Ronaldo en dieciséis encuentros.

El Real Madrid conseguía resultados con una eficacia que las crónicas describían con términos como «arañar» o «triturar», a pesar de que algunos se quejaban de que no estaban jugando tan bien. En abril, justo antes del Clásico, se produjo un absurdo espectáculo cuando algunos aficionados madridistas pitaron a Cristiano en un partido contra el Bayern después de marcar un *hat-trick* en la vuelta de una eliminatoria que los blancos ganaron por 6-3, con cinco tantos del portugués.

En medio de todo ello, Messi desempeñó un papel clave en una de las remontadas más dramáticas en la historia del fútbol: la épica vuelta de Champions League contra el Paris Saint-Germain. La ida en febrero se había saldado con un 4-0 a favor de los franceses, tras una actuación tan decepcionante del Barça que desató el pánico en el club. Iniesta parecía envejecido y fuera de forma; Busquets, superado. Ni siquiera la MSN lograba hacerse con el balón; las pocas veces que lo tenía, no parecían saber qué hacer con él. El resultado hizo que la gente comprendiera que los goles de Messi estaban disfrazando las fisuras en un equipo que funcionaba por debajo del nivel de antes. Tal y como lo describió el diario *As*: «No es que el Barcelona esté fuera de Europa; es que el Barcelona está fuera del Barcelona».

En la Liga, siguió ganando, aunque con dificultades, frente al Leganés: gracias a la perseverancia y a un gol de penalti de Messi, que no celebró el tanto. En el siguiente partido, con un gol poco propio del argentino, el Barça derrotó al Atlético de Madrid y se puso líder. Leo marcó otro tanto en la victoria por 6-1 ante el Sporting de Gijón, después de que Luis Enrique anunció que abandonaría el F. C.

Barcelona al término de la temporada. Apenas hubo lágrimas por el técnico, que había ganado ocho de los diez torneos disputados: el triplete en su primera campaña y un doblete en la segunda; además el equipo iba en cabeza de la Liga y estaba clasificado para la final de la Copa del Rey (a pesar de estar atravesando una crisis). Después de sacar al Barcelona del bajón donde lo encontró, había quienes le criticaban por haber vendido el alma del equipo ignorando el centro del campo canterano y centrándose en los fichajes caros de la delantera.

El partido de vuelta frente al PSG a principios de marzo fue de esas ocasiones en las que la Virgen de Montserrat, san Jordi, la abuela de Messi y el espíritu del orgullo catalán pasado, presente y futuro se unen en el Camp Nou para apoyar al Barça en una misión casi imposible. En este caso, se trataba de remontar un 4-0.

Al final, Neymar fue el jugador realmente decisivo del partido. En el minuto cuarenta y tres de la segunda parte, el Barcelona iba ganando 3-1, pero aún necesitaba tres goles más. Los marcó en siete minutos y diecisiete segundos; Neymar participó en los tres.

Primero transformó un asombroso lanzamiento de falta, pasando el balón por encima de la barrera y colocándolo en la escuadra izquierda desde casi treinta metros. En cuanto vio que entraba, el brasileño se fue a por el balón, lo agarró contra su pecho y corrió de vuelta al centro del campo, como queriendo asegurarse de que seguiría con él durante el resto del partido.

Y hasta cierto punto así fue (igual que lo había hecho hasta entonces), pues, aunque la remontada del Barça fue un esfuerzo colectivo, la incansable constancia de Neymar con y sin la pelota fue el elemento más peligroso para la defensa del PSG. En el primer minuto



del tiempo añadido, Neymar empató el global de la eliminatoria al transformar un penalti: eso insufló tanto a los jugadores como a la afición un último destello de esperanza de que lo imposible podía ser, aunque el PSG siguiera por delante por haber marcado fuera de casa.

Finalmente, se impuso la fe, tal y como dijo Luis Enrique después del encuentro. Sergi Roberto marcó el gol de la victoria en el quinto minuto del descuento, rematando un centro por alto de Neymar.

Aquel partido redimió temporalmente a Luis Enrique como táctico, pues dio instrucciones al equipo entero de ejercer una presión implacable durante toda la primera parte y gran parte de la segunda: así logró encerrar al PSG.

Aparte de alguna jugada aislada con pases en el centro del campo y de un taconazo sencillamente sublime de Iniesta que contribuyó al gol en propia puerta del PSG, el Barça (en su incansable persecución del balón y su determinación de remontar) jugó más como un Real Madrid tradicional o un Manchester United en la época dorada de Ferguson que como un Barça de la marca Cruyff-Guardiola. Hasta el mismo Mourinho habría dado su aprobación, pues la táctica era un medio para conseguir un fin, no un fin en sí mismo. El Barcelona jugó para ganar desde el pitido inicial: fue un partido trepidante pero no bonito. Cuando acabó, uno se quedó con la sensación, como dijo Piqué, de haber hecho el amor. Sobre todo si eras aficionado del Barça.

La cara de Messi demostró lo mucho que había madurado, especialmente en su expresión de liderazgo antes de transformar su lanzamiento de penalti. Con su poblada barba pelirroja y una mirada de maniaco, más que un pibe argentino parecía un robusto señor de la guerra a punto de llevar a cabo la última decapitación en un campo de

batalla sangriento. Nada de elegancia, disfrute o picardía; solo una concentración fría y silenciosa. Messi era pura resolución.

Al final del partido, Leo volvió a regalar una imagen más para la memoria cuando se subió a las vallas publicitarias en el fondo norte del Camp Nou y levantó los brazos en un gesto triunfal, mientras los aficionados se apiñaban a sus pies. A los dos días, setenta millones de personas habían visto la foto en Internet. El autor de la imagen, Santiago Garcés, dijo que era la instantánea más vista de la historia del Barça.

Sin embargo, la foto se tomó una noche en la que Neymar creía haber hecho el mejor partido de su carrera. Quizás ahí comprendió que nunca sería protagonista mientras Messi siguiera jugando.

Con la heroica remontada ante el PSG todavía en la retina, la derrota del F. C. Barcelona a manos de la Juventus el 19 de abril de 2017 fue un anticlímax durísimo. El Barça recibió un duro correctivo a manos del equipo italiano, con un Messi incapaz de hacer nada al respecto.

Con su barba oxidada y la cara ensangrentada tras una dura falta de Miralem Pjanić, Messi podía haberse transformado una vez más en el rey guerrero, conteniendo al enemigo desafiante, pero no tuvo ni el apoyo ni la inspiración necesarias para darle la vuelta al partido. Hacía tiempo que el Barça ya no era el Camelot que fue en la era Guardiola.

A excepción de breves destellos de Neymar, como cuando salvó elegantemente cuatro entradas antes de toparse con Chiellini, aquel Barça era fácil de detener, incapaz de marcar. Le faltaba creatividad en general y carecía de un plan B: el hecho de que Mascherano y Alcácer salieran al campo y no tuvieran repercusión alguna sobre el partido confirmó la debilidad del banquillo azulgrana. La era de Luis Enrique había acabado. La victoria en la Copa del Rey contra el Alavés, un club

de menor envergadura, fue poco consuelo ante la cruda realidad de ver al Real Madrid levantar la Liga y la Champions.

El día antes de que el Barça cayera eliminado a manos de la Juventus, el Real Madrid se batió a corazón abierto para derrotar al Bayern de Múnich. Los cambios que hizo el entrenador mejoraron al equipo y Cristiano firmó un *hat-trick*.

El tanteo del portugués en el último tramo del más importante torneo de clubes del fútbol mundial pulverizó récords, incluido el de Messi. Después de la victoria ante el campeón alemán, Cristiano marcó otro *hat-trick* ante el Atlético de Madrid en semifinales, empatando con Messi a siete *hat-tricks* en la Liga de Campeones.

Si Messi no fue capaz de levantar a su equipo en los cuartos de final de la Champions, fue porque el argentino, consentido por Luis Enrique, se había negado obstinadamente a descansar en toda la temporada, mientras que Ronaldo se lo había tomado con más calma, gracias a la sabia y táctica gestión de Zinedine Zidane.

El Clásico que se disputó en esas semanas fue el que se cuenta al comienzo de este libro, un respiro para Messi en una temporada de triunfos para Ronaldo y el Real Madrid.

Cristiano Ronaldo acabó levantando la Champions en el Principality Stadium de Cardiff tras anotar el gol número seiscientos de su carrera. De hecho, marcó dos tantos en una noche exultante en la que superó a Messi como máximo anotador de la competición por quinto año consecutivo. Sin embargo, también formó parte de la hazaña colectiva del Real Madrid, al ganar el trofeo más anhelado tres veces en cuatro temporadas, lo cual consolidó su estatus como club más exitoso de la historia del fútbol. Nadie ponía en duda que el portugués iba camino de conseguir su quinto Balón de Oro.

Al ahorrar energías para las últimas semanas de la temporada, Cristiano demostró inteligencia y sintonía con el consejo de Zidane, una persona a la que admiraba enormemente desde el punto de vista profesional. En él veía a un jugador de orígenes humildes cuya carrera había progresado hacia el estrellato de forma parecida a la suya, tanto en el fútbol de clubs como el de selecciones, desafiando los prejuicios y desempeñando un papel clave en la época dorada de la selección francesa, antes de convertirse en uno de los galácticos más admirados del Real Madrid.

Cristiano había sido capaz también de alinear los intereses del equipo con su deseo de gloria individual. El entusiasmo de la prensa de Madrid por él nunca había alcanzado esos niveles. Uno de los más eufóricos fue Tomás Roncero, columnista del *As*: «Muchos prefieren el estilo “gambeteador” y de malabarista de Messi. Eso lo respeto. Lo que no soporto es que se diga desde el púlpito que es una aberración compararlos porque Messi está en un nivel superior. Basta repasar los números de ambos en Champions. Desde octavos hasta la final, Cristiano promedia casi un gol por partido. Messi, por su parte, no llega ni al 0,50... Cristiano es el ejemplo perfecto del hombre que se ha construido su biografía, sin ayuda de nadie. Competidor infatigable, ha aprendido a callar y a hablar en el campo. Desde hace dos años profetizan su “declive”. Absurdo. Este ha sido su mejor curso como profesional, aparte de haber superado los cuatrocientos goles oficiales con el Real Madrid. Que venga otro y lo mejore. Tranquilos, nadie lo hará...».

## Conclusión

A pesar de seguir cumpliendo años, Cristiano y Messi se han mantenido ahí arriba, en el panteón de los dioses del fútbol, cada uno a su manera, midiendo su capacidad de esculpirse un nuevo rol dentro de sus respectivos equipos, y rindiendo de una manera que alimenta el respeto y la admiración de una sucesión de entrenadores, compañeros y aficionados. Según escribo, la temporada 2017-18 se acerca a su ecuador; cuando este libro se publique, acabará de terminar. El Barcelona, a las órdenes de un nuevo entrenador, Ernesto Valverde, está en una racha de récord en la Liga, ya sin Neymar, que se marchó al PSG, pero con Messi, que sigue marcando y haciendo que lo mágico parezca rutinario. El Real Madrid de Ronaldo está acusando mucho el bajón tras la campaña de récords 2016-17. En este momento, va cuarto en Liga, pero Cristiano lleva veintisiete goles en veinte partidos. Messi lleva veintisiete en treinta y cuatro encuentros. Después de prometer que no me basaría en estadísticas, me he visto rápidamente abrumado por el mero número de goles de ambos. Aunque solo sea por dar al lector una forma de valorar sus logros comparándolos con sus propios puntos de referencia asombrosos, al final he tenido que ceder. Como si comparara un dinosaurio con un autobús de dos pisos, necesitaba una vara de medir.

En diciembre de 2017, Ronaldo igualó a Messi al conseguir su quinto Balón de Oro. Dos semanas después, el Barcelona se imponía

0-3 al Real Madrid en el segundo Clásico de la temporada, con el gol número cincuenta de Messi en el año 2017. El péndulo vuelve a oscilar. Para cuando lean esto, es probable que lo haya hecho otra vez. Lo que sabemos con certeza es que, tras reconsiderar su decisión de retirarse de la selección, Messi ha resucitado a Argentina cuando estaba a punto de quedar fuera del Mundial de 2018, mientras que Ronaldo ha hecho lo propio sacando adelante a Portugal. A sus treinta y tres años, Cristiano se enfrenta a su último Mundial; Messi cumplirá treinta y uno justo antes del primer partido de Argentina en la fase de grupos. ¿Qué probabilidades hay de que se acaben enfrentando? Aunque no lo hagan, la pregunta de quién es el mejor seguirá repitiéndose una y otra vez.

Si algo demuestra esta retrospectiva de sus carreras, es que el mundo parece necesitar que sean opuestos: el tímido introvertido que arrastra los pies frente al intrépido egoísta; el adonis bronceado frente al pálido *hobbit*. Pero retratar a Cristiano Ronaldo meramente como un Robocop egocéntrico, atlético y escultural en contraste con un genial Messi desaliñado y naturalmente dotado se ha convertido, con los años, en una simplificación exagerada de dos vidas que han tenido casi tantas coincidencias y similitudes como diferencias.

Ambos experimentaron ritos de iniciación difíciles, exiliados de sus raíces infantiles. Tuvieron suerte (puede que los demonios que acechaban a sus respectivas familias se vieran distraídos) y ambos han permitido que otros negocien duramente para llegar a lucrativos acuerdos en su nombre. Han contado con la ayuda de técnicos inspirados y de la ciencia (dieta, ejercicio y, en el caso de Messi, un tratamiento hormonal de cuestionable justificación ética) para aprovechar al máximo su talento. Y cada uno a su manera ha ofrecido

a los aficionados al fútbol de todo el mundo un placer y un entretenimiento más duraderos de los que se han vivido nunca en la historia de este deporte. Ahora bien, también se han visto cuestionados y acosados por el recuerdo perenne de otras leyendas pasadas del fútbol.

Pero incluso esto simplifica demasiado las cosas. A pesar de que, desde un punto de vista objetivo, Cristiano tal vez tuvo una infancia más dura que Messi (nació en el seno de una familia más pobre y con un padre alcohólico) y ha tenido que demostrar su valía en varios clubes y culturas distintos, nunca ha tenido que luchar tanto como Messi para ser aceptado por sus compatriotas. «Messi siempre ha querido ser más argentino que los argentinos..., pero siempre le han considerado un argentino incompleto, uno que vive muy lejos», dice el periodista Santiago Segurola.

Están conectados por una década de constante oscilación que ha dejado a cualquier otro jugador de su generación a su sombra. Ahora, por primera vez, con Neymar en el PSG, y después de que la Bota de Oro europea no haya acabado en manos de Cristiano ni de Messi, da la sensación de que puede que estemos entrando en una nueva era, a medida que sus poderes van disminuyendo.

Y así, la pregunta obligada es la siguiente: ¿es alguno de los dos el mejor jugador de todos los tiempos?

Brian Glanville, decano del periodismo futbolístico, que empezó a escribir sobre los mundiales de la FIFA en Suecia 58, aporta algo de perspectiva histórica. Si le presionamos, dirá que Pelé y Alfredo di Stéfano están por encima del resto, pero en el fondo desprecia este tipo de clasificaciones históricas. «Las comparaciones son odiosas — dice Glanville—. La gente se olvida de Di Stéfano. Él fue quien inspiró

a aquel Real Madrid. Ronaldo es esencialmente un brillante jugador de ataque. Di Stéfano comandaba prácticamente todo el campo. Un minuto estaba despejando bajo palos en aquel increíble partido contra el Eintracht de Fráncfort, y al minuto siguiente estaba en el centro del campo poniendo un pase para que otro marcara. Aquello era fútbol total antes de que nadie lo jugara.»

Todos tenemos nuestros momentos favoritos en la historia del fútbol, pero para mí hay uno que destaca por encima de cualquier otro, porque aún más que ninguno hasta la fecha lo mejor y lo más bello de este deporte. Se trata del abrazo de Bobby Moore a Pelé después de que Brasil eliminara a Inglaterra del Mundial de 1970. En el gesto de Moore no había ni rastro de resentimiento ni de ira, ni tampoco arrogancia ni pavoneo alguno en Pelé: simplemente era una expresión incondicional de respeto entre uno de los mejores defensas consumados de la historia del fútbol inglés y el brasileño, que ya se había encumbrado como mejor jugador de todos los tiempos. Diego Armando Maradona y él son los únicos que han recibido el honor de ser nombrados por la FIFA como los mejores jugadores de la historia de este deporte.

Pelé empezó a pulverizar récords cuando era niño, debutando en el Santos con solo quince años, con la selección absoluta a los dieciséis y ganando el primero de sus tres Mundiales a los diecisiete. Era bueno por alto y también como jugador de equipo: solía dar buenas asistencias a sus compañeros. Su original técnica y sus condiciones físicas despertaban grandes elogios, mientras que su habilidad en el dribbling y la precisión de sus pases le convirtieron en un delantero todoterreno. Era hombre de estatura mediana, pero muy veloz, ágil, con una visión de juego tremenda, con un dominio soberbio del balón



y con la capacidad de golpear con fuerza y precisión con ambas piernas, así como con la cabeza. Sin embargo, Maradona y él jugaron en épocas distintas, y en contextos sumamente diferentes. Como decía recientemente un cartel de Reddit en un debate sobre quién era el mejor futbolista de siempre: «¡Él jugaba contra granjeros!».

En el panteón de los dioses, Maradona se encuentra apostado entre los prolíficos logros de Cristiano y Messi en la era moderna, y la época dorada de Pelé y Di Stéfano. Cuesta discutir que el Mundial 86 se hizo un hueco especial en la historia del fútbol gracias a él exclusivamente. Era un genio con un talento extraordinario, y además carismático, creando jugadas de gran destreza, como Pelé, en un momento del fútbol en el que los atacantes no estaban vigilados por las cámaras de televisión ni contaban con la protección de los árbitros, por lo que sufrían faltas constantemente. Sin embargo, en sus veintiún años de carrera profesional trastabillada, la cosecha de títulos de Maradona es mínima comparada con la de Cristiano y la de Messi. Inevitablemente, los elementos autodestructivos de su personalidad se añaden a la fascinación que suscita entre los aficionados al fútbol: Maradona tiene algo más romántico comparado con el carácter implacable y hecho a sí mismo de Cristiano, y siempre ha sido más desafiante y rebelde de lo que nunca lo será Messi. Maradona es un genio trágico y fracasado. Es un hombre muy humano, nacido en circunstancias increíblemente adversas, en el peor barrio de chabolas de Buenos Aires. Luchó contra viento y marea. Y se convirtió, en su época, en el mejor jugador del mundo con una enorme diferencia.

Maradona siempre se ha puesto del lado del auténtico aficionado, que sigue creyendo en la existencia de una lealtad tribal: «Quiero ser la voz de los que no tienen voz, la voz de mucha gente que se siente

representada por la mía porque siento que tengo un micrófono delante, mientras que ellos nunca tienen la chance de tener uno en su vida dejada de la mano de Dios».

Un elemento que a menudo entra en juego cuando planteamos la cuestión de quién es el mejor jugador del mundo es el tipo de persona que creemos que son: ¿qué representan? Y en este sentido, Cristiano y Messi se encuentran en un espacio moderno distorsionado por las fuerzas del *marketing* global. En su biografía, Guillem Balagué lamentaba que Jorge Mendes y otros que pueden estar cerca de Ronaldo tengan un papel claro: «mantener alejada la crítica, o controlarla, crear la narrativa y mantenerle en un pedestal». Como me explicaba una fuente de la compañía que hizo el documental sobre Cristiano, el equipo de rodaje se sorprendió por el misterio que rodeaba a una habitación de su casa. Desde el principio, la declararon zona prohibida (como cualquier pregunta sobre su vida privada); como si lo que contenía fuera algo que podía resultar demasiado polémico para el consumo público o dañino para su imagen comercializada masivamente. Aunque la anécdota sea apócrifa, me llamó la atención como una excelente metáfora para explicar la vida de los jugadores en el foco de los medios de comunicación modernos; a pesar de tener una cámara oculta siguiéndoles a todas horas, guardan una habitación cerrada con llave y vedada en casa.

Tal y como revela su seguimiento en las redes sociales, hay un tipo de aficionado distinto que se identifica con Cristiano, el atleta mejor pagado de 2016 según la revista *Forbes*. Da la impresión de ser una persona egocéntrica, pero atrae a gente de todas las culturas y géneros en un mundo digital, hasta el punto de que ha construido museos y encargado documentales en su honor. En cambio, el documental más

visto sobre Messi muestra a otras personas hablando de él en un restaurante. Porque es prácticamente imposible encontrar a alguien de su círculo íntimo dispuesto a hablar de su vida privada.

Quería entender mejor este lado de Cristiano Ronaldo, así que intenté hablar con el hombre que dice entenderle mejor que nadie. Cuando acudí a mi cita con el presidente del Real Madrid, Florentino Pérez, un guardia de seguridad me dejó entrar en la imponente sede acristalada de ACS, gigante de la construcción, y a continuación subí en un veloz ascensor acompañado por un mayordomo hasta el piso superior de la directiva.

Un silencio casi fúnebre nos envolvía. El mayordomo, formalmente ataviado con camisa almidonada y chaqueta negra, no dijo una sola palabra, ni tampoco vi rastro alguno de actividad humana. La quietud me resultó aún más acusada viniendo de las ruidosas calles principales de Madrid y comparada con la frenética atmósfera que acompañaba al señor Pérez en gran parte de su vida diaria, a caballo entre los negocios, la política y el deporte. Y, sin embargo, aquella sensación de aislamiento me pareció planeada, como si quisieran impresionar al visitante antes de su audiencia con el emperador.

Cuando salió a darme la bienvenida en la sala de juntas, Pérez vestía un traje azul hecho a medida, similar a los que llevan sus jugadores, y me pareció más menudo de lo que recordaba (la última vez que estuve con él fue cuando David Beckham estaba en el Real Madrid, mientras presidía el Bernabéu desde su palco como un emperador romano en el Coliseo, con su altura aumentada).

En esta ocasión se le veía sorprendentemente relajado, dada la ausencia de un portavoz oficial de prensa u otros ayudantes, aunque era evidente que sabía que estaba escribiendo un libro sobre Cristiano

y sobre el principal rival del portugués por la atención mundial, Leo Messi.

Sabía que detrás de la actitud afable y poco ostentosa que había ensayado para tratar con aficionados y jugadores normales, se ocultaba uno de los empresarios con más poder político de España, que encarnaba el alcance y la magnitud del fútbol moderno en su faceta más implacablemente ambiciosa. Tras años siguiendo de cerca como periodista el mundo corporativo y político español, también conocía el gran alcance de las redes de interés de ACS, con empresas asociadas y accionariados en la industria internacional de la construcción. Asimismo, sabía de su vinculación con otras grandes corporaciones y bancos en España, gracias a años de presencia en consejos como los de La Caixa, banco con sede en Barcelona, o Abertis, grupo catalán de gestión de autopistas, intereses que nunca se vieron afectados por el ácido de la política retórica en la rivalidad Real Madrid-Barça.

Asimismo, había visto a Pérez en su papel más público en el palco presidencial del Bernabéu, rodeado de asientos corporativos que representan un microcosmos de la España pudiente contemporánea, con su red de políticos y famosos, empresarios y financieros, negociadores e intermediarios, todos ellos reunidos como abejas alrededor de la miel.

Nuestro encuentro se produjo en primavera de 2017, cuando el Real Madrid atravesaba un buen momento, como líder de la Liga y acercándose a las últimas fases de la Champions League, con una plantilla robusta y cohesionada que contaba con talento de la cantera y extranjero, dirigida por un exgaláctico convertido en hábil estratega y entrenador, Zinedine Zidane. Hacía mucho que la era Beckham (sin

duda de bonanza comercial, pero bastante decepcionante en cuanto a títulos y rendimiento) había dado paso a la era de Cristiano Ronaldo, que fue cobrando proporciones épicas en la historia del Real Madrid, y en la rivalidad emblemática con Messi que tenía entusiasmados a millones de aficionados por todo el mundo.

Esta era, por tanto, sigue teniendo como punto de referencia al histórico «enemigo» del Real Madrid, el F. C. Barcelona, que pocos días antes había logrado una inolvidable victoria ante el Paris Saint-Germain, y en el que Leo Messi llevaba tiempo considerándose una leyenda.

Y, sin embargo, el Real Madrid seguía siendo la potencia indiscutible del fútbol mundial en lo relativo al *marketing* y la influencia en el mercado de fichajes. Mientras la temporada 2016-17 tocaba a su fin, el concurrido museo del Real Madrid alardeaba de sus once Copas de Europa, cuatro más que el AC Milan, y seis más que Barcelona, Bayern de Múnich y Liverpool. Dos de ellas se habían conseguido en los últimos tres años. Además, el club estaba a punto de ganar una más ante la Juventus en la final de Cardiff.

En este contexto, pedí a Florentino Pérez que me ayudara a comprender la importancia de Cristiano Ronaldo para el Real Madrid, el fútbol y el universo. Su respuesta fue inequívoca: «Cristiano es nuestro símbolo; es, a mi modo de ver, el jugador más importante de la historia del fútbol».

Le pregunté por qué.

El contexto era importante, según me dijo Pérez, que nació en Madrid, como yo, en la misma época que yo: me recordó que ambos pertenecíamos a una generación cuya infancia y adolescencia coincidió con la década de oro del Real Madrid en los años cincuenta y sesenta.

Fue un periodo en que la España de Franco atravesaba penurias por su aislamiento del resto de Europa.

Aquellos eran tiempos previos al turismo de masas, en los que gran parte de los extranjeros veían España, y a Madrid especialmente, como un lugar siniestro, atrasado y represivo. La selección española apenas despertaba respeto más allá de sus fronteras, pero el país exportaba inmigrantes, naranjas y al Real Madrid. El club blanco desplegaba un fútbol brillante por medio de una plantilla que desafiaba las barreras políticas y nacionales con los mejores jugadores españoles y extranjeros.

Todavía recuerdo la primera vez que vi el Bernabéu. Corría el invierno de 1958, más o menos, cuando aún estaba a las afueras de Madrid, lindando con el campo madrileño. Recuerdo un estadio inmenso, brillando en la oscuridad como una catedral iluminada. Todos los edificios vecinos de alrededor parecieran enanos. Me atrapó el calor y la emoción del público.

Mi madre, que era española, prefería los toros al fútbol, igual que mi padre, inglés, así que mi primer partido de fútbol lo fui a ver de la mano de un viejo amigo de mi abuelo materno. Según me dijo, Florentino fue de la mano de su padre.

«Yo iba con mi padre de pequeño al Bernabéu y entonces vi a un jugador excepcional que se llamaba Alfredo di Stéfano; para todos los madridistas, fue el que cambió la historia del Real Madrid, sobre todo, aunque también creo que cambió la historia del fútbol. Cuando miro a Cristiano Ronaldo, veo que tiene su misma mirada y su misma fe en cruzar esos mismos caminos imposibles que tenía Alfredo. Digamos que es un hombre obsesionado con el fútbol, que solo vive con y por el

fútbol, y que trabaja para ser el mejor jugador de la historia del fútbol.»

«Con respecto a su relación con el Madrid, la identificación de los valores del Real Madrid con CR es total: el esfuerzo, el espíritu de equipo, la humildad, el no rendirse jamás. Para mí, es un ejemplo dentro y fuera del terreno de juego... Nunca ha tenido un mal comportamiento con nadie, ni con nuestros jugadores ni con otros jugadores, ni con el club ni con terceros. Es un fenómeno que será analizado el día de mañana, y que yo resumiría diciendo que todos los niños del mundo quieren hacerse una foto con Cristiano Ronaldo.»

Compromiso, desde luego, pero espíritu de equipo y humildad son cualidades que no vienen con demasiada facilidad a la mente de los críticos de Ronaldo. A pesar de que es cierto que con Zidane se había integrado más en el equipo, en parte se debía al respeto que tenía por el entrenador como persona, al ser un gran jugador y un técnico inspirador; además, futbolista y entrenador comprendieron que el pasar de los años implicaban menos velocidad y agilidad, y más dificultades para disputar todos los partidos. Al término de esa temporada, saltó la noticia de que el vestuario blanco tenía presuntamente un grupo en WhatsApp del que Cristiano era el único excluido. A pesar de que varias fuentes salieron rápidamente a negar tales afirmaciones, era una de esas noticias que sonaban a ciertas. Como sabe cualquiera que haya visto el documental de Ronaldo, los rumores acerca del «otro» revelan que lo importante para él es la gloria individual. Por mucho que elogie a sus compañeros, les agradezca que sean el viento bajo sus alas, siempre da la sensación de que aquel cambio estratégico de un club a otro que hizo en su momento buscaba precisamente esto: encontrar el lugar donde poder

convertirse en el mejor jugador de siempre. En cambio, con Messi da la sensación de que se limita a hacer lo que más le gusta: jugar como pieza central de un gran equipo de fútbol.

Uno de los comentaristas más cultos e incisivos de fútbol español, Jorge Valdano, también exjugador, entrenador y director deportivo del Real Madrid, también me habló de Cristiano Ronaldo cuando nos encontramos unos días antes para charlar de esta icónica rivalidad.

Al igual que Pérez, Valdano no cree en las respuestas breves. Contesta a toda pregunta con una tesis filosófica, en vez de con un discurso comercial: «El personaje es un digno representante de este tiempo. Es un milenial rico y famoso, individualista, con un sentido de la superación de la perfección que empieza en su propio cuerpo y termina en una profesionalidad que pocas veces he visto en mi vida... Al margen de esta definición, lleva suficientes años en el Real Madrid y ha hecho cosas suficientemente relevantes como para concederle un lugar de honor en la historia del club. Si tiramos de estadística, no hay ninguna duda, y si tiramos de carisma tampoco. Estamos hablando de un líder técnico más que social. Deslumbra más por lo que hace que por lo que dice, pero influye mucho en el ambiente porque lo que hace es ejemplar. Cuando la gran figura del equipo es el primero en llegar y el último en irse de un entrenamiento, se machaca en el gimnasio y siempre exige más, eso le convierte en un referente que les quita el derecho a la vagancia a todos los que vienen detrás [...] Cuando uno habla del referente histórico, por un lado se refiere a sus superpoderosas condiciones futbolísticas y a su profesionalismo. No hay ninguna duda de que las tiene, estamos ante un fenómeno. Estamos hablando de un mito de este tiempo y, sin embargo, es imposible verle después de las once en un lugar que no sea su propia



cama. Tiene un gimnasio en su casa. Hay un elemento narcisista que ha generado un círculo virtuoso que le hace mucho bien a su condición de futbolista. Se cuida mucho, aspira a la perfección. Uno no sabe muy bien si es para deslumbrarse enfrente de un espejo o si lo hace para deslumbrar a las masas, pero lo cierto es que consigue las dos cosas, por eso digo círculo virtuoso, porque al final acaba siendo igual de rentable que si en lugar de una narcisista uno hablase de un genio».

En cuanto a su conducta fuera del terreno de juego, por lo que se sabe, Cristiano Ronaldo no ha permitido que la fama se interponga en su rendimiento sobre el campo, como ha ocurrido con otras estrellas de este deporte, aunque esto tampoco evita que los medios de comunicación se inmiscuyan en aspectos de su vida privada que generan titulares.

El documental *Ronaldo*, estrenado en 2015, aporta más puntos de vista interesantes sobre el hombre que hay detrás del jugador, si bien lo hace a través de una lente suavizada y dejando más preguntas que respuestas. La cinta tiene dos estrellas indiscutibles: Ronaldo y su hijo, Cristiano Júnior. Su idealizada relación paterno-filial raya en lo hagiográfico, como la mayoría del resto del documental. Una escena íntima muestra al padre con un cohibido sentido de la responsabilidad, preparando el desayuno a su hijo en un espacio donde el alcohol claramente no tiene cabida. Por muy futurista que sea la lujosa residencia de Cristiano en las afueras de Madrid, muchos padres separados o solteros se verán reflejados en esa escena, compensando la ausencia del otro progenitor.

En otras tomas, Cristiano Júnior demuestra la misma pasión que su padre por el fútbol y los coches de lujo, y también su don natural

delante de las cámaras, especialmente cuando ambos acuden a la ceremonia del Balón de Oro.

«Siempre había soñado con tener un hijo. Quería ser padre joven, a los veinticinco. Estar ahí para acompañarle en su desarrollo, como padre.»

El contraste con la experiencia de Cristiano Ronaldo en su infancia no puede ser mayor. Él ofrece a su hijo la atención que nunca le dio su alcohólico padre.

Y, sin embargo, lo que podría haber sido su destino, de no haber tenido la fuerza de voluntad necesaria para abandonar el hoyo doméstico, queda ejemplificado en su hermano mayor, Hugo, exobrero de la construcción con un auténtico talento para el fútbol que, como su padre, en cierto momento llegó a vender las camisetas de Ronaldo del Manchester United para alimentar sus adicciones.

A diferencia de su padre, Hugo logró salir adelante gracias a la rehabilitación, y posteriormente su hermano le dio un trabajo en la dirección del Museu CR7 que la estrella tiene en la capital de Madeira, Funchal, perenne recordatorio para Ronaldo y su madre de que la redención es posible.

¿La madre de su primer hijo? «La gente especuló que podía ser esta chica o la otra, o una madre subrogada —dice Ronaldo—. Nunca se lo he contado a nadie, ni lo haré.» No habla de qué le explicará a Cristiano Júnior sobre a quién o a qué circunstancias debe su existencia cuando crezca.

Para muchos de los que vieron el documental, la cinta sugería algo extraño sobre Cristiano como padre, un egoísmo que se extendía al acto de la paternidad, al eliminar a la madre de cualquier papel central en el desarrollo de sus hijos. Ronaldo recreándose a sí mismo en

Cristiano Júnior: en su imagen, en su arrogante presencia, en su ejercicio y en su pasión por el fútbol, incluso cuando aprende, al visitar el garaje de su padre, cómo pronunciar la palabra «Lamborghini». Sin embargo, me interesaba mucho más la posibilidad de que su compleja actitud ante la paternidad derivase de la relación con su padre. Si su vida tenía cierto aire aséptico de laboratorio, era comprensible que quisiera evitar el desorden de su infancia.

Cristiano Ronaldo ha sido fotografiado en compañía de varias modelos a lo largo de los años, principalmente breves encuentros en instantáneas tomadas durante ceremonias de premios. Una de sus compañeras más duraderas y que más publicidad generó fue la modelo rusa Irina Shayk. Empezó a salir fotografiada junto al jugador poco después de conocerse en el rodaje de un anuncio de Armani, en 2010, tras su fichaje por el Real Madrid. Ella y Ronaldo siguieron siendo vistos periódicamente hasta su muy publicitada ruptura cinco años después, después de que se dijera que Irina había descubierto que se veía con otras mujeres.

Después de Shayk tuvo una relación, también ampliamente difundida, con Georgina Rodríguez, una exempleada de Gucci que conoció en una fiesta de Dolce y Gabbana, según afirmaba la prensa rosa. La joven modelo española fue fotografiada por primera vez con Cristiano Ronaldo en otoño en Disneyland París. A pesar de que llevaba un disfraz, Ronaldo fue reconocido mientras «se acurrucaba con su nuevo interés amoroso», en palabras del diario *The Sun*.

Pero ninguna de ellas aparece en el documental.

Dolores, la madre de Ronaldo, sí tiene un papel en la cinta, al igual que Jorge Mendes. A través de ella surge la imagen de la familia fracturada de la que salió Cristiano, al recordar el alcoholismo de su

marido o cómo estuvo a punto de abortar de Cristiano. «Todo lo que tengo se lo debo a ese hijo», reconoce, aunque su fama ha traído nuevas dificultades además de beneficios. La vemos comprando ansiolíticos en la farmacia, y su hijo aparece llamándola para asegurarse de que se los ha tomado. «Es bastante complicado ser la madre de un futbolista que necesita ganar» —nos explica Dolores—. Sufro mucho.»

El dinero, por supuesto, no puede comprar la felicidad. Ahora bien, sí puede comprar la adulación, tal como demuestra el documental. Hay una escena ocurrida antes de un partido del Mundial de Brasil en la que una adolescente histérica atraviesa el campo de entrenamiento y va directa hacia Ronaldo. Él la abraza atentamente, después de que un guardia de seguridad la hubiera reducido.

«¡Sabe que existo!», grita la chica. Entonces, cuando un reportero le pregunta unos instantes después qué le ha dicho el futbolista, ella contesta: «Que me tranquilizara y que dejara de llorar».

«¿Y tú, qué le dijiste?»

«Le pedí que me siguiera en Twitter.»

Cristiano se muestra especialmente cómodo en compañía de un grupo reducido de amigos, entre los que se incluye Mendes, mientras que sus compañeros portugueses no parecen demasiado cómodos ni contentos cuando empieza a alardear de su talento cantando con un karaoke improvisado delante de la cámara, a bordo de un avión del equipo. «En el fútbol no tengo muchos amigos. ¿Gente en la que de veras confío? No mucha. La mayoría del tiempo estoy solo. Me considero una persona aislada», dice Ronaldo. Sin embargo, su popularidad se mide de manera remota y a distancia digital, por medio

de las redes sociales, y su privacidad solo sirve para subrayar que él más que nadie está en el centro de su universo.

En cuanto a Messi, no sería riguroso decir que el argentino se muestra indiferente hacia las redes sociales, aunque tenga menos seguidores en Twitter, Facebook e Instagram. Él también es consciente de su potencial para generar dinero. Es evidente que no tiene un don ante las cámaras, y sigue mostrándose tan incómodo e intranquilo ante los micrófonos como mandando mensajes a gente a la que no conoce. Pero entre las fotos de prensa y las promociones que figuran en su Instagram, hay imágenes íntimas en las que aparece leyendo cuentos a sus hijos. Esto contrasta con Ronaldo, que raramente comparte fotografías familiares privadas y prefiere publicar imágenes de sus hijos tomadas por profesionales. Sea esto un indicio más de su famosa egolatría, sea un deseo de proteger a sus hijos de los flashes intrusivos, es otra interesante ambigüedad que subyace en la personalidad de Ronaldo.

La imagen pública de Messi como un tipo normal y corriente enmascara la autoridad que ha ido adquiriendo. Con el paso de los años, el chico tímido y modesto que era simplemente un integrante más del equipo se ha convertido en el componente más influyente del proyecto futbolístico y comercial del F. C. Barcelona y de la selección argentina. Ha impuesto su personalidad no solo en la manera de jugar, sino a través de su periódica irritabilidad. Además, ha mostrado una conciencia pública cada vez más evidente de su propio «relato de marca». Con sus tatuajes, ha experimentado con una serie de temas, desde Jesucristo a la paternidad, pasando por el icónico número 10 y la «pierna ennegrecida», que suplantó a todo lo que había antes. Este tatuaje evoca supuestamente las raíces guerreras de los maoríes que

tanto ha inspirado a los All Blacks de Nueva Zelanda. El concepto lo desarrolló un tatuador argentino llamado Robert López, a quien Messi paga un vuelo a Barcelona cada vez que requiere sus servicios.

En el verano de 2017, Messi contrajo matrimonio en Rosario con su novia de la infancia y madre de sus dos hijos, Antonella. Comparada con algunas bodas de famosos a lo largo de los años, incluida la célebre boda de Maradona en Buenos Aires a comienzos de los años noventa, la de los Messi fue relativamente modesta, si bien tuvo su toque de embeleso. Se celebró en un moderno hotel-casino con una lista de invitados de doscientas cincuenta personas (Maradona tuvo mil quinientos): familiares y amigos, algunos de ellos del mundo del fútbol.

Nacida en el seno de una familia de clase media el mismo año que Messi, Antonella se había convertido en una mujer inteligente, guapa y segura de sí misma. Estudió Odontología antes de pasarse a Comunicación Social en una universidad argentina. Posteriormente se trasladó a Barcelona para estar con Leo. Su relación floreció en 2007, después de que Messi viajara a Rosario a consolarla por la muerte de un amigo común en un accidente de tráfico.

En cierto momento corrieron rumores en su barrio de Rosario de que se estaba creando cierta tensión en la relación entre Antonella y Celia, por las aparentes diferencias en sus orígenes y una rivalidad femenina estereotipada.

Sin embargo, Antonella se hizo con facilidad al mundo de Messi en Barcelona, manteniendo inicialmente su relación fuera de los focos de la prensa, y esperando a hacerlo público hasta que se comprometieran a un futuro a largo plazo juntos. Para entonces, la pareja ya daba la impresión de estar unida por una compatibilidad de aparentes

opuestos: la timidez de Leo se disipaba con la presencia de ella, cuya inteligencia se deshacía con la pasión instintiva de él como jugador y su negativa a verse seducido por la adulación de los demás. Mientras Leo maduraba y adquiría renombre, Antonella desarrolló su propio negocio de calzado de moda y dio a luz a sus dos hijos: Thiago, nacido el 2 de noviembre de 2012; Mateo, el 11 de septiembre de 2015. (Cuando se estaba traduciendo este libro, nació el tercer hijo de la pareja: Ciro, el 10 de marzo de 2018.)

El día de su boda, Sergio Agüero encabezó una delegación de la selección argentina, pero Messi ofreció un recibimiento especialmente caluroso a las estrellas del Barça en reconocimiento a los logros alcanzados en su carrera. Entre ellos estaban algunos antiguos alumnos de La Masía con quienes creció y se convirtió en estrella, como Piqué y Cesc Fàbregas, cuya novia fue dama de honor. Messi prohibió tajantemente los teléfonos móviles y pidió a cada invitado que donara dinero a una de las organizaciones benéficas que había creado para ayudar a los niños de Rosario a desarrollar sus habilidades futbolísticas. Fue un bonito gesto de humanidad, con una motivación auténtica y no comercial.

A pesar del glamour y el asedio de la prensa, Leo y Antonella parecían una pareja modesta, sencillamente enamorada, con la imagen de Messi definida todavía por sus orejas de elfo y su sonrisa bobalicona. Seguía siendo el pequeño gran hombre que parecía recién llegado de jugar al fútbol tras una ducha rápida, aunque estaba radiante en compañía de la hermosa y comprensiva mujer de su vida.

Padres, hermanos y hermana, todos estuvieron presentes, incluido Matías, la oveja negra de la familia, que se comportó de forma discreta y pasó desapercibido entre el resto de los invitados, absorbido por un

compromiso social civilizado, como si sus devaneos con la actividad criminal en Rosario formaran parte del pasado. Tan solo unos meses antes, en septiembre de 2016, los medios de comunicación locales habían informado de que un juzgado había desestimado un caso presentado contra Matías por posesión ilegal de una pistola del calibre 22. En su lugar, le ordenaron dar clases de fútbol cuatro horas por semana durante un año en un club del barrio, los Leones de Rosario. También tuvo que pagar una multa de ocho mil pesos (325 euros) y le dieron instrucciones de «abstenerse de consumir drogas y/o alcohol».

Mientras Messi se preparaba para la boda, como si se tratara de un proceso de ósmosis, Cristiano Ronaldo anunció que acababa de ser padre de dos gemelos por medio de la maternidad subrogada (y celebraba la duodécima Liga de Campeones del Real Madrid con su hijo Cristiano Júnior y su novia Georgina Rodríguez, entre fuertes rumores, inicialmente rechazados por la madre de Ronaldo pero luego confirmados, de que la joven estaba embarazada).

Todas las generaciones de la familia de Cristiano parecieron fortalecerse con el aumento de su prole. Cuando los jugadores del Real Madrid celebraron su décima Copa de Europa a finales de la primavera de 2014, pocas personas comprendieron la importancia del gesto de Ronaldo en el Estadio de la Luz de Lisboa. Mientras sus compañeros bailaban y gritaban en el campo, Cristiano se acercó hasta donde estaba su hermano Hugo y le pidió que bajara al césped para darle su camiseta y abrazarle.

Ronaldo había hecho un pacto con Hugo hacía tiempo: le había prometido que si dejaba sus hábitos con el alcohol y las drogas, la estrella le dedicaría un título de Champions. Cristiano cumplió su promesa, después de marcar diecisiete goles en el camino del Real



Madrid hacia la victoria en Europa, en un estadio que, hasta ese día, le había traído más decepciones profesionales y personales que éxitos.

Este curioso vínculo entre Messi y Cristiano (las penurias de sus hermanos) sirve como recordatorio de lo distinta que podía haber sido la suerte de ambos si sus destinos no les hubieran sacado del ambiente en que nacieron. Hugo es el hijo con menos talento de un padre alcohólico que hizo poco más en su vida aparte de ser recluta. Para Ronaldo, los fracasos de su padre se convirtieron en una motivación; para Hugo, en un lastre. Matías decidió quedarse en Rosario y acabó tratando de ganarse la vida en la sociedad corrupta y violenta de la que Barcelona salvó a su hermano. En cierto sentido, alguien tenía que elegir la pajita más corta.

Aparentemente, el tema de la sexualidad de Cristiano Ronaldo sigue fascinando a ciertos aficionados. Aunque es un clásico entre los insultos que le llegan desde la grada, me sentí en la obligación de preguntar a las personas más allegadas a su marca. Estas fuentes, que están en situación de arrojar luz sobre el tema, hacen un dibujo bastante ambiguo al respecto. En el Real Madrid se ha vivido como un asunto conflictivo y que se ha examinado con cuidado en la cúpula. Un alto directivo me dijo que, según la información que tenían, Cristiano «se había acostado con mujeres, pero no con hombres». En cambio, un ejecutivo del mundo del *marketing* sin conexión con el club blanco, pero que ha tratado profesionalmente con el jugador, se mostró convencido de que es homosexual.

Ninguna de las dos fuentes sugirió que Ronaldo hubiera tenido una relación a largo plazo con nadie fuera de su círculo familiar más íntimo, donde Dolores ha ido asumiendo un papel cada vez más central como matriarca desde su paso por el Manchester United.

Dolores comparte una casa con él en Madrid y le ha ayudado a cuidar de su hijo. Se ha hecho un personaje público en la historia de Cristiano publicando sus propias memorias y adquiriendo mucho protagonismo en los eventos públicos celebrados en Portugal, a los que se invita a la familia de Cristiano además de al jugador.

«Dolores aparece en nuestros programas de famosos de máxima audiencia en televisión y lidera a su familia por la alfombra roja, porque es la cabeza de la tribu», me dijo Francisco Pinto Balsemão, ex primer ministro y magnate de la comunicación portuguesa. «¿Se merece Ronaldo un aeropuerto con su nombre en Madeira? Claro que sí. Portugal es un país pequeño, pero yo viajo por todo el mundo, y todos me preguntan por Cristiano.»

Durante mi encuentro con Florentino Pérez, el presidente evitó la pregunta cuando sugerí que la ambigüedad sobre la sexualidad de Cristiano Ronaldo podría ser beneficiosa en una estrategia de *marketing*, por las especulaciones que levanta entre la gente: «La gente escribe muchas cosas sobre él. Muchas no son verdad. Hay gente que le tiene envidia. Yo me remito a los hechos y a la prueba de que no hay nada que dé más fortaleza que las redes sociales. El mundo entero esta con él».

Debo decir que dar tal credibilidad a las redes sociales me pareció algo atrevido, sobre todo en un año en que los votantes estadounidenses y británicos fueron víctimas de «noticias falsas» a través de tales medios. Pero, bueno, de esto trata el mercado del fútbol. No va de verdades evangélicas.

«Puedes pensar que estoy siendo subjetivo en mi juicio, pero hay un hecho objetivo: Cristiano Ronaldo tiene doscientos sesenta y siete millones de seguidores en su tres perfiles de redes sociales. Es el

personaje más seguido en todo el mundo. Esto es algo objetivo. ¿Qué quiere decir esto? Este fenómeno no tiene precedente en la historia del mundo. Es la primera persona que superó los cien millones en Facebook», me explicó antes de entregarme varias hojas de información procedentes del Departamento Comercial del Real Madrid. Las cifras demostraban que Ronaldo estaba muy por delante de otras personalidades del mundo del deporte, como LeBron James, Stephen Curry, Tiger Woods, Rafa Nadal, Usain Bolt y Leo Messi. De hecho, todos ellos juntos tenían menos seguidores que Cristiano Ronaldo.

«No me digas que no es un fenómeno. Yo no soy el responsable de ordenarle al mundo que adore a Cristiano Ronaldo de este modo», insiste Florentino Pérez, apuntando triunfalmente a las estadísticas, insistiendo en que está por delante de Shakira, Beyoncé, Jennifer López, Lady Gaga... Todos... Incluso tiene más seguidores que Barack Obama.

Entonces, ¿es un icono para los milenials que trasciende las barreras sociales? «Seguro. Hoy en día, hay un termómetro: las redes sociales. Cristiano Ronaldo ha traspasado todas las fronteras del mundo.»

¿En serio?

«Así es —dice Florentino—. Deja que te ponga un ejemplo. Se trata de un niño de Siria que vive en una situación terrible. Le traemos aquí a que vea a Cristiano Ronaldo, y sin que nadie le diga nada se pone a llorar. Cuando viene un niño de una familia acomodada de Estados Unidos, le pasa lo mismo. Cristiano Ronaldo se ha convertido en el elemento más socializador del mundo. Ni en el mundo de la ciencia, ni en el de la cultura ni en el de la política he visto cosa igual.»

«¿Y qué hay del papa Francisco?», insisto yo. Como reciente biógrafo del sumo pontífice, me interesaba la cuestión.

«Eh... ¡Oh, Cristiano tiene muchísimos más *followers* en las redes sociales», me responde, aunque ya sin convicción. Resulta que el papa Francisco no figura entre los datos que tiene a mano y tendrá que pedirlos a su oficina de *marketing*. A través de un teléfono interno, llama a la oficina y pide que le busquen los datos sobre el papa.

Cuando por fin nos llega la información, sugiere que el papa Francisco va por detrás de Cristiano en seguidores registrados en redes sociales, pero yo me quedo con la duda, aunque Florentino le resta importancia: «Para objetivizar. Es un gran futbolista... Goles, títulos, que tampoco tienen precedente... En estos momentos [marzo 2017] en el Real Madrid ha marcado 391 goles en 382 partidos. En las ocho temporadas que lleva, es el máximo goleador de la historia del Madrid; diecinueve trofeos en trece años entre el Manchester United y el Real Madrid; máximo goleador en la historia de la Copa de Europa; máximo goleador en la historia del Champions y cuatro Balones de Oro».

Y los elogios no decaen: «Lleva con nosotros ocho años. Le quiere todo el mundo. Para mí, es entre un hijo y un amigo. Nunca he tenido ningún problema con él; además, tiene una gran trascendencia humana en el tema de la solidaridad. Cualquier tema que le pidas, cualquier enfermedad, cualquier acto que tenga que hacer, lo hace con la generosidad de quien disfruta, no de alguien que se ve obligado, y esto se comunica a todo el mundo...».

Decenas de personas que he entrevistado confirmaron que Cristiano Ronaldo apoya a muchas causas benéficas, tanto individuales como de organizaciones, aunque la mayoría no se publicita a petición del

propio jugador. Oficialmente, el anonimato se debe a que no quiere que parezca que se explota su filantropía para mejorar su imagen y su marca. Es posible que también haya un elemento de supervivencia: no quiere que le vean como un producto rentable y fácil, ni convertirse en objetivo de un sinnúmero de peticiones, que no siempre responden a una necesidad real.

Una de las causas en las que se ha involucrado públicamente es la de Nuzahet, un niño enfermo de cáncer en Las Palmas de Gran Canaria. El caso salió a la palestra en junio de 2012 a través de Manu Sainz, periodista del diario *As* y viejo amigo de Jorge Mendes.

Tal y como recordaba Sainz: «La madrina de la asociación de la campaña contra el cáncer en Las Palmas era amiga mía. Me llama un día y me dice: “Manu, tengo el caso de un niño a quien le han dado tres meses de vida. Sus padres le quieren llevar a ver un partido del Madrid. Tienen billetes de avión pero no entradas. Yo he hablado con algunos de los jugadores que me prometieron entradas y no me las han dado. Estoy desesperada. ¿Tú me puedes conseguir dos para el padre y el niño?”. Así que hablo con Mendes y con Cristiano y me dicen que les lleve al niño a un hotel, y se encuentran con él. Cristiano le regala una camiseta, le da las entradas... y le promete que le irá a ver después del partido. Acaba el partido y Mendes me dice: “Esto no pueda quedar así... Ponte en contacto con los mejores médicos en Madrid...” Los médicos dicen que no podemos garantizar que viva y el tratamiento cuesta setenta mil euros... Mendes y Cristiano se ocuparon de pagarlo. El niño vivió nueve meses.»

«¿Qué hay del valor comercial de Cristiano?», le pregunto a Florentino Pérez.

«Todo lo que toca lo convierte en oro... No es que haya superado a Beckham: es que los ha superado a todos. Es de una potencia tan importante que no será fácil superarle en el futuro. Desde el punto de vista de la rentabilidad, digamos (haciendo un tópico de eso de que lo barato es caro), es el más barato en la historia del mundo en términos de beneficios, de rentabilidad», contesta Florentino, que además de presidente blanco es un gran hombre de negocios.

En este punto es donde el abierto carácter comercial y las cualidades físicas de Ronaldo parecen fundirse. Si muchos aficionados ven algo más conmovedor y mágico en Messi, tal vez sea que su reducida estatura y su actitud vergonzosa fuera de los terrenos de juego provocan que las cosas que hace sobre el campo parezcan transformadoras, pero no es Maradona ni pretende poner el mundo patas arriba. Messi se esconde de los micrófonos.

Puede que tenga que ver simplemente con los evidentes atributos físicos de Cristiano, que le separan prácticamente del resto del planeta. Su habilidad como futbolista parece ser una ecuación más sencilla, construida sobre células y tendones. Cada vez que se quita la camiseta, dejando ver ese cuerpo, podemos notar la perfecta sincronía de la maquinaria física y comercial. En cambio, con Messi nos podemos permitir imaginar, aunque sea ingenuamente, que sus dones estriban en una especie de alma futbolística. Por eso fue tan duro el golpe del escándalo fiscal, porque sirvió de recordatorio de que no es un duendecillo puro del fútbol, ajeno a los asuntos terrenales, sino una estrella del deporte inmensamente rica y tan enredada en las complejas estructuras financieras globales como cualquier otro.

En verano de 2017, la Agencia Tributaria española anunció que estaba investigando a Cristiano Ronaldo por el presunto impago de

14,7 millones de euros en impuestos por derechos de imagen entre los años 2011 y 2014. Un comunicado emitido por su agente negó las acusaciones, mientras que el Real Madrid declaró tener plena confianza en el jugador y en el cumplimiento de sus obligaciones fiscales, un argumento distinto al que utilizó Messi, cuya defensa se basó en la ignorancia de cómo terceras partes gestionaban sus asuntos fiscales, ya que no estaba personalmente involucrado.

Algunos aficionados azulgranas y ciertos comentaristas catalanes optaron por celebrar la noticia, viéndolo como una venganza esperada por la persecución y la multa a Messi por una cantidad defraudada que era muy inferior. Cristiano se declaró inocente, con un comunicado en el que decía tener la conciencia tranquila. Messi también defendió su inocencia, pero los jueces no le creyeron.

Sea cual sea el veredicto final en el caso de Ronaldo (en el momento de imprimirse este libro aún no se sabe), ambos han revelado las complejas estructuras creadas por los asesores de los dos futbolistas para minimizar los impuestos pagados por las grandes cantidades de dinero que gana cada uno. Habrá que ver qué fragmentos de su mundo interno se hacen accesibles durante el procedimiento. No es difícil ver cierto simbolismo en el hecho de que la única manera de obtener un atisbo de la vida de una estrella absoluta del deporte moderno sea a través de sus asuntos financieros.

Por su parte, en 2017, Messi se vio envuelto en la crisis política más importante que ha afectado al F. C. Barcelona desde la muerte de Franco: la declaración unilateral de independencia en Cataluña, seguida de la intervención de la Generalitat por parte del Gobierno central, después de que se declarara inconstitucional el referéndum sobre la independencia.

De los muchos partidos que he visto a lo largo de los años, pocos quedarán tan grabados en mi recuerdo como el que se disputó en el Camp Nou entre el Barça de Messi y Las Palmas en octubre de 2017.

El encuentro se jugó a puerta cerrada, mientras los aficionados catalanes protestaban contra la brutalidad policial empleada contra gente que había participado en el referéndum. Vi el partido a pie de campo, solo, más allá del equipo técnico, los suplentes y unos cuantos periodistas desterrados en el palco de prensa.

El partido fue surrealista. Los jugadores parecían claramente desmotivados e indiferentes. Sin embargo, en el inmenso silencio cavernoso del estadio casi vacío, me empapé del privilegio de presenciar el encuentro de cerca y poder escuchar la voz de los jugadores como nunca antes.

Me llamó la atención lo mucho que hablaban y gritaban entre ellos; todos salvo uno, precisamente el hombre cuyo apellido era el más nombrado por los futbolistas de ambos equipos, mientras intentaban pasarle el balón o hacerle falta. Él se mantuvo absolutamente concentrado, sin murmurar una sola palabra en toda la noche, y menos aún su nombre: Messi.

Es posible que Messi se sintiera profundamente afectado por la violencia y las manifestaciones de aquellos días, entre otras cosas porque le recordaría a tiempos más difíciles en Argentina. Pero si así era, no lo demostró, ni habló de ello en público. En efecto, Leo no se involucró públicamente en la crisis catalana, manteniendo la distancia de un nacionalismo en el cual, como inmigrante latinoamericano, nunca se había implicado. En cambio, muchos aficionados azulgranas están rotundamente a favor de la independencia, como evidencian las banderas que ondean y sus cantos durante los partidos en el Camp



Nou. Ningún otro club del mundo se ha visto tan afectado emocionalmente por la crisis política desatada en España debido a la cuestión catalana como el F. C. Barcelona.

A pesar de haber vivido muchos años en la ciudad condal, Messi, hispanohablante y de cultura argentina, no se sintió políticamente inclinado a seguir el ejemplo de su mentor Pep Guardiola ni de su camarada futbolístico, Gerard Piqué, otro conocido partidario de la causa catalana, quien, después del partido frente a Las Palmas, hizo unas emotivas declaraciones de solidaridad con los heridos por las porras de la policía.

No es solo que Messi sea apolítico. Él solo juega al fútbol y sabe quién le da de comer. A pesar de su identidad catalana, cuando llega un Clásico, el F. C. Barcelona se ha convertido en un inmenso negocio global, igual que el Real Madrid, y el patrocinio y los ingresos de *marketing* de ambos clubes se ven multiplicados por su rivalidad y los roles que desempeñan Messi y Ronaldo.

Las especulaciones en las fechas cercanas al referéndum de que el Barça podría verse obligado a abandonar la Liga española o dejarla motu proprio, y que el club se uniría a una liga catalana menor, parecían bastante desencaminadas. Y es bastante comprensible, dados los intereses personales involucrados. Alrededor del setenta por ciento del valor comercial del fútbol de clubes en España está vinculado a la perenne rivalidad entre los dos gigantes y a sus estrellas no catalanas.

Pase lo que pase políticamente, es probable que ni el Madrid ni el Barcelona se marquen un gol en propia puerta rompiendo sus vínculos. Sin embargo, la perspectiva de que Messi o Cristiano abandonen la Liga algún día por razones particulares podría poner fin

a una de las rivalidades más grandes y duraderas en la historia de este deporte.

Mientras redactaba esta conclusión, el Barcelona anunció que Messi había firmado un nuevo contrato que ligaría a la estrella argentina con el club hasta la temporada 2020-21. La cláusula de rescisión se fijó en setecientos millones de euros. Cuando expire el nuevo acuerdo, el ariete llevará diecisiete años en el primer equipo.

El F. C. Barcelona ha hecho todo lo posible por mantener las opiniones del jugador lejos del ojo público, pero después de anunciarse la renovación se llegó a decir entre los medios catalanes y españoles que contenía una cláusula específica, inicialmente mantenida en secreto por el club, que especificaba que Messi sería libre de marcharse en el caso de que la independencia catalana provocara la exclusión del Barça de las principales ligas europeas, incluida la española.

Dentro de la familia Messi, una de las preocupaciones fundamentales ha girado en torno al hecho de que las nuevas generaciones sean obligadas a hablar catalán. Ese fue el motivo que llevó a la madre de Messi a decidir no vivir en Barcelona y marcharse con su hija a Rosario.

Mientras tanto, ha vuelto a desatarse la noticia recurrente de que Cristiano está descontento en el Madrid y tiene intención de marcharse. Por primera vez en muchos años, da la sensación de que su extraordinaria rivalidad podría estar a punto de cambiar radicalmente. El chaval delgado y bobalicón de Funchal y el pequeño gran hombre de Rosario podrían estar a punto de adentrarse en un nuevo último acto de sus carreras.

Al ver a estos dos jugadores, es tentador mirar al futuro. Si siguen con su actual ritmo goleador, ambos superarán la marca de Gerd Müller y Pelé en los próximos tres años. En ese momento, quedarán fuera de cualquier marco de referencia que hayamos conocido hasta ahora. Estos dos casos atípicos solo se tendrán a sí mismos como puntos de referencia, cruzarán los límites de lo que hemos conocido y nos llevarán a algún lugar completamente nuevo.

## Agradecimientos

A pesar de que este libro no es una historia oficial, y menos aún autorizada, no habría sido posible sin la cooperación y el punto de vista de varios clubes, representantes, abogados, directivos de *marketing*, empleados en la sombra, periodistas, futbolistas y aficionados que han desempeñado un papel en las vidas de Ronaldo y Messi.

El proyecto surgió de mi experiencia viviendo y trabajando a lo largo de los años en Portugal, Argentina, el Reino Unido y España, y de la idea de una biografía dual concebida por Robin Harvie y Jamie Coleman de Pan Macmillan, cuyo consejo y paciencia han sido inestimables.

Las siguientes instituciones me abrieron sus puertas de formas distintas: el Gobierno de Madeira, el Grupo Pestana, Blandy's, el Club Náutico de Sitges, Tres Quarts Sports Bar (Sitges), Clube Futebol Andorinha, la Peña Azulgrana de Londres, el Clube Deportivo Nacional, el Sporting Clube de Portugal, Newell's Old Boys, Manchester United FC, el F. C. Barcelona, Real Madrid, y varias peñas, asociaciones y federaciones de fútbol en los respectivos países.

Aunque me han ayudado demasiadas personas como para nombrarlas a todas, me gustaría agradecer especialmente a las siguientes, sin orden de prioridad o jerarquía.

En Madeira: Adam Blandy, Michael Blandy, Miguel Albuquerque, Peter Booth, Rui Santos, Fernando Sousa, Joao Marques de Freitas, Ricardo Oliveira, Dave Bartram, Andre Abranches, Agostinho Silva, Venetia Welby, Caetano Fernandes, Ricardo Santos, Elda Isabel Chaves, Paulo Neves y Bruno Macedo.

En Rosario: Richard Willmott, Eduardo Bermúdez, Maxi Rodríguez, Enrique Domínguez, Rafael Bielsa, Sebastián Domínguez y Marcelo Lewandosky.

En Lisboa: Penélope Abrantes, Peter Wise, Dave Rowlands, Paulo Anunciação, Francisco Pinto Balsemão, André Pipa, Aurélio Pereira, Luís Sobral, Alison Roberts, Andres Malamud, Raquel Vaz-Pinto y Carol Garton.

En el Reino Unido: Simon Kuper, Jim White, Patrick Harverson, Guillem Balagué, Jon Holmes, Marcela Mora y Araujo, Gary Lineker, Jonathan Wilson, Andrew Haynes, Peter Montegriffo, Eduard Manas, Jorge Gallardo at Bar & Co, Jason Pettigrove y Robert Powell.

En Buenos Aires: Fernando Signorini, Luis Ampuero, Ezequiel Fernández Moores, Ernesto Cherquis Bialo, Ricardo Kirschbaum, Roberto Guareschi, María Laura Avignolo, Julio Marini, Carla Rossi, Benedict Mander, José Luis Meléndez, Eduardo Valdés, Carolina Barros, Mariano Cuneo y Sergio Levinsky.

En Barcelona: Carlos Tusquets, Cuqui Sarrias, Josep Maria Minguella, Sandro Rosell, Dolores Jaraquemada, Martí Anglada, Edwin Winkels, Eduardo Prim, Alfons Godall, Joan Laporta, Raphael Minder, Jordi Alberich, Chemi Terés, Francesc Orenes, Graham Hunter, Luis Fernando Rojo, Ramon Besa, Gloria Gutiérrez, Dorinda Avinet, Dominic Begg, Lluís Canut y Richard Fitzpatrick.

En Madrid: Santiago Segurola, Juan José Díaz Clavel, Jorge Valdano, Emilio Butragueño, Raúl Rosales, Florentino Pérez, Vicente del Bosque, Frank Porral, José Ángel Sánchez, Carlos Oppe, Tom Burns, Dolores Luca de Tena, Tomás Burns Luca de Tena, Manuela Burns Luca de Tena, Juan Milagro, Ángel Altozano, Regino García-Badell, Paco Arenosa, Sid Lowe y, más que nadie, mi traductora y amiga Ana Momplet Chico, que me ayudó con su profesionalidad, sentido del humor, consejos futbolísticos y mucho más.

A mi agente en Londres, Annabel Merullo, de Peters, Fraser & Dunlop, junto con Laura Williams y Laura McNeill.

Y a Kidge, Julia y Miriam, mi amor y mi agradecimiento por aguantar los juicios y tribulaciones de otro libro y de tantos partidos de fútbol.

## Bibliografía

- Aveiro, Dolores; Sousa Costa, Paulo. *Madre Coraje* (Testimonio, 2016).
- Balagué, Guillem. *Pep Guardiola. Otra manera de ganar* (Editorial Córner, 2014).
- Balagué, Guillem. *Messi* (Libros Cúpula, 2014).
- Balagué, Guillem. *Cristiano Ronaldo. La biografía* (Ediciones Nobel, 2016).
- Banke, Peter. *Neymar* (Cúpula, 2014).
- Barclay, Patrick. *Mourinho* (Orion, 2011).
- Beasley, Stephen. *José Mourinho: Up Close & Personal* (Michael O'Mara, 2016).
- Besa, Ramon; López, Marcos. *Iniesta* (Malpaso, 2016).
- Bielsa, Rafael. *Rojo sangre* (Planeta, 2017).
- Binney, Marcus. *The Blandys of Madeira* (Frances Lincoln, 2011).
- Burns, Jimmy. *The Land That Lost Its Heroes: How Argentina Lost the Falklands War* (Bloomsbury, 2002).
- Burns, Jimmy. *When Beckham Went to Spain* (Michael Joseph, 2004).
- Burns, Jimmy. *Hand of God: The Life of Diego Maradona* (Bloomsbury, 2010).
- Burns, Jimmy. *Barça, A People's Passion* (Bloomsbury, 2010).
- Burns, Jimmy. *La Roja. A Journey through Spanish Football* (Simon & Schuster, 2013).
- Caioli, Luca. *Cristiano Ronaldo*. (Editorial Córner, 2014).
- Campomar, Andreas. *¡Golazo!* (Quercus, 2014).
- Casar González, Alejandro. *Pasó de todo* (Planeta, 2015).
- Cruyff, Johan. *14. La autobiografía* (Planeta, 2017).
- Cuesta, Miguel; Sánchez, Jonathan, *La clave Mendes* (Esfera, 2015).
- Faccio, Leonardo. *Messi* (Debate, 2011).

Ferdinand, Rio. *#2Sides* (Blink, 2016).

Ferguson, Alex. *My Autobiography* (Hodder & Stoughton, 2014).

Gambini, Hugo. *El Che Guevara* (Vergara, 2016).

Glanville, Brian. *The Story of the World Cup* (Faber & Faber, 2010).

Goldblatt, David. *The World is Round* (Penguin, 2007).

Granado, Alberto. *Con el Che por Sudamérica* (Marea, 2017).

Hatton, Barry. *The Portuguese* (Signal Books 2011).

Hemingway, Ernest. *Muerte en la tarde* (Espasa, 2005).

Hunter, Graham. *The Making of the Greatest Team in the World* (Backpage, 2016).

Kuper, Simon. *The Football Men: Up Close with the Giants of the Modern Game* (Simon & Schuster, 2011).

Kuper, Simon; Szymanski, Stefan. *Soccernomics* (HarperSport, 2014).

Levinsky, Sergio. *AFA* (Autoría, 2016).

Lowe, Sid. *Fear & Loathing in La Liga* (Vintage, 2016).

Mandis, Stephen G. *La fórmula del Real Madrid* (Deusto, 2016).

Maradona, Diego A. (con Daniel Arcucci). *Touched by God* (Constable, 2017).

Neville, Gary. *Red* (Transworld, 2011).

Parkinson, Michael. *Muhammed Ali* (Hodder & Stoughton, 2016).

Piqué, Gerard. *Viatge d'anada i tornada* (Edicions62, 2010).

Ronaldo, Cristiano. *Momentos* (Libros de la Cúpula, 2009).

Saramago, José. *Viaje a Portugal* (Alfaguara, 2008).

Tolkien, J. R. R. *El Hobbit* (Minotauro, 2002).

Valdano, Jorge. *Fútbol: el juego infinito* (Conecta, 2016).

Winner, David. *Brilliant Orange* (Bloomsbury, 2001).



Título original: *Cristiano & Leo*

© 2018, Jimmy Burns

Primera publicación por Macmillan en 2018, un sello de Pan MacMillan, una división de Macmillan Publishers International Limited.

Primera edición en este formato: junio de 2018

© de la traducción: 2018, Ana Momplet

© de esta edición: 2018, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

[actualidad@rocaeditorial.com](mailto:actualidad@rocaeditorial.com)

[www.rocalibros.com](http://www.rocalibros.com)

Composición digital: Pablo Barrio

ISBN: 9788494785122

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.